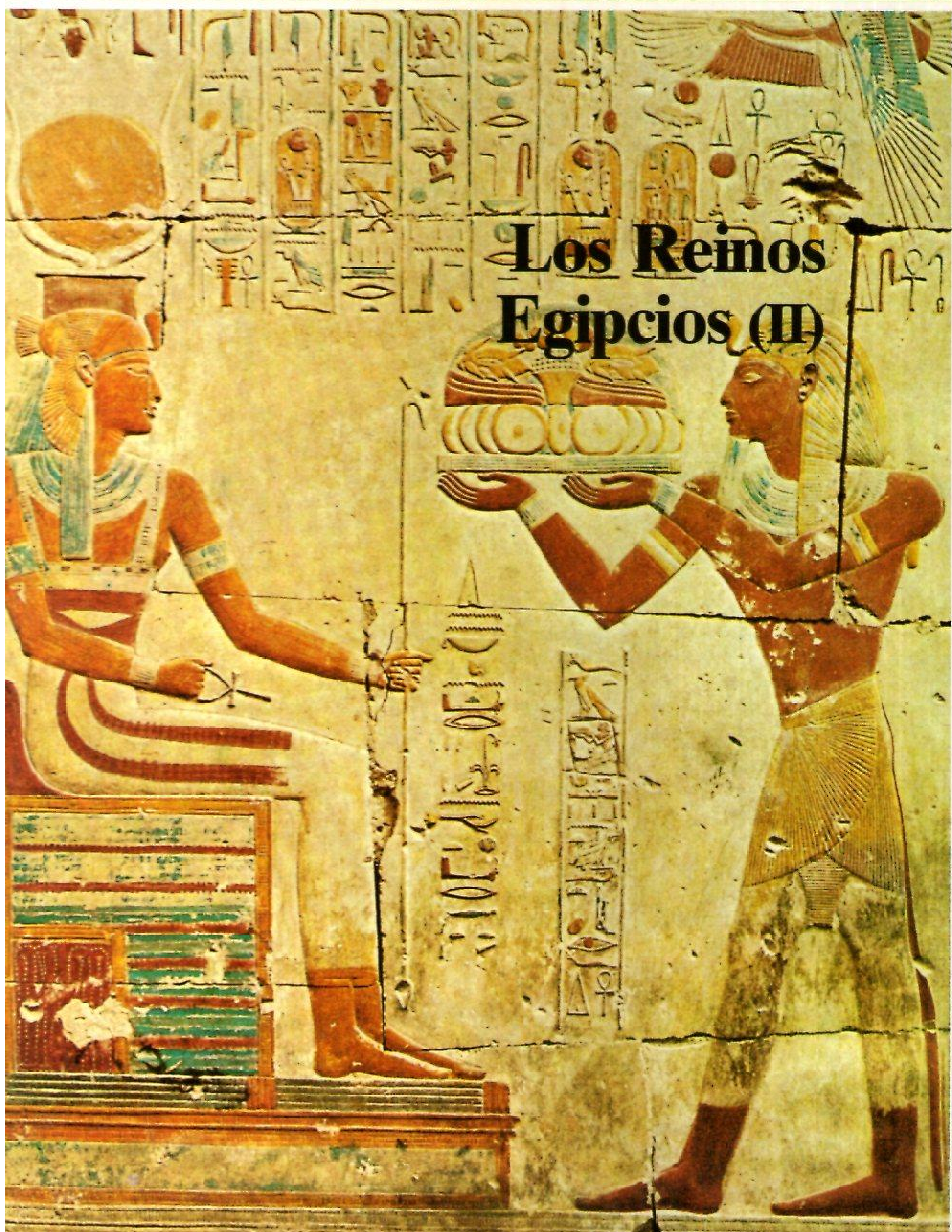
ORIGENES DEL HOMBRE



Los Reinos Egipcios (II)

56

folio

Los Reinos Egipcios (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Reinos Egipcios (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: A. Rosalie David
Supervisores científicos: John Boardman, Basil Gray y
David Oates

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., (14-7-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-849-9 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:
Arte y religión 75

El templo egipcio 102

Capítulo quinto:
Reyes y plebeyos 110

Tell el-Amarna, una ciudad egipcia 129

Capítulo sexto:
Edificación y cultivo 139

Glosario 147

Capítulo cuarto: Arte y religión

Nos separan de los egipcios no sólo varios miles de años sino también un distinto enfoque de la vida. Esta diferencia de perspectiva es, quizá, más visible en el arte y la religión de Egipto, manifestaciones íntimamente relacionadas y que expresan, ambas, las creencias básicas, el cimiento de una de las mayores civilizaciones del mundo.

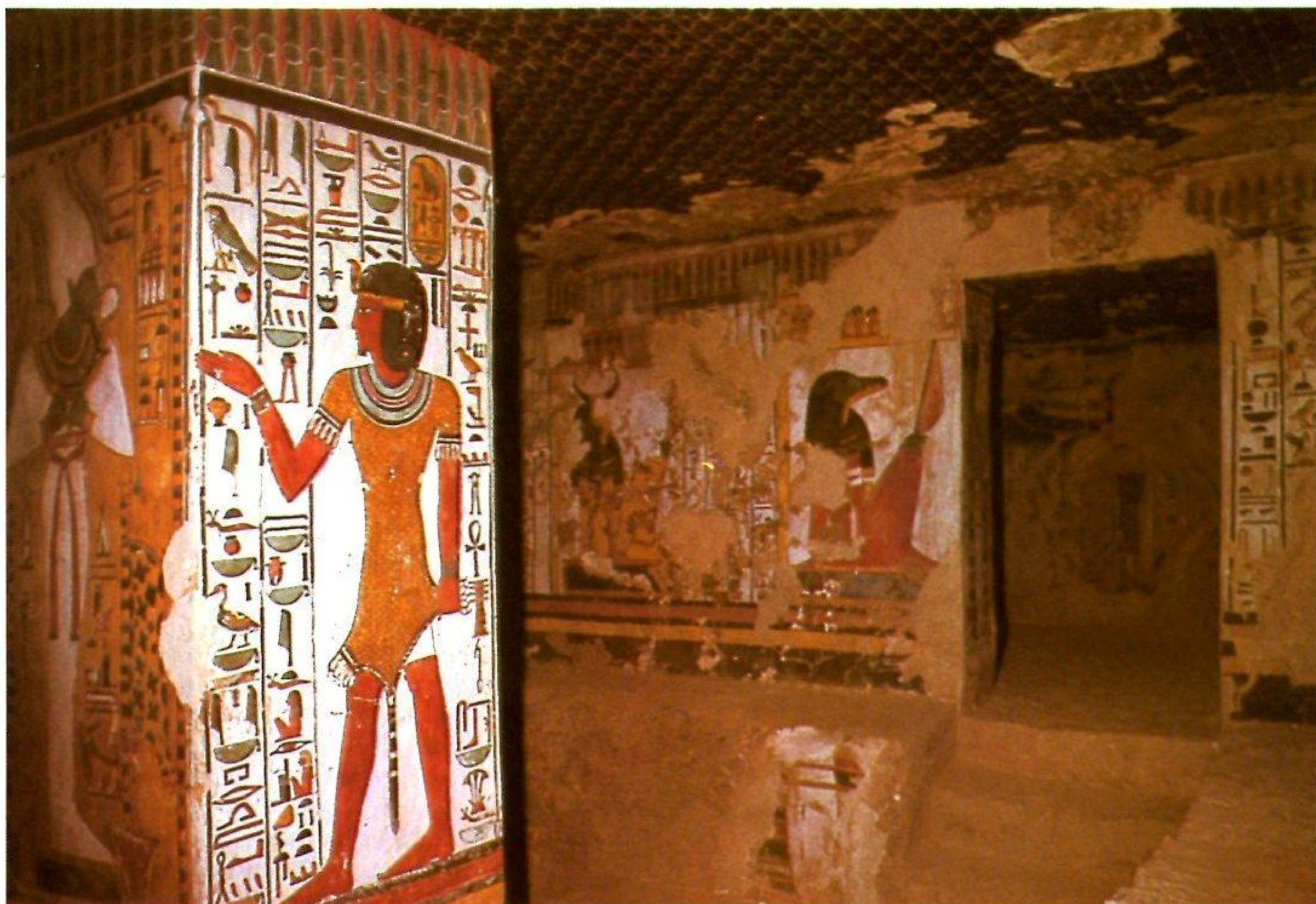
Arte

El arte egipcio adoptó varias formas, incluida la escultura de bulto redondo o exenta, el bajo relieve y la pintura. La creencia en una vida de ultratumba propició que, con gran cuidado, se pusieran a disposición de los difuntos posesiones materiales, hechas para que durasen «por toda la eternidad», a diferencia de los enseres de uso diario, que tenían una vida mucho más breve. Por esto, el arte que hoy conservamos es, en gran medida, funerario.

Sin embargo, podemos suponer que las viviendas, en especial los palacios, también se decoraron con pinturas murales de colores brillantes. Así se deduce de las ruinas tebanas de los palacios reales de Amenofis III y de su hijo Amarna, y también de las reproducciones de las fachadas de palacios que aparecen en los sarcófagos del Reino Antiguo. Pero desaparecieron las viviendas corrientes, edificadas con ladrillos de barro, cosa que no ocurrió con las tumbas construidas con piedra.

Uno de los logros más notables y quizá más característicos de los egipcios fue la pintura de las tumbas de reyes y nobles, cuyos muros están cubiertos de escenas diversas; en el caso de los nobles, el tema es la vida cotidiana del difunto, la representación de su actividad profesional, su vida familiar y sus entretenimientos (caza, pesca, banquetes). También hay escenas de la vida agrícola (siembra, cosecha, elaboración del vino, de la cerveza y del pan), mientras otras nos muestran el trabajo de los artesanos: orfebres, alfareros y fabricantes de ladrillos entregados a sus tareas. En la actualidad, sobre las riberas del Nilo todavía podemos ver a muchas personas ocupadas en esas mismas actividades. No obstante, aunque las escenas de las tumbas nos muestran detalles de la vida diaria de hace miles de años, la forma en que están representados el difunto y sus amigos resulta extraña a los ojos modernos, porque el concepto de la figura humana en el arte egipcio es muy distinto del nuestro.

Nos hemos acostumbrado a ver la mayoría de las obras de arte actuales como una forma de decoración (en iglesias, edificios públicos o privados) o, en algunos casos, como portadoras de una creencia, un mensaje o un relato. Para comprender el arte egipcio es esencial captar sus principios básicos. En Egipto, el arte fúnebre y religioso era utilitario; no se consideraba que fuese decorativo, aunque también cumplía esa fun-



Relieve pintado de la tumba de Nefertari. La figura del extremo izquierdo es la de Osiris y la principal, la de Horus, «protector de su padre», lleva las ropas de sacerdote de Sem. Las estrellas representadas en el techo eran un motivo funerario corriente.

ción; tampoco estaban pensadas las pinturas para inspirar fervor religioso al observador, ni trataban de conmemorar grandes hazañas y transmitirlas a la posteridad, porque sus temas son simples y cotidianos. La pintura funeraria tenía por finalidad la de ser útil al difunto y estaba estrechamente relacionada con las creencias mágicas y religiosas del pueblo. La tumba era la «casa» en la que el muerto pasaría la eternidad y las pinturas representaban las actividades de las que el difunto esperaba seguir disfrutando en el otro mundo. De esa forma, en un proceso de magia por simpatía, procuraban asegurarse una vida de ultratumba próspera y grata.

Se pensaba que esa seguridad se podía lograr de dos modos. Primero, se ponía mucha atención en representar con detalle la situación deseada. El difunto y su familia aparecen idealizados, con cuerpos delgados y belleza juvenil, sin defectos físicos, en el disfrute de las bendiciones de la vida. Sus rasgos individuales muestran pocas variantes, porque esas figuras no pretenden ser retratos sino representaciones simbólicas de un «hombre perfecto» y su familia. Las otras figuras que aparecen en las escenas, las de segunda importancia, incluidas para asegurar el bienestar del difunto –sirvientes, bailarinas, músicos, trabajadores, cerveceros, panaderos, etc.–, están presentadas con mayor realismo. En estos casos se muestran los signos de la inevitable vejez –canas, calvicie, obesidad– y también enfermedades como la ceguera. Mientras que las expresiones de los nobles y sus pares son serenas, libres de emoción o pasiones, las otras figuras suelen estar alegres o malhumoradas, o bien tienen gracia.

La mayoría de las escenas van acompañadas de textos jeroglíficos, que a menudo dan título a la situación, nombran al noble difunto, resumen sus actividades e incluyen las fórmulas mágicas requeridas. Estas inscripciones tenían por objeto el de identificar la escena y asegurar su existencia por toda la eternidad porque, para los egipcios, los nombres no eran un medio evocador de personas, cosas o acontecimientos, sino una parte integrante de ellos; si se conocía el nombre y se lo repetía en un rito mágico, se tenía poder sobre la persona o cosa nombrada. El sacerdote «daba la vida» a las pinturas e inscripciones murales y, para hacerlo, recitaba la fórmula adecuada el día en que la tumba, ocupada ya por todos los elementos funerarios y el cuerpo del difunto, se sellaba definitivamente. Se creía que, tras haber pasado por la ceremonia mágica, las pinturas «recibían la vida» y existían realmente por toda la eternidad. Si el cadáver momificado sufría algún daño, su representación mural y su estatua, colocada en la tumba, asegurarían la continuación de la existencia ultraterrena y darían al difunto su «ka», espíritu con forma material.

Aparte de esto, las figuras pintadas en las paredes, que re-

presentaban al difunto en ocupaciones habituales de su trabajo y en sus entretenimientos favoritos, ponían a disposición del muerto un conjunto de actividades útiles o divertidas, entre las que podía elegir a voluntad. Esta ceremonia se conocía con el nombre de «Apertura de la boca», porque las bocas de las figuras pintadas en los muros, las de las estatuas y la de la propia momia se tocaban con un instrumento especial, una azuela, y así se les «daba la vida». Esta ceremonia también se cumplía en los templos, con los relieves murales, para otorgarles poder eterno. De modo semejante, se podía «matar» mágicamente a las figuras talladas y pintadas, cortando con un cincel las manos, la cara, los pies, etc., y el nombre de la persona. En muchos casos se han visto estas mutilaciones en tumbas y templos.

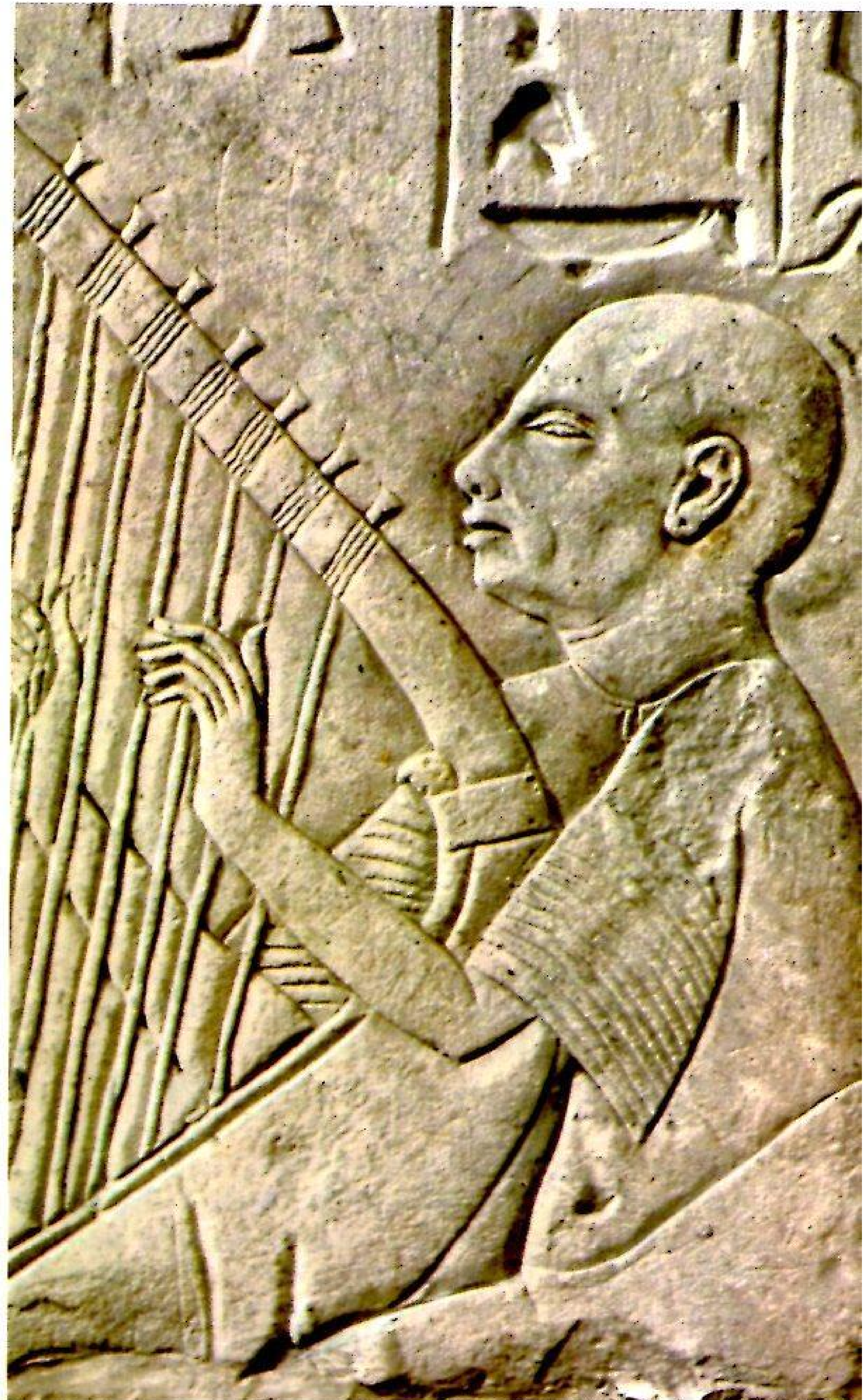
Convenciones. El objetivo básico del arte egipcio, pues, era mostrar lo más claramente posible no lo que el artista veía sino lo que sabía que tenía que estar allí, porque sólo a lo que se representara en relieves y pinturas se le podía «dar vida» para toda la eternidad. Las personas habituadas al arte egipcio no advierten muchas de sus peculiaridades y los niños no ven nada especial en las pinturas, porque también ellos suelen dibujar lo que desean o saben que existe y no lo que ven de verdad. Sin embargo, para el ojo acostumbrado al arte occidental, la figura humana tal como se muestra en las obras egipcias tiene unas características singulares y, en apariencia, ilógicas. Salvo unos pocos casos, la cabeza humana siempre se muestra de perfil, pero el ojo se ve de frente, mira hacia el observador; también los hombros se ven de frente; pero desde la cintura hasta los pies la figura está de perfil, con una pierna y el pie adelantados. Físicamente es imposible esta contorsión.

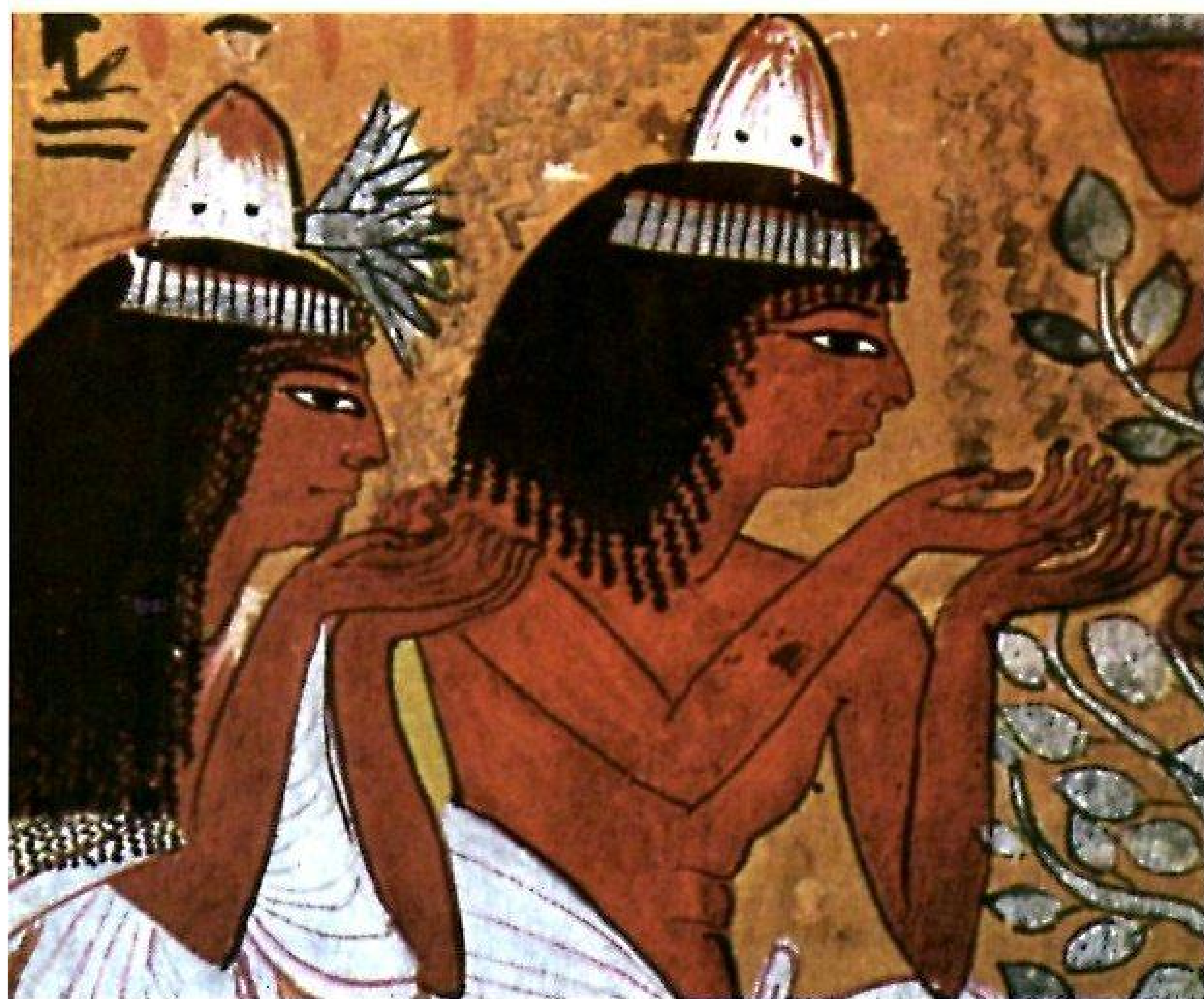
¿Por qué representaron los egipcios, que no eran tontos, la figura humana de este modo? Si tenemos presente su creencia en la magia por simpatía, es menos difícil comprender los principios fundamentales. En caso de representar la cabeza de frente, la definición de la nariz se perdía para la eternidad, por tanto había que mostrarla de perfil. Por la misma causa, una representación realista también podía implicar que alguna parte u órgano vital quedara parcialmente oculto o careciera de definición: por esto la pupila del ojo se muestra de frente, y también los hombros, que son símbolo de fuerza. Pero las piernas y los pies, que quedarían deformados en un enfoque frontal, se dibujan de perfil. De esta forma quedaba oculta u omitida del dibujo, o de la vida de ultratumba, la menor parte posible del cuerpo. Claro está que había ciertas incongruencias, como la representación de los rasgos faciales con un solo ojo y un solo lado de la nariz y de la boca, pero los egipcios adoptaron la convención de mostrar de frente sólo a cautivos y forasteros. Como las figuras egipcias de las tumbas eran un calco para la eternidad, también se adoptó la costumbre de no mostrar de un modo realista la forma en que los nobles empuñaban algún objeto, porque algunos dedos quedarían ocultos, en cambio, en la representación, están por encima y por debajo y no en torno al objeto, para que tanto el pulgar como los demás dedos queden a la vista lo más completos posible.

La pintura de tumbas y el relieve de los templos siguen de cerca estos principios con respecto a los dioses, reyes y nobles. Los labriegos, y en especial los animales, se muestran con gran libertad y fluidez de movimientos; los animales se desplazan con naturalidad por la escena, en la mejor muestra de la habilidad e ingenuidad del artista; los campesinos y las bailarinas, los músicos y los artesanos humildes escapan a los estrictos cánones tradicionales: a veces levantan los pies de la línea de tierra o están de espaldas al espectador.

También faltan en la pintura egipcia los conceptos usuales de perspectiva. Hay diferencias en el tamaño de las figu-

Relieve de un arpista ciego. Por su condición de plebeyo, no está idealizado: se ven con claridad su barriga abultada y los ojos sin visión.







Pintura del Reino Nuevo. *Arriba:* El propietario de la tumba y su mujer llevan gorros cónicos encerados y flores de loto. *Abajo:* Senufer y su mujer.

ras humanas de las pinturas murales, pero eso indica la condición social y no la perspectiva, tal como un niño señala a la persona más importante del dibujo haciéndola más grande que las demás. En todas las tumbas, las figuras del propietario y de su mujer son mayores que las de sus hijos, sirvientes y labradores. Las paredes están, en general, divididas en calles horizontales, que marcan la secuencia de los hechos; la calle más baja del muro se considera la más cercana al observador y, por tanto, la que debe leerse en primer lugar. Con la excepción del propietario de la tumba y de su mujer, las figuras aparecen, por lo común, con el mismo tamaño en las distintas calles, sin indicación de perspectiva. También se empleaban otros métodos que definían la posición social; por ejemplo, las personas de rango menor están pintadas sobre una línea de tierra inferior a la de sus superiores.

Otra convención era pintar a hijos e hijas del propietario de la tumba como niños, mucho más pequeños que sus padres y, en el caso de los niños, con una trenza en el pelo que se conocía como el mechón de la juventud; por cierto que, en algunos casos, esos «niños» habrán sido adultos ya en el momento en que se hizo la decoración de la tumba. Otras convenciones eran representar el Nilo no en perspectiva como una delgada línea azul, sino como una amplia franja de color en la que se mueve una gran cantidad de peces dibujados con todo detalle; cuando se les «diera vida», constituirían una fuente eterna para la práctica de la pesca y para la alimentación del difunto.

Tampoco quedaban librados a la imaginación los contenidos de cestos o vasijas; siempre aparecen apilados por encima del borde de los recipientes, porque sólo lo que se veía de verdad podía animarse. Las escenas agrícolas, en general, tenían el fin de proporcionar un abastecimiento constante de alimentos. Al ilustrar edificios o casas en estas escenas, a menudo se muestra la planta a un lado de la fachada, lo que se hacía para asegurar que se pudiera dar vida a toda la casa (que a menudo era la del propietario de la tumba), no sólo a la fachada, y así el difunto disfrutaría de la mayor comodidad en el más allá. La convención definía una «multitud» con un grupo de tres figuras, ya que en las paredes el espacio solía ser insuficiente para dibujar un gran número de personas.

Quizá el rasgo más notable del arte egipcio, tanto en la escultura como en la pintura, sea la serenidad e inmutabilidad de las personajes y escenas. A lo largo de miles de años (exceptuado el período de Amarna), hubo muy pocos cambios. Esto se explica porque el artista egipcio no deseaba «superar» a sus antecesores ni producir una obra original. Se creía que en el «Primer Instante», cuando el mundo se creó del caos, quedaron establecidas para siempre las leyes de la perfección y la armonía; sólo se requería que los egipcios volvieran a captar ese estado original perfecto, cosa que procuraban hacer. No obstante, las obras de arte más bellas del antiguo Egipto llevan la marca de la originalidad y el genio creativo, aunque estén realizadas según los cánones establecidos del arte tradicional y, en su mayoría, sean anónimas.

Aunque las tumbas de los nobles se decoraban con escenas de la vida futura, también se mostraba el funeral, quizá para hacer visible que se realizarían los ritos funerarios y de enterramiento correctos, porque en Egipto, «la tierra amada», la muerte sin el procedimiento correcto y el entierro sin lo debido eran uno de los temores más agudos de todo el pueblo. Las tumbas de reyes y reinas también estaban decoradas con relieves o pinturas, pero no mostraban escenas de la vida cotidiana, sino que había en ellas textos sagrados y fórmulas mágicas, acompañados de las escenas convenientes, en un

conjunto pensado para que protegiera al rey en su paso de este al otro mundo, porque el rey era de naturaleza semidivina y su vida de ultratumba estaba asegurada, sin necesidad de recurrir a los métodos que debían emplear los nobles.

Artes menores. En Egipto existían otras formas de pintura aparte de la decoración de tumbas. Con frecuencia, junto a los textos jeroglíficos, aparecen en los papiros ilustraciones de gran belleza. Hasta nuestros días ha llegado un conjunto muy atractivo de bocetos, encontrados entre los montones de desperdicios de la aldea de Deir el-Medineh. Allí vivía una comunidad cerrada de artistas y artesanos empleados en los trabajos de la tumba del faraón. Con sus mujeres e hijos, formaban un grupo dinámico y, al parecer, de gran independencia de espíritu. En esa aldea, los fragmentos de tiestos llamados *óstraka* sirvieron para dibujar pequeños bocetos espontáneos, donde los artistas, liberados de la tradición que los limitaba en el trabajo oficial de las tumbas, nos permiten ver el mundo egipcio cotidiano con un enfoque de la sociedad jovial, lleno de humor y nada cínico. Las escenas graciosas de los trozos de cerámica muestran gatos y ratones, los gatos como servidores y los ratones como nobles. En una de ellas, un gato agita un abanico para enfriar un pollo ensartado en un espetón, para



Humor egipcio: un fragmento de cerámica de Deir el-Medineh que muestra a un gato sirviente, mientras enfría la comida para su amo ratón.

que su amo ratón pueda disfrutar de su comida; en otra, un gato sirviente ayuda a su señora-ratona a maquillarse ante un espejo. Otras escenas son de índole doméstica y tal vez se hayan producido de verdad ante los ojos del artista: dos mujeres que pelean por una gran vasija, un ama de casa que sopla con fuerza en un horno de ladrillo para tratar de encender el fuego. Aquí no hay testimonios de los peinados hermosos ni de las ropas elegantes usadas por las damas nobles en las pinturas de las tumbas; hay un notable boceto de una mujer de Deir el-Medineh, representada en medio de sus tareas domésticas con el pelo en total desorden: tal como ahora mismo ocurre.



Dibujo de un ratón acicalado por su sirviente, un gato.

Los *óstraka* de Deir el-Medineh nos dan una visión distinta de la pintura egipcia; muestran que el artista podía bocetar escenas llenas de vida, y así lo hacía, y confunden a los críticos del arte egipcio que hablaron de un pueblo morbosamente obsesionado por la muerte, incapaz de mostrar libertad o espontaneidad en sus figuras.

Escultura egipcia. Del mismo modo que la pintura, la escultura se empleaba sobre todo para fines religiosos y se destinó en especial a tumbas o templos: una vez más, el concepto es utilitario. Los dos tipos principales eran el bajo relieve y la estatuaria, ambos pensados para perpetuar una situación deseada para la eternidad o para brindar cierta comodidad, perecedera en la vida real, para que perdurase en la vida de ultratumba.

La escultura de bulto redondo incluye estatuas, amuletos y *ushabtis* (estatuillas funerarias); los escultores trabajaban piedras de varias clases, madera, bronce, oro, faenza y cerámica. El escultor, «modelador de la vida», hacía estatuas de humanos –reyes y plebeyos– destinadas a recibir la vida y vivir para siempre. Como a las pinturas funerarias, a esas estatuas se les daba la vida en la ceremonia de apertura de la boca. En las tumbas –según la creencia–, las estatuas recibían las ofrendas de alimentos y bebida hechas al difunto, tanto las reales que dejaban amigos o sacerdotes como las representaciones mágicas pintadas en las paredes. Además, si el cuerpo momificado del muerto resultaba destruido, la estatua aseguraba su supervivencia.

En las tumbas había otros ejemplos de la habilidad del escultor. Entre las capas del vendaje de la momia se colocaban amuletos para protegerla de los innúmeros peligros a los que quedaba expuesto el muerto durante su viaje desde este al otro mundo. Se creía que cada amuleto evitaba un mal específico, y se utilizaban tanto en vida como después de ella. También se ponían en la tumba modelos, sobre todo de madera, de sirvientes que se encargaban de distintas tareas, como hacer el pan o la cerveza. Se creía que, cuando se les «diera la vida», esos modelos cumplirían, por toda la eternidad y para el difunto, todas las actividades serviles. También se dejaba al muerto el modelo de una barca que lo llevara en peregrinaje



Bajo relieve de una madre con su hijo, copiado de una pintura de la tumba de Menna (Dinastía XVIII). Como lo exigía la convención artística, la comida está apilada por encima del borde de la cesta. Sin embargo, las piernas cruzadas de la mujer son un rasgo poco corriente. El niño lleva la llamada «trenza de la juventud».

a la ciudad santa de Abidos. En la época del Reino Nuevo, las figuras *ushabti* que hoy se ven en muchos museos reemplazaron a los modelos de sirvientes y llenaron las tumbas de reyes y nobles. La palabra *ushabti* significa «el que responde» y esas pequeñas figuras llevan inscripciones jeroglíficas, en las que prometen hacerse cargo de los trabajos físicos para el difunto cuando sea necesario, a fin de librarlo de tareas desagradables. El gran número de estatuillas de este tipo aparecidas en ciertas tumbas se explicaría porque era necesario un equipo completo de siervos para cada día del año. También se incluían «supervisores» que dirigiesen el trabajo de los *ushabtis*.

En los templos abundaban las estatuas de dioses, reyes y hombres, aunque sólo unas pocas parecen haber sido objeto de adoración: eran los dobles de los dioses, que se guardaban en los santuarios del templo y en los sagrarios en forma de nave; estas piezas, fabricadas de madera y metal, desaparecieron hace mucho tiempo. La estatua colocada en el santuario se honraba con una ceremonia diaria, pero es difícil determinar hasta qué punto se identificaba a la propia estatua con el dios mismo, o bien se la consideraba un punto focal en el que el sacerdote podía localizar, abordar y reverenciar el poder de la divinidad. En los sagrarios en forma de nave, se guardaban estatuas ligeras, que los sacerdotes sacaban a hombros fuera del templo mismo, para la celebración de ciertas ceremonias.

Sin embargo, las estatuas de los dioses, en su mayoría, se hicieron para aumentar el poder del dios y los modelos pequeños, para dar protección a sus poseedores. Las estatuillas co-

locadas en los templos y dedicadas por la gente corriente pretendían representar al donante a fin de que pudiese participar de los ritos que se cumplían en el templo y, de ese modo, se asegurase la eternidad.

La estatuaria se puede dividir en dos grupos principales, la de la realeza y la de los plebeyos, aunque en ambos casos se aplican los principios generales preestablecidos. Como en la pintura funeraria, era raro el intento de representar de modo naturalista a los modelos. En realidad, los cánones tradicionales que gobernaban la pintura también se aplicaron a la escultura. El fin concreto era producir una figura idealizada, libre de defectos físicos y de acuerdo con un conjunto de reglas fijas. Las personas se aseguraban la vida eterna con sólo inscribir su nombre en la estatua, que era lo que establecía su identificación con esta última.

Había algunos recursos para que las estatuas tuviesen una semejanza superficial, aunque a lo largo de los años e incluso en un mismo período se observa una diferencia en los detalles. A menudo se usa el mismo grupo convencional, por ejemplo el grupo familiar básico, padre, madre e hijos. En algunas estatuas, sobre todo del Reino Antiguo, no se representaron las pupilas en los ojos, lo que da a la cara una expresión contemplativa, como si la vista estuviese vuelta a una escena eterna, lejana, de la que el observador está excluido. En realidad, las dos partes del rostro nunca son idénticas y a veces hasta son muy distintas, pero el artista egipcio procuraba hacerlas tan iguales como le fuese posible, lo que da a los rasgos una regularidad nada natural.

Cabeza tallada en madera, proveniente de Saqara (Dinastía V), con ojos incrustados, buen ejemplo de escultura de bulto redondo.



El turista de hoy, al entrar en un templo o en una tumba, de inmediato advierte que los antiguos egipcios tenían una gran preferencia por los relieves para cubrir amplios espacios en los muros. En los templos, se ven las paredes, los techos y las columnas decorados con escenas muy elaboradas, hechas en bajo o alto relieve, que a veces aún muestran restos de enlucido pintado, porque en algunas tumbas –en particular del Reino Antiguo– fueron habituales los relieves policromados.

También en las estelas –bloques rectangulares de piedra– se aplicó esta práctica; a menudo vemos en ellas escenas que muestran al difunto en el momento de presentar ofrendas a los dioses, junto a inscripciones formales que suelen anotar detalles de su vida y su carrera.

Las convenciones que rigen esta forma de arte son las mismas que las de la pintura; ambas están más relacionadas entre sí que con la estatuaria, aunque el bajo relieve está más cercano a la estatuaria en su interés de mostrar los rasgos verdaderos, porque crea «estatuas» proyectadas sobre una superficie plana. Con frecuencia la incisión y el bajo relieve se usaron simultáneamente. Por lo común, las paredes exteriores del monumento muestran incisiones y las interiores, bajo relieve, aunque algunas veces esta distribución está invertida.

El artista. Antes de hablar de las técnicas usadas en la pintura y escultura egipcias, debemos dedicar un poco de atención al artista. El hombre que se ocupaba de una tarea tan vital en la sociedad egipcia, el que, si no brindaba sus servicios, podía poner en peligro la felicidad eterna de numerosas personas ricas e influyentes, no tenía más consideración que la de un funcionario del estado con habilidades particulares. Era un técnico, tal como los herreros, carpinteros o canteros, que colaboraban en la creación de la tumba.

La decoración fúnebre era resultado de un esfuerzo unificado, en el que varios pintores o escultores debían trabajar juntos bajo la dirección de un maestro. Cada hombre era responsable de una parte del trabajo y no buscaba reconocimiento individual, por lo que el arte egipcio es anónimo, exceptuados unos pocos casos. Nunca se ha pensado que los eruditos y turistas (que hubiesen visitado ya los monumentos del período romano y otros posteriores) fueran a entrar en los templos y tumbas sagrados, miraran la obra de los artistas y juzgaran sus méritos estéticos. El propio artista egipcio habría considerado incomprensible nuestra actitud hacia la posición de los artistas en la sociedad, porque consideraba que brindaba un servicio tal como cualquier otro artesano o funcionario menor; sin duda, jamás habría reclamado una «mística» peculiar ni una fama posterior por su trabajo.

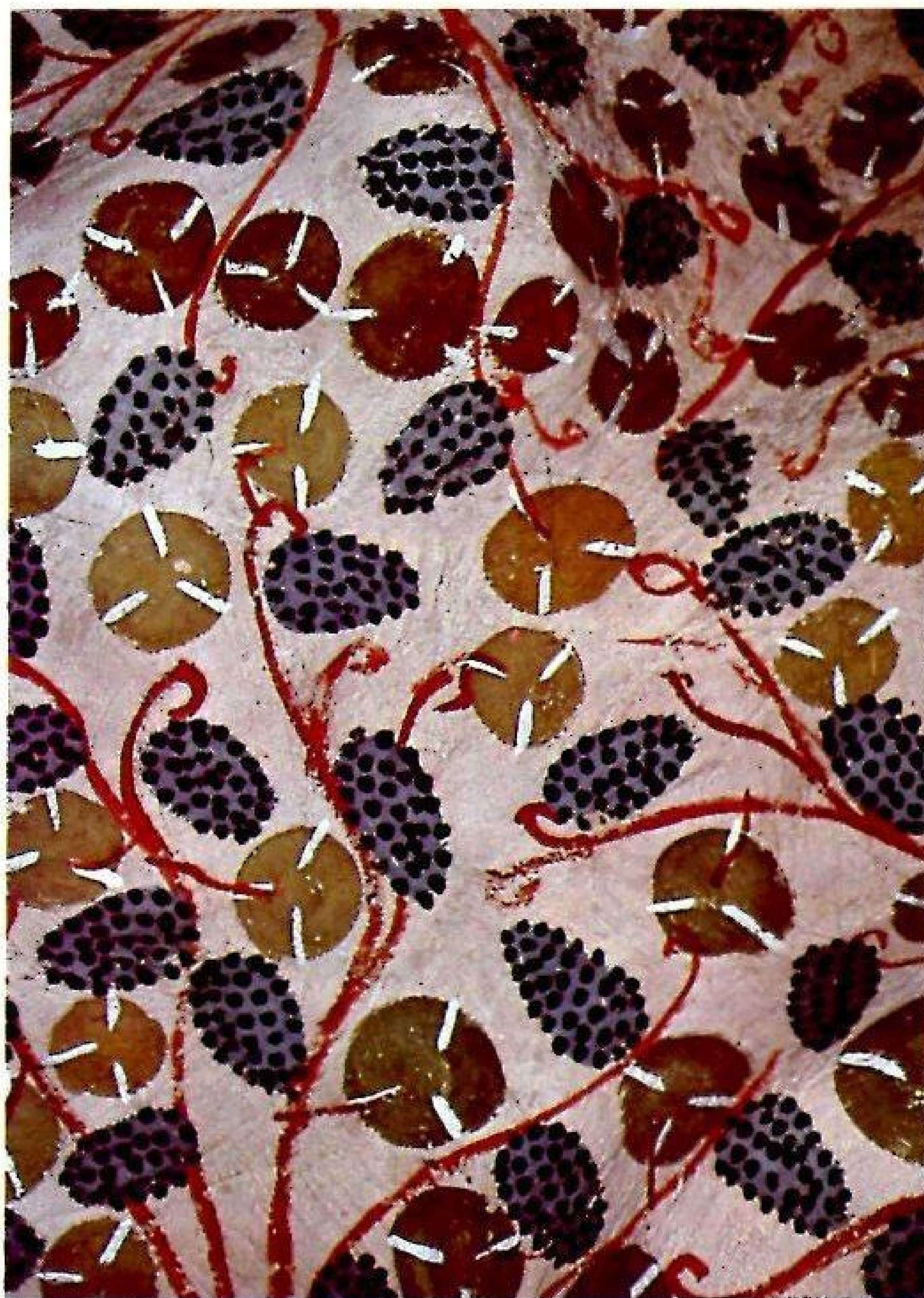
Era costumbre que los hijos continuaran la profesión de los padres y los jóvenes recibían lecciones para aprender las diversas artesanías. Se les enseñaba a copiar diseños, es decir, que no se les pedía que produjesen ideas nuevas u originales. La perfección técnica era el objetivo final, porque con ella se alcanzaba la habilidad de reproducir las formas tradicionales del modo más fiel posible.

Los talleres estaban contiguos a la residencia del rey, a uno de los templos o a la morada de un noble: el trabajo de los artistas se controlaba de cerca. Es probable que los artistas tuviesen que pedir la autorización del rey antes de iniciar un trabajo para particulares, quizá incluso para la decoración de las tumbas de la nobleza, aunque parece que encontraron tiempo y energías para fabricar piezas varias, como colgantes, objetos de tocador, amuletos y otros, que tenían una demanda importante entre las damas egipcias elegantes y refinadas.

Ya hemos mencionado a los artesanos que vivían en Deir el-Medineh; eran personas dinámicas, llenas de humor, capaces de cuidar de sus asuntos –por métodos drásticos, si era preciso– y decididas a ocupar un peldaño en la escalera social; por esto, se considera que son el arquetipo del artista-artesano egipcio.

Técnicas artísticas. Las tumbas tebanas del Reino Nuevo, situadas en el desierto solitario que se extendía más allá de las tierras cultivadas, hoy nos muestran los mejores ejemplos de la pintura egipcia porque, aunque las escenas de los templos originalmente se pintaron con colores brillantes, el enlucido se ha caído de muchos muros y sólo han quedado los relieves hechos en ellos. Buena parte de las estatuas de piedra y de madera perdieron también su policromía.

Techo pintado de la tumba de Senefer, jardinero real, en el Valle de los Nobles de Tebas (Reino Nuevo). Todo el techo está cubierto con estas uvas coloridas, prueba de la habilidad egipcia para el dibujo profano, que complementa la maestría en los temas religiosos. Se la conoce como «tumba de las viñas».



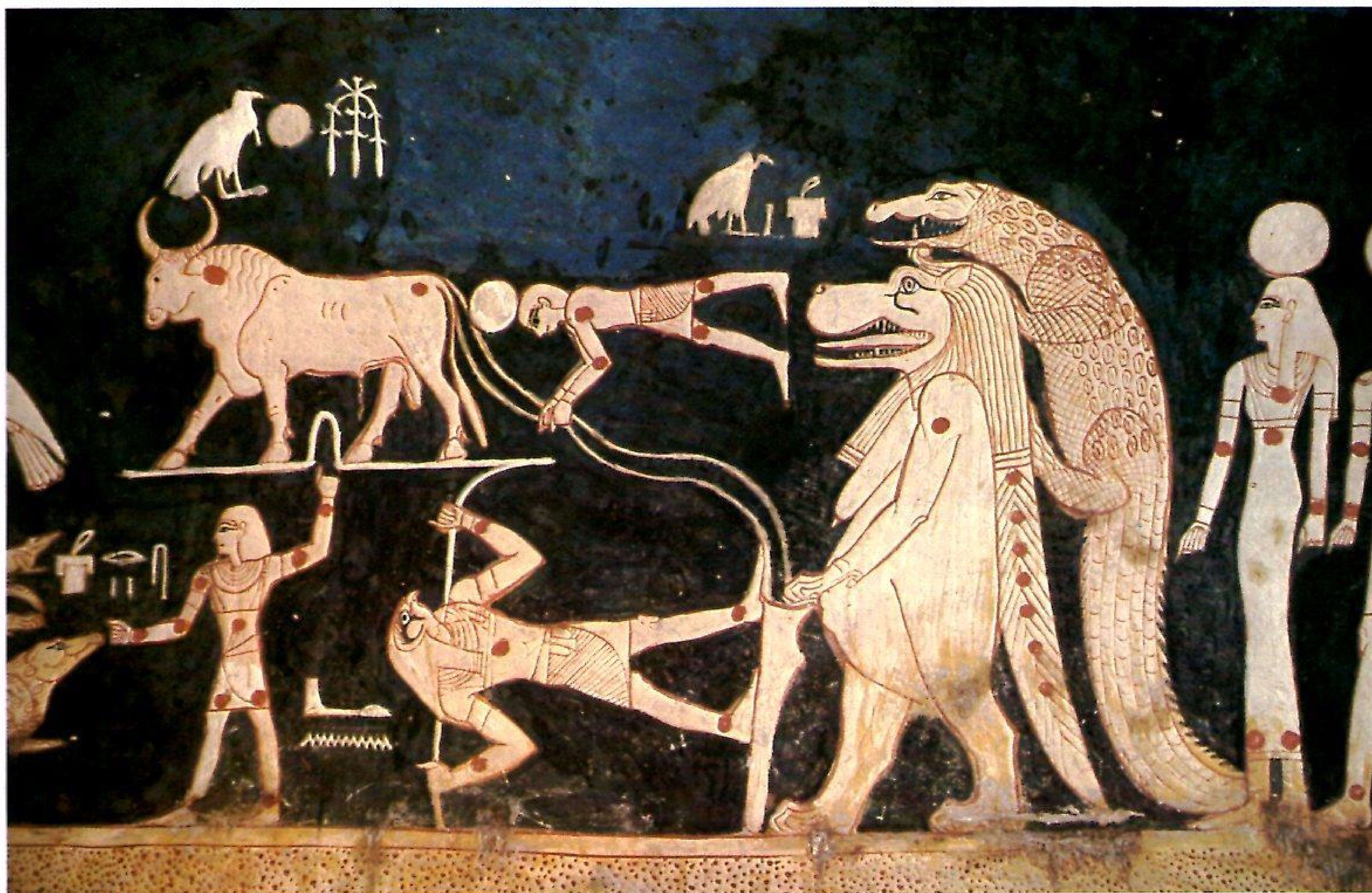
En la necrópolis de Tebas hay bellos ejemplos no sólo de escenas completas, sino también de las distintas etapas que se recorrían antes de la terminación, porque era costumbre dejar la tumba inacabada. Quizá esto se debiera a una convención religiosa o a una superstición, más que a la muerte inesperada y prematura del propietario, aunque también esta circunstancia puede haberse producido alguna vez.

En estas tumbas, el color era el rasgo principal y hoy los tonos se conservan tan frescos como el día en que se aplicaron. El uso de los colores era simbólico; determinados colores se usaron siempre en determinados lugares: marrón rojizo para la piel de un hombre, amarillo pálido para la de la mujer, marrón oscuro para los nubios, algunos colores para dioses específicos, y así por el estilo. Los egipcios tuvieron una gama de colorido limitada, rojo, amarillo, azul, verde, negro y blanco; usaban pastillas de polvo hechas de rojo herrumbre, ocre, amarillo ocre, oropimento, azurita molida, frita azul, malaquita molida, crisocola, frita verde, negro de carbón y yeso o blanco de España. Las variaciones y la gradación o los tonos apagados eran raros, pero se hacían mezclando los elementos básicos. Durante el período Amarna se usaron el gris y el rosa. Los materiales que empleaba el artista eran simples; a menudo una concha o un trozo de cerámica eran su paleta, aunque las había fabricadas ex profeso; las cañas masticadas en el extremo y menudos pinceles de fibra de palma, más un pequeño bote de agua, completaban el equipo.

Según el tipo de piedra que abundara en la zona donde se construía la tumba, se decidía si los muros se decoraban con relieves, después pintados, o si se pintaban directamente. En tiempos del Reino Antiguo, cuando se edificaron en Saqara (donde había buena piedra) las tumbas más importantes, se impuso la decoración funeraria con relieves. En cambio, en la época del Reino Nuevo, los valles de los reyes, reinas y nobles de Tebas no tenían piedra lo bastante dura y los muros se enlucían y pintaban.

Como es lógico, antes de pintar o de tallar los relieves, se dibujaba la escena. Una vez que el arquitecto de la tumba daba las dimensiones correctas y los detalles técnicos, el Maestro artista trazaba a escala los dibujos de las escenas con que se decorarían los muros. Esas trazas se sometían a la aprobación del comitente, quien quizá introducía algunos cambios. De inmediato se preparaban las paredes; algunas tumbas tenían muros de roca natural y, en este caso, había que rellenar los huecos con mortero para después revestir las paredes con enlucido o estuco. En otras tumbas, se hacían los muros de arcilla mezclada con paja y se aplicaban varias capas de enlucido.

Una vez lista la superficie lisa de enlucido sobre la que se trabajaría, el Maestro copiaba los dibujos a escala; para ello, primero se utilizaba una cuadrícula y gracias a esto el conjunto se podía agrandar según lo necesario, sin que hubiera cambios en la proporción de las figuras; la cuadrícula, elaborada según



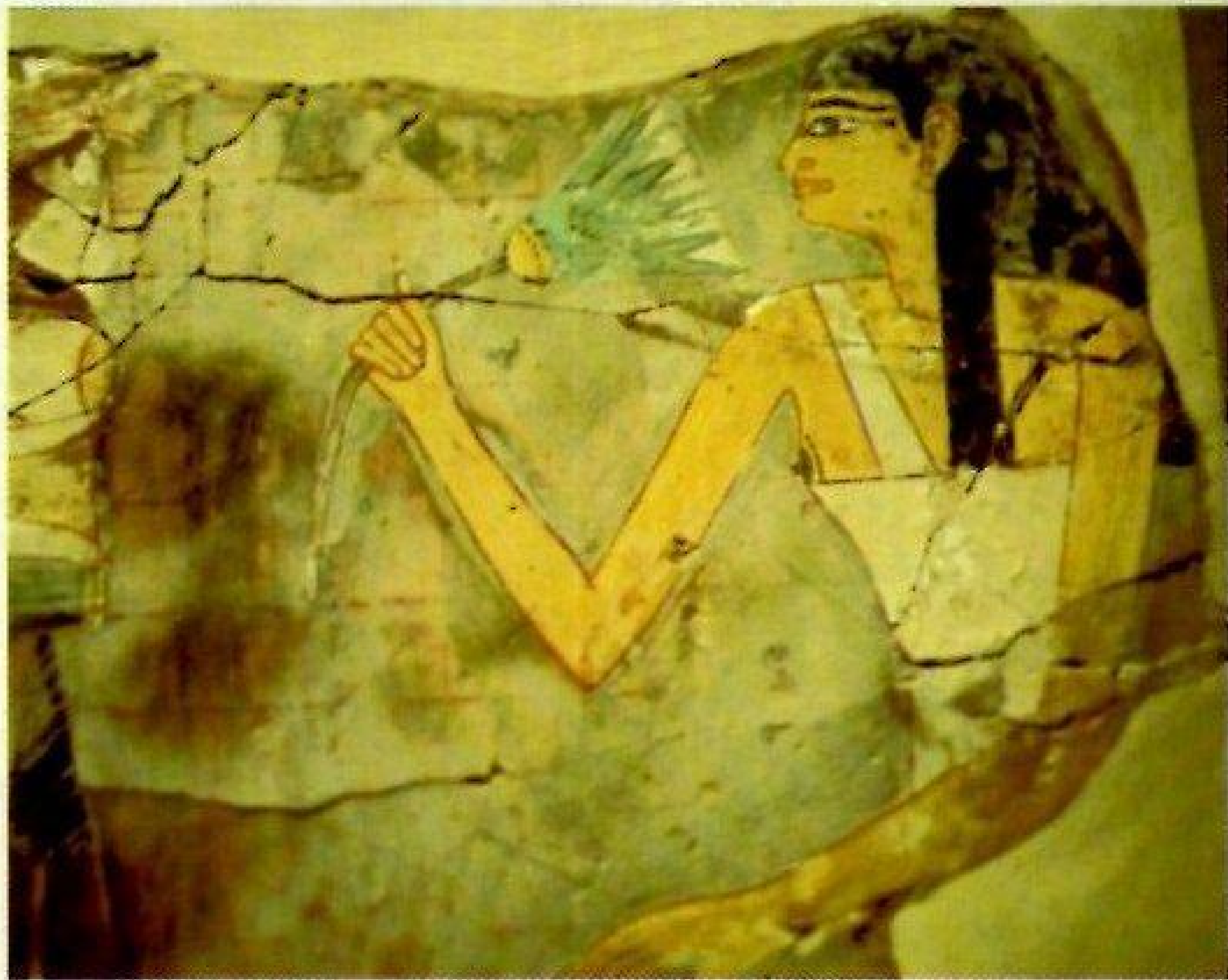
Detalle de la importante pintura del techo de la sala del sarcófago de la tumba del faraón Seti I. Presenta la marcha del sol durante la noche. Aquí se ven el cocodrilo y la diosa hipopótamo Tauert.

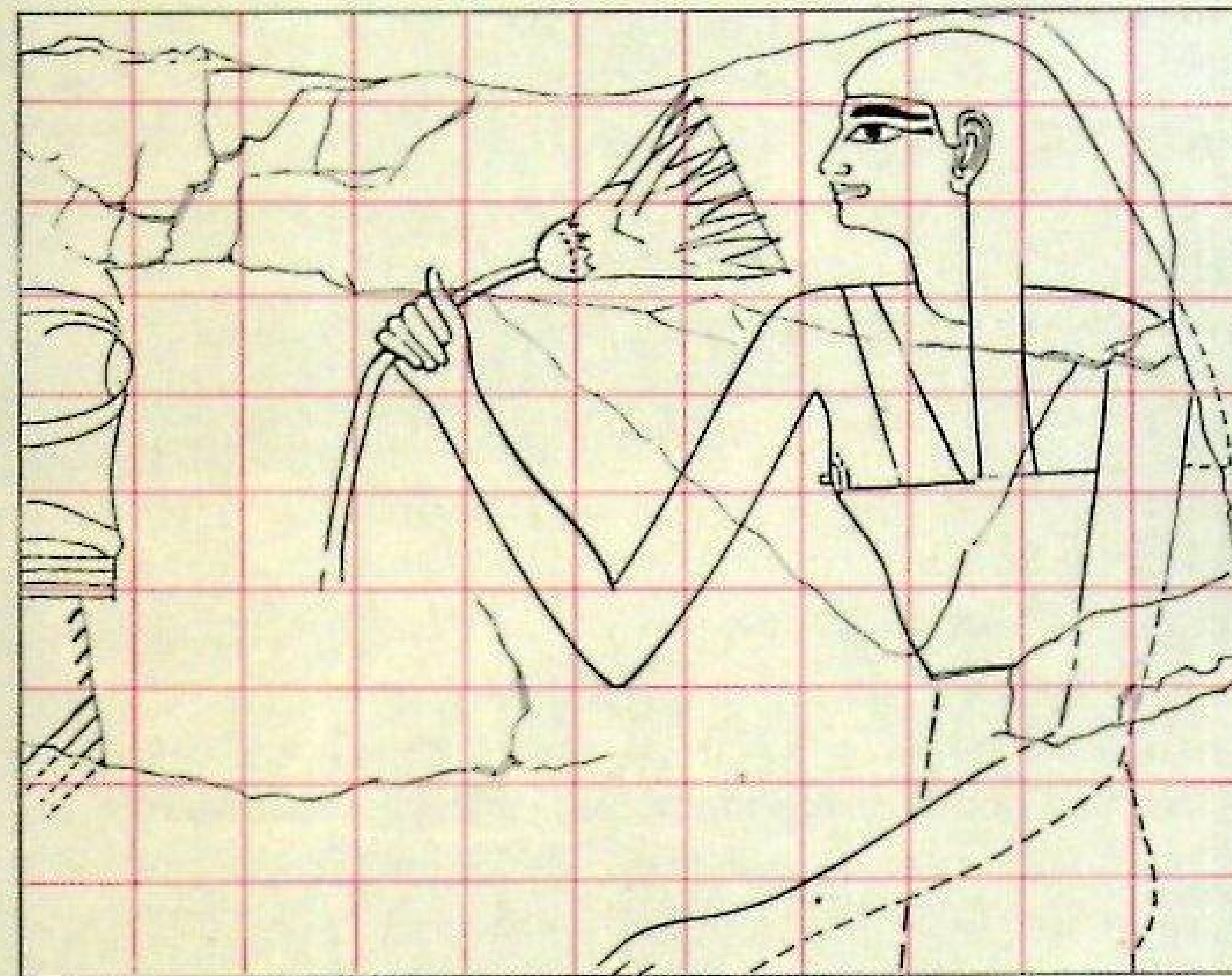
principios tradicionales y respetada con cuidado, facilitaba el trazado de los dibujos en la pared. Una vez que el Maestro había transportado los dibujos, con tinta negra o roja, sus ayudantes completaban el trabajo bajo la supervisión estricta de su jefe. No había oportunidades para el individualismo ni para la originalidad ya que, como hemos dicho, se respetaban rígidamente unos cánones fijos. A continuación llegaba la etapa de la pintura; se disolvían los colores en agua y se aplicaban mezclados con una sustancia semejante a la cola. Es probable que al final se diese un acabado fijador, quizá con cera de abejas.

En el caso del bajo relieve y del relieve hundido, el proceso no variaba demasiado. Una vez nivelada la superficie y transportados los dibujos a las paredes, empezaba la talla. El relieve hundido –por lo común empleado en muros exteriores sujetos a la acción de la intemperie– se hacía recortando las siluetas de las figuras para dejar un hueco profundo en la pared y después se superponían los detalles sobre la forma básica. En el caso del bajo relieve, la superficie de fondo se rebajaba para dejar las figuras destacadas a medias del nivel de la pared.

A pesar de todos los datos conocidos, persiste un interrogante: ¿cómo se iluminaban las tumbas para que los artistas pudieran hacer su complejo trabajo? La luz que proviniera de la entrada debía ser insuficiente y las lámparas que existían en esos tiempos tenían que resultar pobres; antorchas y teas, de las que se usaban para iluminar los templos y tal vez los palacios, habrían dejado huellas de humo en las paredes y techos de las tumbas y no las hay. Hoy suelen utilizarse grandes espejos para iluminar las tumbas, pero aún no hay respuesta para el problema de cómo se alumbraron en la antigüedad.

Al analizar las técnicas empleadas por los egipcios, siempre enfrentamos el enigma de cómo, con la limitada variedad de herramientas e instrumentos con que contaban, pudieron llegar a tan altos niveles de ejecución. Esto ocurre tanto en la escultura como en la pintura. En la estatuaria se usaron varios materiales: madera, marfil, pizarra, oro, faenza y algunos tipos de piedra; las duras, como la diorita y el pórfido, se tallaban sin dificultad, aunque parece que los artistas disponían tan sólo de herramientas de cobre con mangos de madera. El equipo del escultor consistía en cinceles, hachas pequeñas, taladros, picos y sierras. Se plantearon distintas hipótesis acerca de la forma en que los egipcios cortaban la piedra, tanto para la estatuaria como para la construcción, pero no se ha elaborado ninguna teoría convincente que explique los problemas técnicos. Para pulir la piedra se recurría a la abrasión, un proceso duro pero de resultados espectaculares.





Pintura mural de una tumba de la Dinastía XII; muestra una mujer con una flor de loto. La técnica de la cuadrícula se ilustra en el dibujo *(derecha)*. En los puntos de la pared en que la pintura se ha caído, son visibles las líneas rojas de la cuadrícula con que trabajó el artista.

Para hacer una estatua, se cuadraba un bloque de piedra y sobre un lado y el frente se dibujaba con tinta el contorno de la figura. Este contorno se tallaba en los dos planos; el cincel desbastaba la figura y después comenzaba el trabajo de detalle.

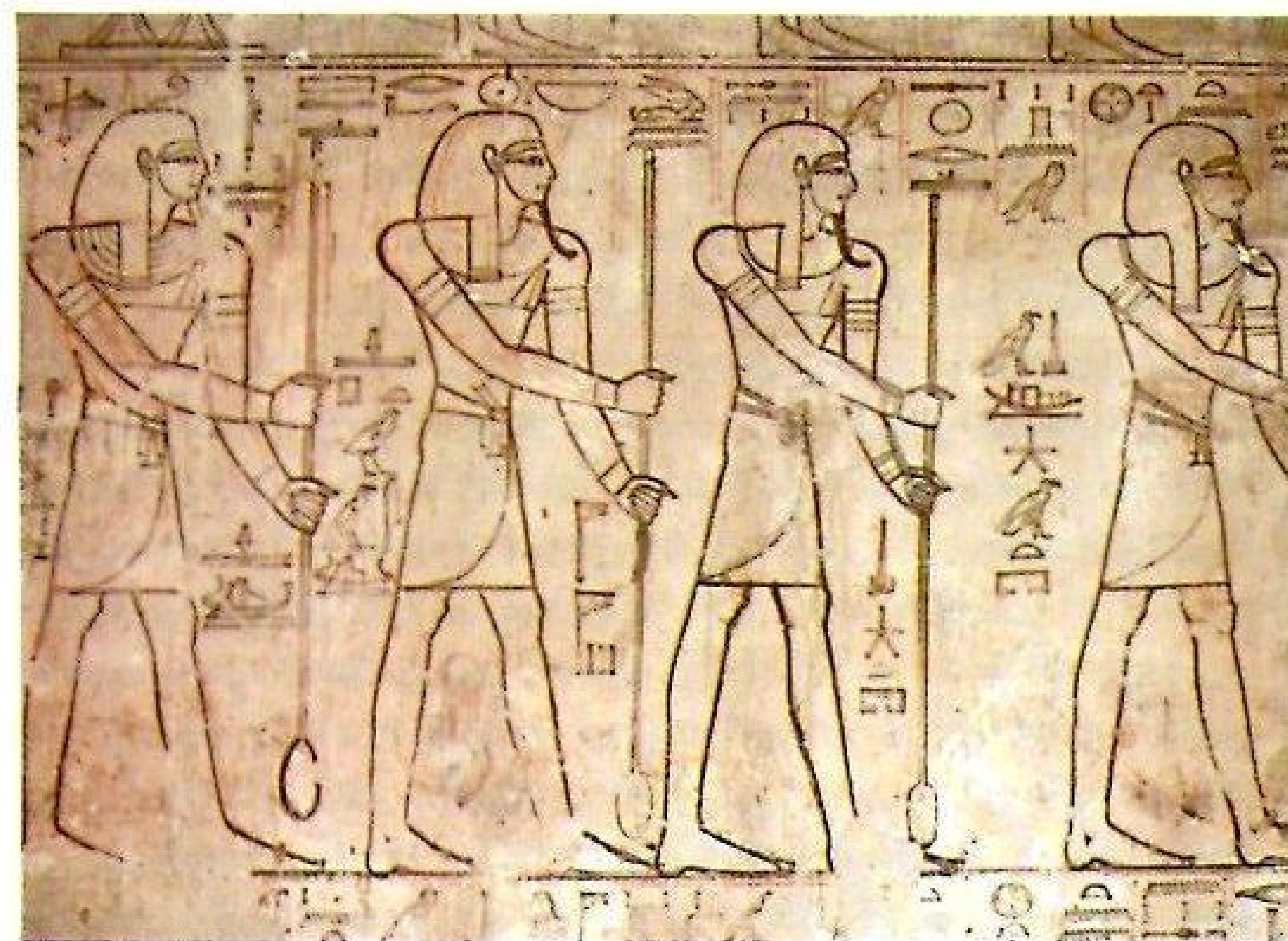
Período Amarna. Es necesario analizar por separado el arte de esta época, porque presenta una ruptura –la única significativa– en la historia del arte egipcio. Como hemos señalado, religión y arte están entrelazadas. Cuando Amenofis IV introdujo nuevas creencias e ideas religiosas, cambió su nombre por el de Akhenatón y estableció una religión monoteísta, simbolizada por el Atón o disco del sol, quebrantó las convenciones impuestas en el arte de Egipto durante siglos. Construyó su nueva capital, Akhetatón, en un sitio en que antes no había ningún centro poblado; ese lugar es la actual Tell el-Amarna, de cuyo nombre se tomó la denominación del período histórico y del estilo del arte en esta etapa.

Las creencias de Akhenatón se relacionaban con el concepto de *maat*, que se puede traducir aproximadamente con la palabra «verdad». Mientras los anteriores faraones, sus familiares y los nobles, o los que tenían medios bastantes para comprar el privilegio, se hacían retratar en los muros de sus tumbas y en los monumentos con un físico perfecto e idealizado, el nuevo faraón dio otro ejemplo: hizo que lo representaran con sus deformidades físicas, incluso es probable que esas deformidades fuesen acentuadas aposta, porque también se muestra a los integrantes de la familia real con miembros contrahechos y malformaciones craneanas y, en algunos casos, es difícil determinar si se trata de retratos realistas, o si las deformidades del rey se habían convertido en una «forma artística», que se aplicaba a voluntad en otras figuras.

En la estatuaria real de Amarna se advierten de inmediato dos cambios. Primero, los miembros de la familia real por lo común muestran esas características físicas peculiares (aunque algunas esculturas no tienen las formas más exageradas) y segundo, las posturas tradicionales de las figuras faraónicas son menos rígidas, hasta el punto de que, tanto en estatuas como en relieves, se abren las puertas de la vida privada de palacio y Akhenatón y su familia aparecen en escenas privadas, donde el rey besa a una hija, la pareja real abraza a sus niños o toda la familia está comiendo.

La gran cantidad de estatuas privadas que antes se ponían en tumbas y templos ya no existe en el período de Amarna. Las estatuas de las divinidades del Estado, hasta entonces elemento fundamental de adoración en el templo, se sustituyen por las representaciones de Atón, el disco solar del que bajan rayos terminados en manos, que simbolizan la gracia otorga-

Boceto inacabado de la tumba de Amenofis II. El dibujo básico se terminó pero nunca se pintó.



da a la familia real por el poder divino y, a través de Akhenatón, al pueblo egipcio. Hay que señalar que esta representación del Atón aparece antes y después del período de Amarna, en el respaldo del trono de madera dorada de Tutankamón y también en la tumba de Ramose, cuya decoración es un puente entre el período de Amarna y el del reino de Amenofis III, inmediatamente anterior.

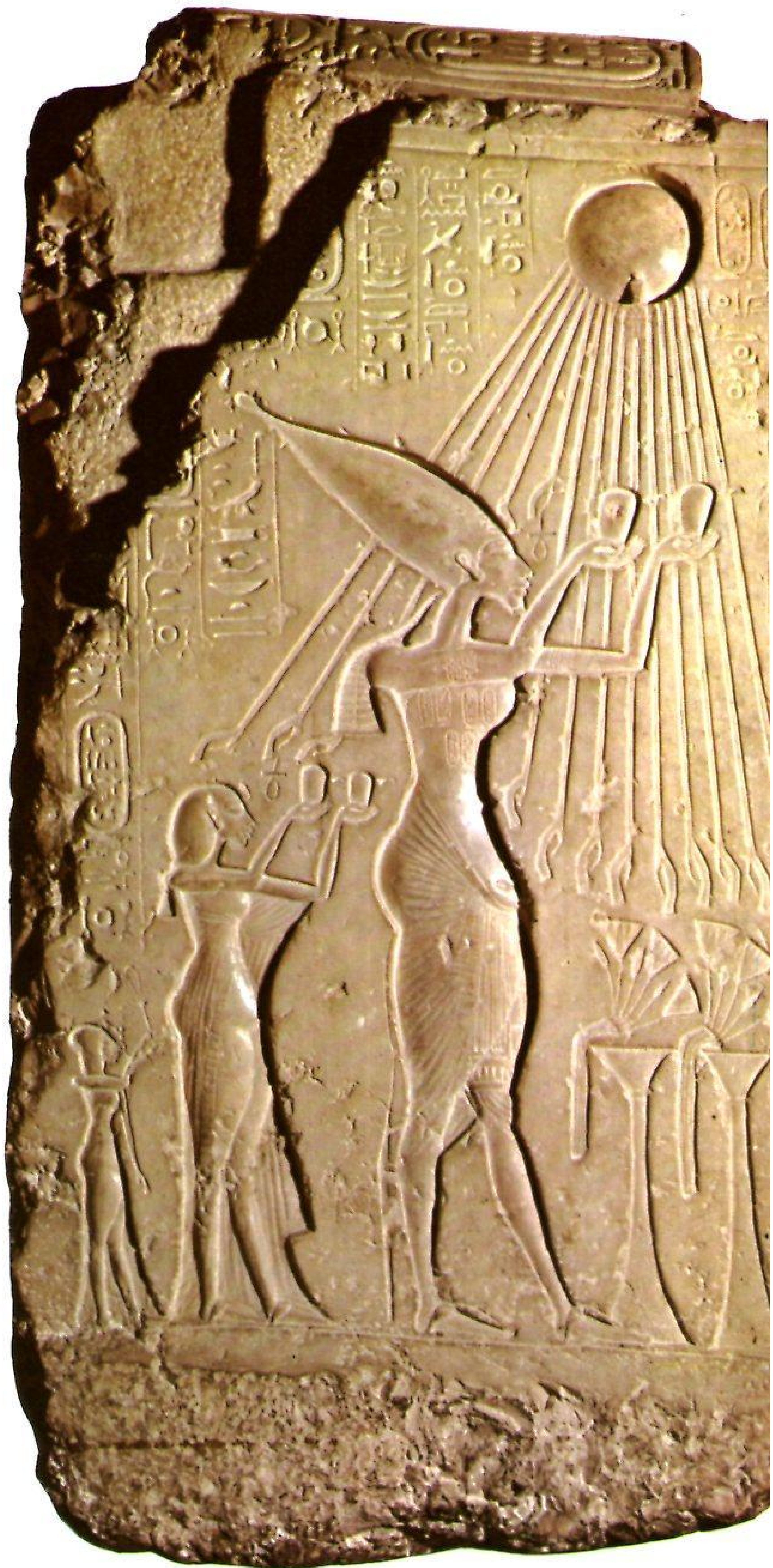
El arte funerario, asimismo, pasó por cambios radicales. Las tumbas de Amarna, destinadas a la familia real y a los nobles que la seguían y servían, son distintas de las tebanas, por ejemplo. Ya no se pinta en las paredes la vida que el noble egipcio espera disfrutar tras la muerte, sino que se muestran acontecimientos de su carrera, en los que se subraya el papel desempeñado por el rey en su vida y sus progresos. Esto reflejaba la doctrina de Akhenatón, en la que se afirmaba que sólo el faraón, como hijo de la divinidad, podía ser el intermediario entre Atón y el pueblo; también nos indica que era mucho menor la importancia adjudicada a la vida de ultratumba y a las creencias funerarias asociadas, que habían sido rasgos capitales del culto de Osiris. En las tumbas de Amarna, ya no aparecen los personajes en la disposición horizontal tradicionalista. Sin embargo, se conserva la idea básica de representar la figura humana parcialmente de perfil.

Aún se usaba la pintura en las tumbas, los templos, los palacios y la estatuaria, pero el artista tenía ocasión de experimentar con mayor libertad la aplicación del color y mezclaba los pigmentos para apartarse de los tonos planos, primarios, que se empleaban antes. Los temas incluían detalles observados en el paisaje circundante –pájaros que remontan el vuelo y matas de papiro– y pintados con tonos pastel delicados. Un mural de un palacio de Amarna muestra a dos pequeñas princesas (originalmente dentro de una escena familiar mayor) con sus característicos muslos y caderas redondos y cráneos alargados.

Durante el interludio de Amarna, también hubo cambios considerables en la finalidad y estructura del templo. En Tebas, en el templo construido por Akhenatón (destruido más tarde, pero del que se conservan miles de bloques de piedra), los relieves simbolizaban el culto de Atón.

¿Qué pasaba con el artista, que habrá florecido en ese medio al que se viera trasladado? En Akhetatón sin duda habrá gozado de una libertad que nunca antes había tenido en otras capitales. Es probable que recibiese instrucciones directamente del rey –aquel joven extraño de ideas revolucionarias–, pero por primera vez tenía permiso oficial para experimentar. Se le pedía que ignorara los cánones religiosos estrictos que limitaron a su padre y que basara su obra en el concepto de *maat*.

Es evidente que los artistas de Akhetatón alcanzaron un nivel muy alto, tanto en la pintura como en la escultura. Quizá esto es visible, más que en ninguna otra obra, en el famoso retrato de Nefertiti, hecho en caliza y encontrado en el taller del escultor Tutmose. La cabeza esculpida está revestida de enlucido y después pintada, exceptuados la cuenca de los ojos y los extremos de los hombros; los colores y el mode-



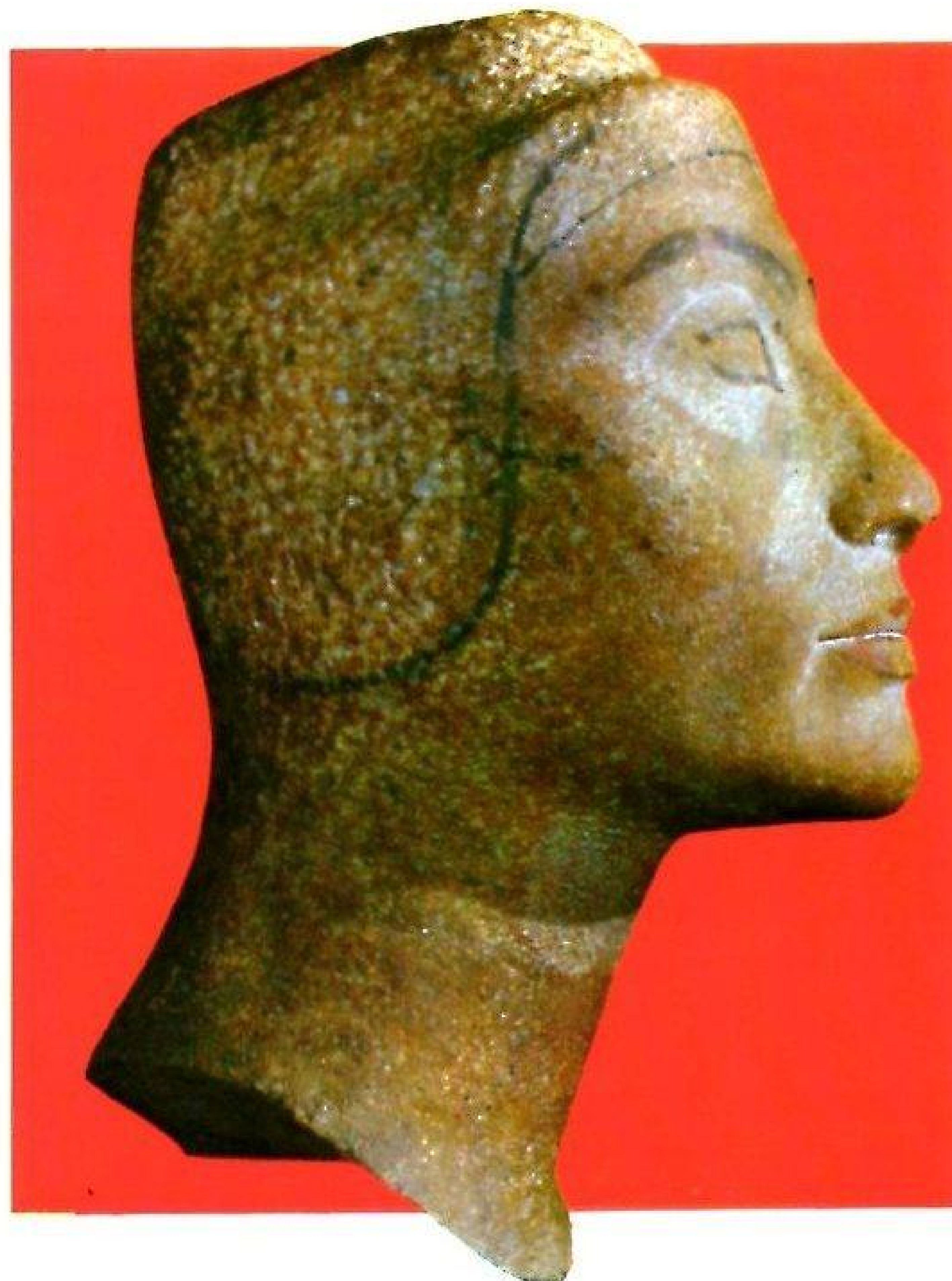
Akhenatón y su familia, de un relieve de Tell el-Amarna. Detrás del faraón está su mujer, Nefertiti, y detrás de ella, Meritatón. La escena representa la adoración del sol.



Cabeza de un rey, probablemente Smekhare, cofaraón de Akhenatón en los últimos años de éste. El retrato realista de un individuo más que de un tipo es clásico del arte de Amarna.



La reina Tiyi, madre del faraón herético Akhenatón. *Abajo:* Una cabeza inacabada de Nefertiti, mujer de Akhenatón. Ambas piezas muestran el realismo elaborado del arte de Amarna.



lado fino de las facciones crean un ejemplo soberbio de artesanía, que carece de los elementos exagerados del arte de este período. Otras piezas sin terminar, que también representaban a esta reina, dan testimonio de la belleza de Nefertiti y de la gran habilidad del artista.

Los de Amarna no son artistas totalmente anónimos, pues conocemos los nombres de algunos: Bek, Iuty, el ya mencionado Tutmose. También se comprueba que los talleres tenían cierto grado de independencia y estaban bajo el control directo del propio artista maestro. En Egipto se habían establecido artistas cretenses, huidos de su tierra cuando la catástrofe cayó sobre ellos, en tiempos del faraón anterior Amenofis III; sin duda continuaron ejerciendo su influencia sobre las formas artísticas que se desarrollaban en la nueva capital, Akhetatón, donde bien pudieron asentarse.

En el arte de Amarna hay un intento consciente de romper con las ideas tradicionales. Para algunos, estas formas de arte tienen un aspecto grotesco y repulsivo, que lleva esa ruptura con la tradición hasta extremos de una fealdad destruc-

tora de la «perfección» del arte canónico. Para otros, el arte expresa libertad y originalidad, las escenas familiares son entrañables y este intermedio se ve, en la extensa historia de Egipto, como la cima de la habilidad artística creativa.

Hasta el fin de la civilización egipcia, cuando la mayor parte de las formas artísticas habían cambiado bajo la presión de las nuevas ideas, sólo los templos permanecieron casi idénticos a los de las épocas arcaicas. En la era grecorromana se construyeron templos nuevos y el diseño general de esos edificios y el estilo de sus relieves murales era semejante al que se respetaba en el Reino Nuevo. Las figuras de los relieves son más voluptuosas y, quizá, algo más bastas que las muy estilizadas de los edificios imperiales pero, diseñadas para la eternidad, aún dan testimonio de la gloria y el poder de los dioses de Egipto y de la perdurable majestad del faraón, hijo de la divinidad.

Religión

Para el lector medio, las creencias religiosas de los antiguos egipcios pueden ser uno de los aspectos más desconcertantes de esta vieja cultura. Una diversidad de doctrinas y un vastísimo panteón de divinidades siembran la confusión en un tema que, desde la época clásica hasta el presente, inspiró muchas especulaciones y análisis eruditos. En este capítulo no se dará más que un muy breve resumen de algunos de los elementos más básicos de esa religión, para mostrar de qué modo explicaron los egipcios la existencia del universo, la suya propia y la vida de ultratumba.

Multiplicidad de dioses. La religión era una fuerza unificadora de la vida egipcia; al par que la muerte, fue una de las preocupaciones mayores de su sociedad, que afectó tanto a los reyes como a los súbditos humildes y, también, cada uno de los aspectos de sus vidas. La religión egipcia nunca se convirtió en un culto oficial vacío, porque cada individuo valoraba su relación personal con los dioses. La larga franja de tierras cultivadas extendida a ambos lados del Nilo resultaba geográficamente muy difícil de gobernar. No obstante, a través de los siglos y a pesar de los desastres e invasiones, Egipto se mantuvo como un Estado, regido durante la mayor parte de ese prolongado lapso por un monarca supremo, al que se consideraba hijo de la divinidad. Hacia el fin de esta civilización, tras una sucesión de gobernantes extranjeros, Egipto conservaba sus creencias religiosas y, hasta cierto punto, las impuso a sus invasores. La religión fue la piedra angular de la civilización egipcia.

El observador poco avisado podría pensar que los egipcios adoraban a un número enorme de divinidades. La deificación de criaturas vivas –vacas, cocodrilos, carneros, perros, leonas, ibis, monos, toros, buitres, serpientes, halcones y muchos otros– era un lugar común y el culto a los animales conservó su arraigo desde la época arcaica hasta la grecorromana; incluso se



Maat, diosa de la verdad, adornada con su pluma distintiva, símbolo de la justicia. Recibe la adoración de Ramsés VI, cuya mano aparece a la derecha. La pintura está en la tumba de Ramsés VI, en el Valle de los Reyes.

veneraron objetos y formas vegetales. Para otros pueblos del mundo antiguo la adoración de los animales fue una característica de Egipto y, por cierto, nada chocante. También hubo dioses antropomórficos, algunos con formas momificadas, y muchos de los modelos de esas divinidades son tan semejantes entre sí que sólo se identifican por los símbolos que a menudo llevan sobre la cabeza y por las cualidades que se les atribuyen.

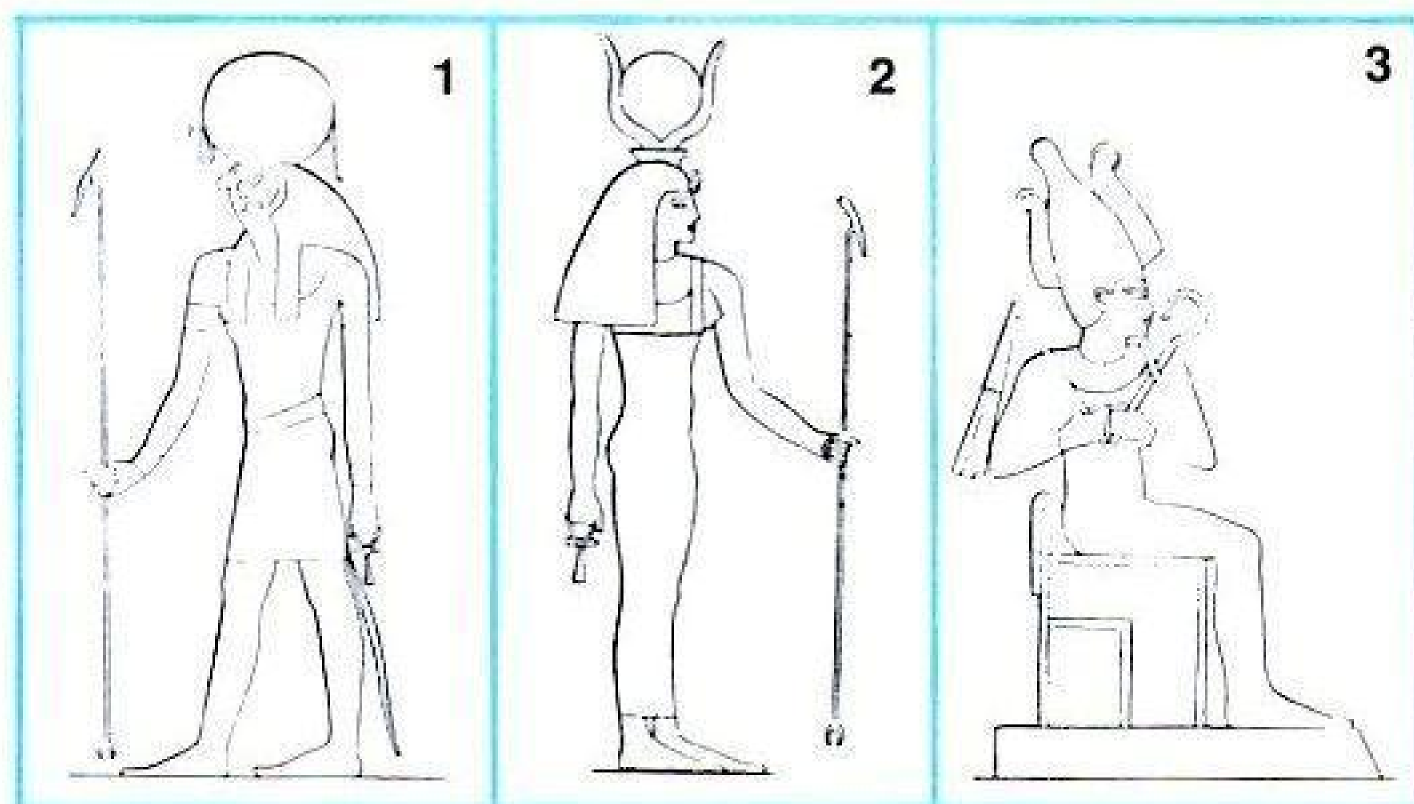
Las funciones de las divinidades eran tan variadas como su aspecto. Esas funciones solían superponerse o intercambiarse, a través de un proceso de sincretismo, presente en todo el transcurso de la historia de Egipto.

Para simplificar el tema, de un modo muy general, podemos dividir a los dioses en dos categorías principales. En el primer grupo están las deidades locales y del Estado, protagonistas de leyendas y mitos y, por lo común, adorados en templos dedicados a ellos. Los dioses locales tenían un gran poder en sus regiones desde tiempos arcaicos, pero raramente adquirieron importancia nacional. Con frecuencia se trataba de animales deificados, como Bastet, la diosa gato, cuyo centro estaba en Bubastis, donde cientos de figuras felinas de bronce estaban dedicadas a ella, y Sobek, el dios cocodrilo, cuyo culto se centraba en Cocodrilópolis, ciudad de El Fayum, y también en Kom Ombo.

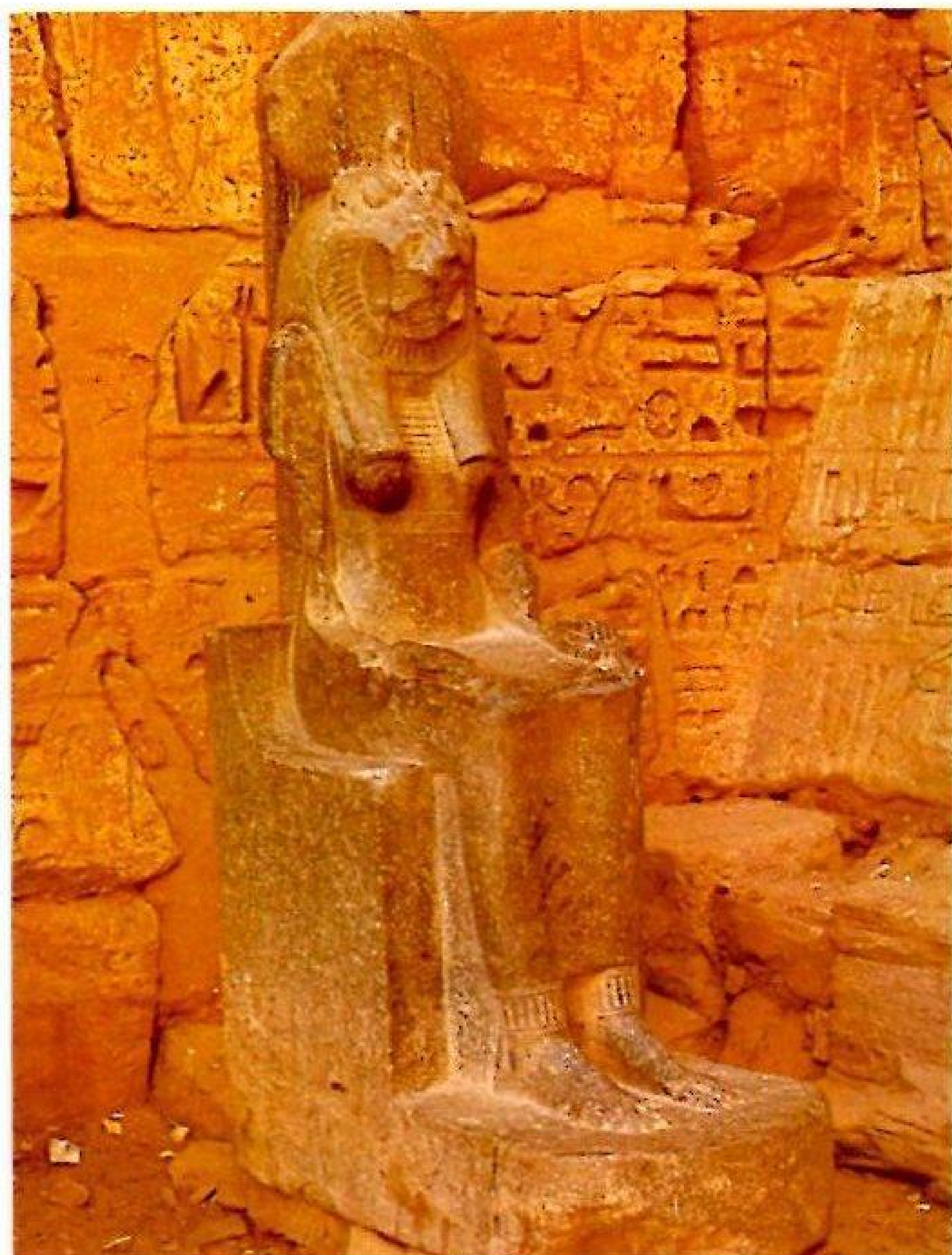
De las filas de las divinidades locales surgen los grandes dioses del Estado. En su origen, cada localidad había adorado a un dios o grupo de dioses particular y, cuando el jefe tribal del lugar conseguía transformarse en gobernante del país, era lógico que su dios local, que así bendecía sus ambiciones, resultara elevado a la categoría de dios del Estado. Sin embargo, con la excepción del período de Amarna, los grandes dioses nunca fueron excluyentes sino que toleraron la existencia de otras divinidades. Ésta es una de las razones por las que el panteón egipcio es tan amplio, ya que ningún dios quedó nunca enteramente eliminado y, por el contrario, los atributos de dos deidades muchas veces se unían bajo el nombre de una sola.

El primero que recibió la aprobación de los faraones y la aceptación general fue el dios sol Re, algo nada sorprendente en una tierra en que ese «dios» es siempre visible en el cielo. Re inició su marcha firme hacia el poder en tiempos muy antiguos, en la época de la Dinastía II, cuando se lo asoció estrechamente con el rey. Las pirámides construidas a lo largo del Reino Antiguo se conectan con esta creencia y, hacia la Dinastía V, Re se había convertido en el principal dios del Estado. Se aplicó al faraón el epíteto de «hijo de Re» y se creía que tras la muerte, sólo el rey se unía a su padre divino en el cielo. Con la caída del poder real a fines del Reino Antiguo y en los agitados años subsiguientes del Primer Período Intermedio, el poder supremo de Re se quebrantó para siempre. A mediados del Reino Medio, llegaría como reemplazo el culto del popular dios Osiris, que prometía una vida para todos en el más allá, aunque Re conservaba su poder oficial. En el Reino Nuevo, Re se unió a Amón, nuevo dios del Estado, bajo el nombre de Amón Re. El centro del culto de Re fue una de las ciudades más importantes del Reino Antiguo, Heliópolis, que hoy es un elegante barrio periférico de El Cairo.

Amón es un ejemplo notable de la rápida ascensión a la gloria protagonizada por un dios provinciano; en su origen era una deidad oscura, adorada en la comarca de Tebas, pero se convirtió en una de las divinidades egipcias más famosas y, por cierto, en la más rica. Los faraones de este período establecieron una amenaza virtual para la supremacía de sus sucesores, porque los otros cultos tuvieron envidia del de Amón, y no pasaría mucho tiempo antes de que los sacerdotes del dios se transformaran en un peligro para los mismos faraones cuyos antepasados dieron vía libre al poderío de este dios. Es probable que fuera éste uno de los motivos que obligaron a Amenofis III y, en mayor medida, a Akhenatón a dispersar al grupo sacerdotal y a introducir una nueva forma de culto. Una vez más, en las dinastías posteriores, los



Estatua de Sekhmet, en granito negro; esta diosa con cabeza de león representa el desierto y la destrucción y es la protectora del rey; del templo de Ramsés III en Medinet Habu.



intereses de faraones y sacerdotes de Amón entraron en conflicto.

El segundo gran grupo de dioses fue el de las divinidades del pueblo, o sea las «domésticas», que protegían a los pobres y recibían culto en los hogares humildes. Estas deidades no tenían templos propios ni espacio en las doctrinas religiosas, pero a ellas iban las plegarias del pueblo, antes que a los remotos dioses del Estado; adoptaron una gran cantidad de formas e incluso se llegó a deificar a los reyes muertos o a los funcionarios de grandes méritos, como Imhotep, el arquitecto de la primera pirámide de piedra y más tarde dios de la salud. Sin embargo, las dos deidades más populares en el grupo de dioses menores fueron el deforme, hogareño y feo enano Bes, dios del matrimonio, portador de alegría y protector ante los males, y la diosa Tauert, que simbolizaba la fecundidad y presidía los partos. Representada como una hembra de hipopótamo preñada, Tauert está presente en innumerables amuletos, sin duda llevados por mujeres de todas las clases sociales.

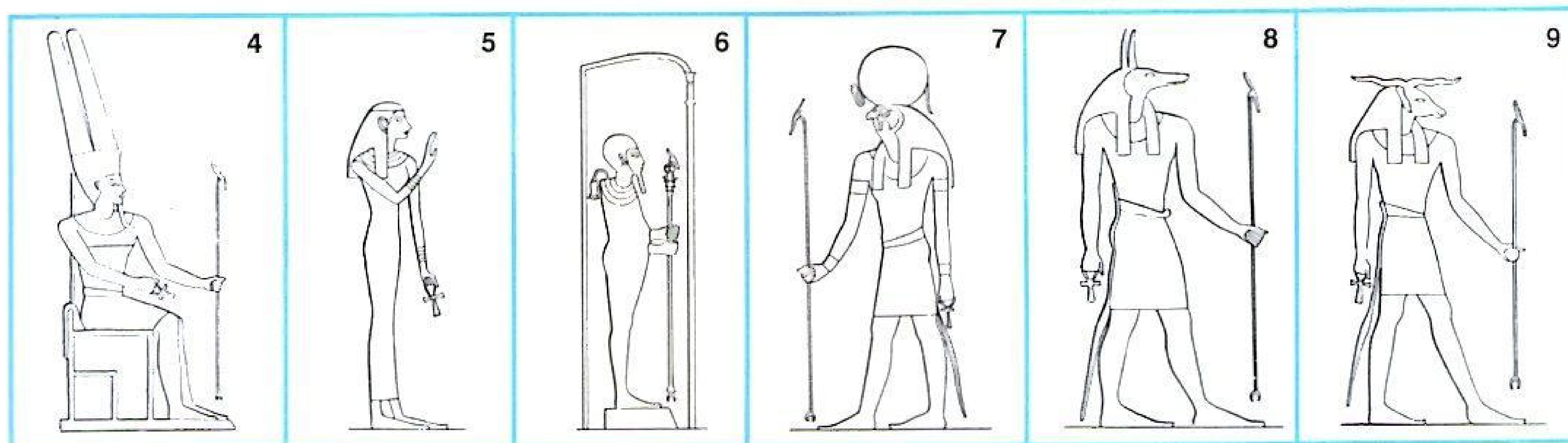
Isis y Osiris. Con todo, sólo un dios ganó un lugar en el corazón de todos los egipcios, ejerció una influencia considerable en la religión del Estado y en las creencias funerarias y otros pueblos lo adoptaron como divinidad, junto a su mujer: Osiris, dios de la vegetación, juez del otro mundo y rey de los muertos. Hay varias versiones del mito de Osiris, entre ellas la que nos transmitió el escritor griego Plutarco. Se creía que Osiris había sido originalmente un rey humano, que estableció el orden y llevó la civilización a su pueblo. El mito nos habla de este rey, de su asesino, su celoso y malvado hermano Seth, y de Isis, su fiel esposa y madre de su hijo Horus, concebido póstumamente. Horus luchó contra Seth y vengó la muerte de su padre. Por último, Osiris volvió a la vida, no como rey humano sino como rey de los muertos y juez de los infiernos. Varios elementos significativos aparecen en este relato: el sufrimiento, la destrucción y el triunfo final de un hombre bueno, la derrota definitiva de su perverso contrincante, la devoción de la esposa y del hijo de Osiris, el juicio de los muertos con la promesa de la recompensa eterna. La similitud con ciertos aspectos de la fe cristiana es evidente.

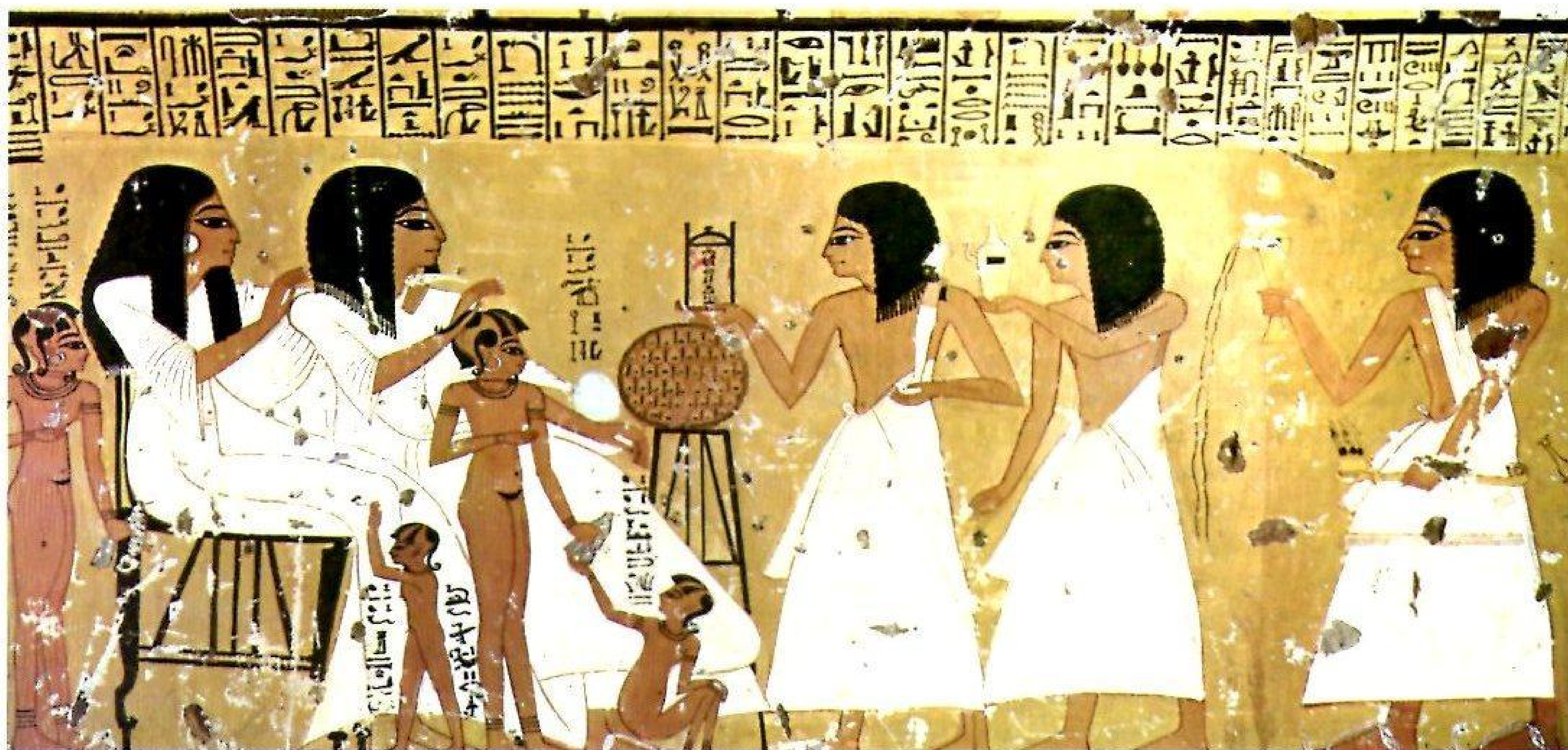
Osiris era también un dios de la vegetación, lo que quizá haya sido su papel original; encarnaba el proceso anual de



Estatua del dios doméstico Bes. Se representaba con el aspecto de un enano feo; era muy popular, sobre todo entre la gente humilde, por su carácter de divinidad del matrimonio y la felicidad hogareña.

Dibujos de algunos dioses egipcios. *De izquierda a derecha:* 1 y 7, el dios-sol Re. 2, Hathor, diosa de la danza y de la música. 3, Osiris, dios del mundo subterráneo. 4, Amón Re, el gran dios del Estado y dios principal del Reino Nuevo. 5, Isis, diosa madre y esposa de Osiris. 6, Ptah, dios de los artistas. 8, Anubis, dios del embalsamamiento. 9, Khnum, dios de los alfareros.





Pintura mural funeraria de una tumba de Deir el-Medineh, Tebas. La difunta *(izquierda)* acepta las ofrendas de sus familiares.

renovación de la tierra, como símbolo del renacimiento de Egipto después de cada creciente del Nilo. Su resurrección como rey de los muertos y su resurgimiento como dios del mundo vegetal estaban estrechamente relacionados.

¿Qué podía ofrecer Osiris a sus seguidores que no pudieran ofrecerles otros dioses? Como rey humano, había tenido la experiencia de la muerte y había triunfado sobre ella, por lo que podía asegurar a sus fieles una vida eterna y el renacimiento continuo de Egipto. Su atractivo fue irresistible y, poco a poco, reemplazó a los otros dioses en las predilecciones del faraón y del pueblo. Hacia el fin del Reino Antiguo, su culto aumentaba en popularidad y para la época del Primer Período Intermedio había sustituido a Re. Se creía que, tras la muerte, todos los reyes se convertían en un Osiris, en tanto que el soberano vivo, su sucesor, era la personificación de Horus, el hijo de la divinidad. No sólo los reyes recibían la promesa de una vida eterna; en tiempos del Reino Medio, todo egipcio que adoraba a este dios tenía la expectativa de convertirse en un «Osiris» y de disfrutar en adelante de ese privilegio.

El culto de Osiris afectó hondamente a los egipcios. Aunque no tuvo una única ciudad propia, sus centros principales fueron Busiris y Abidos. Todos los fieles anhelaban peregrinar a uno de ellos, al menos una vez en la vida. Tampoco tuvo el dios un centro propio. Se lo adoraba en los templos de otros dioses, aunque es probable que jamás se le dedicaran los mismos ritos cumplidos para esas otras deidades. Sin embargo, si hubo un dios que tuviera un reconocimiento general en todo Egipto, fue precisamente Osiris, y su veneración incluía rituales en los templos, cultos funerarios y preceptos morales. En forma semejante, su consorte, Isis, ejemplo perfecto de esposa devota y madre amante, gozó de una amplia devoción hasta la época romana. Por su parte, Seth se convirtió en el símbolo de la maldad.

No faltaron los intentos reiterados de simplificar la estructura del panteón egipcio. Para ello, se agrupó a los dioses en tríadas –que por lo común representaban unidades familiares de padre, madre e hijo– o en enéadas, grupos de nueve dioses que estaban asociados con un centro religioso o ciudad particular. La primera enéada se originó en Heliópolis; en otros sitios se formaron otros grupos y la denominación «enéada» se les aplicó aunque el total a veces no sumara nueve.

La idea que tenía el egipcio de la creación y de lo que había en el más allá determinó profundamente su actitud ante todos los aspectos de la vida. Se creía que en los remotos tiempos de tinieblas y caos no existían leyes ni instituciones; pero, cuando se produjo la creación física de la tierra, del hombre y de los dioses, en la denominada «Primera Ocasión», surgieron conceptos como ley, religión, ética y realeza, cuyos principios quedaron establecidos para la eternidad. Así nacieron todos los elementos requeridos para asegurar una sociedad estable. Para la mente egipcia no existían los cambios; el universo se regía por los principios sentados en tiempos primitivos. Los egipcios no cuestionaban las creencias heredadas, no querían que se alterara su sociedad. A través de toda su historia, su principal objetivo fue emular las condiciones que, según creían, existieron en los albores de la creación.

Los egipcios, en este sentido, eran muy distintos de nosotros, que aceptamos la idea de una sociedad siempre cambiante, con nuevos conjuntos de valores, nuevas soluciones para problemas nuevos y progresos en muchos aspectos del saber. No es sorprendente que sostuvieran esas creencias, porque su entorno –la sucesión de las estaciones del año, que es tan visible en Egipto– tiene que haberles sugerido que la vida era un proceso cí-

clico, cuyo ritmo se había establecido en épocas arcaicas y nunca cambiaría. No es sorprendente, pues, que estas ideas configuraran una sociedad estable durante tantos siglos.

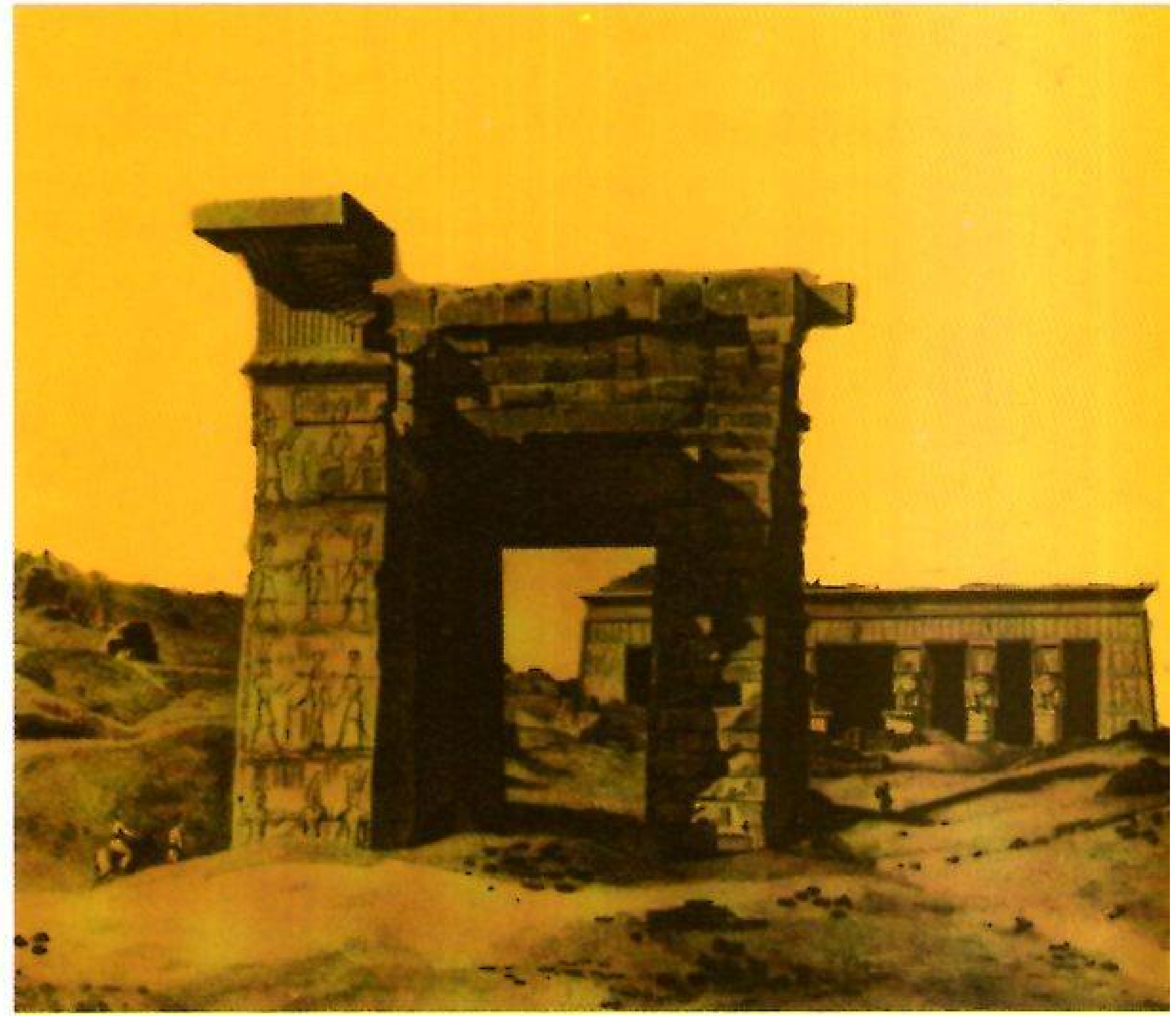
En el curso de su historia, los egipcios soportaron hambre, desastres, invasiones, la caída de un orden establecido, tanto religioso y social como económico; a pesar de todo esto, jamás abandonaron a sus dioses nativos. Cuando los desastres agobiaron al país, en general se creyó que esa decadencia nacía de haber descuidado a los dioses y de haber abandonado los principios de los antepasados. En un nivel personal, la enfermedad de cuerpo y de alma se veía como el resultado de la impiedad y, se pensaba, el arrepentimiento de los pecados devolvía la salud al enfermo. Hasta el fin mismo de su historia, la creencia en sus dioses dio a los egipcios el sentimiento de la unidad nacional y, hasta la aparición del cristianismo, les ayudó a conservar su conciencia exclusiva de egipcios, a lo largo de las distintas etapas de ocupación extranjera.

Moradas de los dioses. El templo del dios, ya fuese una deidad estatal o local, se conocía bajo el nombre de *hwt-ntr* o sea «mansión del dios», porque ésa era su función primordial, ser la morada de la divinidad.

Los templos nunca fueron centros de adoración comunitaria habitual, pero desempeñaron un papel importante en la vida social, económica y administrativa de los egipcios: su influencia inmediata fue más secular que religiosa. Eran dueños de grandes propiedades y empleaban mucho personal; además, el rey les entregaba enormes riquezas –les donaba gran parte del botín de las campañas militares, para dar las gracias por la protección divina–, en particular al templo de Amón en Karnak, en tiempos del Reino Nuevo. Sumados a los de este origen, tuvieron otros ingresos provenientes de los impuestos que debían pagar las provincias y algunas de las minas de oro; por otra parte, los recursos de los templos estaban protegidos por decretos reales. En Egipto no se usó el dinero hasta fines del Período Tardío y por ello los templos recibían sus rentas en especie (cereales, aceite, cerveza, vino, metales y otros productos). Para esto era necesario un complejo sistema administrativo, con muchos funcionarios que registraban los ingresos y gastos del templo; también se necesitaban depósitos amplios para almacenar los bienes.

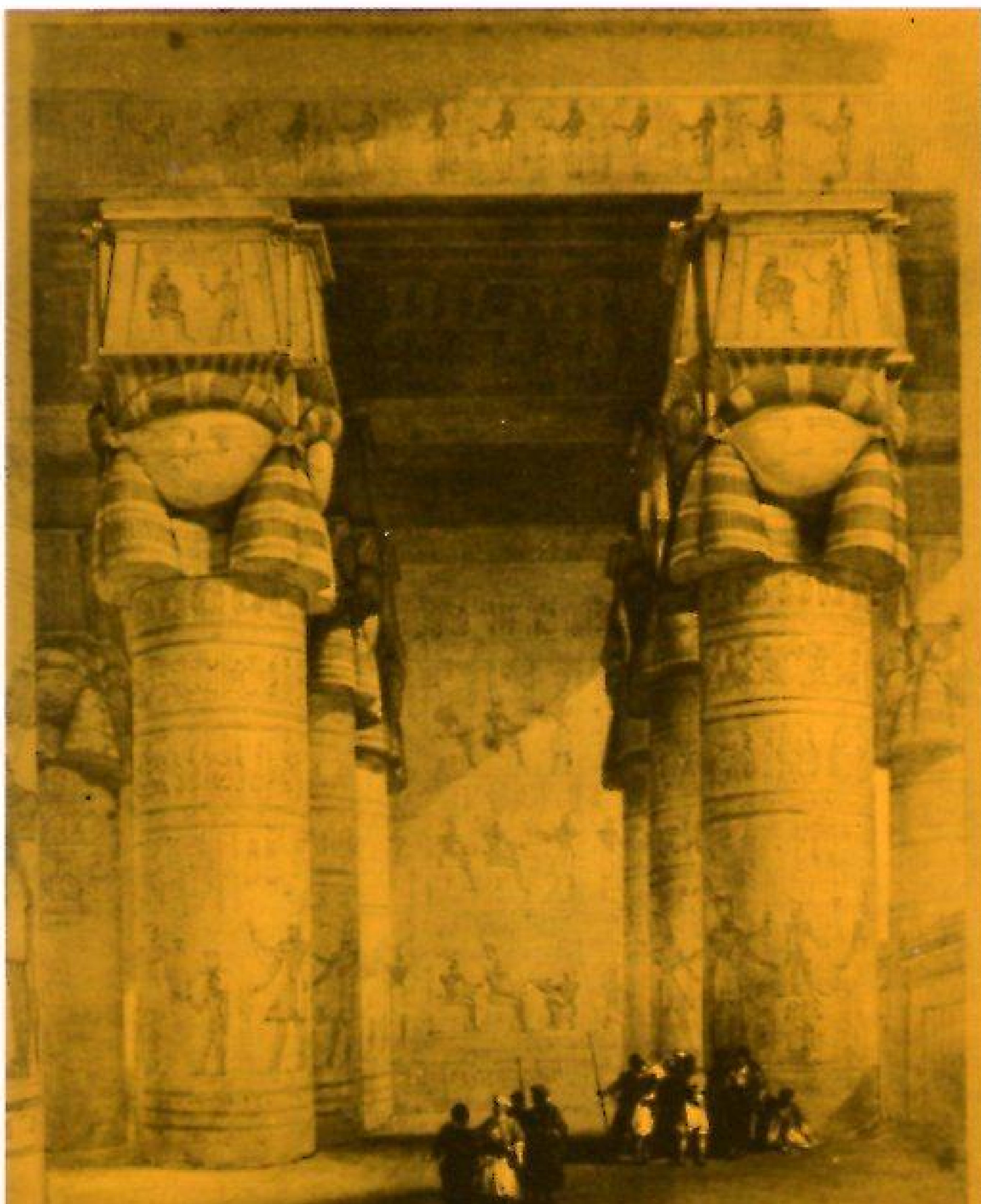
En todos los templos trabajaban sacerdotes y seglares; un sacerdote cumplía la función principal de ministro de la deidad, ya que era el «servidor del dios» y ejercía su actividad en la «mansión» divina; al parecer no se hacía cargo de deberes pastorales ni intentaba imponer el culto de su dios en detrimento de otros. No había una «congregación» en los templos egipcios y la tarea sacerdotal más importante era la de cuidar del bienestar del dios. El oficio de sacerdote fue, por lo común, hereditario y en algunas familias constituía una segunda profesión; por ejemplo, los sacerdotes de Maat, diosa de la justicia y de la verdad, tal vez provinieran todos de una misma familia de funcionarios judiciales.

Los que ejercían el sacerdocio como profesión secundaria cumplían sus funciones con un régimen de tiempo parcial dentro del templo y estaban divididos en cuatro grupos, cada uno de los cuales trabajaba en el templo durante un mes, de modo que completaba tres meses anuales de actividad. Al desempeñar su servicio, los sacerdotes también ayudaban a sus compañeros porque, además de sus deberes religiosos, debían atender tareas educativas, administrativas y médicas; por esta



Templo de Denderah, tal como era en el siglo XIX. Vista de la puerta norte, mirando hacia el templo principal.

Sala hipóstila con columnas hathóricas, del templo de Denderah; tomado de un dibujo del siglo pasado que se publicó en *The Holy Land*. El templo data del período ptolemaico.



razón, los templos contaban con centros de aprendizaje para escribas, artistas y médicos. De otra parte, el templo también era un lugar de retiro para los que tenían inquieta la mente o esperaban alguna cura milagrosa; a estos últimos se les daba alojamiento en sanatorios lindantes con los templos y atendidos por los sacerdotes. Parece que al menos algunos pacientes conseguían curarse.

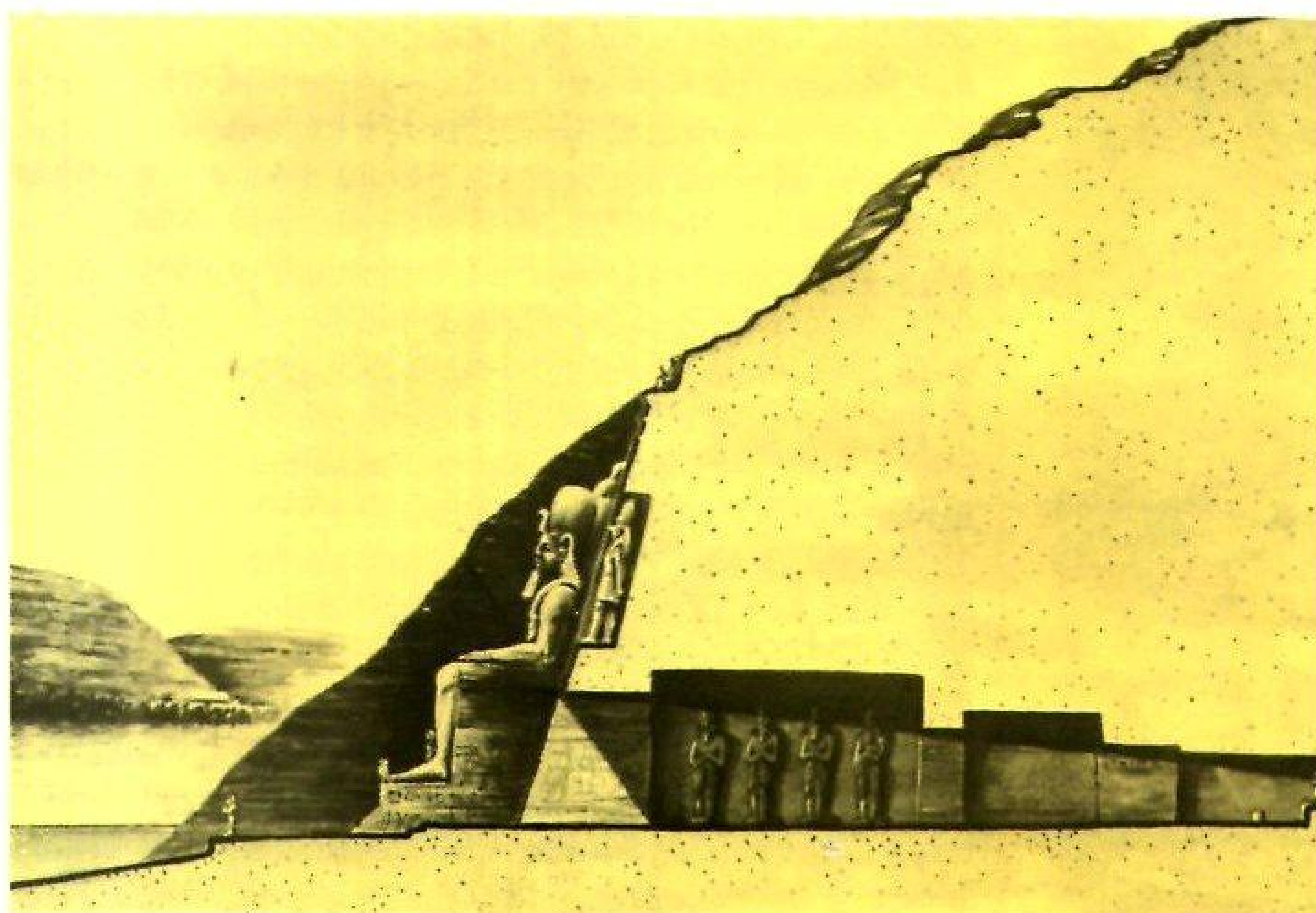
Es obvio que los templos también requerían personal permanente, porque las tareas administrativas eran muchas. El sumo sacerdote, delegado del rey y encargado del ritual, también era el administrador que organizaba los asuntos de las grandes propiedades del templo. Los clérigos menores, cantantes, bailarines y músicos (a menudo mujeres), jardineros, cocineros y carniceros que preparaban las ofrendas de carne hechas al dios, todos ayudaban a llevar adelante el gran complejo y vivían cerca de su lugar de trabajo. Algunos sacerdotes eran especialistas en ramas del conocimiento necesarias en el templo: la liturgia, la interpretación de los sueños de quienes acudían al templo en busca de cura, los cultos a los animales, la astronomía y otras.

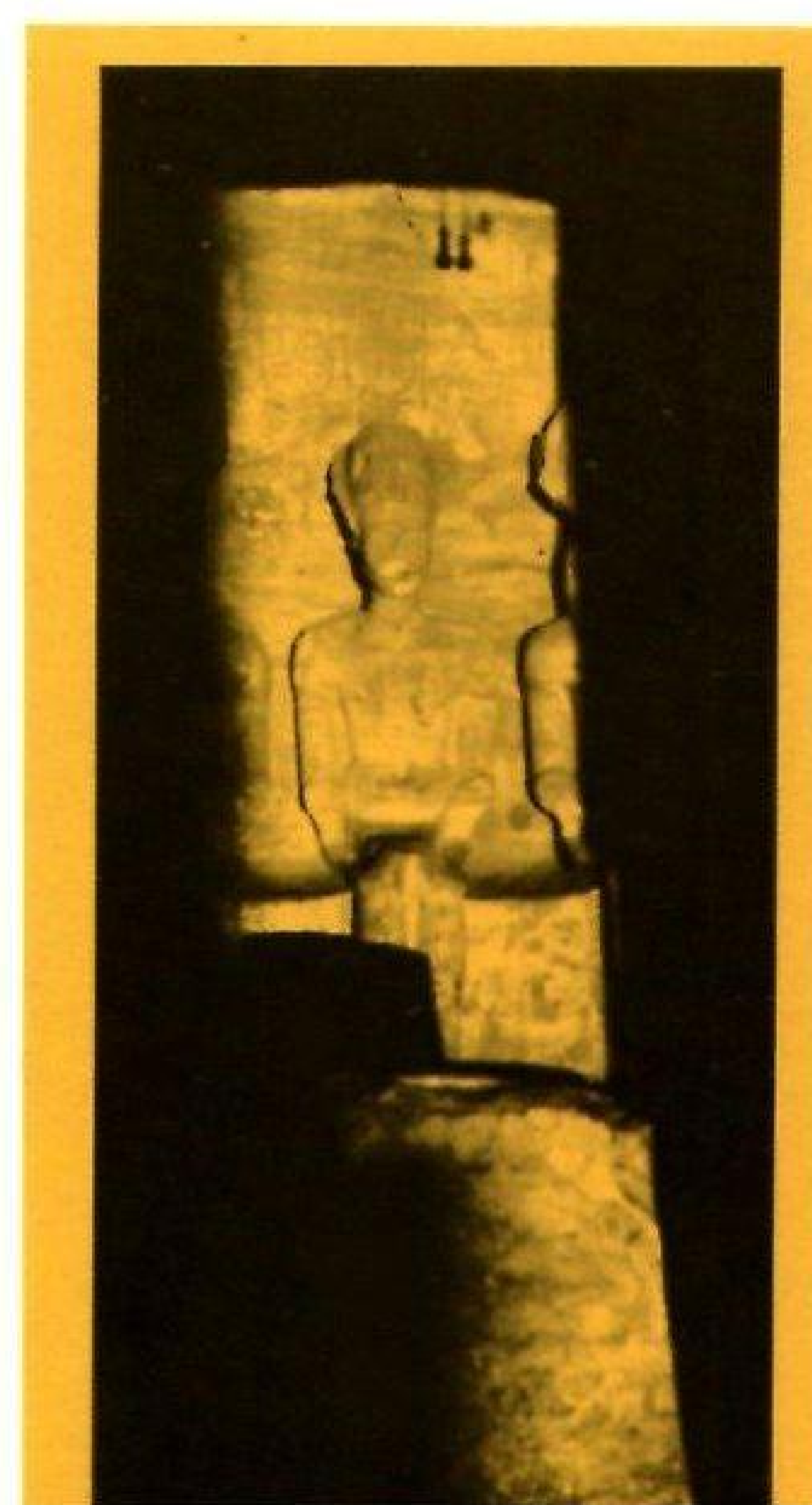
Sin duda el templo egipcio era una fuerza digna de tener en cuenta y, por este motivo, su origen y papel en la sociedad adquieren importancia. A comienzos de la civilización egipcia, cada tribu tenía su propia deidad, cuya imagen estaba oculta y protegida por un cobertizo de cañas, el «templo» primitivo. Es probable que estuviese situado junto a la cabaña del jefe tribal, que tenía el deber de ocuparse de las necesidades del dios. El santuario de caña era una simple choza alzada en un rincón de un patio pequeño, cerrado por un muro y con una sola entrada. A cada lado de la entrada se plantaba el asta de una bandera. Este diseño básico iba a mantenerse casi sin cambios a lo largo de los miles de años de la historia egipcia, aunque pasaría por elaboraciones muy importantes. El trazado simple del antiguo santuario y su valla es visible aún en la forma de los templos faraónicos y ptolemaicos, cuyo recinto constaba de un santuario, salas hipóstilas, patios abiertos y un muro que los cercaba, en el que estaba la gran entrada principal, flanqueada por dos torres de piedra o pilonos provistos de mástiles para las banderas.

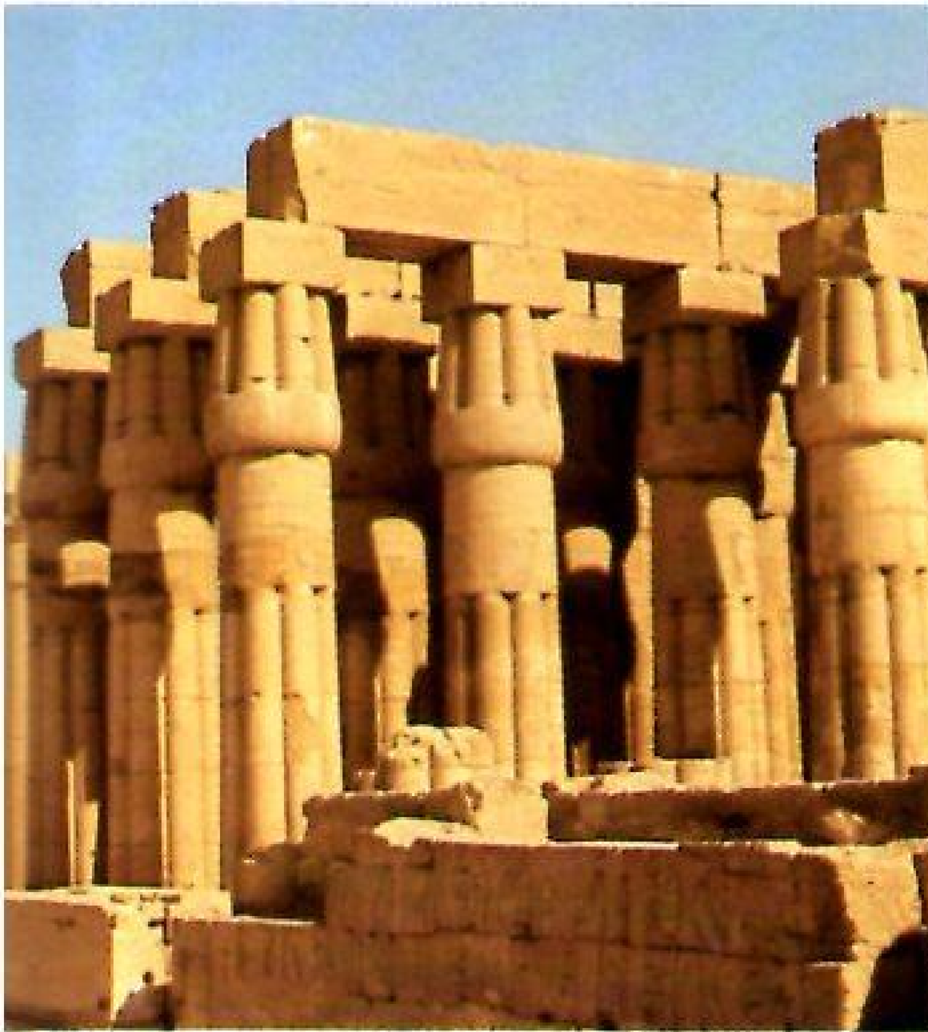
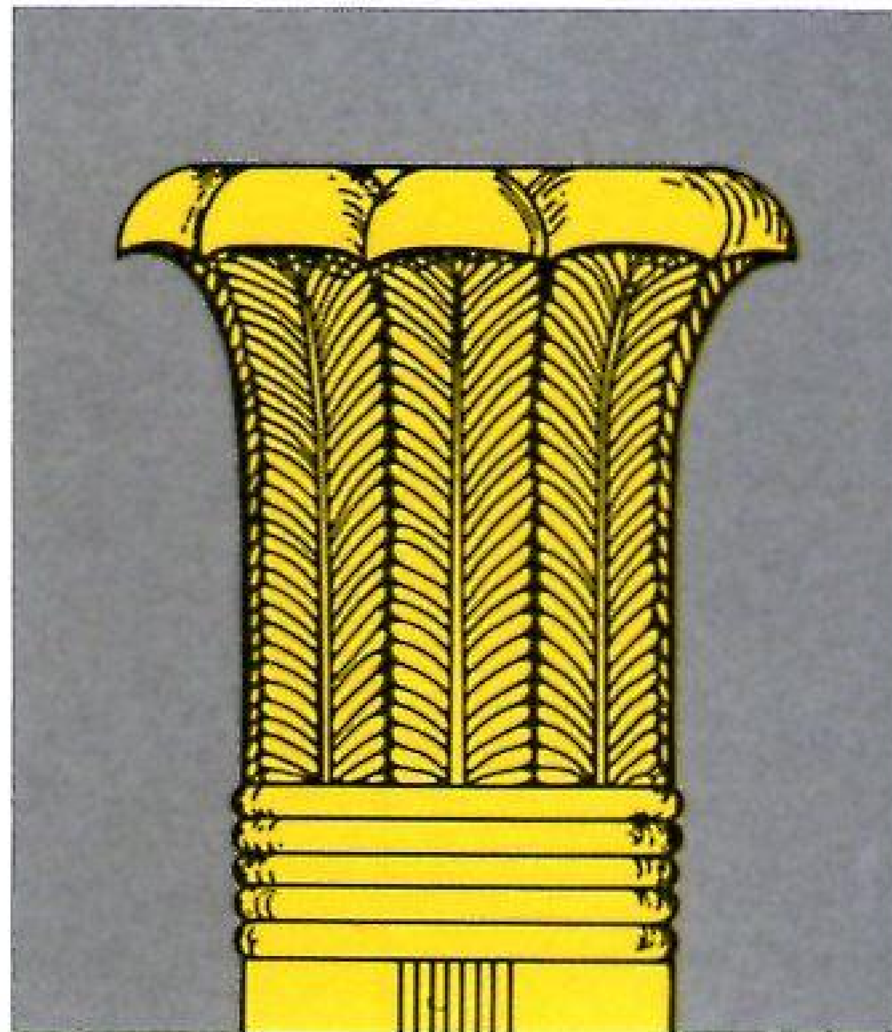
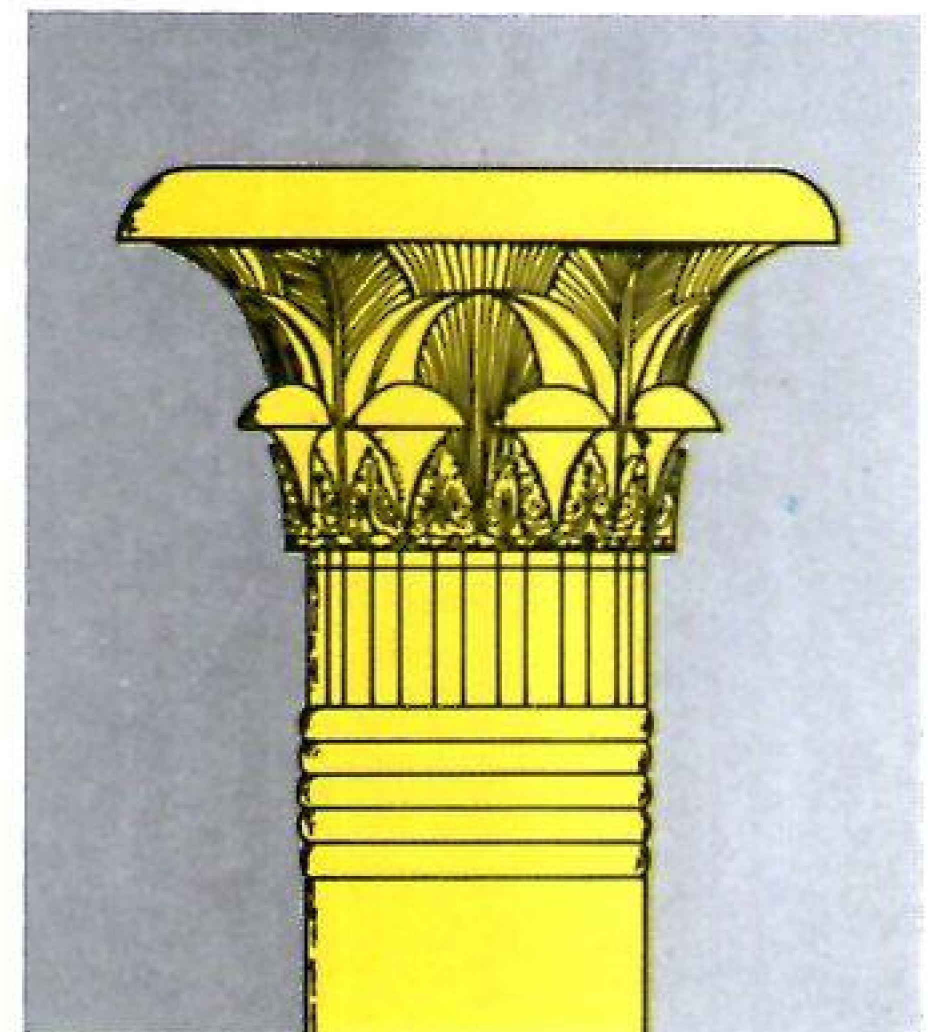
En tiempos de la Dinastía III, los egipcios ya habían empezado a edificar «para la eternidad», convirtiendo las antiguas estructuras de caña y ladrillos de barro en tumbas de piedra y templos. Sin embargo, los diseños originales determinados por esos materiales antiguos nunca se cambiaron, porque los egipcios consideraban que aquella planta del templo primigenio y su decoración cumplían la función a que estaban destinadas: cualquier variación importante les habría parecido indeseable e imposible.

Tratemos de imaginarnos cómo veía el observador uno de los grandes complejos arquitectónicos de piedra de los tiempos faraónicos o ptolemaicos. La planta de todos los templos, hemos dicho, era semejante: el edificio rectangular, con cuatro sectores principales, se alzaba en el centro de un recinto amplio que a menudo encerraba otras construcciones secundarias independientes; todo el conjunto estaba cercado por un muro ancho de ladrillos de barro. Al acercarse al complejo arquitectónico, se vería la gran entrada principal, abierta entre dos torres de piedra maciza adornadas con mástiles para las banderas y decoradas con enormes figuras hechas con la técnica del relieve hundido; en general eran escenas en las que el rey golpea con una cabeza de maza a prisioneros humillados ante él. Estos pilonos en realidad imitaban en piedra las torres de cañas entrelazadas que habían protegido la entrada del primitivo santuario de cañas y adobe. Al franquear las altas

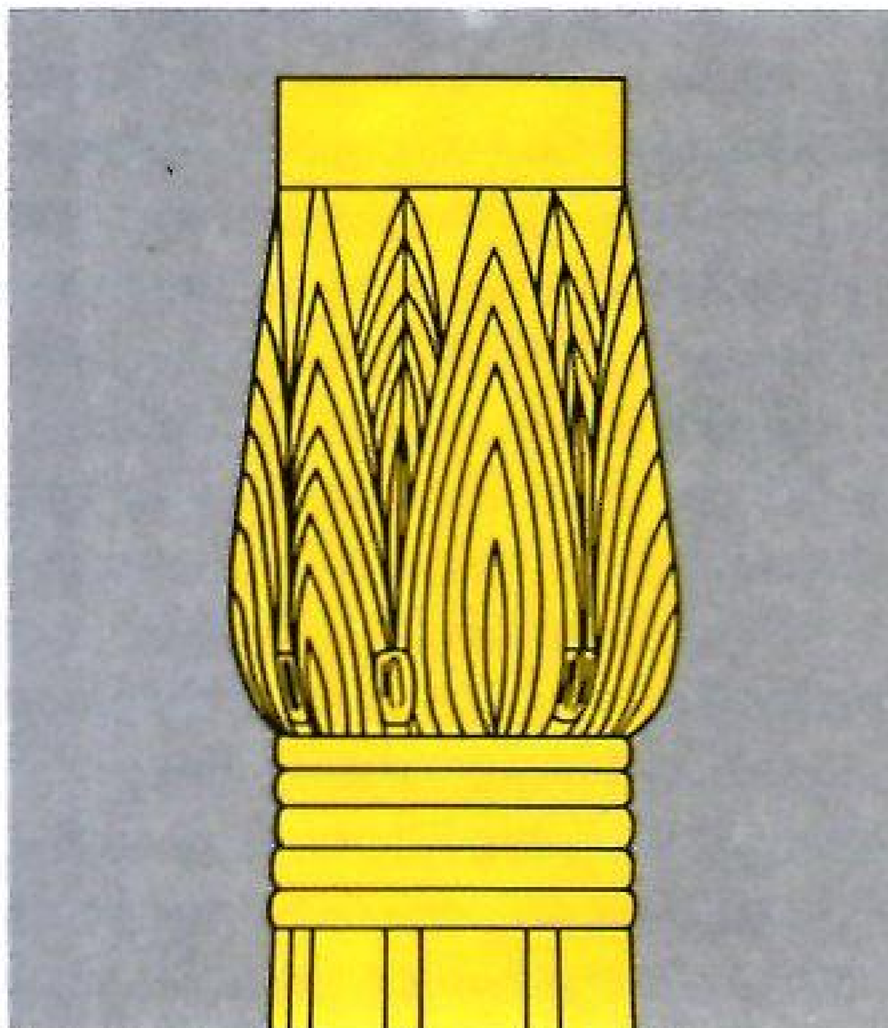
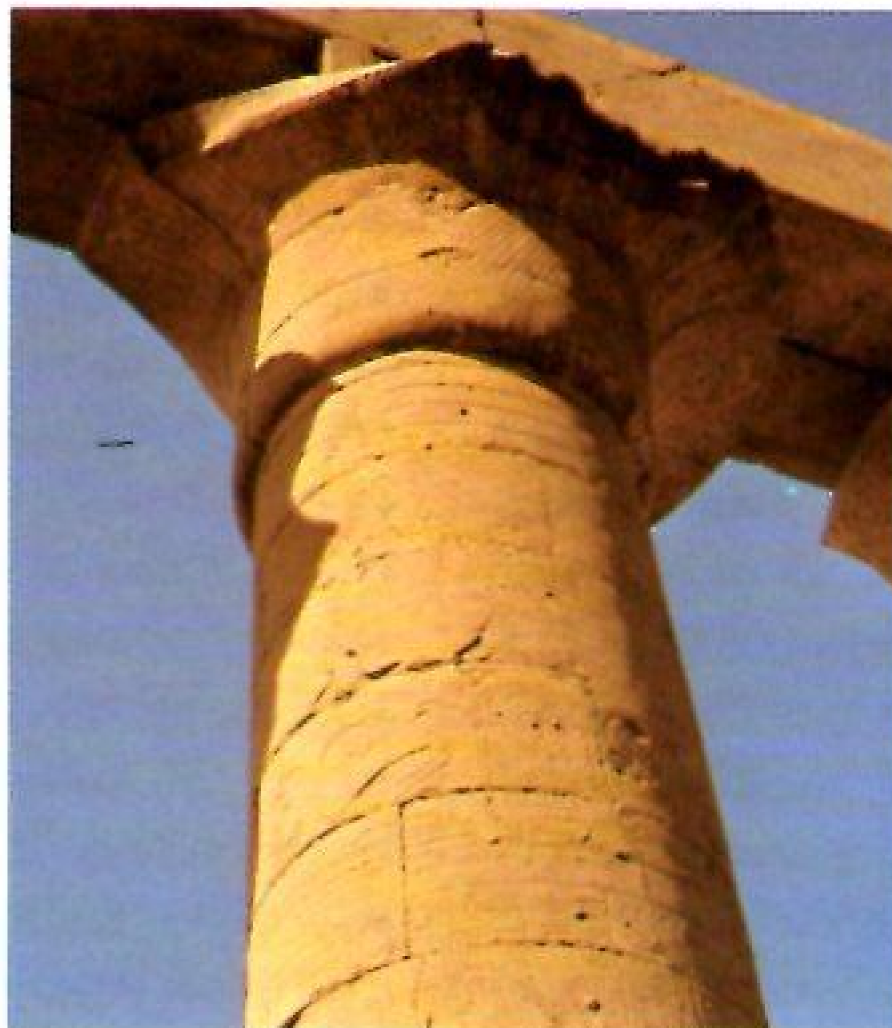
El templo de Abu Simbel, sobre el Nilo, cerca de Assuán. El boceto de la izquierda permite ver que la entrada del templo estaba orientada de modo que, dos veces al año, los rayos del sol entraban en el interior e iluminaban una estatua de Ramsés II *(derecha)*.



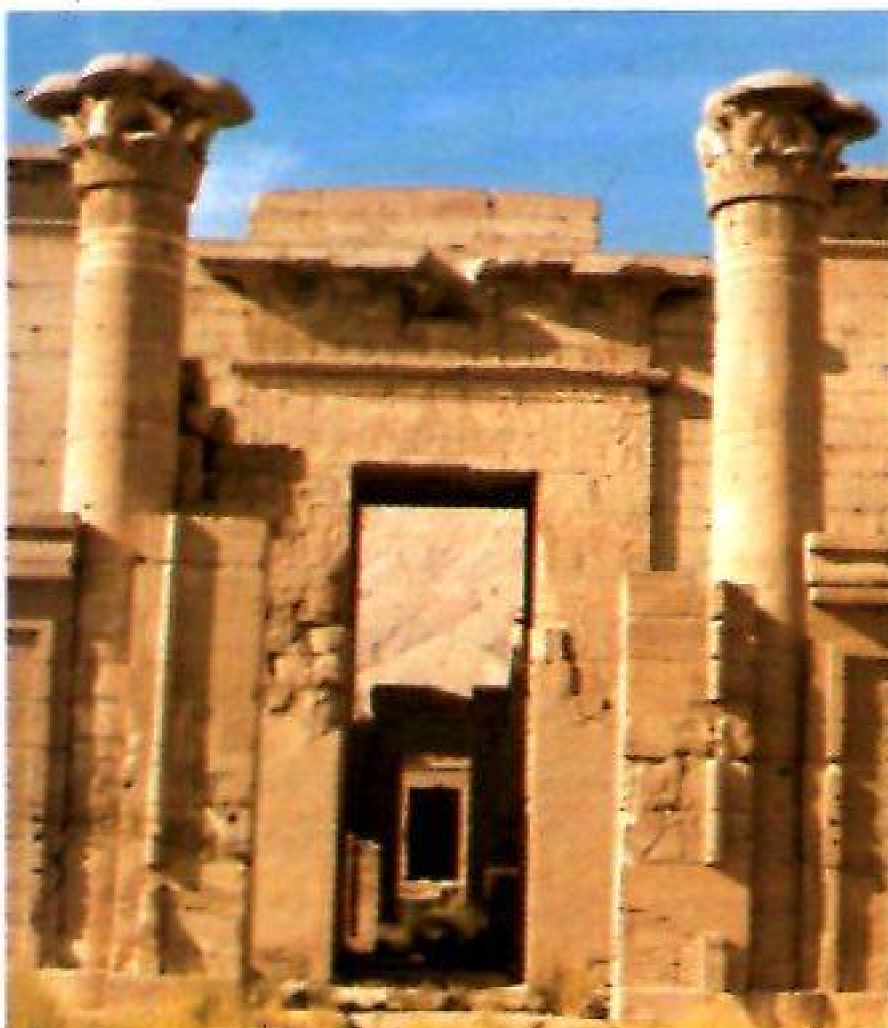
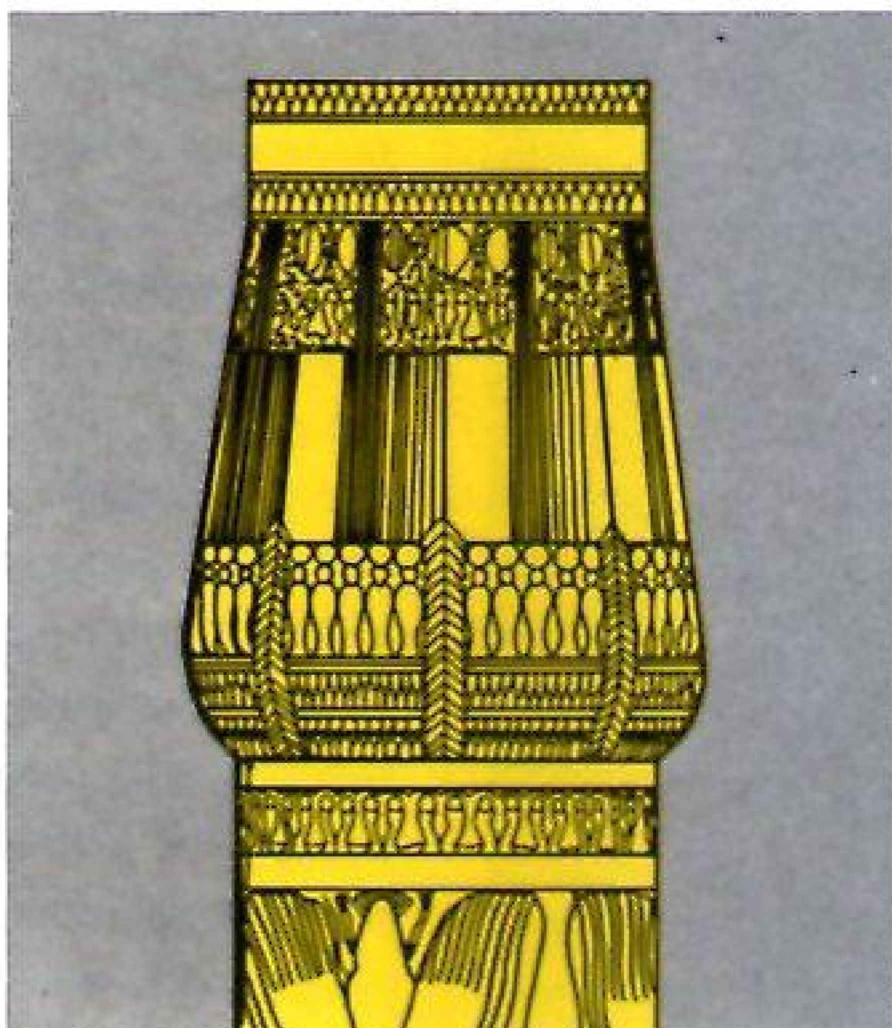
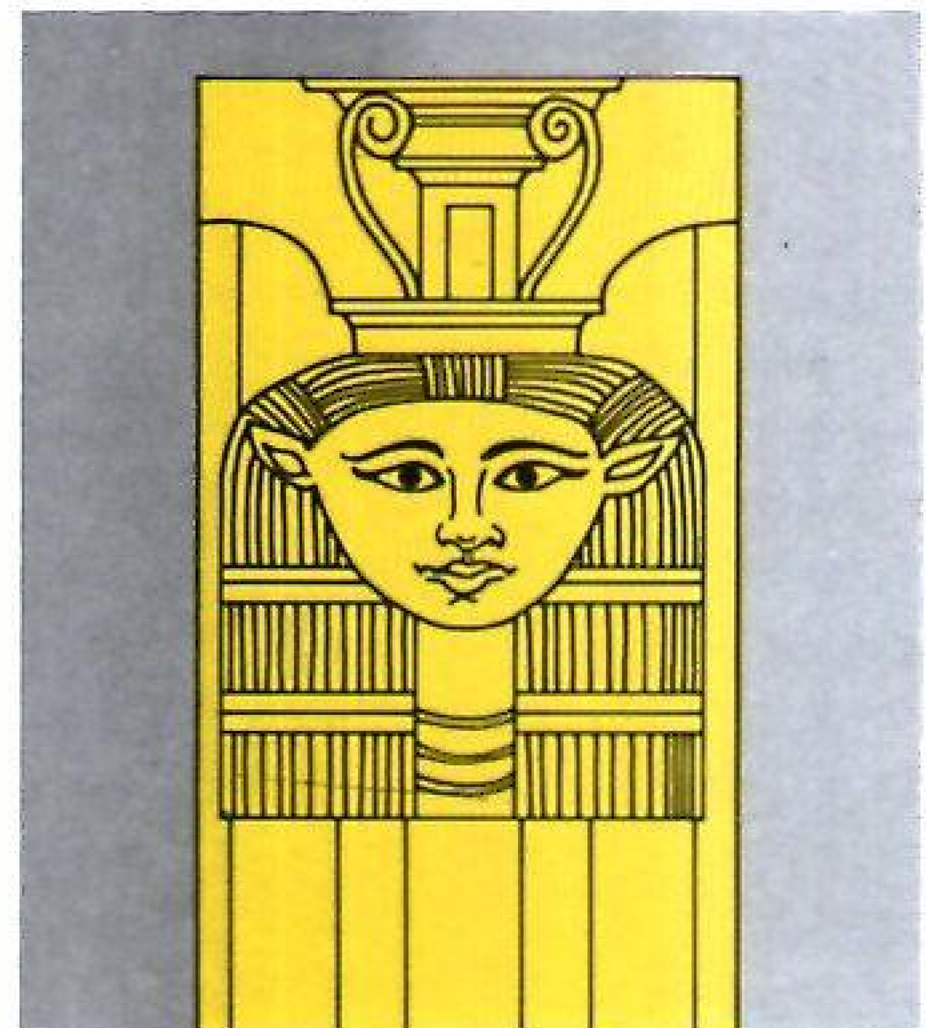


Columnas de templos egipcios. *Izquierda:* La columnata de Luxor, con capiteles en forma de flor de loto (lotiformes). *Centro y derecha:* Dos capiteles distintos con motivos de palmas. Las decoraciones florales representaban las flores de la primigenia «Isla de la Creación».


Arriba: Motivo de flor de loto (cerrado en el *extremo derecho*). *Abajo, izquierda:* Templo sepulcral de Ramsés III en Medinet Habu, con capiteles ptolemaicos. *Centro:* Capitel lotiforme muy elaborado. *Derecha:* Columna con la cabeza de Hathor (hathórica), rasgo peculiar de Denderah.



Templo sepulcral de Ramsés III en Medinet Habu. Los relieves muestran al faraón matando a un cautivo.

puertas de bronce, se llegaba al primer patio, con su suelo de losas de piedra, una columnata y relieves murales incisos, en los que se solía mostrar al rey a punto de emprender una campaña para bien de los dioses. Tras ese primer patio a veces había otro, ambos descubiertos y a menudo llenos de estatuas. Es posible que algunos seglares hayan tenido autorización para entrar en estos patios exteriores en los días de festival, cuando la estatua del dios salía del templo a hombros de los sacerdotes. Los asistentes que se congregaban durante los festivales sin duda debían quedarse fuera de la muralla del complejo arquitectónico, junto a la cual podían ofrecer sus plegarias y sus humildes dones al dios. Fuera del templo mismo pero dentro del recinto, había un Lago Sagrado en el que los sacerdotes hacían sus abluciones y lavaban el equipo del templo.

Tras los patios, se alzaba la zona cubierta del templo propiamente dicho, a la que sólo tenían acceso los sacerdotes. En cuanto se atravesaba las enormes puertas de bronce del templo, situadas en el eje central, resultaba evidente que al decir «la mansión del dios» no se empleaba una frase vacía. El templo egipcio era, por cierto, la «morada» de la divinidad residente, tal como la tumba era la «morada» en la que el difunto pasaría la eternidad. Ambas construcciones contaban con su equipo de sirvientes: los sacerdotes funerarios eran «servidores del *ka*» y los sacerdotes del templo eran «servidores del dios». Mientras las casas y palacios de los vivos se construían de madera y ladrillos de barro, las tumbas y templos se edificaban con piedra, porque debían perdurar por toda la eternidad; sin embargo, en otros aspectos, estas tres «viviendas» tenían una arquitectura semejante, pues en todas ellas había una «sala de estar» y un espacio destinado a guardar las pertenencias del ocupante, porque se creía que dioses y muertos tenían las mismas necesidades físicas que los vivos: comida, bebida, ropa, descanso y diversión.

El primer sector del templo en que se entraba era la sala hipóstila exterior, a continuación de la cual se extendía una sala hipóstila interna. En estas salas, las columnas de piedra estaban hechas con bloques tallados con formas vegetales: hojas de palma, flores de loto y de papiro, como las que, antiguamente, habrán adornado las finas columnas de caña de los santuarios primitivos. Las salas estaban iluminadas mediante galerías; había ventanas (sin cristales) a cada lado de la fila central de columnas, que eran más altas que las otras. Durante la celebración de los rituales, los sacerdotes llevaban antorchas para tener una mejor iluminación. La zona de recibo de una casa era el equivalente de las salas hipóstilas de un templo.

Tras la sala hipóstila estaba el santuario. En él se guardaba la estatua del dios, probablemente dentro de un tabernáculo o sagrario de madera, semejante al dormitorio del dueño de una casa. Sin embargo, el santuario del templo era el punto culminante de la procesión de sacerdotes; por tanto, el «dormitorio» estaba situado en el eje principal del edificio, en tanto que en las casas particulares casi siempre estaba a un lado de la entrada principal.

El santuario del dios, imitación del antiguo de cañas, era pequeño y oscuro. En la zona del santuario había tabernáculos adicionales para otros dioses presentes en el templo junto a la divinidad residente, cuyo lugar estaba siempre en el eje principal. La estatua del dios permanecía en el tabernáculo de culto durante todo el año; en algunos templos que tenían espacio suficiente, se incluía un tabernáculo para una nave, donde se guardaba la barca sagrada, a cuyo bordo iba una imagen de la divinidad más ligera y transportable, lista para las procesiones de los días de festividad.

Después de cruzar el santuario, se llegaba hasta una serie de pequeñas habitaciones agrupadas en torno al santuario,

donde se cumplían tareas administrativas y otras, y donde se guardaban las ropas y bienes del dios.

Esta descripción nos da una breve idea del plano general de un templo típico «de culto» en tiempos del Reino Nuevo, durante los cuales se produjeron algunas variantes en el diseño básico. Los restos arquitectónicos de templos datados en el Reino Medio son escasos y en los templos ptolemaicos posteriores (que, por su excelente estado de conservación, nos permiten estudiar sus relieves murales y definir la finalidad de las distintas salas y habitaciones), hubo diferencias estructurales menores con respecto a los edificios religiosos del Reino Nuevo.

El templo de culto era una construcción aislada donde se adoraba al dios residente celebrando ritos y festivales. El templo «sepulcral», segundo tipo de templo en importancia, a menudo estaba unido a la tumba real o, en tiempos del Reino Antiguo, a una pirámide. Su función principal era brindar un espacio en que el rey muerto recibiese adoración y culto funerario. Hacia la época del Reino Nuevo, la tumba del rey y su templo sepulcral ya no estaban contiguos; se enterraba al soberano en el Valle de los Reyes pero su templo estaba en cualquier otro sitio. No es corriente, por cierto, encontrar las funciones sepulcrales y de culto unidas en el mismo edificio. Se reservaba una zona para el ritual y los festivales de la deidad, mientras que el culto del difunto rey se celebraba en otro espacio del mismo templo.

Durante el reinado del faraón «herético» Akhenatón, los templos construidos para adorar a Atón aún eran, básicamente, lugares en los que el rey podía acercarse al dios. Sin embargo, en términos arquitectónicos se diferenciaban de los templos tradicionales, ya que eran abiertos y no contaban con un sitio para emplazar una estatua de la divinidad.

Para explicar el papel que desempeñó el templo en la sociedad egipcia, hay que examinar las creencias acerca del origen de estos lugares sacros, estudiar los rituales que se celebraban tras sus puertas cerradas y analizar la finalidad que tenían.

El significado del ritual. El templo estaba en el centro de la religión egipcia. Su existencia misma, para la mente de los fieles, aseguraba la supervivencia de la tierra y un modo de ganarse la vida. Ya hemos visto la forma en que los egipcios explicaban la creación del universo. Tal como en el caso de las otras instituciones sociales, se creía que en esa «Primera Ocasión» se había establecido «el Templo». Un conjunto de «Textos de la construcción», proveniente de los templos grecorromanos de Edfú y Denderah, resumen las creencias egipcias respecto del origen mitológico e histórico de los templos.

Todo nuevo templo se veía no sólo como un reflejo del primer templo mítico, construido en la «Primera Ocasión», sino también como una representación real de la Isla Sagrada, surgida de las aguas fangosas del gran océano primigenio. Hasta allí había descendido el dios de forma de halcón, se había posado sobre una caña y establecido su lugar de descanso. En su momento, se construyó un templo de cañas alrededor del dios y la isla se convirtió en el centro de toda la creación.

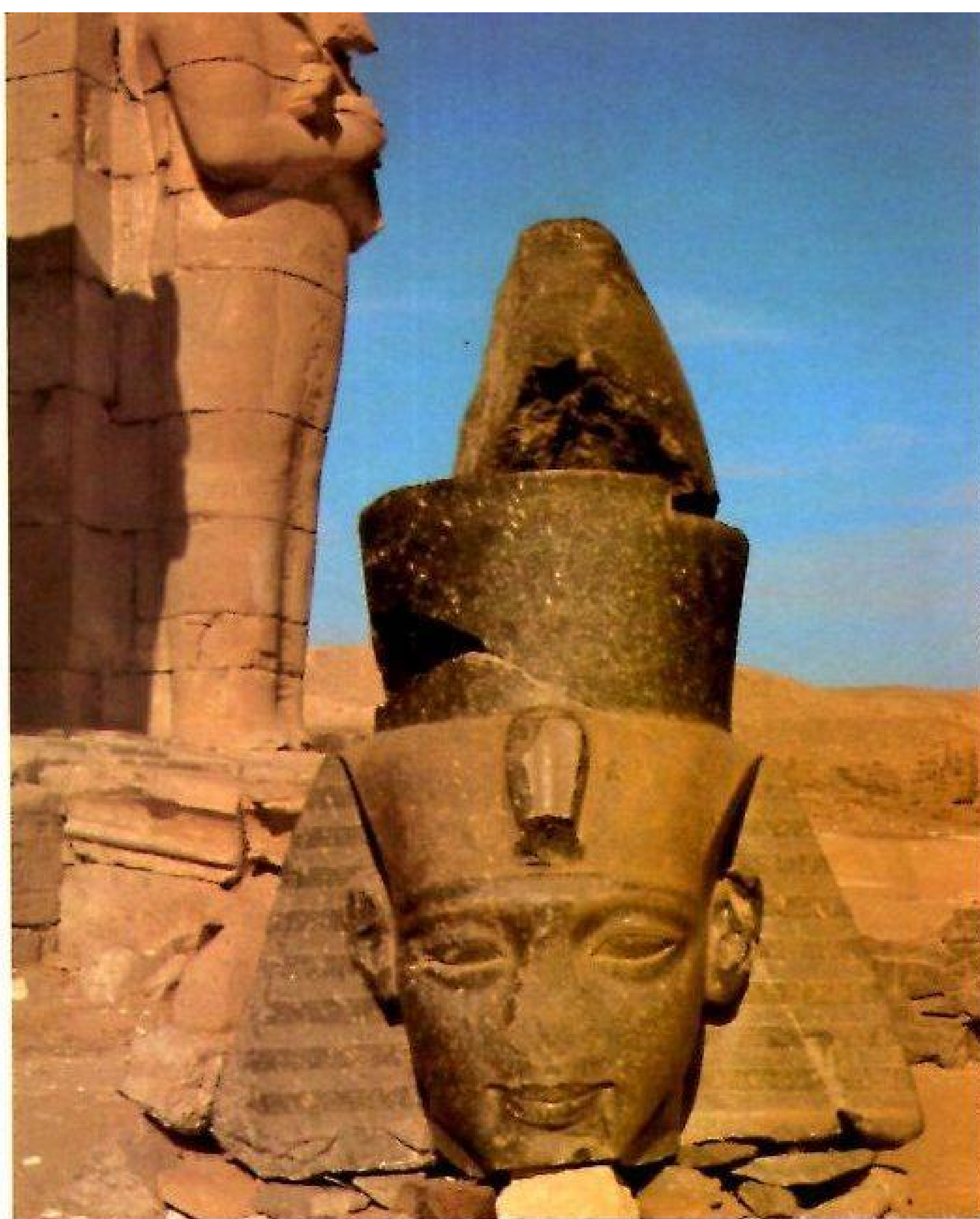
De aquí se derivaron explicaciones mitológicas de los rasgos arquitectónicos; el templo y sus contenidos debían representar la realidad –una situación deseada–, tal como ocurría en las tumbas. Los relieves murales, las columnas, los techos y suelos del templo tenían, todos, poderes mágicos y se les podía «dar vida» mediante rituales específicos; su finalidad esencial no era servir de estructura de soporte ni de decoración artística.

Las paredes de todo templo egipcio están cubiertas con órdenes de escenas en las que el faraón reinante cumple una serie de ritos religiosos para honrar a distintos dioses. En los templos sepulcrales, a veces son los dioses quienes celebran ciertos ritos para honrar al rey. Los relieves, tallados con gran habilidad, son uno de los mejores ejemplos del arte egipcio, aunque en ocasiones están en la parte superior de la pared, donde apenas se ven; también aparecen sobre las columnas. Nunca se pensaron para embellecer el edificio ni para inspirar al creyente: su sentido era funcional, en la misma medida en que lo era el de los relieves de las tumbas.

En los patios exteriores, a menudo se ve al soberano combatiendo; estas escenas nos dan datos históricos útiles, como el orden geográfico de las campañas, los nombres de los pueblos conquistados y otros, aunque su valor originario no consistía en narrar hechos históricos sino en glorificar las hazañas del faraón, al que siempre se ve como un héroe conquistador. En las dependencias internas del templo, las habitaciones están decoradas con escenas que muestran ritos religiosos. En algunos casos, se trata sólo de recordar grandes acontecimientos religiosos, como la fundación y consagración del templo o la coronación del rey y su aceptación por parte de los dioses. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, las escenas ilustran ritos religiosos que se realizaban habitualmente en

Relieve que representa una ofrenda. Período tardío. El estilo es rústico, comparado con trabajos antiguos y más delicados.





Cabeza de Ramsés III, en el Rameseum de Tebas; lleva la doble corona. Es típica del arte colosal de este período.

cada habitación o sala. Si se establece el orden correcto de lectura de las escenas e inscripciones que las acompañan, es posible reconstruir los rituales que en tiempos se cumplieron en los distintos sectores del templo.

Por lo común, en las paredes había espacio para disponer sólo una selección del extenso y elaborado ritual. Se creía que era posible «dar vida» a esas escenas con la ceremonia de «Apertura de la boca»: a continuación, todas la figuras de las paredes y las estatuas del templo, así como el templo en sí, se animaban. Una vez «vivo», el templo tenía una fuerza mágica poderosa y se creía que, en caso de que la ejecución real de los ritos se interrumpiese, los relieves murales animados se ocuparían de que continuase su celebración mágica. Esta ceremonia se llevaba a cabo cuando se consagraba el templo y se repetía todos los años.

La continuación de los rituales destinados a los dioses aseguraban que el rey y la tierra de Egipto y sus habitantes recibirían a cambio los dones de la vida. En las escenas de los templos de Egipto, el propio rey aparece celebrando los rituales para los dioses; en teoría sólo él podía atender las necesidades de los dioses, porque tenía la condición única de hijo divino. A medias hombre y a medias dios, el faraón era quien construía todos los templos y celebraba los ritos necesarios para garantizar la seguridad y la fertilidad de Egipto y de su pueblo y para mantener su propio poder, prosperidad y victorias. Como heredero de la divinidad, lo habían creado los dioses para que les sirviera en sus necesidades y para que actuara como mediador entre ellos y los hombres. Como hijo de los dioses, sólo el rey podía conocer a los dioses. Cuando se aproximaba a las divinidades mediante los rituales, representaba a los egipcios y a la nación.

Los frutos del país y de sus habitantes –comida, bebida, otras ofrendas, la edificación de monumentos, el botín de las campañas– se presentaban a los dioses por mediación del rey. A cambio, las divinidades otorgaban los beneficios pedidos. Si algunas veces los rituales se interrumpían, los egipcios sólo esperaban desastres, hambre y destrucción porque, para ellos, los rituales del templo aseguraban su supervivencia misma.

Los relieves e inscripciones de los templos en que el rey, sin asistencia de los sacerdotes, celebra todos los ritos para sus padres ilustran esta situación idealizada. En tiempos antiguos, el jefe de la tribu tenía, sin duda, el control completo de los rituales, que cambiaron muy poco en épocas posteriores. Pero cuando el jefe tribal se convirtió en el rey de un gran estado y sus responsabilidades aumentaron, y cuando el número de templos se multiplicó, le hubiera sido imposible celebrar todos los ritos en todos los templos del país; por tanto, delegó esos deberes en el sumo sacerdote de cada templo, aunque es posible que el rey haya cumplido diariamente los ritos en el templo principal del dios dominante y, quizá, asistiera a las ceremonias de fundación y a algunos festivales en el resto del país.

De la idea original de que el templo era la Isla de la Creación, elegida por el dios halcón como su morada, surgió otra creencia secundaria, la de que el templo era la casa de la divinidad residente y el lugar de reposo de su estatua. En este sitio, al atender a las necesidades del dios, los hombres podían acercarse a él gracias a un rito. Había dos tipos básicos de ritual: los grandes festivales que se celebraban periódicamente durante el año y cambiaban en ciertos aspectos de un templo a otro y la adoración diaria del dios, que era invariable. Como las divinidades egipcias, al igual que sus fieles, requerían descanso, entretenimientos, comida, bebida, ropas, perfumes e higiene, el ritual diario era un medio de atender a esas necesidades y de cumplir la adoración habitual. Todos los elementos presentes en el primer ritual del santuario de cañas se conservaron, al parecer, en los ritos posteriores, más elaborados, que llegaron a incorporar rasgos del culto de Osiris y del solar.

Cada mañana, el rey o el sumo sacerdote entraban en el santuario y, tras abrir las puertas del tabernáculo, sacaban la estatua del dios. El oficiante quitaba los ungüentos y las ropas del día anterior, incensaba la estatua, le aplicaba perfumes nuevos, le ponía ropas limpias y le presentaba las insignias de la realeza. Por último, le ofrecía una variedad de alimentos y abandonaba el santuario, tras una purificación final, cerrando la puerta a sus espaldas. Durante la ceremonia se recitaban numerosas plegarias y se quemaba incienso a modo de purificación. Esta ceremonia cotidiana simbolizaba el renacimiento diario del sol y también la resurrección de Osiris: el rey devolvía la vida a su padre. En este sentido, el rito era un factor vital en las vidas de los egipcios que se afanaban en la labranza o en la construcción de edificios: ellos jamás verían esos rituales que, según creían, aseguraban su existencia misma.

Estas ceremonias se cumplían tres veces al día, por la ma-

ñana, a mediodía y por la tarde, cuando se volvía a «alimentar» a la estatua, antes de devolverla al tabernáculo de madera para que allí descansase, a la espera de reiniciar su vida al día siguiente. Las ofrendas de comida que se presentaban a la estatua del dios no se tocaban; se llevaban fuera del santuario y, tras cumplir otros ritos, se ofrecían a los Antepasados reales, en otro sector del templo. Se esperaba que el rey cumpliera ciertas obligaciones para con todos sus Antepasados, antiguos reyes de Egipto desde los tiempos de Menes, con ciertas excepciones, como la de Akhenatón. Con este ritual, el faraón se aseguraba que los Antepasados apoyaran sus aspiraciones de gobernar Egipto. Las ofrendas se depositaban al pie de una lista de nombres de reyes, grabada en una pared del templo.

Estos ritos se celebraron en muchos templos desde los tiempos del Reino Nuevo y los sumos sacerdotes representaban al rey. La comida –ofrecida dos veces en teoría, a la divinidad y a los Antepasados– no se consumía. Los egipcios, que siempre fueron un pueblo práctico, habrían considerado que semejante derroche cotidiano era inaceptable, de modo que resolvían el problema llevando los alimentos fuera del templo mismo y distribuyéndolos entre los sacerdotes, a modo de paga diaria. Es decir, que se aplacaba al dios y se aseguraban sus bendiciones constantes, a la vez que los Antepasados se sentían satisfechos de su hijo y heredero y los sacerdotes tenían tres sustanciosas comidas por día.



Los grandes festivales, que se celebraban periódicamente durante el año, constituían ocasiones especiales para la adoración de los dioses y para que la gente afluyese, si le era posible, a distintos lugares de Egipto para participar en el fervor religioso de esas festividades. Los ritos diarios imitaban los hechos de la vida cotidiana, pero los festivales eran el momento del gran regocijo, en que los dioses se visitaban en sus templos –los sacerdotes llevaban, de un lugar a otro, la estatua del dios en su barca sagrada–, o bien celebraban los cambios de estación, como la llegada de la primavera o del año nuevo. También en estos festivales se veía el elemento «humano» de los dioses. Quizá sólo el festival de Osiris se deba considerar como símbolo de un acontecimiento que imitaba algo más que los rasgos primordiales de la existencia mortal. Esta celebración anual se hacía en Abidos; tenía un carácter de religiosidad profunda y en ella se recordaba la resurrección del dios. Un hondo duelo precedía los gozos finales y los peregrinos que acudían a la ciudad montaban piezas teatrales religiosas en las que se representaban los hechos de la vida, la muerte y la resurrección de Osiris.

Si se consideran superficialmente, se podría pensar que estos ritos y festivales religiosos eran ceremonias bastante triviales, a pesar de sus peculiaridades. Podemos tomar a broma las solemnidades de vestir, perfumar y alimentar al dios y las salidas que hacía durante el año pero, al parecer, el sistema funcionó bien para los egipcios a lo largo de miles de años, hasta que los cristianos destruyeron sus templos y eliminaron los ritos paganos. Pero esas prácticas habían producido los resultados que se esperaban: un dios-rey poderoso, un gran imperio y una civilización magnífica. Cuando se descuidó a los dioses, como ocurrió durante el período de Amarna, y sus templos quedaron vacíos, los egipcios tuvieron la sensación de que la divinidad les había retirado su favor.

Los sacerdotes, que tenían una elevada educación y eran hombres inteligentes, habrán percibido que los templos, aparte de sus comodidades materiales, tenían algo más que ofrecer. Sólo podemos suponer que, tras la fachada de fórmulas religiosas y acciones repetitivas –los únicos testimonios que tenemos como base de nuestro juicio–, habían descubierto al menos alguna de las respuestas a los problemas de sus vidas.

La herejía de Amarna. Una gran revolución religiosa, como hemos visto, hizo pedazos las tradiciones del antiguo Egipto. Hacia fines del período de la Dinastía XVIII, el faraón Amenofis IV trasladó su capital de Tebas a un sitio virgen, a unos 400 km al norte. La nueva ciudad recibió el nombre de Akhetatón (actual Tell el-Amarna) y el faraón cambió su propio nombre, Amenofis (Amón está satisfecho), por el de Akhena-

Figura de madera pintada de la diosa Nephthis, hermana de Isis y protectora de los muertos. Período ptolemaico tardío.

tón (servidor de Atón) y estableció como religión oficial una forma de monoteísmo solar. De esta revolución, los estudiosos han dicho que fue la visión de un Mesías que se anticipó a su tiempo, o bien que era el cálculo racional de un soberano débil que, amenazado por el gran poder de los sacerdotes de Amón, usó la nueva fe como una herramienta para resaltar la divinidad del faraón y también para borrar a la clerecía tradicional. Además, hasta cierto punto, se responsabiliza a Akhenatón de la desintegración gradual del Imperio egipcio.

La nueva fe se basó en adorar al sol, fuente de toda la vida en la creación y dotado de un poder que se manifestaba a través de los rayos vivificadores del disco solar o Atón. El único representante de la divinidad sobre la tierra era el faraón, que actuaba como intermediario. Las plegarias se dirigían al dios exclusivamente a través del rey, que está representado en los murales de las tumbas junto a su familia, en lugar de los antiguos dioses del difunto. Como único sumo sacerdote de la deidad, Akhenatón pudo disolver los grupos locales de clérigos y cerrar los templos de las divinidades rivales.

Sin embargo, Atón no era un recién llegado en la escena egipcia. Su existencia se remonta hasta tiempos tan lejanos como los del Reino Medio y tuvo notoriedad durante los reinados de varios soberanos de la Dinastía XVIII. Amenofis III, padre de Akhenatón, fue el primero en dar preponderancia a este culto, aunque sería el hijo quien hiciera lo que ningún otro faraón estaba preparado para hacer: ordenar la exclusión total de los otros dioses. Al abolir los templos, el ritual, los festivales y las estatuas tradicionales, incluso llegó a borrar los nombres de los otros dioses y en Akhetatón, su nueva capital, junto a su familia y a los cortesanos que lo siguieron hasta allí, adoró a su dios único. No es probable que la mayoría de las personas corrientes, que continuaban venerando a sus dioses domésticos, comprendiera o aceptara las nuevas creencias, que subrayaban el poder de una divinidad abstracta. Después del fin de ese reinado, la mayor parte de los cortesanos volvieron, sin duda, a las creencias tradicionales.

Nefertiti, la bella esposa de Akhenatón y madre de sus seis hijas, es quizá una de las más misteriosas entre esos «herejes». Hay motivos para creer que tuvo un papel importante en esa revolución; el análisis y estudio de las escenas que aparecen en los bloques de piedra que en tiempos constituyeron el templo tebano de Atón sugieren que Nefertiti tuvo una influencia considerable en la nueva fe.

No obstante, el dios negó a su profeta la bendición extrema que pide un soberano, un hijo que llevara adelante la labor de su padre, y Akhenatón se vio obligado a nombrar sucesor a Smenkhkare, el marido de su primogénita. El muchacho murió muy joven, sin descendencia, y otro yerno de Akhenatón, Tutankatón, accedió al trono y cambió su nombre por el de Tutankamón, para señalar que se volvía al anterior culto de Amón. El hecho de que su momia y sus tesoros fúnebres se conservaran casi intactos habría hecho pensar a los antiguos egipcios, sin duda, que se trataba de una justa recompensa.

Horemheb, el último faraón de la Dinastía XVIII, intentó borrar el recuerdo de la herejía de Amarna. Se despobló Akhetatón; los templos magníficos, los palacios y mansiones, los innúmeros ejemplos de formas de arte revolucionarias que habían florecido en esa ciudad quedaron abandonados a las arenas invasoras y a los chacales. La ciudad había significado un despilfarro constante para el país. Egipto había perdido mucho de su poder en el extranjero y de su riqueza; el orden establecido se había dañado a favor del deseo de «verdad» en el arte y la religión, sustentado por el rey. La memoria de Akhenatón quedó maldita y sus creencias se olvidaron prontamente.

Ya se tratase de un político intrigante o de un monoteísta e idealista que propugnaba una forma muy temprana de «ecumenismo» –o bien de algo intermedio–, sus sueños no se realizaron. Sin embargo, en el famoso himno dirigido al Atón, que se atribuye al rey hereje, sus ideas siguen vivas: el poder del sol creó todas las manifestaciones de vida, el sol es el padre de todas las razas humanas, esta deidad única colocó a los hombres en diversas regiones y les dio distintas lenguas y atributos físicos y el creador determinó todos los aspectos importantes de la vida de un hombre.

Creencias y costumbres funerarias. Los antiguos egipcios eran devotos de la vida, no de la muerte. Quizá más que nadie desearon vivir para siempre y fueron el primer pueblo conocido que formuló ideas definidas con respecto a la inmortalidad del alma humana individual.

La vida de ultratumba del rey, que en parte era divino, siempre se consideró distinta de la de sus súbditos y de esta última hablaremos aquí.

El concepto egipcio de la «personalidad» humana era complejo. Se consideraba que el cuerpo (y por fin el cadáver), la sombra, el nombre de la persona y su *«ba»* y *«ka»*, todos juntos, constituían la esencia de cada ser humano. El *«ba»* –que con mucha libertad se podría traducir por «alma»– se representaba con cuerpo de pájaro y cabeza humana; se consideraba que esta parte inmortal de una persona permanecía unida al cuerpo después de la muerte, aunque era capaz de actuar con independencia como representante del muerto, pues podía dejar la tumba y visitar los lugares que prefiriera en vida; libre de las limitaciones espaciales, de cuando en cuando continuaba experimentando los gozos terrenos a cuenta del difunto.

Una definición exacta de la palabra *«ka»* presenta una dificultad aún mayor; hasta cierto punto, el *«ka»* individual era el «doble» de un hombre, siempre presente como guía y ayuda en la vida. Después de la muerte, el *«ka»* seguía existiendo en la tumba: en realidad la tumba se llamaba «Mansión del *Ka*», los que atendían las necesidades de los difuntos eran los «sacerdotes del *ka*» y todas las ofrendas de comida y bebida se hacían al *ka* de un hombre. Quizá lo mejor sea definirlo como una fuerza creativa, la energía vital, la propia esencia de la vida, que tras la muerte continuaba manteniendo la existen-

Relieve pintado de Seti I; ofrenda una bandeja con alimentos a Isis. Del templo del faraón Seti I, en Abidos.



cia individual, mientras que en la vida había actuado como constante consejero y conciencia de la persona. El *«ka»* se representaba como dos brazos alzados en actitud de plegaria, a menudo colocados sobre la cabeza de una figura humana.

La tumba, ya fuese un enterramiento de fosa, una mastaba o una tumba cavada en la roca (las verdaderas pirámides estaban reservadas a la realeza), proporcionaba el lugar en que un hombre podía reunirse con su *«ba»* y con su *«ka»* para continuar existiendo por toda la eternidad. Con cierta veracidad, se ha señalado que los dioses con sus templos y los muertos con sus tumbas se llevaban la mayor parte de los recursos de Egipto. No sólo la familia real sino también la nobleza y los pudientes tomaban todas las disposiciones necesarias para construir y equipar las tumbas en las que pasarían la eternidad y para asegurarse de que sus cuerpos se conservaran gracias a la momificación.

Hubo tres escuelas de pensamiento básicas en cuanto al más allá. La más antigua y simple, la de que el hombre seguía existiendo en su tumba, fue la más popular a través de los siglos; en la tumba tendría las mismas aptitudes y necesidades que en la vida y por ello se le dispensaban comida y objetos propios. En los enterramientos de fosa arcaicos se colocaban junto al cuerpo un sencillo equipo de cocina y algunas joyas. En tiempos posteriores, las paredes de la tumba se decoraron con escenas de la vida diaria y se disponían alimentos y bebidas como para que el difunto disfrutara de un banquete. También llevaba consigo el muerto un equipo fúnebre completo: ropas, joyas, pelucas, enseres domésticos, los objetos preferidos por él en vida y un grupo de estatuas de siervos, las que –tal como las figuras *ushabti* posteriores– desterraron la antigua costumbre de enterrar servidores para que atendiesen las necesidades de su amo tras la muerte.

El cuerpo se momificaba en un proceso muy elaborado, que se desarrolló a través de los años y se convirtió en una actividad profesional y lucrativa, pero es probable que la idea surgiera de los restos de los antepasados, que los egipcios de épocas arcaicas encontraron desecados y conservados en la arena. El cuerpo momificado se cubría con vendas, entre las que se colocaban amuletos para protegerlo de los males y desastres, porque se consideraba esencial para la vida de ultratumba que el cadáver siguiera existiendo. A menudo también se incluía en la tumba un modelo de barca, para permitir al difunto los peregrinajes a la ciudad sagrada de Abidos.

Se creía que, en el momento de la muerte, el *«ba»* abandonaba el cuerpo, al que volvía cuando, terminado el proceso de momificación, durante el funeral, se cumplía la ceremonia de apertura de la boca de la momia, con lo que se devolvía la vida al difunto para toda la eternidad. El muerto necesitaba de los vivos, para que ejecutaran los ritos funerarios y, después, para que siguiesen llevando ofrendas de comida y bebida a la tumba, a fin de satisfacer a su *«ka»*. El heredero de la propiedad de un hombre no era necesariamente su primogénito, sino el que se hubiera hecho cargo de los ritos funerarios, aunque en la mayoría de los casos el hijo mayor cumplía ese deber. Uno de los grandes miedos de los egipcios era morir fuera de su tierra, donde no se cumplieran los procedimientos correctos para el funeral, o que el cadáver resultara destruido por el fuego o arrojado al agua.

Pronto se tuvo la evidencia de que los herederos de un hombre no podían continuar indefinidamente llevando comida y bebida a la tumba: después de unas pocas generaciones, la cantidad de familiares muertos sería tan grande que convertiría las visitas a las tumbas en una verdadera dedicación exclusiva. Así surgió la costumbre de destinar, en vida, una cantidad suficiente para las provisiones necesarias para la tumba y de contratar a un «sacerdote *ka*» para que hiciera las ofrendas precisas a perpetuidad. El sacerdote *ka* ejercía una profesión familiar, transmitida de una generación a otra. Este sistema tenía desventajas muy obvias, pues era un gasto importante en los ingresos de cada familia y, además, no se podía confiar en que los «sacerdotes *ka*» cumplieran sus deberes. Por fin, esas previsiones prácticas para el *ka* del difunto se reemplazaron con elementos mágicos, con la inclusión de pinturas de comida en las paredes de la tumba, a las que el muerto podía dar vida a voluntad. Aun hoy se mantiene en Egipto la costumbre de distribuir comida entre los pobres en ciertos días festivos, para bendición de las almas de los muertos, aunque no es probable que los que así obran sepan que esta costumbre tiene sus raíces en el pasado faraónico.

En su momento, a las creencias y costumbres funerarias básicas se agregaron elementos de los cultos de Osiris y del sol. En los orígenes, se creía que el rey entraba en el cielo, donde se convertía en una estrella; que viajaba por el firmamento en compañía de su padre, el dios sol Re, en las naves del día y de la noche o se asimilaba tras la muerte a Osiris, el rey de los muertos y dios del mundo subterráneo. Después del Primer Período Intermedio, las creencias funerarias se volvieron más democráticas. Todos los hombres y mujeres podían acompañar a Re en su viaje eterno por los cielos o, alternativamente, se podían convertir en un «Osiris» por derecho propio, por muy humilde que fuera su condición. De inmediato, tendrían que hacer aquel viaje incierto, superar muchos peligros y ser juzgados por sus actos terrenos, antes de entrar en el Reino de Osiris, en el que todos los hombres eran iguales; allí labrarían una pequeña parcela y seguirían su anterior existencia terrestre. Para los labriegos esforzados, la creencia en la vida de ultratumba que prometía Osiris tendrá que haber sido una gran esperanza, por lo que no es extraño que se popularizara este culto.

Es decir, que parecía haber una creencia satisfactoria para cada grupo social. No se puede pensar que un hombre pobre, cuyo cadáver se envolvía en una estera y se depositaba en tierra, dentro de una fosa individual o común, o se arrojaba al Nilo, soñara con una vida eterna dentro de una tumba bien abastecida; para ese hombre la única esperanza estaba en Osiris. Sin embargo, los ricos podían planear una eternidad opulenta en el paraíso, un segundo Egipto, libre de plagas y de guerras. La misma complejidad de las creencias funerarias llevó a una simplificación y, al menos oficialmente, se consideraba acepta-



Anubis, el dios con cabeza de chacal, protector de los embalsamadores, prepara un cuerpo para su funeral. La momia está colocada sobre unas andas con forma de león y se está celebrando el rito de Osiris. El difunto es Sennedjem, funcionario de tumbas del Reino Nuevo, Dinastía XVIII.

ble y nada ilógica la mezcla de diversas ideas, aunque la fe en una vida ultraterrena fue universal en la sociedad egipcia.

¿Dudaba alguien de la eficacia de estas elaboradas disposiciones funerarias? Al parecer, sí, porque se conservan textos que muestran una actitud distinta ante la muerte, como se advierte en las líneas siguientes, citadas por Montet en su obra *Eternal Egypt*:

«Los dioses que vivieron en tiempos antiguos y que descansan en sus pirámides, los nobles y también los difuntos gloriosos están enterrados en sus tumbas. Todos construyeron moradas cuyos cimientos no perduran. ¿Qué fue de ellas?... Sus muros se han derrumbado, esos lugares ya no existen; es como si jamás los hubieran hecho.

»Nadie vuelve de esas regiones lejanas para decirnos cómo está ni cuáles son sus necesidades. Por tanto, sé feliz hoy y no te preocupes por el mañana. Mira, nadie se lleva a los dioses consigo. Recuerda: nadie regresa después de la partida.»

Uno de los aspectos más interesantes de las creencias egipcias es la preocupación por el juicio final del alma de cada persona. Tras la muerte, se pensaba que el hombre debía enfrentar el juicio de un incorruptible tribunal divino, que valoraba su vida y acciones sobre la tierra y lo sentenciaba, de acuerdo con ellas, a la bendición eterna o a la destrucción.

«Tú sabes que el tribunal que juzga a los transgresores no es indulgente cuando aplica su sentencia a los perversos y desempeña sus funciones... No te fíes de la extensión del tiempo, porque ellos observan la duración de toda una vida como si no fuese más que una hora. Cuando un hombre perdura tras su muerte, sus hechos se acumulan a su lado. Lo que está allí, lo está por toda la eternidad. El que hace cosas condenables es un loco, pero el que llega al otro mundo sin malas acciones sobre sí existirá en él como un dios.» (Montet)

Osiris, el gran juez, presidía el tribunal de 42 asesores divinos y el procedimiento tenía la supervisión de Thot, dios de la escritura, que registraba los resultados del juicio en su tablilla. Se pedía al difunto que recitara la «Confesión negativa», 36 fórmulas que negaban que hubiera participado en diversas malas obras, y que declarara después, formalmente, su inocencia. Por último, enumeraba las buenas acciones que había realizado. Se pesaba su corazón en la balanza divina, comparándolo con la pluma de Maat, símbolo de la verdad, y si ambos estaban en equilibrio exacto, el difunto entraba en la felicidad eterna. Si había llevado una vida perversa, su condena era un destino horrendo.

Quizá la característica más sobresaliente de los egipcios fue su firme convicción de que la existencia humana continuaba tras la muerte. El mundo moderno tendría que estar agradecido de que en Egipto se cuidaran tanto los preparativos para la eternidad, porque gracias a ellos disfrutamos de un panorama incomparable de las habilidades y creencias de un gran pueblo.

El templo egipcio



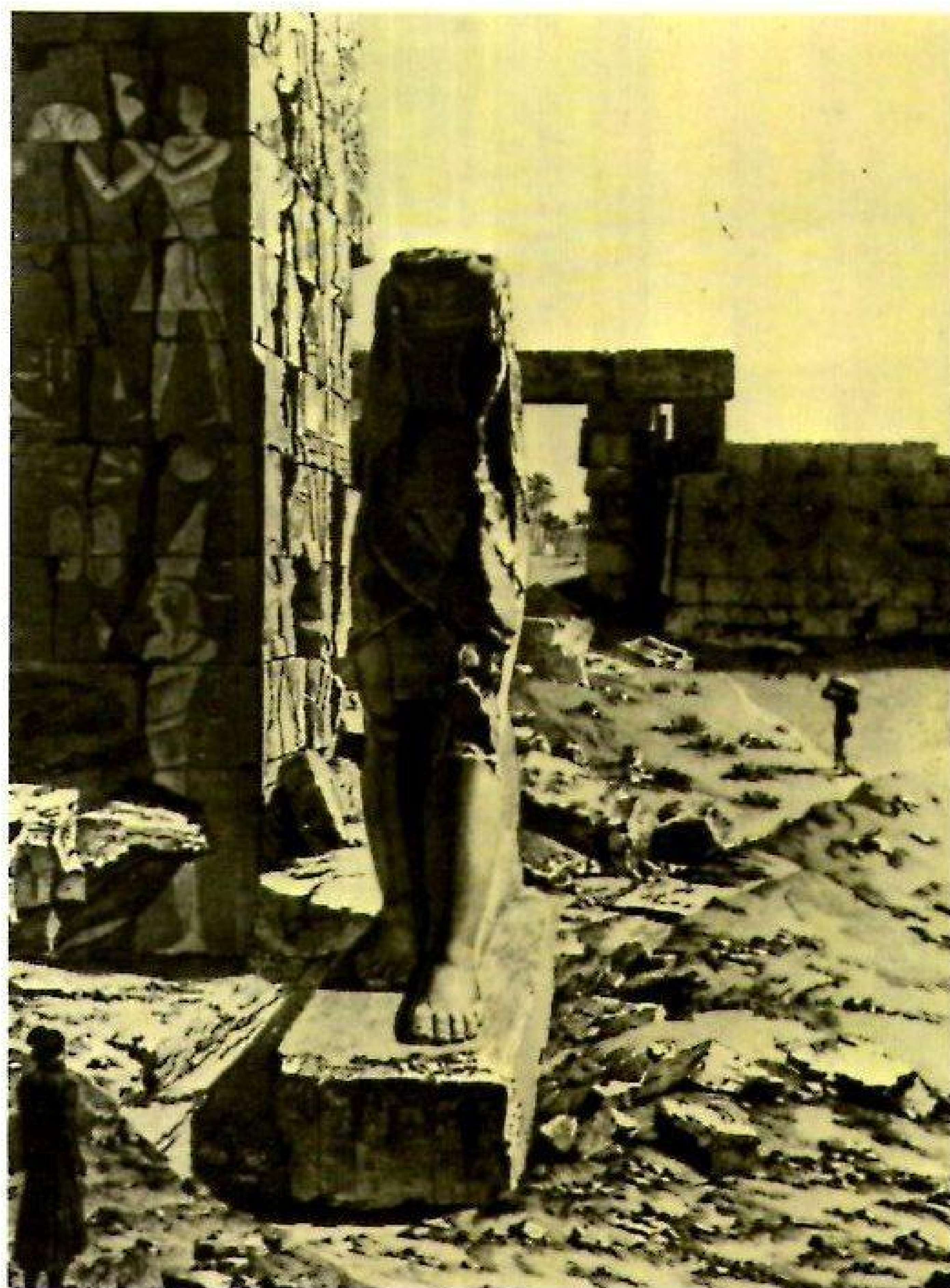
La planta básica y la arquitectura del templo egipcio cambiaron poco desde el Reino Nuevo hasta el período ptolemaico. Todos los templos representaban la morada del dios. Los pilonos macizos de la entrada, como la del templo ptolemaico de Horus en Edfú *(izquierda)*, llevaban, a través de una serie de patios abiertos y salas hipóstilas, hasta el santuario del dios. Hubo dos tipos principales de templo: el llamado templo de culto, para adorar a la divinidad que vivía en él, y el templo sepulcral, dedicado a la adoración de un faraón muerto y deificado. Un ejemplo de templo de culto es el de Horus en Edfú; el Rameseum de Tebas, cuyos enormes pilonos se ven abajo, es un templo sepulcral dedicado al rey guerrero Ramsés II. Esta entrada monumental conducía a un primer patio abierto y a menudo rodeado por una columnata. Las procesiones de los festivales entraban en el templo por entre los pilonos y atravesaban el patio en dirección al santuario, donde se cumplían los ritos más sacros. Los legos, probablemente, no podían ir más allá del patio, donde podían orar, hacer ofrendas y asistir a las procesiones. El camino por donde transitaba el cortejo subía a medida que se acercaba al santuario, lo que aumentaba la sensación de temor y respeto cuando se llegaba al «Sancta Sanctorum». Todo templo representaba la primigenia «Isla de la Creación» y sus columnas, en forma de palmas, papiro y loto, la vegetación de la isla.



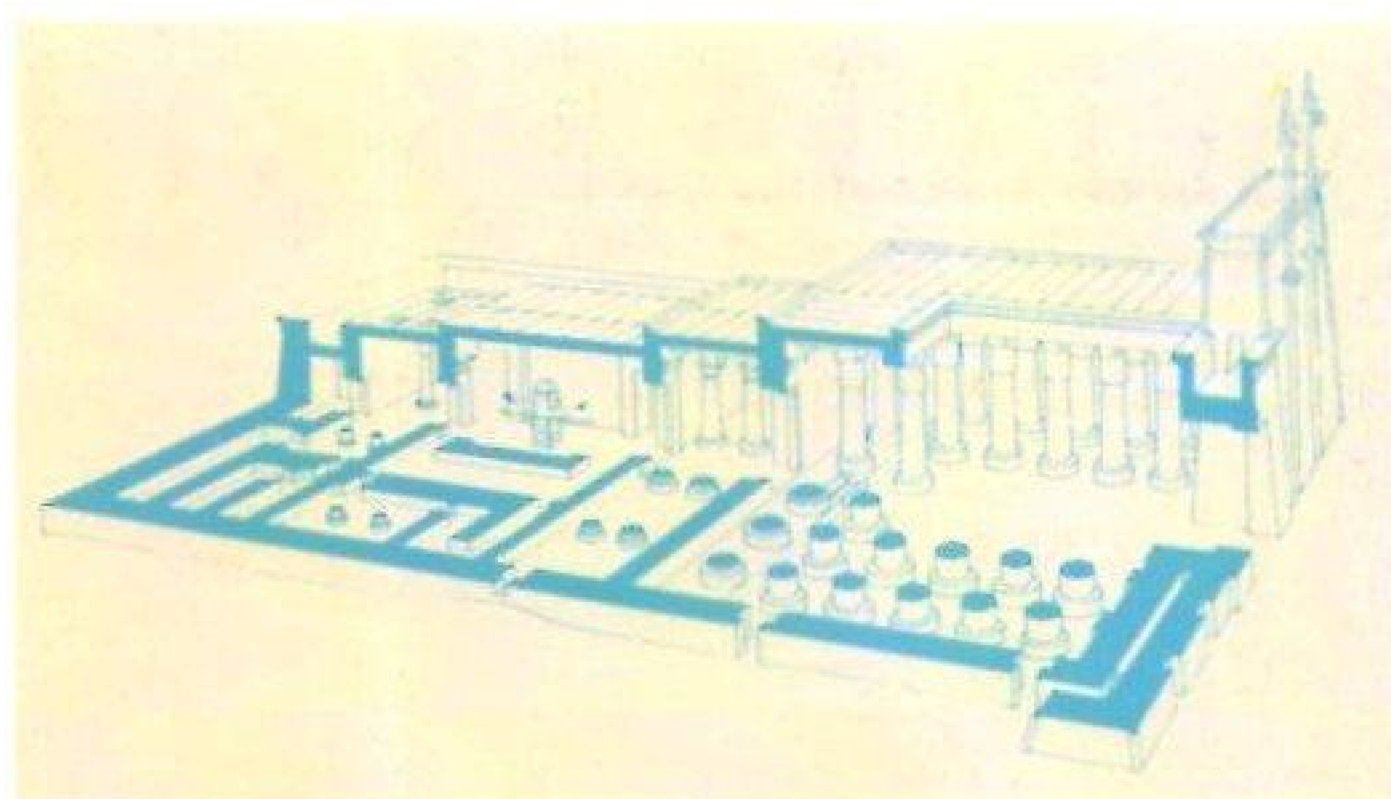


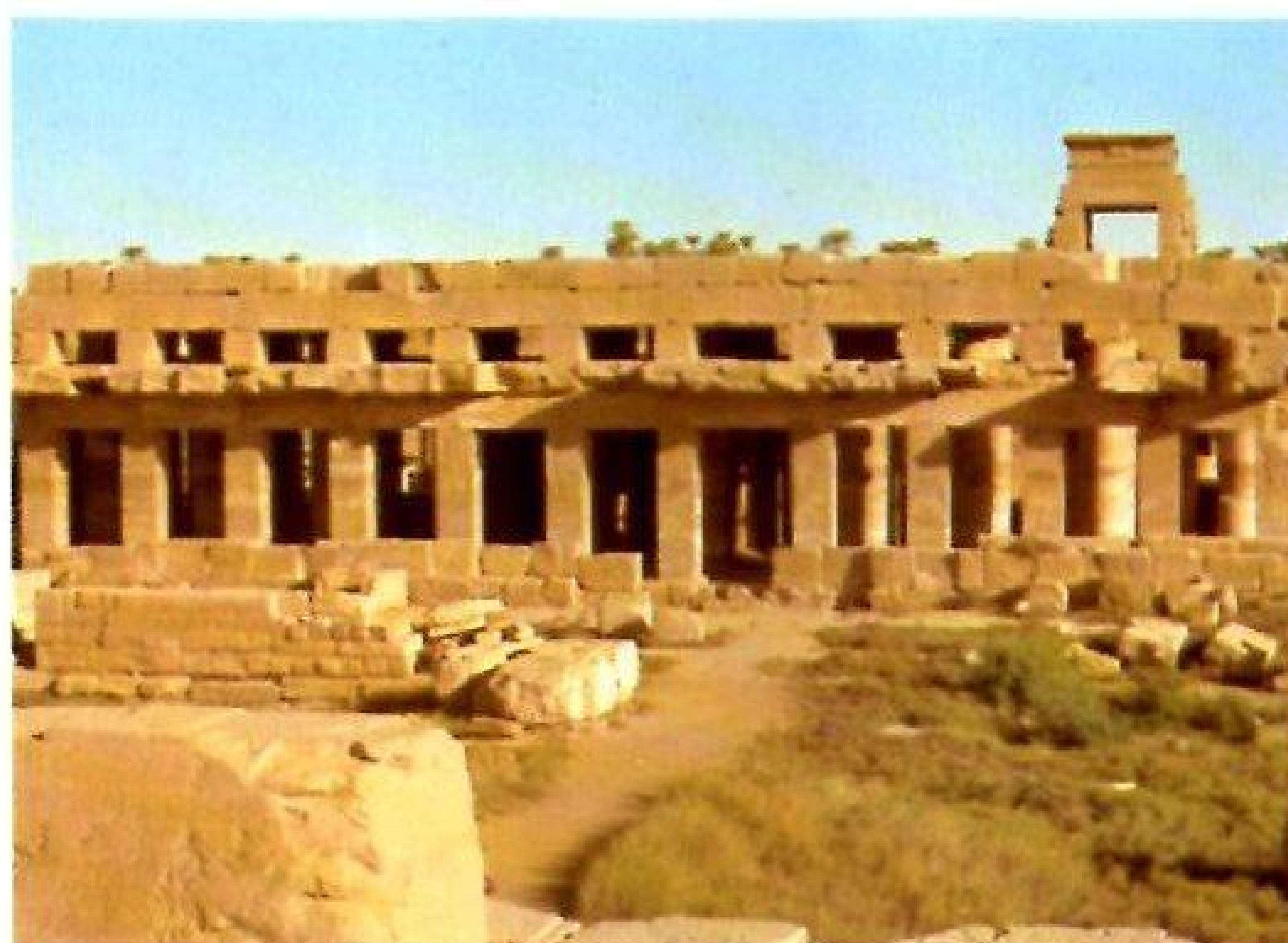
Pórtico del patio del templo de Horus en Edfú, tal como lo dibujó un viajero en 1838. Muchos de los grandes templos, cuando los descubrió el mundo occidental en el siglo XIX, estaban cubiertos a medias por la arena. En su momento, se edificaron en zonas activas, muy pobladas, pero hoy la mayoría están desiertas y lejos de los centros habitados.

Este grabado de 1847, que muestra un coloso erguido ante la sala hipóstila, da testimonio de la desolación de las ruinas de Karnak antes de que se limpiaran y restauraran en parte, no hace mucho tiempo. Karnak y Luxor, ambos cerca de Tebas, fueron centros importantes del culto del dios Amón. En el templo típico, la sala hipóstila enmarcaba un acceso imponente al santuario.

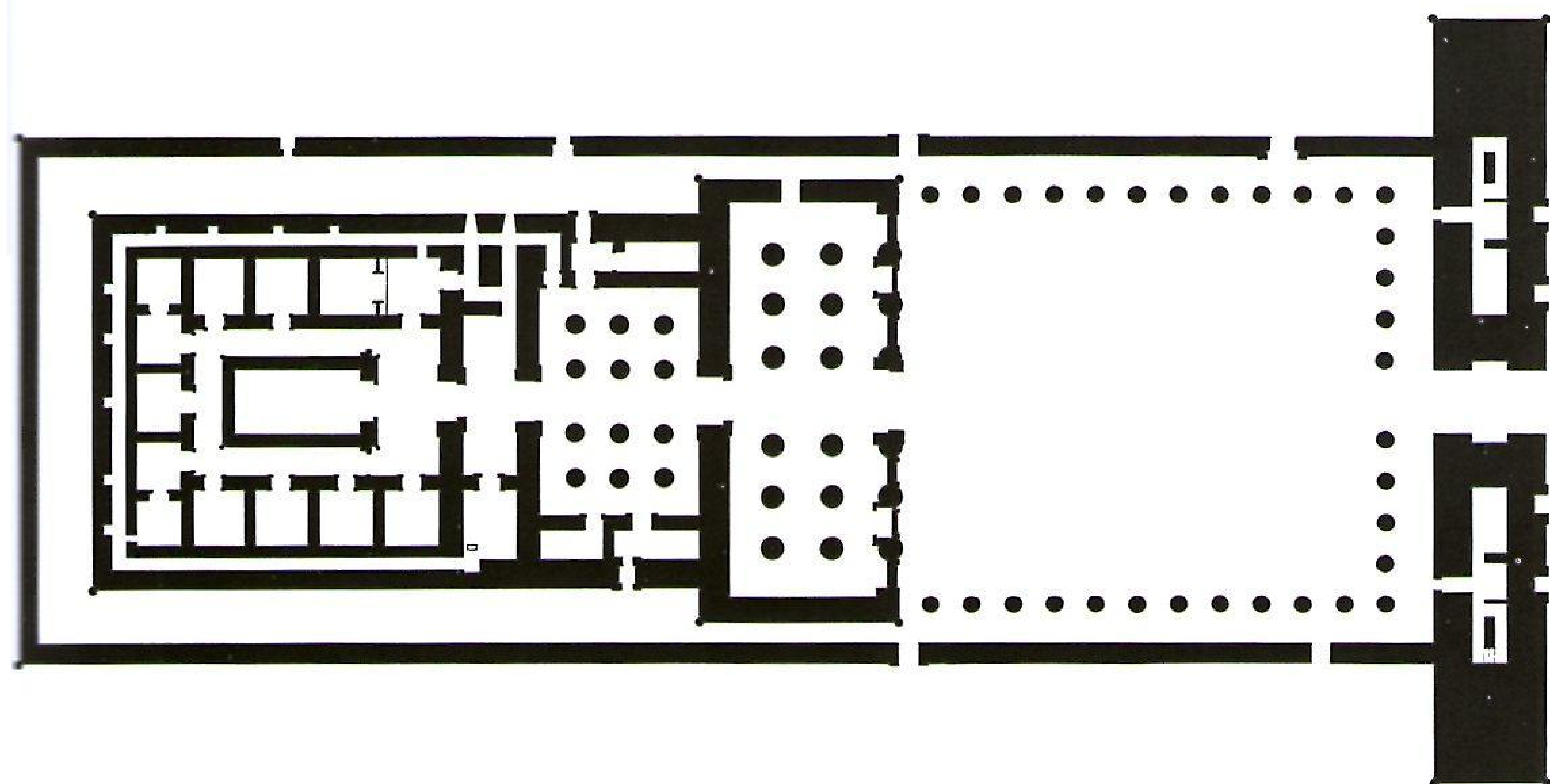


Un corte del templo principal de Karnak *(abajo)* muestra varias salas hipóstilas, que conducen desde los pilonos hasta el santuario *(izquierda)*, donde se guardaba la estatua del dios de pie en su barca. Los pilares de capiteles con flores de loto o papiro de la sala hipóstila típica estaban decorados con escenas que mostraban al rey con los dioses. *Al pie*: Iluminación mediante galerías para las salas del cuarto pilono de Karnak.







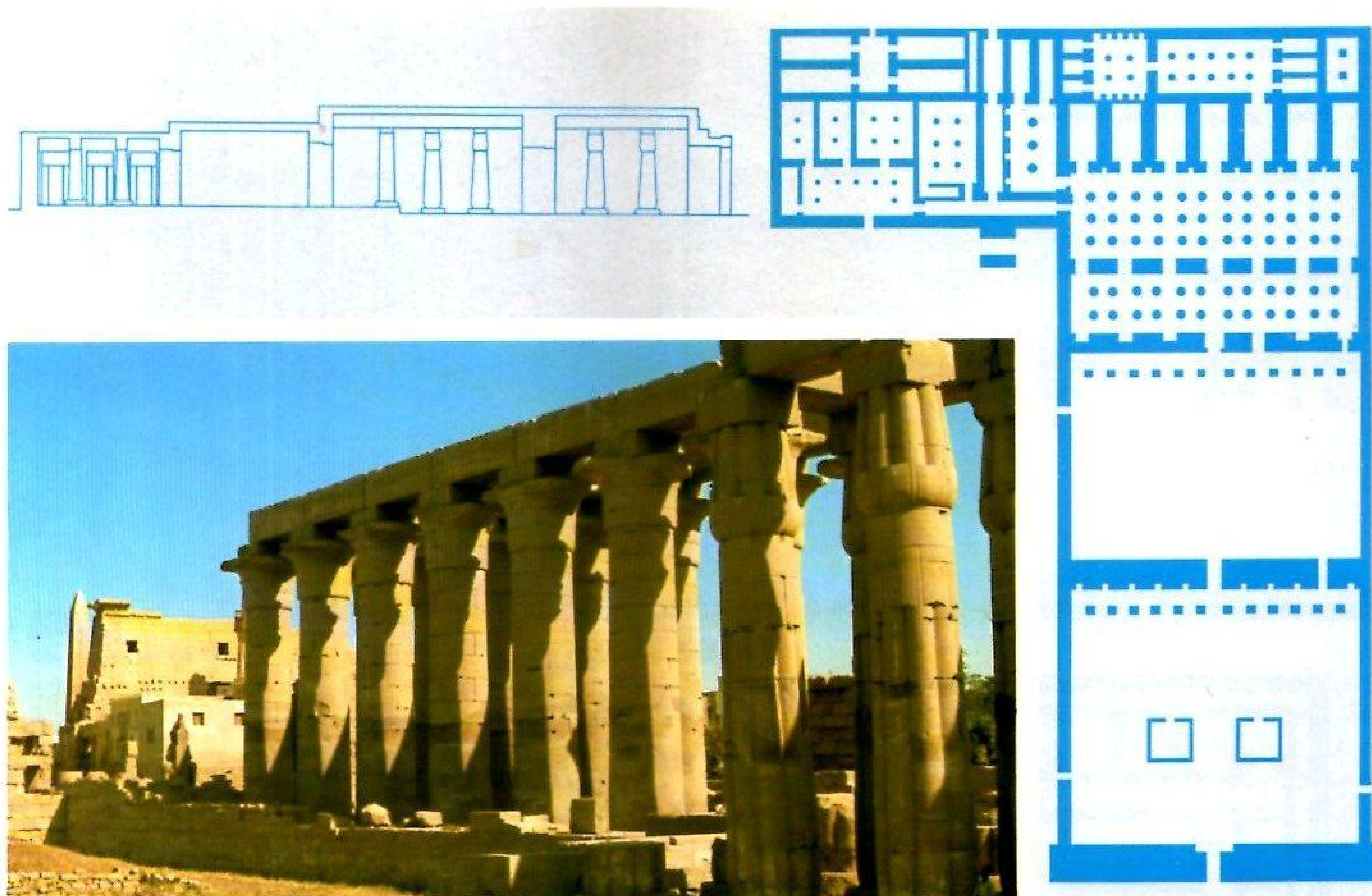


El templo ptolemaico de Horus en Edfú, mostrado arriba en alzado y planta, es un ejemplo típico del templo egipcio, con sus grandes pilonos *(a la derecha)*, su primer patio, las salas hipóstilas y el santuario.

El santuario era un sala sencilla, que reproducía la choza de cañas que albergaba la estatua del dios local en tiempos arcaicos. La imagen de culto era lo bastante pequeña como para llevarla en su barca durante las procesiones.

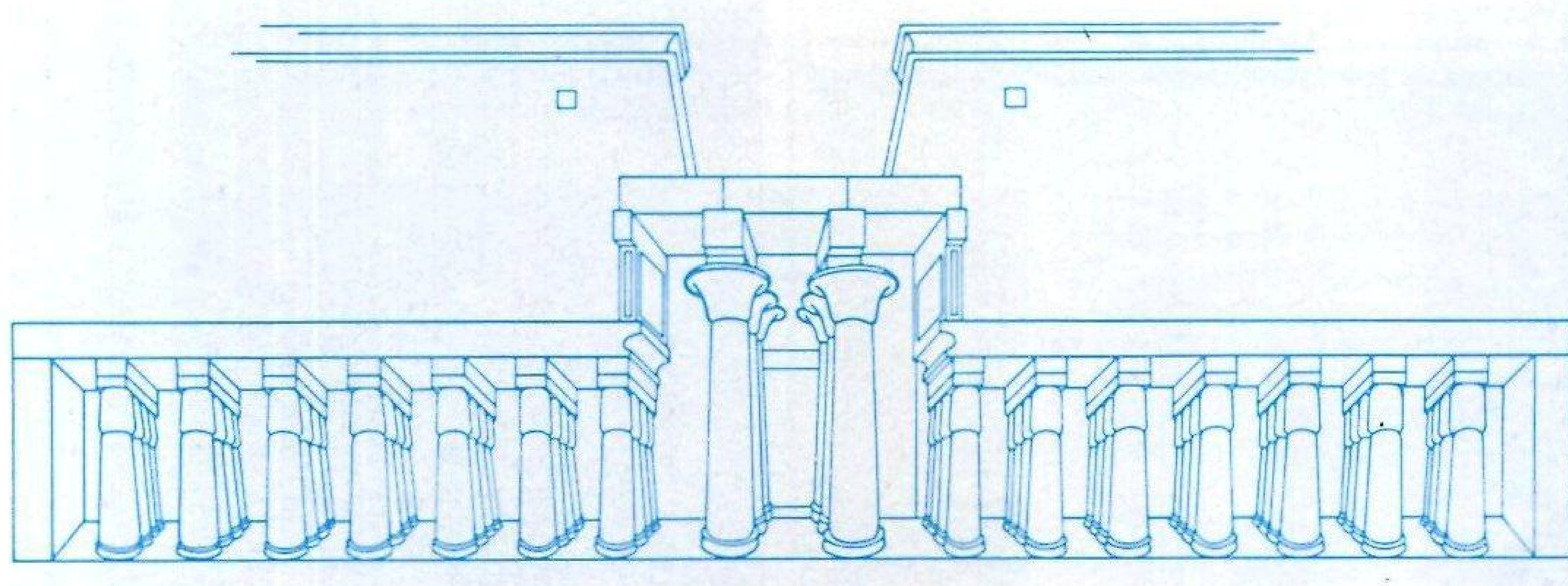
Doble templo ptolemaico de Kom Ombo *(derecha)*. Aunque son semejantes a los de los templos antiguos en muchos aspectos, los capiteles de sus pilares delatan una influencia grecorromana. Hoy en Egipto se conservan muchos de estos edificios en buen estado porque, a diferencia de palacios y casas, se construyeron con piedra duradera.





El templo de Seti I en Abidos (*arriba*, en alzado y planta) tenía una única planta en forma de L y, en lugar de uno, siete santuarios dedicados a seis dioses y al faraón deificado. También era el centro del culto de Osiris, al que acudían los peregrinos para presenciar el drama anual de la muerte y resurrección del dios, representado en su mayor parte al aire libre. La planta (desde abajo) muestra los dos patios y las dos salas hipóstilas, las siete capillas y, detrás de ellas, las habitaciones especiales destinadas a los ritos secretos relacionados con el drama de Osiris. En el ala izquierda había espacios para el almacenamiento y el ceremonial.

Los pórticos y salas de columnatas más famosos son los de los templos de Amón en Luxor *(arriba, izquierda)* y, en especial, los de Karnak, muestra de las ideas pomposas, espléndidas, de los faraones del Reino Nuevo, que gobernaron Egipto en tiempos del imperio. Corte transversal de la gran sala hipóstila de Seti I y Ramsés II en Karnak, la mayor sala de columnas del mundo *(abajo)*. La propia sala tiene una superficie de casi 5.000 m² y las columnas centrales miden 20,70 m de altura. El complejo arquitectónico de Karnak abarcaba 20 templos, santuarios y salas ceremoniales dedicados a distintos dioses.



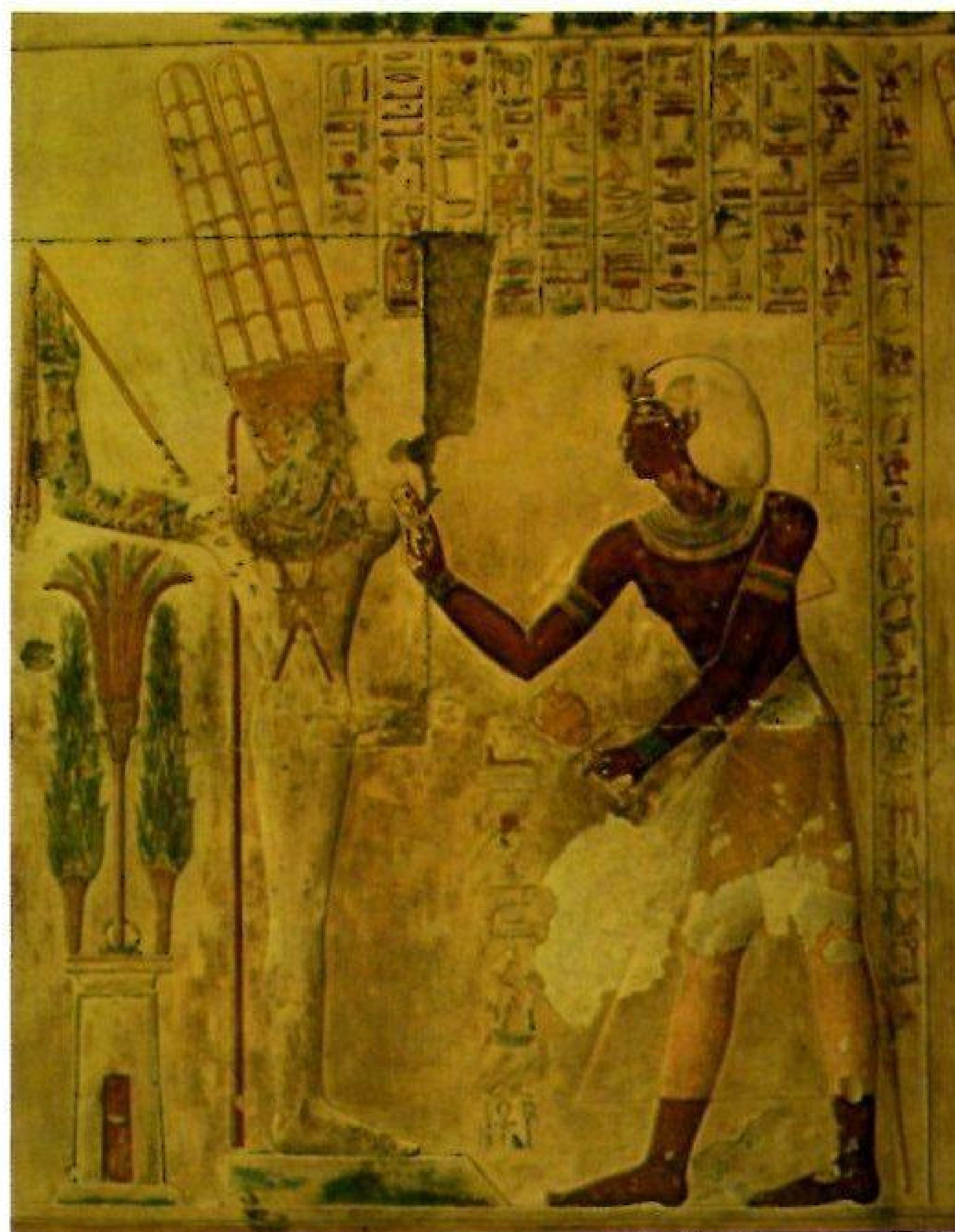




Tebas tenía dos templos principales dedicados a Amón, el de Karnak, que era el santuario central, y otro, más pequeño, situado a unos 2,5 km al sur, cerca de la actual ciudad de Luxor *(izquierda)*. Amenofis III, de la Dinastía XVIII, edificó este último templo en el espacio de un antiguo santuario. Antes de su muerte, el rey añadió delante del edificio una doble hilera de 14 columnas, cada una de las cuales tenía 15,60 m de altura. El espacio libre entre ambas filas sería llenado más tarde, por el constructor insaciable que fue Ramsés II, con un segundo patio y un nuevo pilono enorme *(izquierda)*, adornado con dos obeliscos y seis estatuas colosales del propio faraón, dos de ellas sedentes y las otras de pie. Sin embargo, el templo original de Amenofis es mucho más grácil y mejor diseñado que esta monumental obra posterior, lo que refleja la altura que alcanzó la capacidad artística en la época del Reino Nuevo y en tiempos de su artífice. Un grabado del siglo XIX *(abajo, izquierda)* muestra una vista de Luxor antes de su restauración parcial, con uno de los colosos de Ramsés caído.

Los dos santuarios tebanos de Amón estaban muy relacionados, en especial por la festividad anual que se celebraba durante la creciente del Nilo, cuando se llevaba a bordo de la nave sagrada, río arriba, la imagen del dios Amón de Karnak a Luxor, donde permanecía varias semanas cada año. Al principio Amón fue un simple dios local de Tebas; después adquirió importancia, como la propia ciudad, en primer lugar durante el Reino Medio y más tarde como dios de los faraones del Reino Nuevo (unido a Re). En tiempos del Imperio, Amón llegó a ser depositario de riquezas enormes y, en tiempos de Ramsés III, su propiedad tebana contaba con unos 86.000 trabajadores, casi 285.000 ha de tierras, 65 ciudades y grandes pueblos y muchos otros bienes.

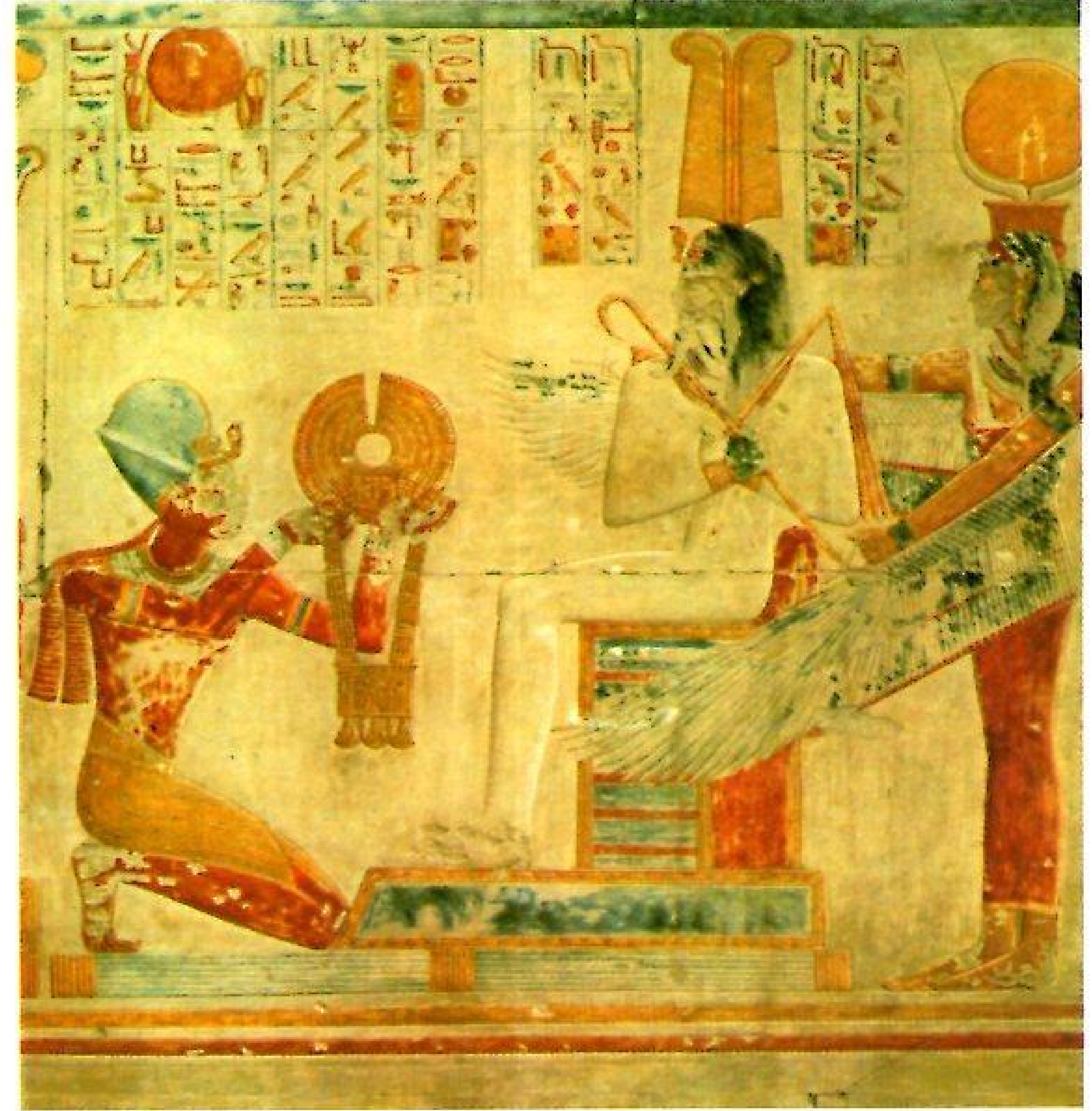
El templo egipcio como conjunto –su entrada de pilonos, los patios y las salas– se construía en torno a una pequeña habitación que era su núcleo, el santuario en que vivía el dios, cuya imagen de culto, se suponía, usaba ese espacio a modo de lugar de descanso. En ese sitio se celebraban los ritos más sacros, que eran de dos tipos: el diario, oficiado por los sacerdotes, y los festivales periódicos que rememoraban acontecimientos de la vida de los dioses, el cambio de estaciones, la coronación o el jubileo del faraón. Los festivales eran, quizá, la única ceremonia religiosa en que el pueblo egipcio podía desempeñar un papel activo. La parte más importante del ritual diario estaba a cargo del faraón o, en su lugar, del sumo sacerdote. Todos los templos se decoraban con relieves e inscripciones, muchos de los cuales recordaban algún hecho importante, ya fuese una coronación o la fundación del propio templo. Otros ilustraban, a menudo con todo detalle, los ritos religiosos que se celebraban en cada habitación o sala, lo que brinda un testimonio sin par sobre esos ritos. En Abidos en particular, las escenas rituales están bien conservadas. En estas páginas, una selección de ellas muestra aspectos del ritual diario que el faraón Seti I oficiaba en honor de los dioses Amón Re y Osiris.

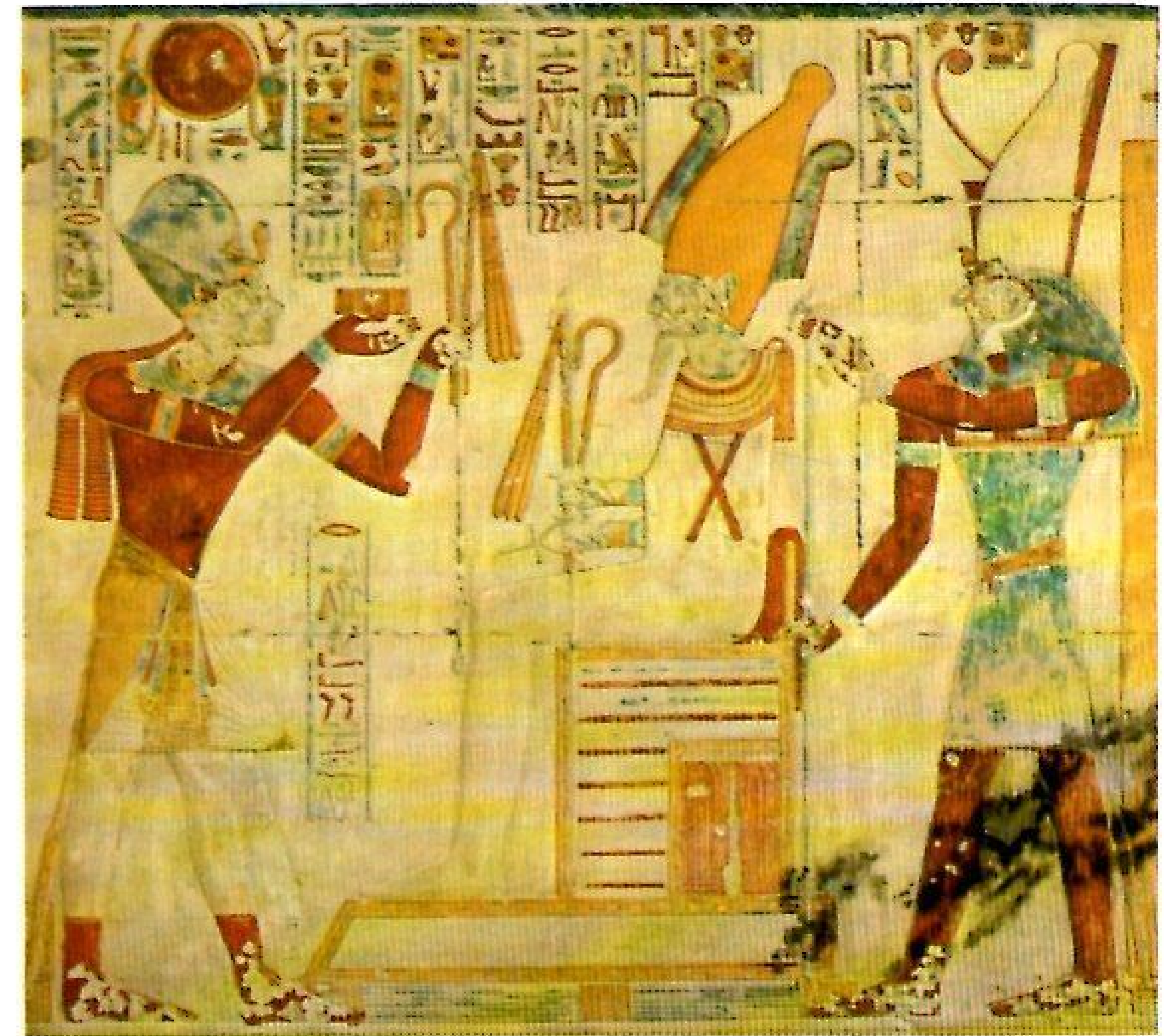


El ritual empieza cuando el rey Seti entra en el santuario y saca de su pequeño tabernáculo (naos) la estatua de Amón Re *(arriba, derecha)*. De inmediato, recita las plegarias, purifica el santuario, quema incienso y ofrece una libación *(abajo)* a la imagen. Entonces se cambian los ungüentos y ropas del dios *(página opuesta, izquierda)*, se le ofrece un gran collar (Osiris, con Isis a sus espaldas); a continuación, vuelve a su naos. Osiris está presentado con sus cetros, un mayal y ajorcas en muñecas y tobillos *(abajo)*. Había más presentes y, por último, una ofrenda de alimentos completaba el ritual. En otra habitación, más tarde, se ofrecía la comida a una «Lista de reyes», en la que estaban todos los faraones (los antepasados) desde el primero, y por último se distribuía entre los sacerdotes.

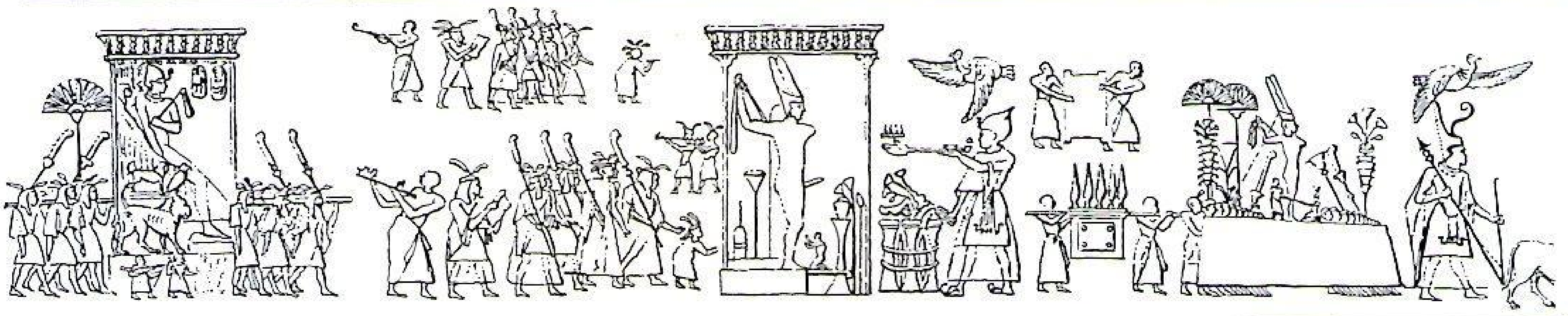








A pie de página: Procesión de un festival de Min, dios de la fertilidad, restaurada de las paredes del templo sepulcral de Ramsés III, en Medinet Habu. Se ha sacado del santuario una estatua del dios *(centro)* para llevarla a los patios exteriores, en medio de la muchedumbre excitada. El faraón avanza en su silla de manos *(izquierda)*, quema incienso ante la imagen del dios *(centro)* y marcha delante de otra imagen portátil del dios *(derecha)*.



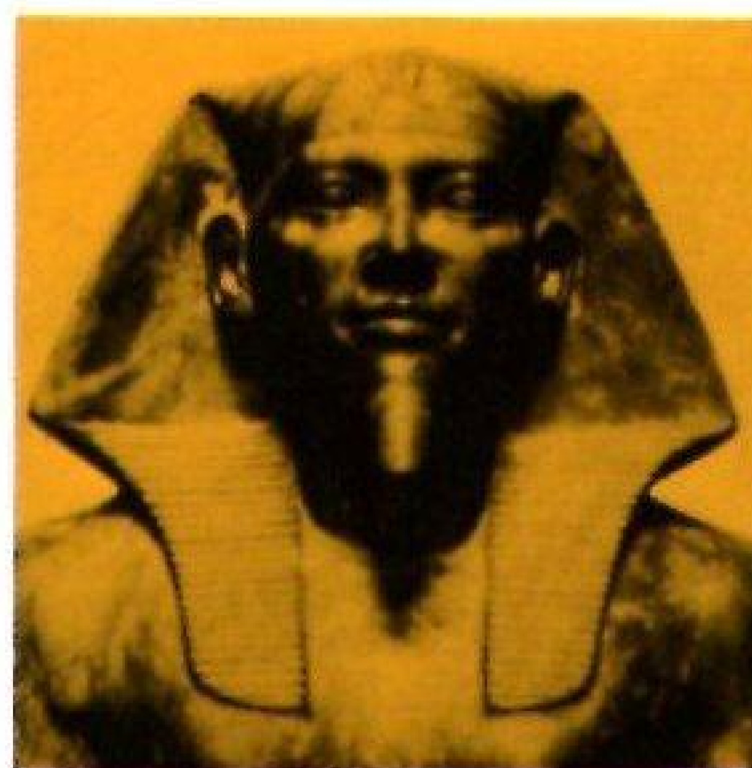
Capítulo quinto: Reyes y plebeyos

Ningún cuadro panorámico puede dar más que una pintura superficial de las condiciones sociales existentes en el antiguo Egipto. Además, los restos materiales, por abundantes que sean, tampoco nos dejan más que una imagen apenas aproximada de las casas, mobiliario, ropas, costumbres funerarias, joyas y otros rasgos de la cultura egipcia. Cuando aparecen esporádicos testimonios detallados y abundantes, como es el caso de los artesanos que en Deir el-Medineh trabajaban para el faraón, son muchos los motivos para detenerse en el estudio del material, incluida la basura, que nos han dejado, porque nos permite adquirir una idea general acerca del egipcio medio, que no pueden darnos ni tumbas, ni templos ni estatuas.

Cuando intentamos identificar algunas características fundamentales del modo de vida egipcio, enfocamos el tema desde dos ángulos: primero, la estructura de la sociedad –familia real, nobleza, artesanos, funcionarios, esclavos y demás–, que fue un factor básico de la civilización egipcia a través de los años; segundo, los aspectos de la sociedad –como el matrimonio, la educación, la enfermedad, el ejército– que están más allá de las barreras de condición social y riqueza y que afectaron a todos. En estos últimos aspectos, encontramos un parecido reconfortante entre los egipcios y nosotros.

El faraón. El vocablo «faraón», proveniente de la palabra egipcia *pr-'3*, que significa «casa grande», en su origen denominó al palacio real. Más tarde se convirtió en el nombre del propio gobernante quien, como agente de los dioses que cumplía sus tareas en un mundo mortal, era un hombre muy ocupado. Tenía el cargo de comandante en jefe del ejército, jefe de la administración y del tesoro, sumo sacerdote de todos los templos y juez supremo. En los tiempos arcaicos es probable que haya cumplido esas funciones personalmente pero, a medida que la organización del país se volvía cada vez más complicada, delegó algunos de sus deberes en sus funcionarios. En la época del Reino Antiguo, este sistema se había organizado con precisión, aunque el rey se reservó ciertos deberes; por ejemplo, en los casos criminales la apelación se presentaba ante él, porque tenía el poder de confirmar las sentencias de muerte u otorgar el indulto. Era el defensor de Maat, el concepto de la verdad, de la justicia y del orden establecido del universo. Intervenía en la batalla y visitaba los templos para hacer ofrendas; todos los registros de guerra que se conservan dentro y fuera de los templos transmiten la idea virtual de que sólo el faraón oficiaba los rituales y mataba al enemigo.

Es decir, que, en gran medida, el poder de Egipto dependía de la habilidad del soberano, al que los dioses habían creado, para llevar adelante los deberes necesarios, porque sólo él podía mediar entre dioses y hombres. En tiempos arcaicos, cada centro pastoril tuvo su propio jefe pero más tarde, bajo el poder de un solo rey, los egipcios alcanzaron una unidad nacional que ninguna otra civilización antigua lograría y que les llevó los beneficios de un estado centralizado, además de permitirles ganar tierras, irrigarlas y construir pirámides.



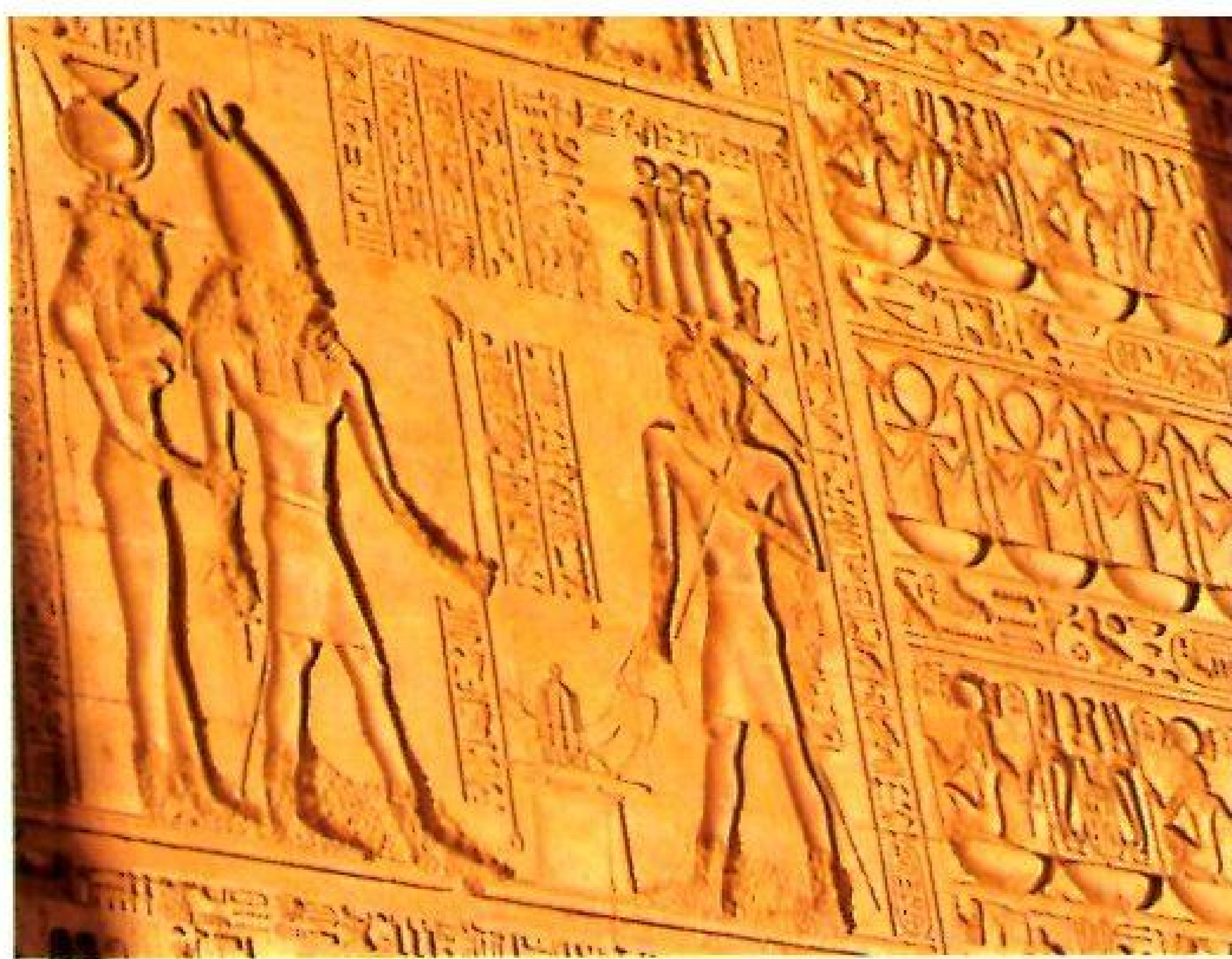


Dos estilos artísticos diferentes. *Izquierda:* Cabeza de Kefrén (Reino Antiguo). *Derecha:* Cabeza de Ramsés II, en un estilo posterior, más decadente. Lleva la corona azul (de guerra).

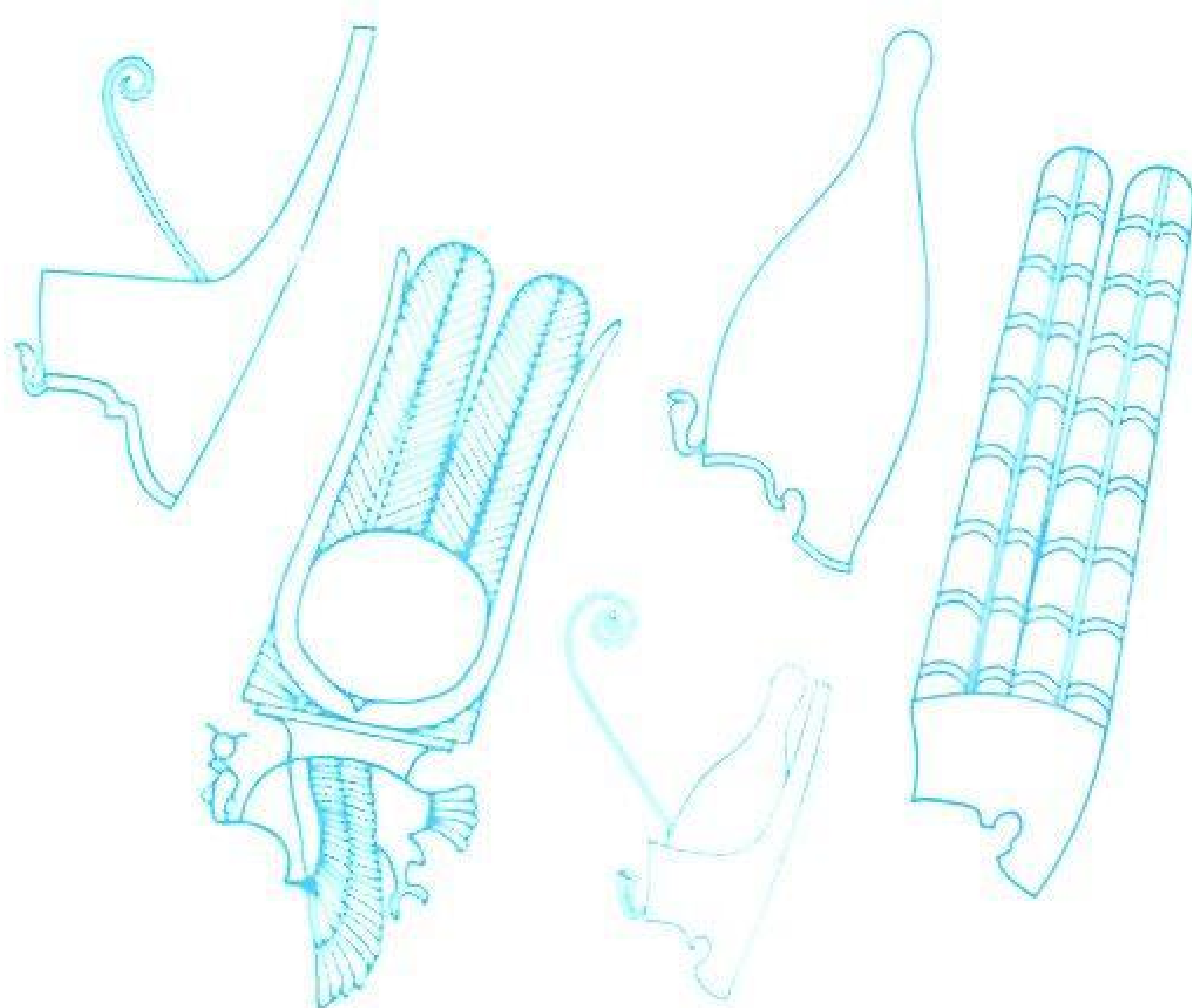
En un principio, se consideró a los reyes como dioses encarnados; las pirámides aseguraron la continuidad de la existencia del rey dios tras la muerte y por esto sus súbditos lo eran para toda la eternidad. Hacia la Dinastía V, empezó a verse al rey como hijo físico del dios Re, creencia que se mantuvo a lo largo de la historia egipcia. Teóricamente, el soberano fue también la encarnación del dios Horus, el hijo de Osiris, y en este último se transformaba al morir. En los tiempos del Reino Medio, los faraones estuvieron más cercanos al pueblo, porque la decadencia del poder real a fines del Reino Antiguo tuvo un gran efecto sobre las actitudes anteriores y los reyes, aunque aún se les adjudicara índole divina, eran para el pueblo protectores y salvadores, ante todo. En la época del Reino Nuevo, se veía a los faraones como guerreros que habían construido y mantenido un gran imperio, gracias a la dominación de los hicsos, primero, y a su expulsión, después.

Akhenatón, con su monoteísmo en general no aceptado, rompió ese esquema cuando, como único representante de dios en la tierra, intentó afirmar la posición especial del rey. Su concepto traía el recuerdo de la exclusiva condición divina del soberano, sustentada en tiempos arcaicos. En el Período Tardío, los conquistadores extranjeros sucesivos adoptaron el papel de faraones con todas las apariencias tradicionales, porque para gobernar Egipto necesitaban el poder absoluto de la monarquía. En particular los Ptolomeos, como hemos visto, se sirvieron de la posición del soberano para explotar al país y, de un modo semejante, los romanos se aprovecharon de la idea existente acerca del poder faraónico.

Los reyes vivían en palacios edificados con ladrillos y madera, de los que pocos se conservan. Podemos figurarnos al faraón cumpliendo sus deberes típicos: concedía audiencias, rodeado por sus consejeros, a funcionarios, arquitectos e ingenieros; escuchaba informes; consideraba los indultos a los



Relieve de un templo. El rey, de pie ante un dios y una diosa, lleva la corona de Atef. Tiempo después, los cristianos borraron los rostros de las figuras.



Coronas egipcias. *De izquierda a derecha:* Corona roja; corona de reina, con dos plumas, el disco del sol y los cuernos de Hathor; corona blanca *(arriba)*; corona doble; y *(extremo izquierda)* la corona de Amón.

criminales; recibía a embajadores de otras tierras y otorgaba sus favores a los súbditos dignos de ellos. Entre sus deberes religiosos estaba el de oficiar los ritos diarios en honor del dios principal del Estado. A comienzos de su reinado debía empezar los preparativos para construir su tumba y después inspeccionaría regularmente el lugar. Sus entretenimientos eran recios: la caza de gacelas, antílopes o ciervos en su tierra o, como lo hicieron los reyes de la Dinastía XVIII, la de leones y elefantes más allá del río Éufrates. También conducía carros y se ejercitaba en el tiro con arco, además de disfrutar de banquetes, música y canciones.

Cuando llegaba su muerte, el faraón era depositado en su tumba. Su heredero era por lo común el primogénito habido con su esposa principal. Tras un breve lapso, llegaba la coronación, saludada con fiestas y alborozo en todo el país. Entonces, el sucesor se ceñía la Doble Corona –la Roja del Bajo Egipto y la Blanca del Alto Egipto–, que simbolizaba la unificación de sus tierras. El nuevo soberano recibía un nombre real, que constaba de cinco títulos y reforzaba su posición de hijo de la divinidad, con cuyo consentimiento gobernaba, y su poder para mandar en ambas zonas del país.

Es posible que todos los príncipes recibieran una misma educación, porque no era infrecuente que el hijo mayor muriera antes que su padre. Se les enseñaba a leer y escribir, además de las disciplinas de la guerra, de los deportes, de la caza y de la religión. La corregencia –el soberano compartía el trono con su hijo mayor durante cierto tiempo– tal vez haya sido siempre un rasgo del reinado, pero está registrada con mayor frecuencia en tiempos de la Dinastía XII. Esta circunstancia aseguraba un paso menos complejo de un reinado a otro y quizá se recurrió a ella en las épocas en que la sucesión podía estar en disputa.

Después de algunos años –a menudo treinta–, el faraón celebraba su jubileo, un festival sobre cuyo significado los eruditos han discutido ampliamente y en el que, al parecer, se incluía una acción de gracias y la renovación ritual de la capacidad del rey para gobernar.

Para los egipcios, la «monarquía» era una institución inmortal, indiscutible. Una de las características básicas de esta cultura fue la reverencia dedicada al soberano: buenos, malos o indiferentes, los faraones se sucedieron unos a otros. En teoría, ostentaban un poder absoluto, pero desde tiempos antiguos los futuros reyes se formaban según el respeto a ciertos principios y a la necesidad de adaptarse a la idea egipcia de un «buen» gobernante, del que se esperaba que se ocupara de los menesterosos, de reprimir el soborno y la opresión, de tratar a todos los súbditos con ecuanimidad, de sustentar el concepto de justicia y de no tolerar el mal.

Podemos suponer que en general el sistema faraónico funcionó bien para los egipcios. Desde el momento en que subía al trono, el rey se convertía en el nexo de su pueblo con la divinidad, le aseguraba la paz, la prosperidad y la vida eterna. Sus deberes eran constantes hasta su muerte, pues el hijo de dios no podía abdicar ni retirarse. La coronación de un nuevo rey se celebraba siempre con gran regocijo y no hay moti-

Versiones esculpidas de algunas de las coronas egipcias. El cartucho encierra el nombre de Ramsés II.





Zona de las laderas occidentales de Tebas, donde se ven varias tumbas cavadas en la roca, pertenecientes a los nobles (Reino Nuevo).

vos para suponer que el pueblo sólo repetía fórmulas vacías cuando, en sus aclamaciones, proclamaba: «¡Qué día tan feliz! ¡Los cielos y la tierra se alegran de que seas el gran señor de Egipto!».

Los nobles. Componían la nobleza egipcia los funcionarios administrativos, los escribas, los abogados, los doctores, los sacerdotes y los oficiales del ejército. Uno de los grupos más importantes era el de los funcionarios administrativos. En Egipto, la economía estatal dependía en gran medida de las gabelas que pagaban las personas e instituciones propietarias de grandes extensiones de tierra, además de los tributos exigidos a los pueblos conquistados. Las tasas se pagaban en especie –carne y productos agrícolas– y se usaban como medio de retribución a los empleados que no se ocupaban de producir sus propios alimentos, como los artesanos, funcionarios, sacerdotes o soldados. Este complejo sistema exigía una red de funcionarios administrativos.

En tiempos antiguos, cuando el rey delegaba sus deberes, esas tareas quedaban a cargo de sus hijos y de sus familiares cercanos. Pero más tarde la dignidad de funcionario abarcó un campo social mayor y, siempre que hubiera mostrado su capacidad, un hombre podía llegar a un alto cargo aunque su cuna fuera humilde. No obstante, por lo común el funcionariado era hereditario, aun cuando el nombramiento de un nuevo miembro de ese grupo requería la aprobación del faraón. El cargo administrativo máximo era el de Visir y, tal como se registró en la tumba del visir Rekhmire de la Dinastía XVIII, los deberes inherentes eran muy pesados. En tiempos del Reino Antiguo, los funcionarios administrativos de alto rango tenían que estar preparados para asumir una gran variedad de deberes, para los que no recibían un entrenamiento específico, como por ejemplo, la preparación de expediciones militares. Es decir, que lo primordial era la capacidad de organización, más que una habilidad técnica especializada.

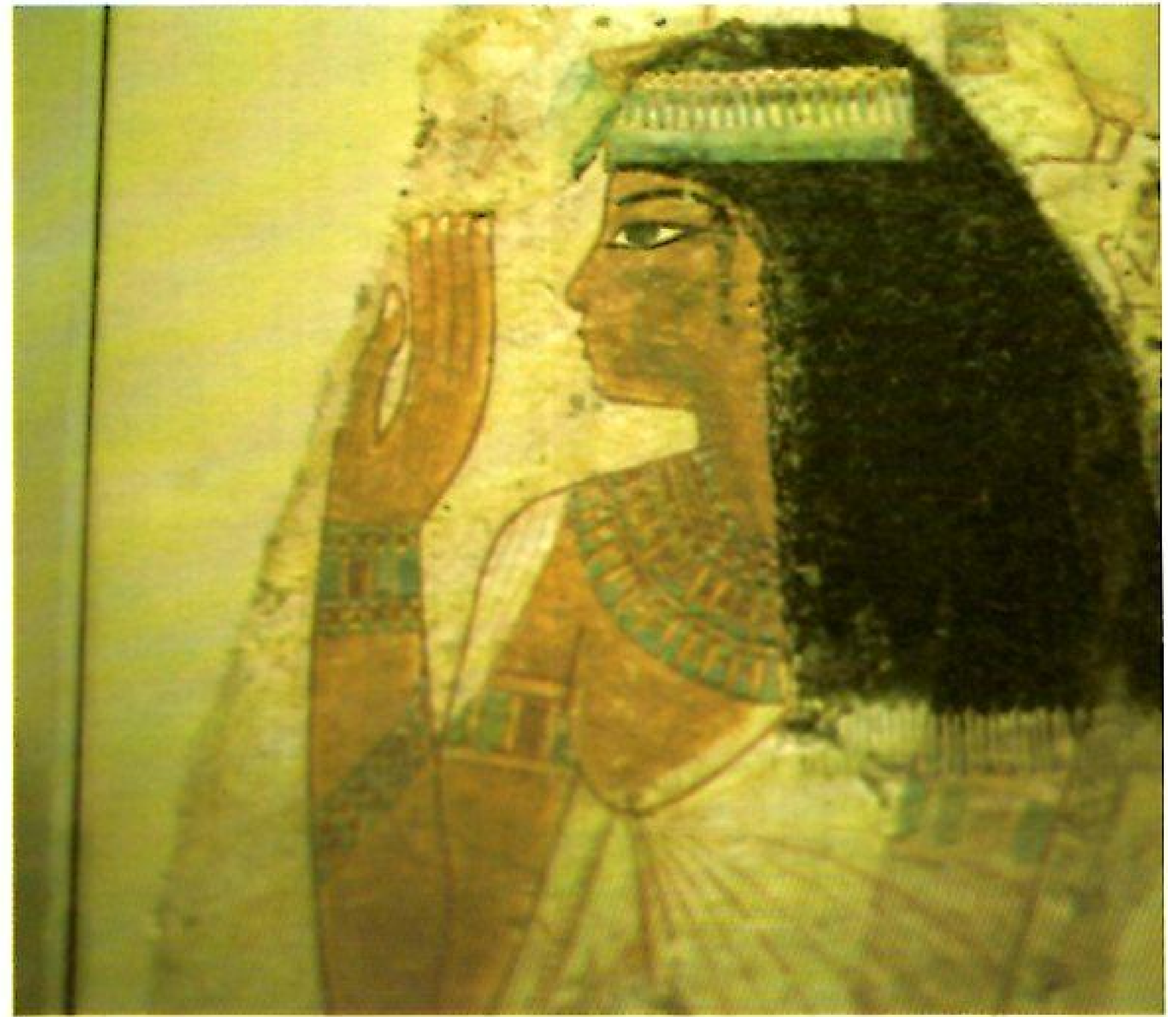
Los nobles tenían casas bonitas y vivían con un estilo elegante. En las ciudades, las mejores viviendas en general tenían varias plantas, porque el espacio edificable era muy apreciado. Las casas rústicas o villas, como las construidas en Tell el-Amarna, casi siempre eran de una sola planta, con salas destinadas a la recepción pública. Esas mansiones estaban rodeadas de hermosos jardines llenos de flores; a menudo contaban con una piscina y un templete para las devociones familiares. Los egipcios disfrutaban de sus jardines, muchas veces representados en los murales de sus tumbas. Las cocinas, las habitaciones de los siervos y los corrales estaban fuera del edificio principal, para que los olores no molestaran al señor y a su familia.

En Amarna, a diferencia de las de otras épocas, las villas no tenían un sector reservado a las mujeres, que ocupaban el mismo espacio que el señor de la casa, al parecer. El mobiliario era de muy buena fabricación y en él se incluían sillas, camas con cabeceros, taburetes y arcones para la ropa. Las mujeres tenían objetos de tocador muy elaborados y joyas finas; llevaban ropas amplias y sutiles de lino y solían disponer de varias pelucas. Los niños tenían juguetes bien fabricados –algunos bastante complejos– y compartían con sus padres las partidas de montería y de volatería en las zonas pantanosas.

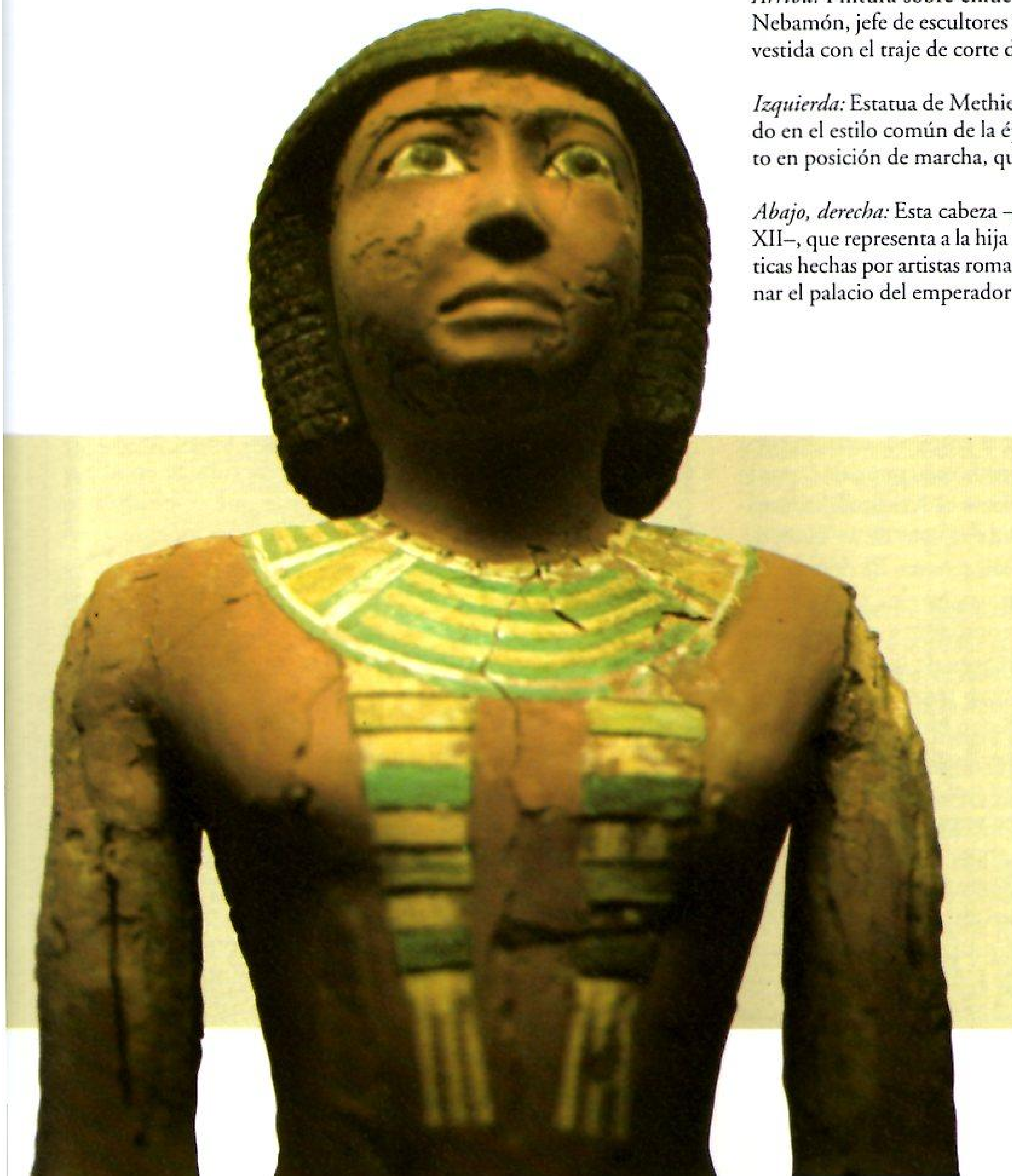
Los entretenimientos eran espléndidos. Asistían a los invitados siervas jóvenes y durante toda la noche danzarinas y músicos divertían a los presentes. Las mujeres, además de lucir sus mejores atuendos, llevaban sobre sus espesas pelucas conos de cera aromática, que se fundía durante la velada esparciendo su perfume. Todas las invitadas recibían una flor de loto que sujetaban en la parte frontal de una diadema.

Los trabajadores. Los operarios y artífices que construían y decoraban templos, pirámides y tumbas desempeñaron un papel importante en la sociedad egipcia. Esta mano de obra se dividía en dos tipos: los obreros corrientes y los artesanos. El trabajo pesado estaba a cargo de enormes cuadrillas de peones, en su mayoría labriegos contratados, aunque también las componían los prisioneros de guerra, los soldados que estuvieran acantonados en el país y los reos sentenciados por los tribunales de justicia. En teoría, todo varón egipcio debía pasar parte de su tiempo en los programas de obras públicas, pero en la realidad esta carga recaía sobre todo en el campesinado que, en cualquier caso, debía encontrar un trabajo alternativo para el período anual de la creciente del Nilo, cuando era imposible la labranza. Como el gobierno se ocupaba de la subsistencia del trabajador durante el período de contrato, los programas de obras públicas, al ser en realidad un empleo regular y pagado, ofrecían a las clases pobres la oportunidad de no morir de hambre.

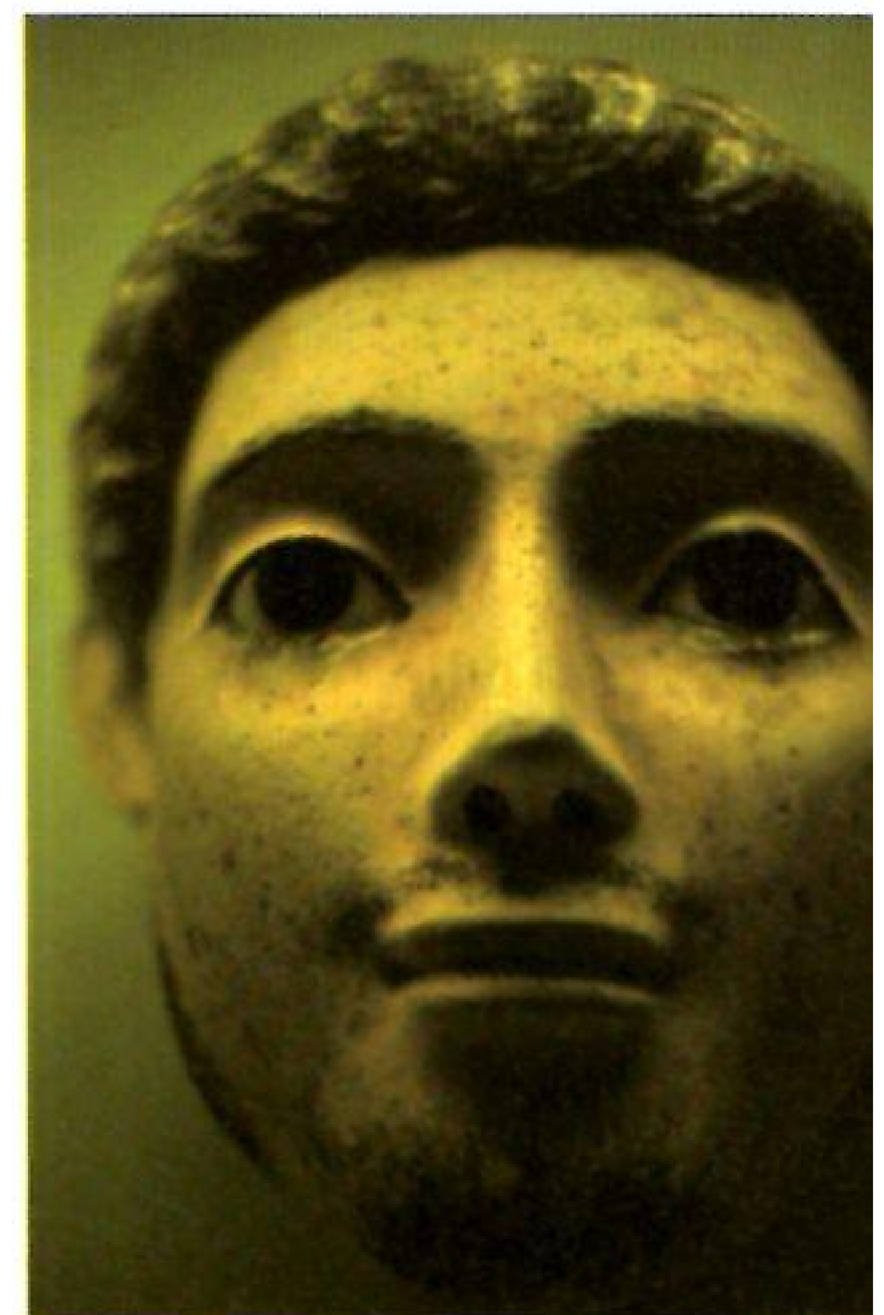
No es verdad que esos proyectos de edificios monumentales hayan significado, como muchas veces se afirmó, una pér-



Arriba: Pintura sobre enlucido de la Dama Tepeu, en la tumba de Nebamón, jefe de escultores de Tebas. Se trata de la madre del artista, vestida con el traje de corte de tiempos de Amenofis III.



Izquierda: Estatua de Methiethi, oficial del rey Unas. Está representado en el estilo común de la época del Reino Antiguo: un joven robusto en posición de marcha, que lleva un ancho pectoral de cuentas.



Abajo, derecha: Esta cabeza –originalmente una esfinge de la Dinastía XII–, que representa a la hija de Anenemat, sufrió modificaciones drásticas hechas por artistas romanos hacia el 130 de nuestra era, para adornar el palacio del emperador Adriano en Tívoli, cerca de Roma.

dida de recursos económicos y una carga aplastante para la mano de obra del país. Tampoco se emplearon esclavos en ellos, aunque en tiempos del Reino Nuevo hubo en Egipto más cautivos extranjeros que en épocas anteriores y, por cierto, muchos tuvieron que ocuparse de los trabajos más pesados. Sin duda eran faenas arduas y poco agradables, pero no se debe aceptar la idea corriente de que sólo el despotismo del faraón y la dureza del sistema hicieron posible la proeza de construir esos edificios casi sobrehumanos. La naturaleza de la tierra creó esa situación y el gobierno coordinó un sistema que, al menos, aseguraba empleo pagado y que no parece haber suscitado más que rebeliones mínimas.

El segundo tipo de trabajadores fue, siquiera para el criterio común, muy superior al de los campesinos. Eran los artesanos que se ocupaban de la talla, la pintura y las tareas de terminación de los edificios, que exigían habilidades superiores. Se supone que estos hombres se organizaban en grupos o talleres, adscritos al Estado o a los templos. Muchos de ellos habrán usado parte de su tiempo, ya fuese en las horas de trabajo oficial o en las de descanso, para ocuparse de encargos privados, sin duda muy numerosos. Los que tenían más demandas disfrutaron de un nivel semejante al de las clases medias y así llegaron a poseer casas cómodas y tumbas de buena calidad. Al parecer, los escultores y los orfebres fueron más prósperos que los pintores, quizá porque era muy grande la demanda de estatuaria fúnebre privada, de joyas de oro elegantes y de adornos de todo tipo.

Sin duda, los secretos de cada una de estas labores, transmitidos de padres a hijos, se guardaron con celo y, aunque muchos artesanos lograron elevar su condición, hay testimonios de que los funcionarios menos encumbrados de la clase media vieron con malos ojos las ambiciones de esos advenedizos.

Los artesanos vivían en «ciudades de trabajadores», edificadas especialmente cerca de los monumentos en construcción. Se han descubierto varias de esas «ciudades de trabajadores», donde se alojaron los obreros empleados en diversos edificios reales; quizá el más notable de esos poblados, por la información que brinda, sea el de Deir el-Medineh, conocido por los egipcios con el nombre de «Lugar de la Verdad», situado no muy lejos de la necrópolis tebana. Se desenterraron las ruinas de casas, tumbas, santuarios, los papiros y *óstraka* que recogen preocupaciones cotidianas y proporcionan un relato de primera mano y fascinante de las vidas de esos artistas. Además, tenemos el producto terminado de sus esfuerzos, las tumbas decoradas del Reino Nuevo, descubiertas en el Valle de los Reyes y en el de las Reinas.

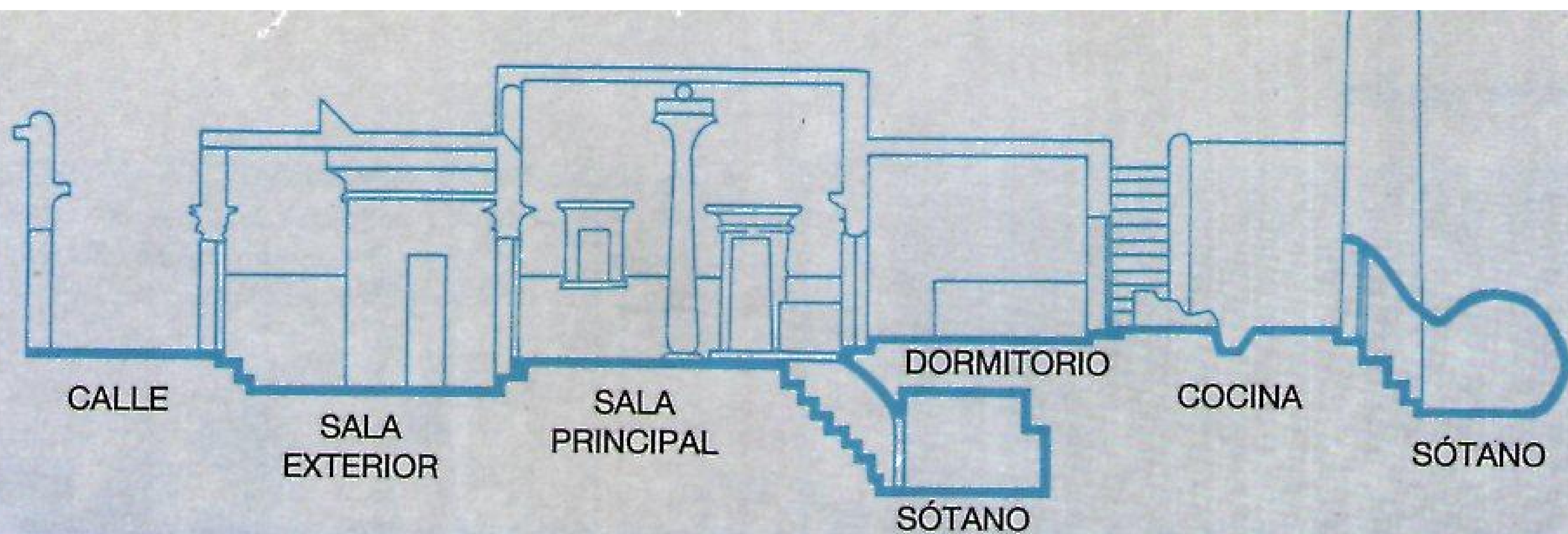
Antes de analizar la organización y el trabajo de este grupo único de obreros del faraón, echemos una mirada a su poblado. Durante más de veinte años, una expedición del Instituto Francés de Arqueología Oriental, encabezada por B. Bruyère, excavó este yacimiento aislado. (Para una descripción completa del lugar, de la que proviene buena parte de esta información, véase el aporte de J. Černý en: *Cambridge Ancient History: Egypt from the Death of Ramesses III to the End of the Twenty-First Dynasty.*) En comparación con los muchos templos y tumbas construidos «para la eternidad» que están en mejores condiciones de conservación, Deir el-Medineh es uno de los pocos centros en buen estado que se encontraron en Egipto. Fundada en la primera época de la Dinastía XVIII, la ciudad consideró a Amenofis I su patrono y más tarde los artesanos rindieron culto al faraón y a su madre, Ahmosis Nefertari. Es probable que, en realidad, fuera Tutmosis I el fundador, pero quizá Amenofis I fuese el primer soberano que llevó allí una cuadrilla de trabajadores reales.

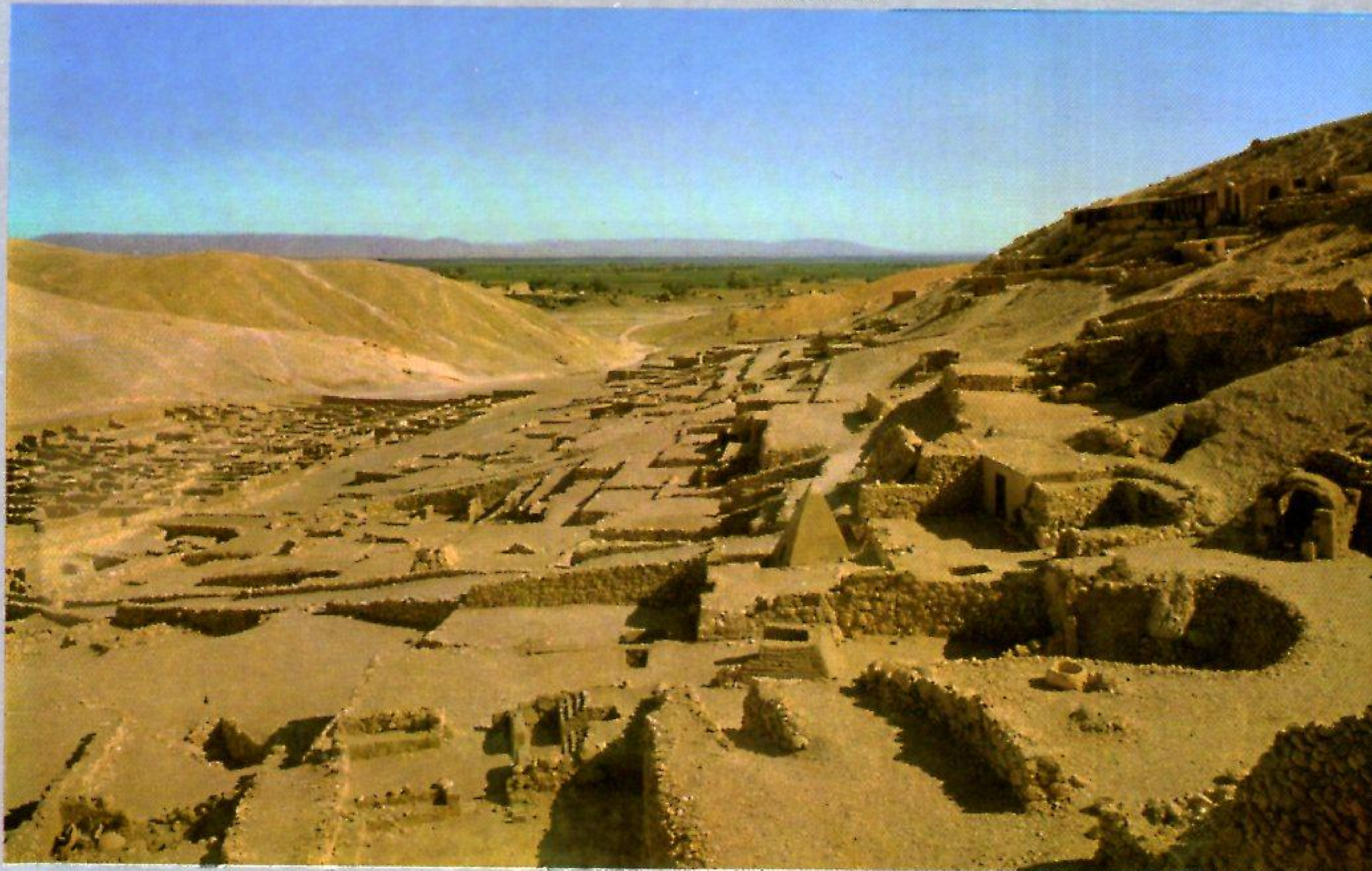
Hoy el visitante se acerca a este paraje de un valle yermo después de atravesar el desierto, duro y accidentado. Es posible ver con claridad el trazado del pueblo y vagar por entre las filas de viviendas con terraza, un conjunto que, en sus orígenes, estuvo rodeado por una muralla de ladrillos de barro. Más tarde se alzaron otros edificios en el sector de extramuros. En la etapa más tardía, hubo dentro de la muralla no menos de setenta casas, edificadas con poca imaginación, que daban directamente a la calle. El diseño más corriente era una estructura de ladrillos de barro, de una planta, dividida en cuatro habitaciones, una detrás de otra. Los artesanos decoraron las paredes con bellas escenas que reflejaban sus propios intereses, religiosos o más cotidianos.

En la zona noreste del sector amurallado, hay unas cincuenta casas más amplias, tal vez destinadas a los sacerdotes de la comunidad. También había puestos de policía y, en el lado norte, paralelas a la muralla, se alzaron varias capillas. Aunque el poblado no tenía abastecimiento independiente de agua, junto a la puerta principal existió un depósito público. Pocas ciudades podrían haber producido basura más interesante que la de Deir el-Medineh; entre esos desperdicios se encontraron muchos trozos de cerámica en los que se ven detalles del pago de salarios y de asuntos legales, además de dibujos a mano alzada hechos por los artesanos, y todo esto constituye un testimonio invalorable sobre la vida y las ideas de esos hombres.

Estos autodenominados «Servidores del Lugar de la Verdad» construyeron y decoraron sus propias tumbas en su necrópolis, cercana al poblado. Las técnicas que empleaban en las tumbas faraónicas también se aplicaron a las moradas eternas de los artífices, y con resultados muy ambiciosos. Había dos tipos de tumba: uno, una capilla piramidal, tenía una entrada y pilonos que llevaban a un jardín o a un patio de poca extensión, en cuya parte trasera se construía una pequeña pirámide, sobre una base recortada en la roca o hecha de ladrillos (pared en forma de terraplén). El edificio contaba con una capilla y varias cámaras, una de las cuales estaba destinada a los sarcófagos familiares. El otro tipo, una tumba cavada en la roca con una pirámide, tenía un diseño algo menos elaborado. Algunas cámaras de estas tumbas se decoraron con pinturas, hechas por artistas muy hábiles. Quizá resulta extraño comprobar que, cuando los faraones ya habían olvidado la pirámide como forma de enterramiento, los obreros de la necrópolis diseñaron sus propias tumbas como pequeñas pirámides.

Conocemos las condiciones en que trabajaban estos hom-

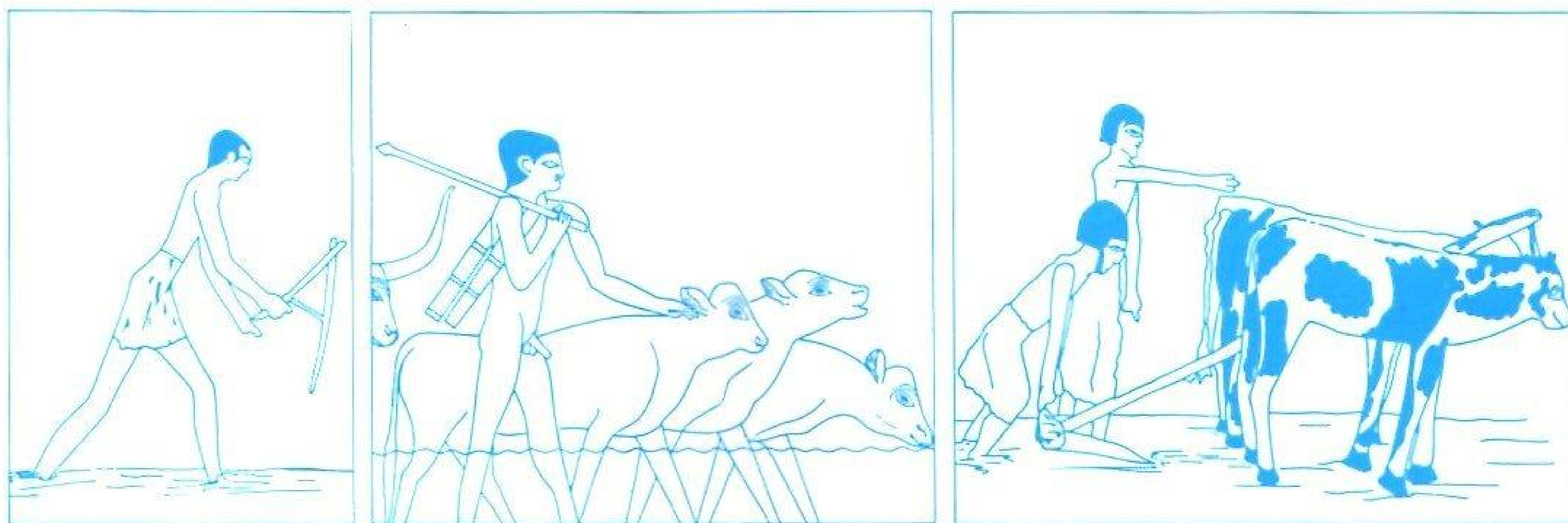


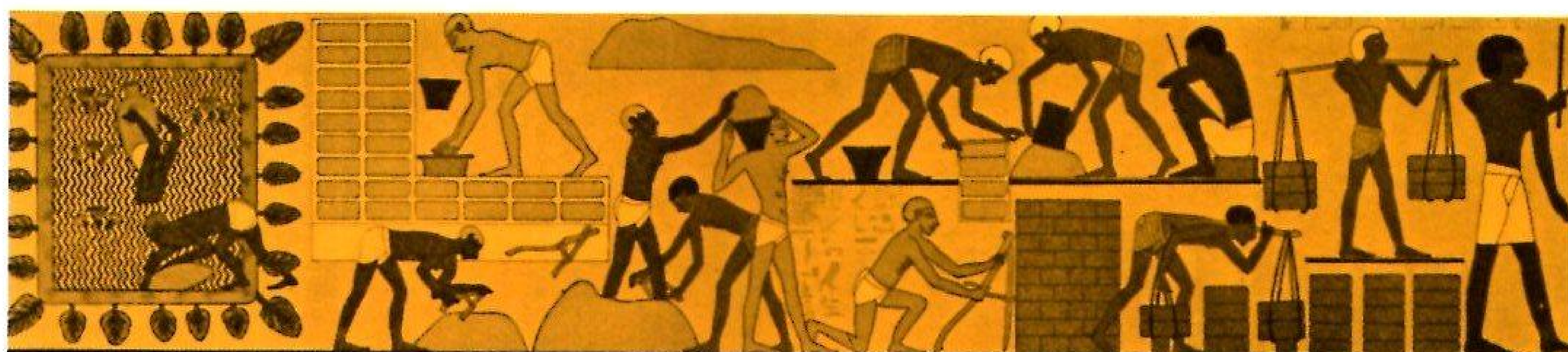


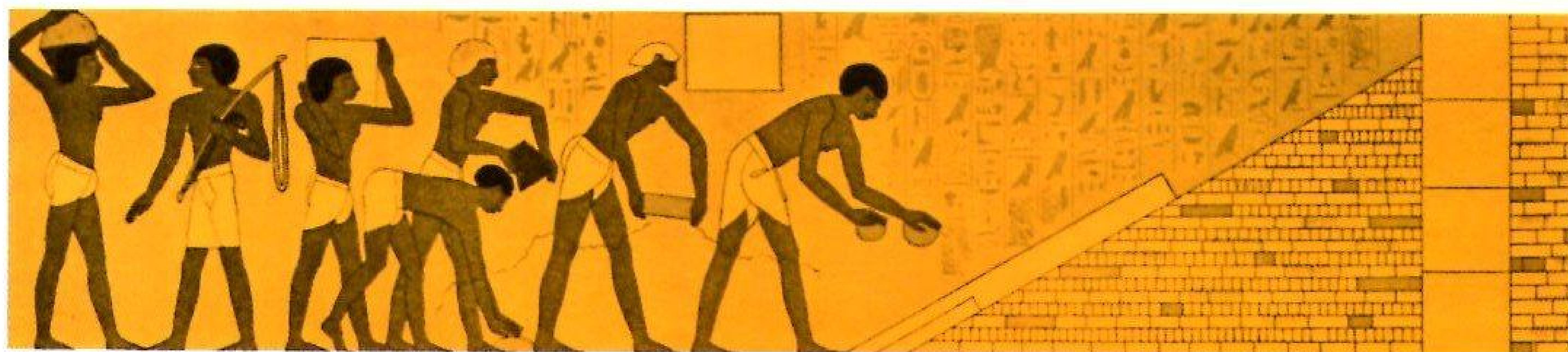
Deir el-Medineh, aldea de los trabajadores, cerca de Tebas, fundada en tiempos de la Dinastía XVIII para los constructores de tumbas. *Arriba:* Alzado longitudinal de una casa típica. *Abajo:* Vista de la aldea y de la necrópolis; muestra las hileras de casas con terraza construidas con ladrillos de barro.

bres; su tarea principal era construir y decorar la tumba del faraón y las de las reinas principales; si el tiempo lo permitía, es probable que se les hiciera trabajar también en las tumbas de nobles distinguidos. Los grupos de operarios se organizaban en cuadrillas; cada una de ellas se dividía en «derecha» e «izquierda», para trabajar a ambos lados de la tumba, y cada sección estaba a las órdenes de un capataz. La cuadrilla contaba con capataces, canteros, carpinteros, escultores y pintores y se sometía al control de un escriba real. Lo corriente fue una cuadrilla de sesenta personas, aunque a veces era más numerosa. Bajo la supervisión del escriba y de los capataces, los hombres trabajaban siguiendo los planos del arquitecto real. El escriba llevaba un registro detallado de los avances de las tareas, incluido el ausentismo y sus causas; estos informes se sometían al visir, que hacía visitas periódicas al lugar. Los obreros tenían jornadas oficiales de descanso –los días décimo, vigésimo y trigésimo de cada mes, que pasaban en su ciudad de Deir el-Medineh–, además de los festivos dedicados a los dioses principales.

Estos obreros, que cumplían ocho horas diarias de trabajo, dormían en chozas cercanas a la obra y sólo iban a sus casas en los feriados, cavaban las tumbas en la roca y preparaban las superficies para la decoración. La primera fase no era muy ardua, porque la piedra de esa zona es comparativamente blanda, pero a menudo la segunda etapa no llegaba a completarse antes de la muerte del faraón. Recibían una paga en especie –trigo y cebada–, que enviaba cada mes el Granero real. Los tributos de los labriegos de la región tebana abastecían estas necesidades. También disponían de una provisión regular de pescado, verduras y leña; periódicamente se les proporcionaba grasa, aceite y ropas. La cuadrilla tenía sus propios ayudantes: mujeres que molían el grano, aguadores y lavanderos; algunos «comerciantes» –alfareros, pescadores y leña-







Trabajadores. *Arriba:* Dibujos que reproducen modelos sepulcrales *(izquierda y derecha)* y una pintura de labradores *(cuadro central)* que cavan y aran (Reino Medio, Dinastía XII). *Centro:* Fabricación de ladrillos (Reino Nuevo). *Abajo:* Trabajadores durante la construcción de una pirámide. Las obras arquitectónicas de los antiguos egipcios fueron notables, sin duda, pero los escritores modernos han exagerado mucho el carácter opresivo del sistema esclavista.

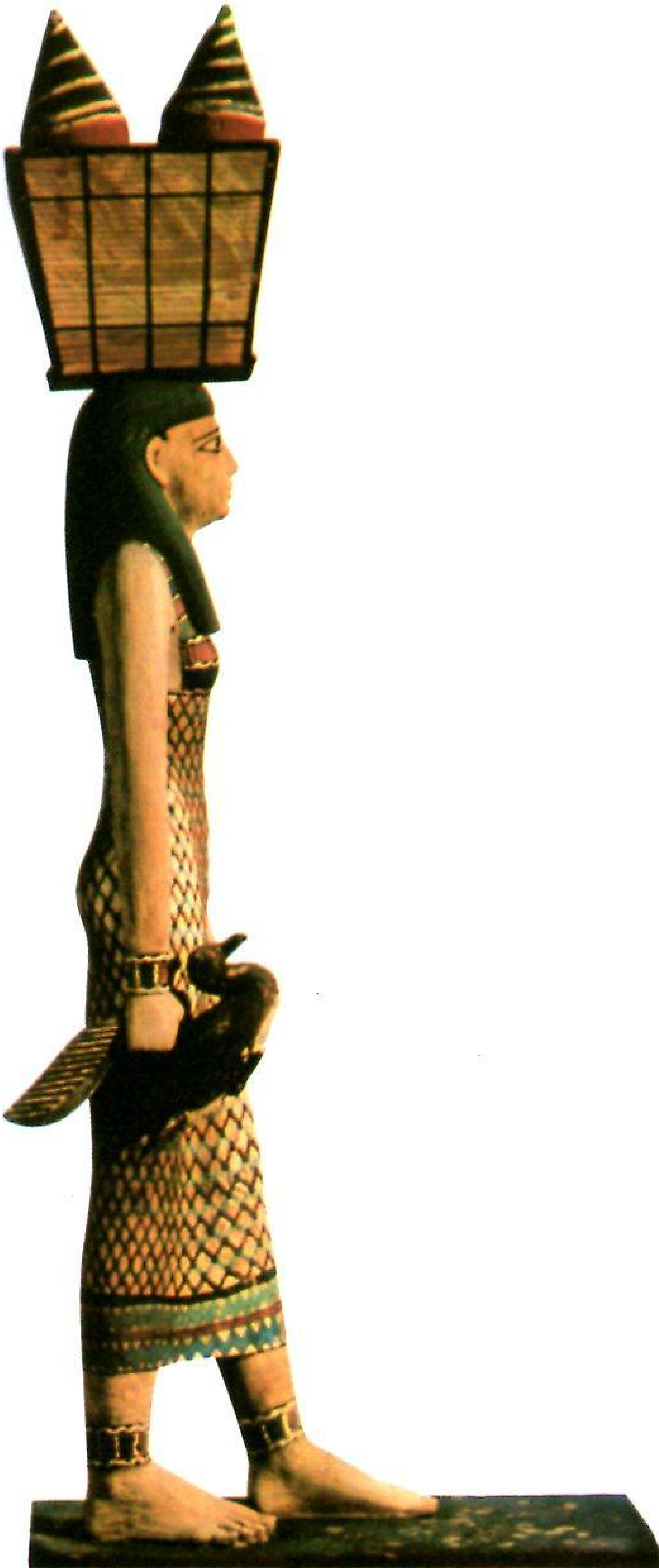
dores– estaban encargados de abastecer al grupo con sus productos. El faraón también acordaba recompensas especiales de cuando en cuando, entre las que se incluían vino, cerveza importada de Asia, sal, carne y natrón (usado como jabón). Los operarios recibían un equipo de herramientas de cobre y todo lo necesario para sus tareas, incluidas lámparas de barro cocido con una mecha de trapos viejos, que se usaban para iluminar las partes más oscuras de la tumba.

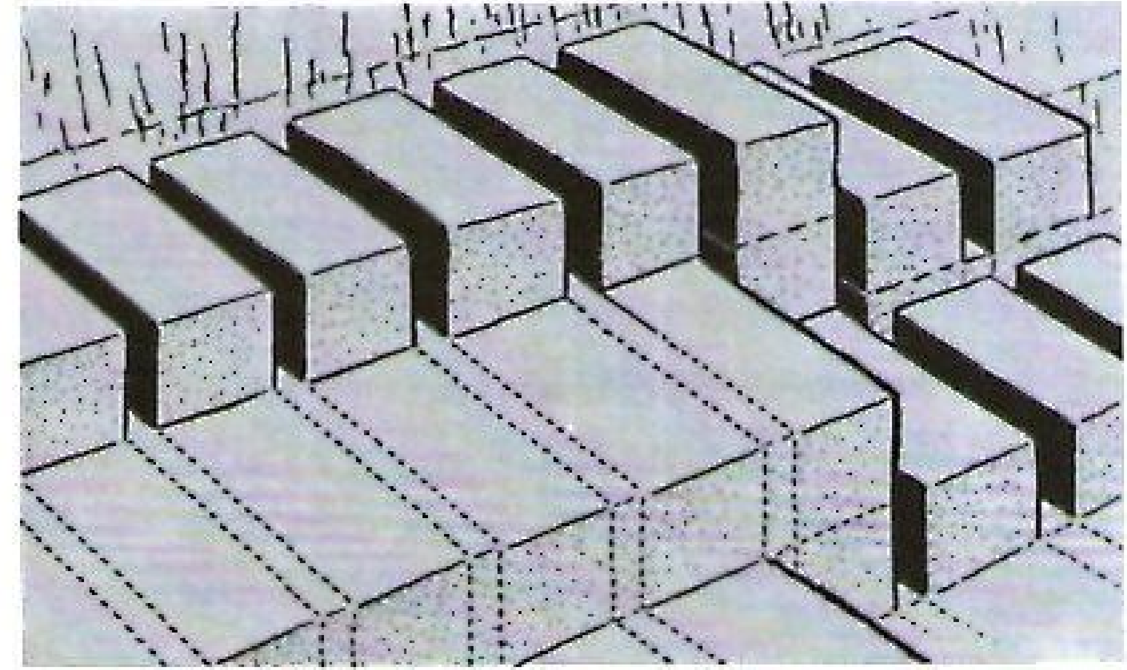
En la aldea, la vida de la comunidad dependía en gran parte de las mujeres, ya que la mayoría de los hombres estaban casi siempre fuera de casa. El poblado contaba con su propio tribunal (*knbt*), compuesto por los habitantes: uno de los capataces, un escriba, algunos obreros y sus mujeres. El tribunal entendía sobre los crímenes y disputas locales, tenía poder para dictar sentencia y aplicar los castigos correspondientes, exceptuada la pena capital. Sólo el visir y el faraón podían sentenciar a muerte a un hombre y, asimismo, sólo ellos podían conceder indultos.

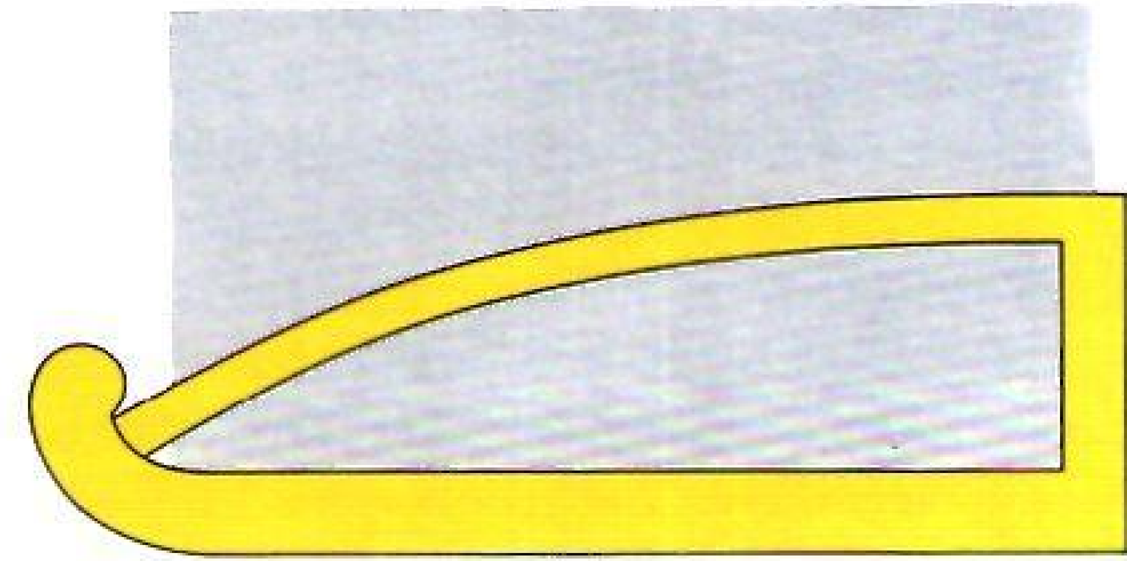
En las cuestiones religiosas, los obreros habían conseguido que también algunos de ellos mismos recibieran el nombramiento de sacerdotes. Por los testimonios, se cree que los aldeanos adoraban a dioses como Bes y Tauert en santuarios locales, entre los que no faltó uno más importante, dedicado a la diosa Hathor.

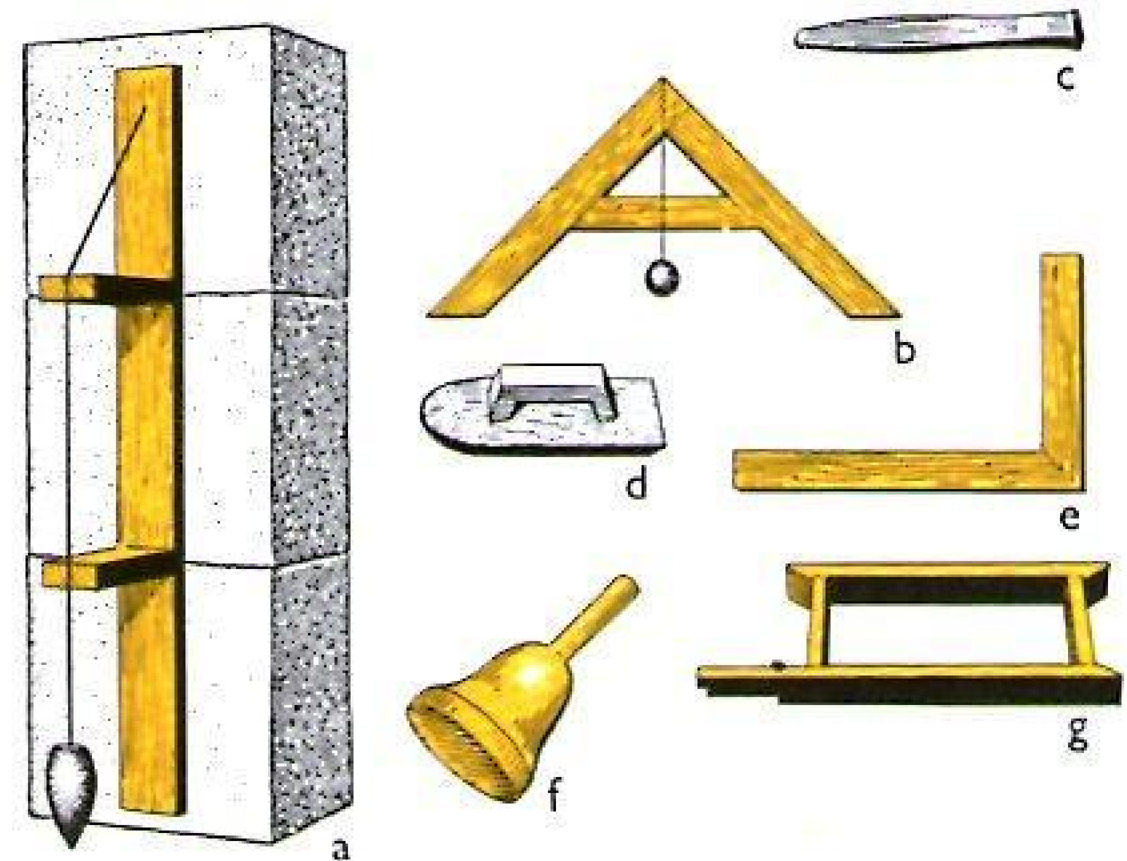
Es evidente, pues, que los habitantes de la aldea tenían cierta independencia en los asuntos religiosos y legales. Este aspecto de su carácter también se expresó por otras vías. Los dibujos de los *óstraka*, hoy milenarios, muestran escenas de nobles y mujeres con aspecto de ratones, a los que atienden servidores que tienen figura de gatos, lo que subraya el enfoque más o menos satírico que esos artistas tuvieron de la jerarquía egipcia. Pero quizá su actitud se vea con mayor claridad por su predisposición a declarar huelgas cuando veían

Abajo: Modelo sepulcral; esta joven sierva lleva un ave en la mano y un cesto con ofrendas sobre la cabeza. Representa el servicio eterno para el difunto en el más allá. En las tumbas del Reino Medio se disponían modelos de este tipo, para que el difunto dispusiera de todo un equipo de sirvientes.









Arriba: Algunas herramientas y técnicas de la construcción en Egipto. *Dibujo superior:* Hiladas de ladrillos. *Centro:* Una base para levantar piedras pesadas. *Abajo:* Dos plomadas, un cincel, una llana, una escuadra, un molde para ladrillos y un mazo.

amenazados sus derechos. En ocasiones, cuando los graneros reales estaban escasos de cereal y se demoraba el abastecimiento a los trabajadores, o cuando el país afrontaba inconvenientes de origen interno o externo, la administración podía caer en la ineficacia y no distribuía alimentos. En especial en tiempos de la Dinastía XX, la inquietud por la tardanza en la entrega de los abastecimientos a los trabajadores del faraón tuvo como resultado el robo de tumbas y algunas huelgas. En los registros que de ese período llevaban los escribas, se hace mención de «extraños» en relación con esas huelgas y parecería que algunos artesanos tenían motivos para temer a esas personas, fueran quienes fuesen.

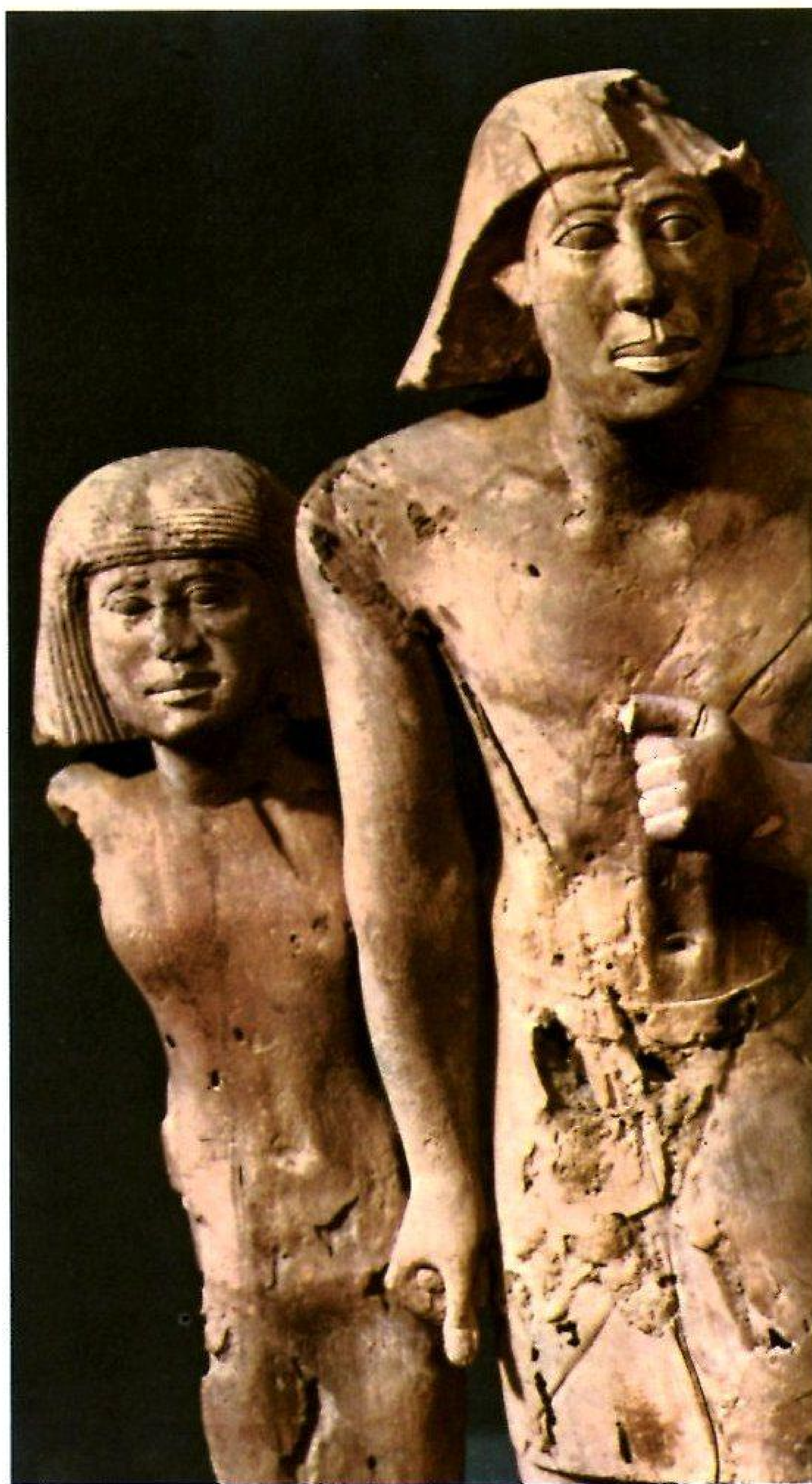
Esas huelgas, provocadas por el desagrado ante las condiciones de trabajo, son los primeros ejemplos conocidos de protesta colectiva de los trabajadores. Además, siempre termi-

naron con éxito, porque los obreros tenían un arma muy poderosa: la importancia de su trabajo. Era vital que la tumba del faraón, del hijo de la divinidad, se terminara para recibirlo y las tácticas dilatorias de los operarios ponían en serio peligro ese objetivo. Por tanto, las autoridades se mostraban interesadas en responder a las demandas de los artesanos de Deir el-Medineh, y esos agravios están registrados en los informes de los escribas, donde se cuenta que los obreros se sentaron detrás del templo sepulcral de Tutmosis III; los funcionarios intentaron que reemprendiesen el trabajo, «pero los hombres se quedaron.en el mismo lugar durante todo el día». Por fin llegaron los alimentos y los artesanos reiniciaron su labor.

A causa de su posición excepcional de artesanos del rey, y también quizá a causa de su temperamento emancipado, los trabajadores de esa ciudad aislada conseguían que el faraón diera su brazo a torcer. Los informes los definen como personas muy interesantes: dinámicos, independientes, orgullosos de sus habilidades y quizá algo engreídos, en su valle incomunicado pudieron conservar un grado sorprendente de autonomía. En rigor, la realidad del artesano egipcio está muy lejos del «trabajo de esclavo» que tan a menudo se muestra en las películas y novelas que tratan del antiguo Egipto.

Labriegos y esclavos. En el peldaño más bajo de la escala social estaban los labriegos y los esclavos, dos grupos distintos. Los primeros trabajaban en los campos, cosechando, arando y atendiendo a sus animales. Cuando la creciente del Nilo hacía imposible la labranza, muchos hombres, como hemos visto, se empleaban como obreros en los proyectos de construcción reales. Otros campesinos se empleaban en las casas de los ricos. Hombres y mujeres trabajaban como sirvientes, internos y externos; las mujeres, en general, se ocupaban de la elaboración del pan para las familias de los nobles. Las casas de estos plebeyos eran sencillas estructuras de ladrillos de barro y el único enterramiento al que podía aspirar era el de ser envueltos en una estera de paja y depositados en la arena. Sin embargo, es evidente por los murales de las tumbas que tenían un gran sentido del humor. Los altos funcionarios adoptaban un comportamiento altivo ante ellos, aunque los textos sapienciales instaban a tratar a los campesinos con consideración. El mayor enemigo de los labriegos parece haber sido el pequeño funcionario que, pagado de su propia importancia, miraba a los trabajadores manuales con desdén, sin advertir que el poder de Egipto se mantenía, en gran medida, por esas labores continuas y pacientes.

Si se define como la privación de libertad que sufre un hombre en provecho de otro, la esclavitud existió en Egipto. Los esclavos eran cautivos de guerra y refugiados. No hay testimonios de que en el Reino Antiguo se utilizara la mano de obra de cautivos extranjeros o de esclavos para construir las pirámides. La expansión territorial egipcia, con los prisioneros de guerra de ella derivados, no se había producido en ese período. Antes del Reino Medio no hay pruebas de que se emplearan extranjeros –nubios y asiáticos– en el servicio doméstico. En tiempos del Reino Nuevo, tras el aumento de las guerras exteriores, muchas cautivas llegaron a Egipto y quedaron como siervas domésticas en los templos, en las propiedades privadas y en las casas ricas. Algunas se desempeñaron como doncellas y otras como niñeras. Los varones fueron asignados al trabajo de construcción de edificios reales.



Modelos de madera de marido y mujer, Reino Antiguo, Dinastía V; son un retrato realista, típico de este período.

La posición del esclavo en Egipto no era demasiado insoportable, sobre todo si trabajaba en la casa de algún noble. En tiempos de los Ramsés, muchos extranjeros –como el bíblico Josué– alcanzaron posiciones importantes en el gobierno y en la judicatura y en todas las épocas no fue inusual que un esclavo llegase a una posición de responsabilidad en Egipto.

El matrimonio, la familia. Una de las instituciones egipcias más firmes era la familia. Todo lo que sabemos de esta sociedad y cultura apoya la idea de que los egipcios amaban, por encima de todo, a los integrantes del círculo familiar inmediato. A través de las vicisitudes de su historia, la fuerza de la unidad familiar representó para ellos un núcleo y, sin duda, fue un factor de peso en su continua y singular habilidad para levantarse, como el fénix, de entre sus desastres, internos o externos, que tan a menudo se cernían sobre ellos y su tierra.

La unidad familiar era fuerte y habitualmente estaba integrada por marido, mujer e hijos, aunque en algunos casos incluyese a alguna mujer de la familia, soltera o viuda. Un joven se convertía en «cabeza de familia» en cuanto se casaba, se marchaba de la casa de sus padres y se establecía por su cuenta.

El matrimonio se veía como una situación muy deseable. Las mujeres no tenían ninguna otra alternativa y a los jóvenes se les presionaba para que tomaran esposa en cuanto podían mantenerla. Exceptuada la familia real, no es probable que los matrimonios pactados fuesen costumbre corriente, aunque está claro que se hacía toda clase de esfuerzos para que los buenos candidatos conocieran a las hijas de la familia. No abundan las pruebas, en las muchas genealogías familiares estudiadas, de que los matrimonios consanguíneos –entre hermanos– se practicaran fuera de la familia real antes de la época ptolemaica. Las palabras «hermano» y «hermana» que aparecen a menudo en los poemas de amor del Egipto faraónico tal vez eran sólo términos afectivos. Algunos de esos poemas se han conservado y muestran que el amor entre los jóvenes ha cambiado poco a través de los siglos; además, el noviazgo parece haber sido cosa de inclinación personal más que de arreglos entre padres. Veamos unos pocos ejemplos:

«Hermano mío, qué grato es ir al [estanque] para bañarme en tu presencia, dejar que veas mi belleza bajo la túnica de lino mojada... Nos sumergiremos juntos y yo me acercaré a ti con un pez rojo reluciente entre mis dedos... Ven a verme.»

«Si la beso y sus labios están abiertos, me siento feliz [aun] sin cerveza...»

«Mis brazos están cubiertos de ramos de laurel y en mi pelo pesa el ungüento. Soy como una [princesa]... cuando estoy en tus brazos.»

«Mi corazón anhela tu amor. [Sólo] llevo la mitad de mis lazos en las sienes cuando corro a buscarte. Ya [no] me preocupa mi peinado pero, si aún me amas, me pondré los rizos [es decir, una peluca] para estar bonita al instante.»

Cuando un joven había hecho su elección, se esperaba que llevara regalos a casa de su novia y por fin se hacían los arreglos para la boda. No sabemos nada de la ceremonia en sí, aunque sin duda habrá habido una fiesta, baile y alegría general. El dios del matrimonio –el enano Bes– lo era también del baile y la felicidad. No es seguro que la ceremonia tuviera algún significado religioso, pero es probable que se dirigieran plegarias a Bes para asegurar la dicha futura de la pareja.

Los registros antiguos nos dan algunos datos sobre los aspectos legales. Al parecer, para asegurar la posición de la mujer y de sus hijos, se redactaba un contrato en el momento del matrimonio. El marido tenía que fijar cierta cantidad de bienes para su prometida y garantizar que la compensaría en caso de separación. La novia aportaba al nuevo hogar algunos objetos, que seguían siendo suyos durante el matrimonio y en caso de separación y, por último, pasaban directamente a sus hijos. Aún hoy existe en Egipto una costumbre paralela.

La posición legal de una esposa en el antiguo Egipto estaba protegida de varios modos. La bigamia no era común; económica y quizá afectivamente los hombres que no eran miembros de la familia real preferían una sola mujer. En cambio, los reyes eran polígamos habitualmente, a veces por necesidad política. Fuera de la familia real, un hombre podía llevar concubinas a su casa, y a veces lo hacía; sin embargo, la posición de estas mujeres no ponía en peligro la situación de la esposa legal, el «ama de la casa». Si una pareja no tenía hijos, a veces se compraba una sierva concubina, con la esperanza de tener un heredero; si la joven los tenía, los hijos podían recibir como herencia la propiedad del amo y, a la muerte de éste, se esperaba que cumplieran con los ritos funerarios.

Otra protección para la mujer y sus hijos era una ley por la que el hombre no podía transferir un objeto valioso a una tercera persona sin conocimiento y consentimiento de su mujer y del mayor de sus hijos, en representación de los restantes hermanos.

En teoría, el divorcio era muy sencillo para el hombre: simplemente repudiaba a su mujer. En la práctica, no era algo tan fácil, por todos los compromisos económicos relacionados, y en las escenas fúnebres es evidente que, aun cuando el matrimonio no era necesariamente de por vida, el hombre esperaba, y tal vez incluso deseaba, que su mujer lo acompañara no sólo en este sino también en el otro mundo.

El gran pecado del matrimonio era el adulterio. Si se comprobaba que una mujer era adúltera, el castigo podía ser la lapidación o la hoguera; además, era una de las razones más obvias de divorcio. No tenemos información de que el mismo rigor se aplicara por igual a hombres y mujeres, pero existe el testimonio de los textos sapienciales, donde los hombres sabios advertían acerca de los placeres del sexo:

«Si quisieras prolongar la amistad en una casa en la que se admitiera tu entrada ya sea como amo, hermano o amigo, guárdate de acercarte a las mujeres: el lugar en que ellas están no es bueno. Por esta causa, miles han dado en la perdición. Los hombres enloquecen por esas piernas relucientes... Una bagatela, una pequeñez, la imagen de un sueño, y al final llega la muerte...»

Vemos que la estructura de la familia egipcia contaba con una protección legal muy fuerte. Una esposa, por cierto, podía esperar que su marido la tratara bien. También en este tema la literatura sapiencial daba buenos consejos:

«No permitas que tu conducta en el hogar sea altanera y prepotente y nunca trates despóticamente a tu mujer, si sabes que es dulce de corazón. No le digas: "¿Dónde está esto o

aquello. Tráemelo", cuando ella lo haya guardado con esmero en un sitio seguro. Vigílala y obsérvala en silencio para apreciar cuánto vale; tu mujer se alegrará cuando tu mano descanse sobre las suyas.»

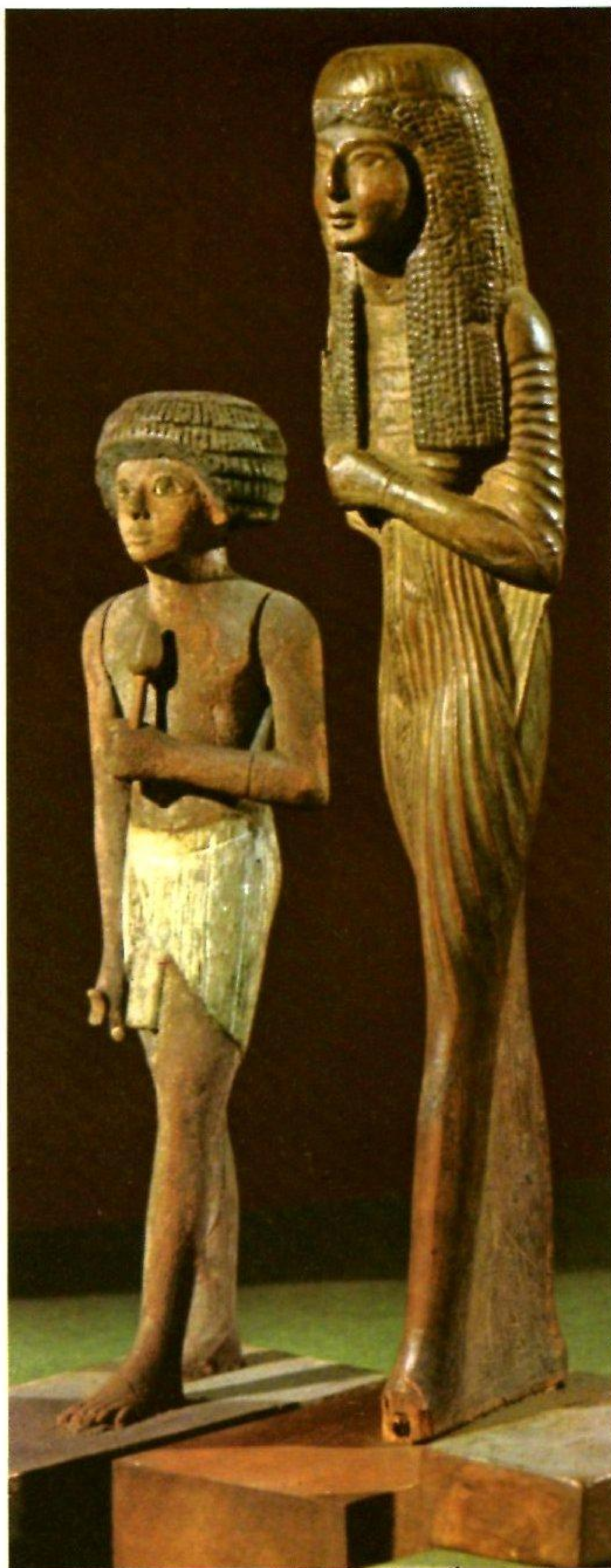
La mujer egipcia era querida, respetada y hasta venerada por sus hijos. Disfrutaba de seguridad económica y podía compartir con su marido un hogar y también la vida de ultratumba, como indican las escenas murales de las tumbas y las estelas funerarias. Era responsable de las tareas del hogar; el «harén» de una casa egipcia era sólo una parte de la vivienda reservada a las actividades femeninas –coser, hilar, jugar con los niños– y nunca fue un espacio de encierro.

Las costumbres de la familia real eran bien distintas. Los matrimonios de hermanos, entre el heredero del trono y la hija mayor superviviente del rey reinante y de su esposa principal, la Gran Esposa Real, no sólo eran corrientes sino también esperados. Aunque no siempre, esto implicaba la unión entre hermanos carnales, en especial cuando el heredero del trono era hijo del rey y de una esposa secundaria o de una concubina y quería dar mayor fuerza a la legitimidad de su acceso al trono. En ocasiones, un pretendiente al trono con pocos antecedentes para ello se aseguraba la posesión de la corona casándose con la hija mayor del rey, la Gran Hija Real.

Se creía que la Gran Esposa Real, o reina principal, mantenía relaciones con el dios oficial del Estado y que el resultado de esta unión era el heredero legítimo del trono. Es decir, que la reina tuvo una posición única: a través de la línea femenina se transmitía la semilla de la divinidad, a pesar de lo cual fueron raros los casos de reinas regentes; la más famosa y la que mayores logros alcanzó fue la reina Hatsehpsut. La costumbre de que el rey se casara con la Gran Hija Real fue más practicada en el período de la Dinastía XVIII, aun cuando los últimos faraones de esta dinastía buscaron matrimonios fuera de la familia real. Amenofis III quebrantó esa tradición al elegir como Gran Esposa Real a la joven Tiyi, de ascendencia plebeya. En tiempos de los Ptolomeos, la familia real, de origen griego, volvió a la costumbre de los matrimonios consanguíneos y el propio pueblo egipcio empezó a adoptarla, en especial los sectores que querían mostrarse «helenizados».

Era habitual que los faraones tuvieran varias esposas secundarias, algunas de las cuales eran familiares, nobles egipcias o princesas extranjeras, cuyo papel y presencia en la corte egipcia eran, hasta cierto punto, diplomáticos. También era costumbre que el rey tuviera en palacio habitaciones dedicadas a sus concubinas favoritas. Muchos de esos faraones tuvieron familias muy grandes, como es natural.

Al parecer, se consideraba que las mujeres de las casas reales, a pesar de las ventajas evidentes de una riqueza casi ilimitada y de un prestigio notorio, eran «propiedad» del rey, mucho más de lo que «pertenecían» las mujeres humildes a sus maridos. Sin duda, hubo excepciones, como la de la plebeya Tiyi que, frente a un gran número de rivales, mantuvo su posición de Gran Esposa Real, y probablemente el amor de su marido, hasta el momento de enviudar. Se sabe que tuvo gran



Modelos sepulcrales de una madre y su hijo, tallados en madera y pintados. Reino Nuevo, Dinastía XIX.

poder en los círculos diplomáticos incluso durante el reinado de su hijo.

En ciertos sentidos, quizá la mujer egipcia media tuviera lo mejor de los dos mundos: estaba protegida dentro de la sociedad, a la vez que sus hijos, y sus derechos legales estaban bien definidos. Además, su marido tenía que vestirla, alimentarla y respetarla. No obstante, no había abogadas ni mujeres escriba que asegurasen el cumplimiento de los derechos de la mujer, pues Egipto estuvo gobernado casi sólo por hombres. Sin embargo, hay que señalar que la condición legal de las mujeres y la importancia de la familia estaban determinadas con claridad y defendidas por generaciones de hombres sabios e ilustrados.

Educación. El sistema educativo de los antiguos egipcios, como muchos otros aspectos de su vida diaria, no está explicado con precisión en ninguno de los papiros que se conservan. Pero en distintas fuentes resulta obvio que se dedicaba especial atención a la formación de los jóvenes y que la capacidad de leer y escribir se consideró el mayor logro académico, una puerta que llevaba al poder y el consejo que más se daba a los jóvenes egipcios decía: «Entrega tu corazón al saber y ámalo como a una madre, porque no hay nada más precioso».

Los niños permanecían al cuidado de sus madres hasta los cuatro años de edad, aproximadamente, tiempo durante el cual vivían en el «harén», o en las dependencias dedicadas a las mujeres, cuando se trataba de casas amplias y palacios. Sin duda, allí recibían las nociones básicas de buenas maneras y comportamiento, un aspecto muy tenido en cuenta por los egipcios. El respeto a la madre se subraya con fuerza en los textos antiguos. Any, un sabio cuyas máximas llegaron hasta nosotros, escribía:

«Recuerda que tu madre te trajo al mundo y que te alimentó con tierno afecto. Nunca le des motivos para que te acuse y eleve las manos a Dios condenando tu conducta y jamás le des razones a Dios para que escuche las quejas de tu madre.»

A los cuatro años, el niño empezaba a estudiar. Por la carrera del sacerdote Bak-en-Khonsu, sabemos que los años de aprendizaje eran muchos. Este sacerdote estudió durante doce años, de los cuatro a los dieciséis, edad a la que empezó a servir en el templo como sacerdote de las libaciones.

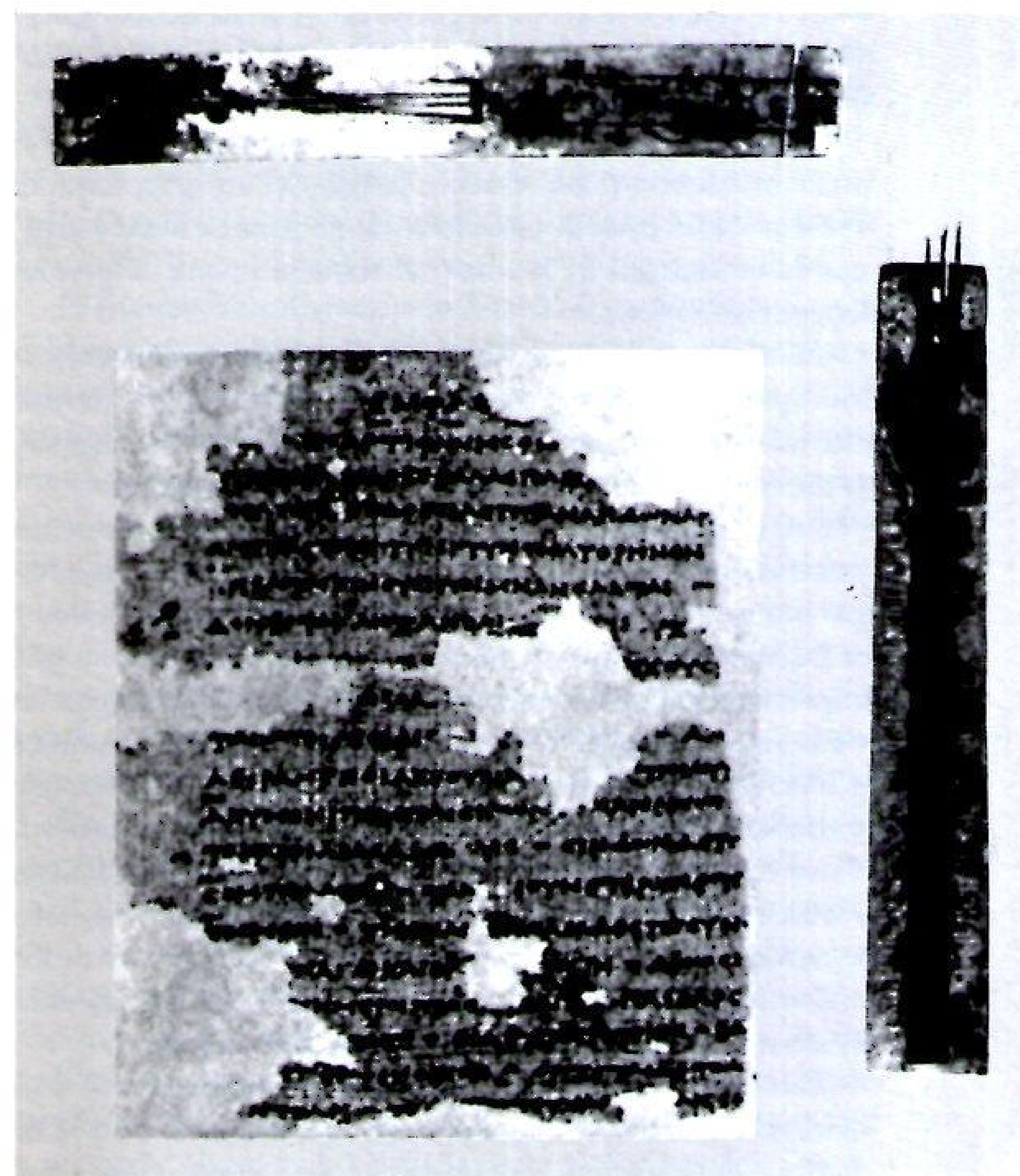
Los distintos grupos sociales recibían diversa educación. Los niños de la familia real, que a menudo eran muchos, tenían tutores privados en palacio. Con frecuencia, los hijos de las grandes familias nobles también asistían a esas clases, en lo que constituía la escuela de la elite cortesana. Así se creaba, entre el heredero del trono y los que se convertirían en sus súbditos más influyentes, una relación duradera que aseguraba la lealtad al rey. En algunos casos, las princesas y las hijas de los nobles quizá también asistieron a esas escuelas.

La profesión más apreciada en Egipto era la de escriba. El que la adquiría podía estar empleado en los templos, en los centros administrativos principales o en las cárceles. Además, algunos nobles tenían un equipo de escribas que les ayudaban a regentar sus grandes propiedades. De modo que no es extraño que se instara a los niños diciéndoles: «Aplícate al trabajo, conviértete en escriba y serás un conductor de hombres». Se consideraba que sólo los escribas eran independientes de cualquier amo y los que formaban a otros, en los templos, gozaban del prestigio máximo. Lo más corriente era que el hijo siguiera en la profesión del padre, pero en algunos casos era posible que el joven persuadiera a sus padres para que le permitiesen elegir otra carrera.

Los muchachos que iniciaban una profesión –escriba, médico o abogado– al parecer estudiaban en colegios anexos a los templos, donde impartían la enseñanza sacerdotes residentes especializados en esas disciplinas, o en escuelas adscritas a los departamentos de gobierno en que estaban empleados sus padres.

¿Qué tipo de educación recibían esos privilegiados? Las asignaturas más importantes eran la lectura y la escritura. Equipados con una paleta de escriba y pinceles de caña, los niños aprendían la escritura jeroglífica (la lengua sacra del antiguo Egipto), así como su derivación cursiva, la escritura hierática, que se usaba para los asuntos cotidianos. Cualquier estudiante de hoy, interesado en copiar los intrincados sím-

Inscripción en griego copto y caja tradicional para escritura: tiene lapiceros de caña y tinta blanca y negra seca, los útiles habituales para escribir en el antiguo Egipto.



bolos de la escritura jeroglífica, simpatizará con el niño que, hace miles de años, exclamaba: «¡La hora de clase era eterna, como las montañas!». Los alumnos aprendían lentamente a escribir esos signos y poco a poco acumulaban un vocabulario. Escribían textos, dictados por el profesor, no en papiro –muy caro–, sino en trozos de cerámica de vasos rotos y en pedazos de caliza, que se han encontrado entre los desperdicios de todas las ciudades y aldeas.

Suponemos que la mayor parte de la enseñanza era oral; las copias que de relatos antiguos hacían los niños han llegado a nosotros –a veces son la única fuente de un texto determinado– y los márgenes de esas tablillas de copias están decorados con garabatos y con dibujos de animales. Los alumnos pasaban más tarde a las clases de redacción, que les permitían escribir cartas sobre distintos temas. Algunos usaban esos conocimientos para ganarse la vida como escribas de peticiones, a los que se empleaba para escribir cartas. Los jeroglíficos, que en fechas arcaicas ya fueron reemplazados por la escritura hierática y más tarde por la demótica en los textos de uso cotidiano, probablemente en esas escuelas se viesen como parte de una formación clásica que agudizaba la mente, tal como en las nuestras vemos hoy al latín. Los alumnos también aprendían a leer, repitiendo en cantilenas relatos y poemas. En sus ejercicios de lectura y escritura, los egipcios habrán aprendido indirectamente muchos otros temas: historia, literatura, geografía, moral. La aritmética, sin duda, integraba el plan de estudio; cuando se servía al gobierno, a causa del complejo sistema de tributos, el escriba necesitaba, sobre todo, un conocimiento especial de aritmética.

En particular durante la época del Reino Nuevo, Egipto se puso en contacto con muchos países del antiguo Oriente Próximo. Hubo así intercambios de personas e ideas y algunos de los asuntos de la corte habrán tenido que llevarse en lenguas extranjeras.

En tiempos del Reino Nuevo, la *lingua franca* de los círculos diplomáticos era el acadio. Los que sabían leer y escribir este idioma sin duda estuvieron al servicio de la corte egipcia y, probablemente, recibieron su formación en la escuela.

Los egipcios tenían la firme certeza de que conocimiento y virtud iban de la mano. Entre los pueblos antiguos, los griegos por ejemplo, los egipcios tuvieron fama de gente sabia y de buenas maneras. El historiador griego Herodoto se mostró impresionado por la gentileza habitual de los jóvenes egipcios y advirtió su actitud respetuosa ante los ancianos. Los niños debían estar de pie en presencia de los mayores y tenían que controlar su apetito a la hora de las comidas. La deshonestidad, el mal carácter, la falta de respeto o de cortesía, la holgazanería y la locuacidad excesiva se consideraban faltas graves; también se rechazaba la curiosidad que cuestionase las creencias de los mayores y de los más instruidos. Los padres transmitían estas ideas en el hogar, con su ejemplo y con reprimendas.

Pero la instrucción formal se adquiría en la escuela. Los «códigos» morales, atribuidos a distintos hombres doctos, se escribían como textos de estudio y como instrucciones que debían transmitirse de padres a hijos. Esos textos señalaban la necesidad de reproducir los mensajes con fidelidad, controlando la propia lengua –«la ruina de un hombre está en su lengua»–, o la de entrar en casa ajena sólo después de ser invitado y, entonces, no observar con curiosidad abierta los bienes del dueño de casa. En conjunto, las «instrucciones» recomendaban una forma de comportamiento para casi cada una de las situaciones en que podía encontrarse un joven y pretendían darle elementos para entenderse con la sociedad en general, ya se tratara de superiores, pares o subordinados. Una vez adquiridos estos conocimientos, se advertía al joven que se cuidara del orgullo y se le instaba a «aprender tanto del ignorante como del sabio, porque no hay límites en el arte. No existe ningún artista que alcance la perfección».

¿Cómo se inculcaban estas altas normas de comportamiento? Sin duda, se castigaba a los niños: «Los oídos de un niño están en su espalda: ¡escucha cuando lo castigan!», afirma una máxima. Los egipcios amaban a sus hijos, pero no veían fuera de lugar los castigos corporales e incluso los consideraban como una parte necesaria para corregir malos hábitos, comparando al niño con un animal joven que necesita entrenamiento y correctivos. «¡No pases el día holgazaneando o te azotaré!» Escribir «renglones» también era un castigo habitual para el niño egipcio: aún se conservan algunos de esos textos escritos con esfuerzo. Los escolares de hoy descubrirán en sus antiguos colegas los mismos fallos: problemas para levantarse temprano e ir al colegio y tendencia a la distracción.

Además de aprender las disciplinas básicas, los jóvenes podían estudiar medicina, leyes o liturgia; es probable que hayan dedicado parte de su tiempo a estudios elementales de esos campos, aunque la especialización se adquiriría en cursos más avanzados.

Los jóvenes también practicaban juegos y deportes, como la natación, el remo, juegos de pelota y lucha, además de acompañar a sus padres en partidas de montería y de volatería. No obstante, es obvio que los egipcios consideraban que la formación del carácter se llevaba a cabo sobre todo por la disciplina de la escritura y por las enseñanzas morales y éticas.

Al menos hasta tiempos muy tardíos, los estudiantes estuvieron libres del terror de muchos alumnos de hoy: los exámenes. Como centros de aprendizaje, los niños asistían a la escuela en calidad de externos en un principio, pero después se requería pasar temporadas de residencia en los templos. Las clases empezaban a primera hora de la mañana y terminaban al mediodía, por el calor; los niños esperaban con ansiedad que llegaran sus madres con el almuerzo: «tres hogazas y dos vasos de vino de cebada». Es probable que la enseñanza no fuera gratuita y que cada familia pagara a la escuela del templo o del gobierno con el producto de sus tierras.

Los aspirantes a profesionales, para especializarse en sus disciplinas específicas, continuaban los estudios superiores. Había que pasar por una etapa de aprendizaje en el templo o en el centro oficial, en contacto con las personas (incluidos los padres de los aspirantes) que pudiesen transmitirles sus ha-

bilidades y conocimientos. En esta situación, según el testimonio de los textos antiguos, se diría que los alumnos preocupaban a sus tutores en aquellos tiempos tanto como en los actuales. Vemos un matiz curiosamente moderno en el comportamiento irregular que comenta un viejo escriba en este texto:

«Me han dicho que descuidas tus estudios y que te dedicas por entero al placer. Te arrastras de calle en calle, oliendo a cerveza. La cerveza es lo que te quita todo el respeto humano, afecta tu mente y aquí estás, como un timón roto, como un inútil... ¡Te han visto haciendo acrobacias sobre un muro! ¡Ay, si supieses que el vino es abominable, si dejaras el alcohol y pensaras en algo más que en jarros de cerveza!»

Para los niños de las clases humildes sólo había una educación formal básica. La carrera no se elegía porque un niño quisiera ser artista, orfebre o labriego, ni porque mostrara una predisposición especial: se iniciaba en una actividad siguiendo los pasos del padre. Los hijos de artistas y artesanos empezaban como aprendices y acudían a los templos y talleres estatales para hacer sus prácticas, donde posiblemente se entrenaban bajo la dirección de sus propios padres. Cuando el niño llegaba a los cuatro años de edad, el padre se hacía cargo de él para enseñarle lo que le serviría para moverse en la vida, antes de que se convirtiera en aprendiz en el taller de un maestro artesano. También es probable que los hijos de los campesinos, desde una edad temprana, trabajaran con sus padres en los campos.

Modelo de joven sierva que lleva una vasija; está peinada con la trenza de la juventud. De una tumba tebana del Reino Nuevo (Dinastía XVIII).

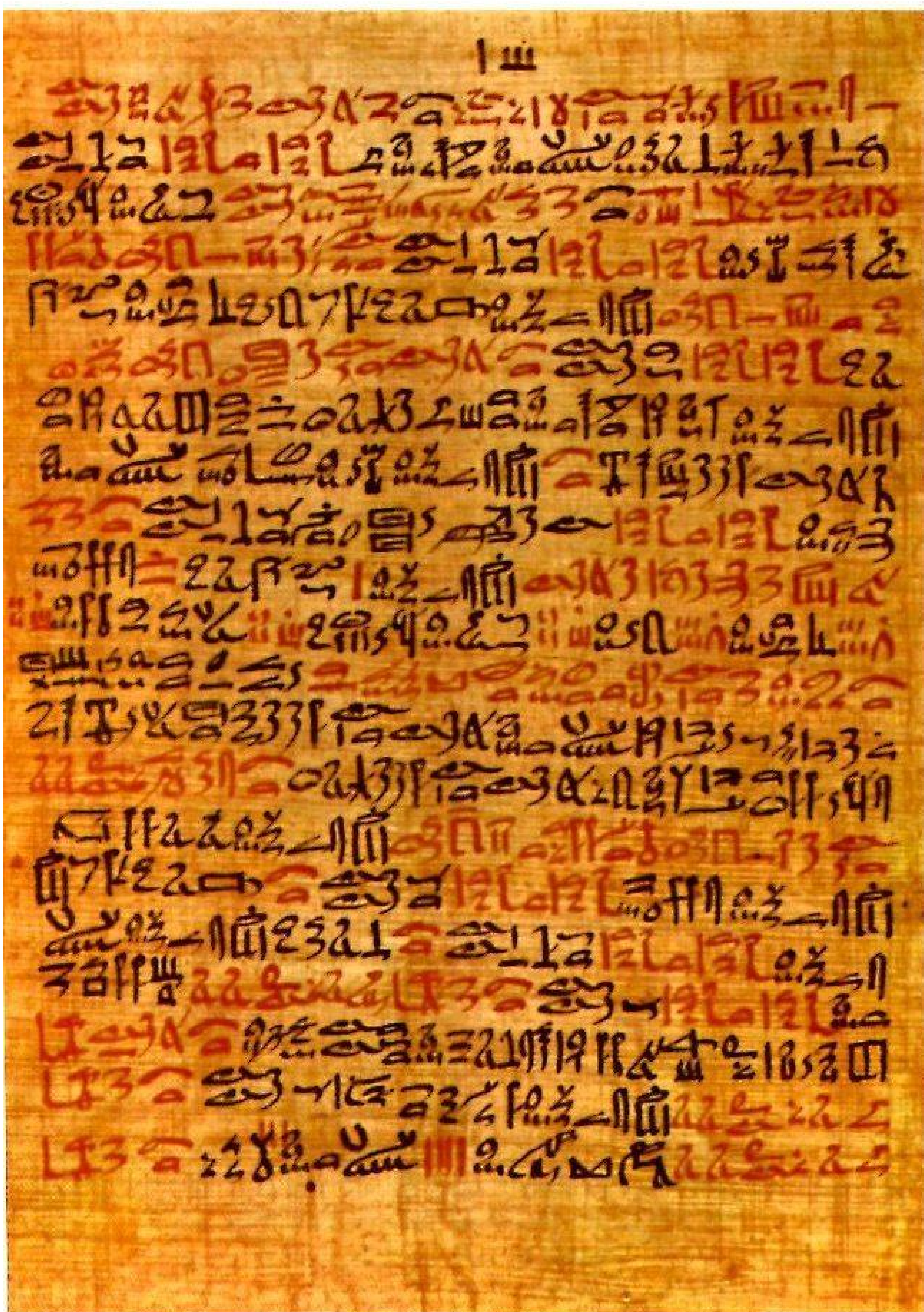


Hasta aquí poco hemos hablado de la educación de las niñas; al parecer, la mayor parte de ellas no compartía la enseñanza que recibían sus hermanos. Pocas «carreras» estaban abiertas a la mujer, aunque le era posible «transmitir» la profesión de su padre a su hijo. Como hemos visto, es muy probable que algunas princesas reales e hijas de la nobleza asistieran a las clases que se daban en palacio y aprendiesen a leer y escribir. No faltan en la historia egipcia reinas inteligentes y astutas y, cuando la oportunidad se les presentaban, podían organizar muchos aspectos de los asuntos cortesanos. Sin embargo, el papel que la mayoría de las chicas desempeñaba era el de esposa y madre y para él recibían los conocimientos necesarios en su propia casa y de labios de sus madres.

Algunas mujeres se dedicaban a otras actividades. En los templos eran comunes las bailarinas e instrumentistas, que recibían enseñanza en esos mismos centros desde edad muy temprana; asimismo, las que ejercían esta ocupación en banquetes y fiestas privadas habrán iniciado el aprendizaje de muy niñas. Las mujeres también trabajaban como plañideras profesionales y los murales de las tumbas, como siempre, nos dan testimonio de que de niñas recibían un «entrenamiento», a cargo de profesionales experimentadas. En todas las comunidades fueron siempre necesarias las comadronas; es probable que las egipcias que se desempeñaban en esa actividad no recibiesen una formación especial, aunque el conocimiento se habrá transmitido de una generación a otra. Otras mujeres desempeñaban las labores de tejer y fabricar pan con criterios comerciales en las grandes propiedades y en los templos, para lo que recibirían entrenamiento en el mismo lugar de trabajo.

El sistema educativo egipcio, basado en el concepto de que el hijo debía continuar la actividad de su padre, ya fuese una profesión o un oficio, subrayaba el valor de enseñar con el ejemplo. Sin embargo, en algunos casos un joven de origen humilde podía llegar a una posición influyente y poderosa en el país, si tenía verdaderos méritos. Por tanto, el sistema debe haber sido lo bastante flexible como para dar espacio a las personas de gran brillo. Aunque a los jóvenes no se les presentaba una amplia posibilidad de elección, considerando los logros de los egipcios como médicos, escribas y artistas, se diría que muchas personas mostraban una habilidad congénita, y muchas veces genialidad, en los campos en que se desempeñaban.

Por supuesto que había fallos en el sistema. No existía la igualdad de oportunidades y pocos podían pensar que les tocaría algo muy distinto de lo que habían tenido sus antepasados. Las mujeres no disponían de elementos para competir con los hombres en profesiones u oficios y sólo las que tenían el prestigio y el poder de la estirpe real lograron afirmar su autoridad, algunas veces, ya fuera directamente, como en el caso de Hatsephsut, o de un modo más sutil, como lo hicieron Tiyi y Nefertiti. A pesar de todo, hay que alabar la intención de



Papiro Eber con textos médicos escritos en caracteres hieráticos. Reino Nuevo, Dinastía XVIII.

producir una persona «completa», no sólo un poseedor de conocimiento científico o de habilidades manuales, sino individuos respetuosos de la tradición, capaces de aceptar consejos y de expresarse con moderación en todos los campos. Además de recibir una educación formal, el niño egipcio aprendía a vivir en su sociedad, cómo actuar en presencia de los demás, cómo autocontrolarse y aplicar el sentido común. No obstante, no se le enseñaba a cuestionar el orden establecido. Tiene algo de verdad aquello de que los egipcios se preguntaron siempre acerca del cómo, en tanto que los griegos se preguntaban sobre el porqué.

La sabiduría y el conocimiento egipcios fueron proverbiales en las civilizaciones antiguas, porque ese sistema educativo produjo un hombre consciente de sí mismo y de su posición relativa en la sociedad y, además, satisfecho. Tal vez, una de las causas de la prolongada estabilidad de la civilización egipcia fuera esa atención a la personalidad como un todo.

Medicina. Los egipcios desarrollaron el procedimiento especial que hoy conocemos como momificación y que perseguía la conservación de los cuerpos de los difuntos para la vida de ultratumba. En el proceso, exceptuado el corazón, los órganos internos se extraían del cuerpo y se trataban por separado; de inmediato, las cavidades se llenaban con sustancias conservantes y el cadáver se envolvía y se enterraba en natrón para que se deshidratara. A continuación, se lavaba, se trataba con ungüentos especiales y se envolvía en vendas de gasa fina.

El tratamiento de los cadáveres dio a los egipcios un conocimiento muy valioso y de primera mano de la anatomía humana. Sin las trabas de los tabúes religiosos que prohibían la disección de los cadáveres, tuvieron la posibilidad de establecer los cimientos de la ciencia médica, de lo que en particular se beneficiaron los griegos, romanos, persas, árabes y la Europa medieval. La momificación también tuvo importancia para la ciencia moderna, porque el estudio de las momias antiguas permitió determinar algunas de las enfermedades que sufrieron los pueblos antiguos.

Desde épocas remotas, los egipcios estudiaron medicina. Manetón, el historiador de Egipto, relata que el rey Djer de la Dinastía I era un conocido físico, del que se dice que escribió un tratado de anatomía. En la Dinastía III, el arquitecto de la primera pirámide de Saqara, Imhotep, también fue un famoso físico, más tarde adorado por los griegos como dios de la medicina.

Conocemos la medicina egipcia sobre todo a través de fuentes escritas, como los papiros Ebers, Hearst, Edwin Smith y Chester-Beatty. Estos «libros» médicos son muy distintos entre sí; algunos apenas si presentan algo más que una colección de recetas mágicas, en tanto que otros –en particular el papiro Edwin Smith sobre temas quirúrgicos– tienen un enfoque metódico y científico. Desde el principio, los egipcios hicieron una distinción entre las enfermedades cuya causa era obvia, como heridas producidas por accidentes, caídas y golpes, y otras cuya causa se desconocía. Las primeras se trataban con métodos racionales, prácticos y médicos y las otras, con una mezcla de magia y medicina.

Entre los egipcios, el médico era también sacerdote y mago. Se creía que las que no se ocasionaban en accidentes eran enfermedades debidas a la acción de un agente hostil, como una divinidad airada o un difunto, y se utilizaba la magia para librar al enfermo de esa influencia maligna. El físico se enfrentaba a la enfermedad como si se tratara de un demonio, al que exhortaba a abandonar el cuerpo del paciente y a menudo se recitaba un ensalmo sobre la «medicina», casi siempre elaborada con ingredientes desagradables, que debían apartar al demonio una vez que el enfermo hubiera tomado el preparado. Entre los componentes de esas pócimas, solían contarse la grasa y la sangre de diversos animales, cuernos, huesos y pezuñas molidos; todo esto se emulsionaba con agua,

leche, vino o cerveza y se endulzaba con miel, para mejorar el sabor. Quizá los físicos, si sus tratamientos tenían éxito, llegasen a fiarse más de la medicina que de la magia, aunque esta última siguió utilizándose junto con la primera, al menos como recurso final, durante toda la larga historia egipcia.

Esos «médicos-magos» recibían una educación muy cuidadosa. Los estudiantes debían pasar una etapa preliminar recibiendo enseñanza como escribas, lo que les permitía leer los papiros médicos. Después pasaban a ser aprendices de un doctor experimentado, a menudo un familiar cercano, y se adscribían a un templo, ya que además de médicos serían sacerdotes, por lo común de la diosa Sekhmet, que tenía el poder de atraer epidemias y también el de ponerles fin.

Los egipcios recogieron una gran cantidad de observaciones médicas pero, infortunadamente, con frecuencia las interpretaron mal y prescribieron tratamientos inadecuados.

También recopilaron esos practicantes de la medicina el primer vocabulario médico y anatómico amplio: se han conservado diversos jeroglíficos que describen los órganos y sus funciones. Asimismo, llegaron a comprender la posición relativa de los órganos en el cuerpo; pero su conocimiento de la función de esos órganos se limitaba, en su mayor parte, a las conclusiones derivadas de la disección de cadáveres, por lo que no entendieron bien la actividad de cada uno y pensaron que los nervios, músculos, venas y arterias integraban una red común, cuyo centro estaba en el corazón. Entendieron, en cambio, que en el corazón estaba la fuente de la vida y también –creyeron– el centro de los pensamientos y las emociones, en tanto que no se dio importancia al cerebro. Tampoco alcanzaron a comprender la circulación de la sangre.

Que sepamos, los primeros experimentos de cirugía también se deben a los egipcios, que recurrieron a ella cuando otros métodos más sencillos no tenían resultados. Algunas escenas pintadas en las tumbas muestran el entablillado de las fracturas y la colocación de un hombro dislocado. También se ve el uso de medicinas y bálsamos; los papiros transcriben nombres y usos de ciertas plantas medicinales y sabemos que se preparaban pomadas, con una base de miel o de grasas, para aplicar a heridas y úlceras. Para ciertas dolencias se prescribían dietas especiales, como una mezcla de miel, nata y leche para los dolores de pecho y garganta. Tampoco se desconocía la importancia de la higiene y de la limpieza, tanto de las personas como de las viviendas; en los papiros médicos se leen recetas para limpiar las casas de pulgas, moscas, gusanos y otros parásitos.

Parece que los egipcios soportaron tantos males como nosotros, aunque a veces es difícil encontrar una traducción exacta para los nombres de las enfermedades. Sus dentaduras les produjeron muchas molestias; el desgaste de los dientes se debía a las partículas de sílice del pan y, tal vez, a la falta de higiene bucal, lo que ocasionaba problemas tanto entre los ricos como entre los pobres. Deducimos, pues, que su enfoque médico era variado. Si bien hicieron descripciones bastante precisas de enfermedades, en general sugirieron tratamientos errados. Uno de los aspectos más interesantes de la medicina egipcia fue la instalación de sanatorios junto a los templos, donde las personas enfermas podían pasar un tiempo orando al dios residente. Los beneficios psicológicos de una interrupción de las tareas rutinarias y el apoyo de los sacerdotes, junto a la fe de los pacientes, parecen haber llevado alivio mental y físico a mucha gente.

Un aspecto de la medicina egipcia con el que podemos identificarnos con facilidad es el recurso a la cirugía estética y las «curas» antienvejecimiento. Estos remedios iban desde la aplicación de cirugía a los senos caídos y la preparación de medicinas afrodisíacas, hasta cosas más simples, como combatir las canas, la calvicie y las arrugas de la piel. En un papiro, al respecto, leemos una fórmula que lleva el título de «Cómo rejuvenecer a un hombre» y que describe métodos para que desaparezcan arrugas, granos, manchas y otras imperfecciones poco dignas. El equipo de tocador de una dama noble incluía caras cremas antiarrugas y de limpieza, cosméticos y desodorantes: más o menos como el de las mujeres de hoy.

Con todas sus limitaciones, con sus intentos muchas veces mal orientados, la medicina egipcia abrió el camino para la

Caja de una momia, Período Tardío, decorada con ensalmos y conjuros. La obsesión por el embalsamamiento hizo que los egipcios adquiriesen amplios conocimientos médicos.



disciplina moderna, porque sentó las bases del conocimiento actual y, sobre todo, de la capacidad de examinar el cuerpo humano en busca de las causas de las enfermedades.

El ejército. Los egipcios nunca fueron un pueblo verdaderamente militarizado, pero muchas veces se vieron obligados a tomar medidas de defensa ante posibles invasores, que veían en Egipto una tierra fértil y rica. Esto, con el tiempo, llevó a la constitución de una clase militar. En el Reino Antiguo no hubo un ejército estable. Las tropas provenían de levas hechas por los gobernadores locales, cuando surgía la necesidad. En épocas de paz, esos hombres trabajaban en las minas, en la construcción y en la vigilancia de las fronteras. Es posible que se entrenara un pequeño grupo de soldados profesionales como guardias del rey, aunque no hay testimonio de ello, y las expediciones bélicas estaban a cargo de administradores que no tenían formación militar. Los ejércitos locales contribuyeron a la descentralización y a las rivalidades del Primer Período Intermedio; en tiempos del Reino Medio, continuaron existiendo hasta el reinado de Sesostris III, que abolió el sistema antiguo e instauró la conscripción de egipcios nativos, con una cuota de voluntarios nubios, para organizar un ejército real dirigido por sus partidarios personales. El ejército ayudó al faraón a recortar el poder de la nobleza de una vez por todas y también se ocupó de los proyectos de construcción de monumentos y de las obras públicas. Algunos soldados iban armados con arco y flechas; otros, con hachas; llevaban grandes escudos cubiertos de cuero pero no usaban armadura.

Uno de los mayores logros del Reino Medio fue la cadena de fortalezas construida en Nubia, cerca de la segunda catarata; pensadas para dominar el río y las regiones del interior, se emplazaron en las riberas o en las islas del Nilo y controlaban los intereses comerciales y militares de Egipto en esa zona; desde ellas partían los soldados para reprimir los ataques de grupos nubios. Vivían en cada fortaleza un gobernador, una guarnición armada, los administradores y las familias respectivas. La construcción de esos baluartes tuvo tanto éxito que la experiencia sirvió para organizar, en gran escala, el control y la vigilancia de las tierras que Egipto adquiriría más allá de sus confines.

Después de la invasión y de la expulsión de los hicsos, la actitud egipcia ante la guerra cambió radicalmente. Se reconoció la necesidad de una defensa constante y el peligro de las invasiones; los hicsos introdujeron en Egipto armas e ideas militares nuevas y para los tiempos del Reino Nuevo, el país se había convertido en una potencia militar de primera línea. Se organizaron el ejército y la flota nacionales, con un criterio profesional y entrenamiento específico; ambas fuerzas desarrollaron campañas frecuentes y victoriosas.

El faraón, comandante en jefe, acudía a los campos de batalla; como «ministro de guerra» se desempeñaba el visir; los oficiales más experimentados constituían un consejo que asistía y asesoraba al faraón en tiempos de paz y en el campo de batalla. Las fuerzas de ataque se estructuraron en divisiones de unos 5.000 hombres, incluidos los carros y la infantería; esas divisiones llevaban los nombres de los principales dioses del Estado y, probablemente, se acogían a su protección. En la batalla de Kadesh, el faraón y varios príncipes reales en persona fueron los comandantes de las divisiones. En tiempos de paz, el ejército se dividía en dos cuerpos estacionados en el Alto y Bajo Egipto; cada uno de ellos estaba al mando de un segundo comandante que obedecía al principal; escoltaban al soberano en las procesiones reales, reprimían las revueltas, componían las guarniciones de los fuertes fronterizos y eran una parte de la mano de obra de los trabajos públicos.

Los carros, tal vez una innovación de los hicsos, constituían un cuerpo dividido en escuadrones de 25 unidades. Cada uno estaba bajo el mando de un «Auriga de la Residencia», que a su vez obedecía las órdenes del «Segundo comandante de caballería». El carro, tirado por dos caballos, tenía dos ruedas y llevaba al auriga y a un arquero armado también con jabalina, escudo y espada. No existía una caballería propiamente dicha, tal vez porque los caballos no eran lo bastante grandes y fuertes como para soportar a un jinete. El entrenamiento de los animales estaba en manos de un maestro caballerizo, cargo de gran influencia.

La infantería se dividía en regimientos mandados por un «portaestandarte» y se componían de reclutas, hombres entrenados y guerreros profesionales, los «Bravos del Rey». A menudo los reclutas eran nubios o cautivos de guerra de países extranjeros. Hacia fines de la época de la Dinastía XVIII, y de modo creciente después, el ejército egipcio contó con un número sustancial de reclutas extranjeros, entre ellos, libios, nubios, «asiáticos» y miembros de los «Pueblos del mar»; en los tiempos de la Dinastía XXVI, una gran cantidad de mercenarios griegos luchó en las batallas de Egipto. Esto fue así porque el país no podía mantener con su propia población el enorme ejército que necesitaba, pero es posible que la proporción creciente de fuerzas extranjeras, antiguos prisioneros de guerra, y la superioridad de las armas de los asirios y de los persas, contribuyera a la decadencia militar egipcia. La lealtad de los foráneos hacia sus conquistadores pudo ser débil en muchas ocasiones. De la leva de nativos se ocupaba el «Escriba del reclutamiento».

Cuando un hombre se incorporaba al ejército voluntariamente, podía hacer carrera en él. No era difícil hacerse merecedor de una promoción rápida y de considerables riquezas en el servicio; a menudo los veteranos recibían tierras, condecoraciones de oro y prisioneros de guerra como siervos domésticos. Aunque los puestos militares más altos estaban reservados para hombres instruidos –muchos de ellos eran funcionarios administrativos–, el ejército ofrecía a las personas con poca educación la oportunidad de adquirir bienes y los extranjeros que entraban en el servicio obtenían su libertad. Un estímulo adicional provino de la ley que permitía que los hijos de un soldado raso heredasen las tierras del padre sólo si seguían la carrera paterna.

Los oficiales se reclutaban entre los soldados rasos. La jerarquía se componía de: los «mejores de 50»; portaestandartes, al mando de 200 hombres; el capitán de la tropa; el co-

mandante de una tropa que estaba a la cabeza de una brigada o al mando de una fortaleza; el supervisor de las tropas de guarnición; el supervisor de la fortaleza (había dos puestos de esta clase, uno para la frontera nubia y otro para la costa mediterránea); el segundo comandante y el general. A menudo los cargos importantes de la corte, como el de Tutor real, se adjudicaban a antiguos guerreros. El ejército ofrecía grandes recompensas y muchos generales que llegaron a ser faraones acentuaron el poder de los militares en la historia de Egipto.

También había administradores, en su mayoría escribas, que se ocupaban de reunir y distribuir los abastecimientos para el ejército, en general obtenidos durante la marcha hacia el campo de batalla. Los escribas anotaban los acontecimientos diarios y llevaban listas del botín adquirido. Los bastimentos se transportaban a lomo de mula o de asno o bien en carros tirados por bueyes.

Tal vez la innovación más importante de la Dinastía XVIII fuera el uso del caballo y del carro. Los carros antiguos muestran la influencia canaanita y las palabras que usaron los egipcios para los caballos, carros y arreos también sugieren una relación con los canaanitas. Es probable que el caballo pequeño llegara a Egipto con los hicsos, aunque un enterramiento de un caballo, anterior a la invasión hicsa, encontrado en una fortaleza situada en el emplazamiento nubio de Buhen y fechada en la época del Reino Medio, ha originado discusiones entre los estudiosos sobre el momento exacto de la aparición del caballo en Egipto. El número de caballos aumentó cuando se llevaron al país los del enemigo, tras la batalla de Meggido. El «Primer auriga de Su Majestad» cumplió misiones en el extranjero, al parecer, para comprar sementales.

El faraón intervenía en las campañas, a veces anuales, y conducía sus fuerzas hasta la comarca siriopalestina y más allá; allí, con los carros a la cabeza, se producían los ataques a ciudades fortificadas. A su vez, estas fortificaciones sirias y palestinas influyeron en la arquitectura militar del Reino Nuevo. Comparados con otros conquistadores de la Antigüedad, los egipcios fueron clementes con las ciudades enemigas, que no sufrieron saqueos brutales. Los soldados no recibían nada, porque el botín, que pertenecía al faraón y en última instancia a los dioses egipcios y a sus templos, quedaba meticulosamente registrado por los escribas y se llevaba a Egipto, junto con un buen número de prisioneros. De entre ellos se escogía

Modelos sepulcrales de madera, hábilmente tallados; representan una formación de guerra de soldados nubios. De una tumba del Reino Medio. A menudo las levas para la infantería se hacían en Nubia; algunos soldados eran prisioneros de guerra de otros países.



a unos pocos, a los que el faraón sacrificaba en una ceremonia religiosa con su maza; los restantes se convertían en siervos. Con frecuencia, los vencedores se llevaban en calidad de rehenes a los príncipes de los reinos conquistados; estos cautivos solían recibir una educación dentro de la realeza egipcia, lo que sentaba las bases de una camaradería futura, cuando los príncipes vasallos volvían a su patria para gobernarla de acuerdo con los deseos del faraón.

La creación de un ejército profesional en Egipto produjo beneficios evidentes –riquezas, un imperio, muchos cautivos– pero también impuso al país la carga considerable de las levas que, al fin, los nativos no pudieron soportar, además de propiciar la posibilidad de que algunos militares profesionales amenazaran el poder del faraón. Horemheb, Ramsés I y Herihor eran oficiales del ejército que terminaron gobernando en Egipto y, en el Período Tardío, los faraones débiles siempre tuvieron conciencia de la amenaza que suponía para ellos el ejército. Como ocurriera con la clerecía, los militares surgieron por voluntad de los todopoderosos faraones de la Dinastía XVIII, de quienes recibieron riqueza y gloria. Pero esos grandes soberanos guerreros, seguros de su propia fuerza, no tenían idea, quizá, de los peligros que su política militarista implicaría para los reyes posteriores, mucho menos poderosos.

La flota. A modo de extensión del ejército, la flota se usó como medio de transporte de tropas y mercancías más que como fuerza bélica. Las naves solían hacer las veces de cuartel general durante las operaciones, como ocurrió en la campaña de la expulsión de los hicsos; en ciertas ocasiones, se utilizaron en la batalla, como lo muestra un relieve de Ramsés III, en el templo de Medinet Habu; en otras, sirvieron en expediciones comerciales, como los viajes a Punt, y Tutmosis III las empleó para llegar a Fenicia. Una vez allí, navegó hasta los puertos de varias ciudades costeras, las obligó a someterse y después estableció las condiciones para que le suministraran los abastecimientos necesarios durante sus próximas campañas militares en el interior. La base naval cercana a Menfis fue el puerto desde el cual la flota de la Dinastía XVIII zarpó hacia la región de Siria y Palestina. Desde épocas muy antiguas, los egipcios construyeron sus propios barcos, que ya entonces estaban en condiciones de llegar hasta Nubia y el Punt.

La organización de la flota no está del todo explicada en los testimonios. Al parecer, se reclutaba a los hombres que se entrenaban bajo la dirección del «portaestandarte de los remeros» y, a continuación, iban a tripular las naves. La cantidad de tripulantes variaba según el barco y un recluta podía llegar a un alto cargo –como el de «comandante de remeros»– o integrar la tripulación de una nave importante. Los reclutados podían desempeñarse como soldados o marineros y, por tanto, resultar transferidos o promovidos de uno a otro servicio. El «portaestandarte» de una nave podía pasar a un rango superior en el ejército, como el de «comandante de tropas», más adecuado para los hombres maduros. En la cima de la jerarquía naval estaban el «capitán de navío» y el «jefe de capitanes de navíos», ya fuese en la flota real o en la de un templo, y por último los almirantes, que controlaban la flota real, a las órdenes del comandante en jefe, el príncipe heredero. La autoridad máxima era el rey. El administrador principal era el «jefe de todos los barcos del rey»; el visir no tenía responsabilidad directa en la flota, aunque podía arbitrar en caso de disputas internas en el cuerpo.

En épocas de guerra, la armada era un servicio útil pero auxiliar; en tiempos de paz, volvía a su propio ámbito, el de un servicio mercante, eficaz para expandir los intereses comerciales egipcios. A diferencia de otras estructuras navales, que respondieron a situaciones en que eran imprescindibles, en la época de la Dinastía XVIII la flota se organizó de un modo total, para transformarse en una creación que esos faraones guerreros supieron convertir en un apoyo vital para la nación.

Modelo de un barco privado que muestra a los remeros y al propietario. De la tumba de Mectine, en Deir el-Bahari. Reino Medio.

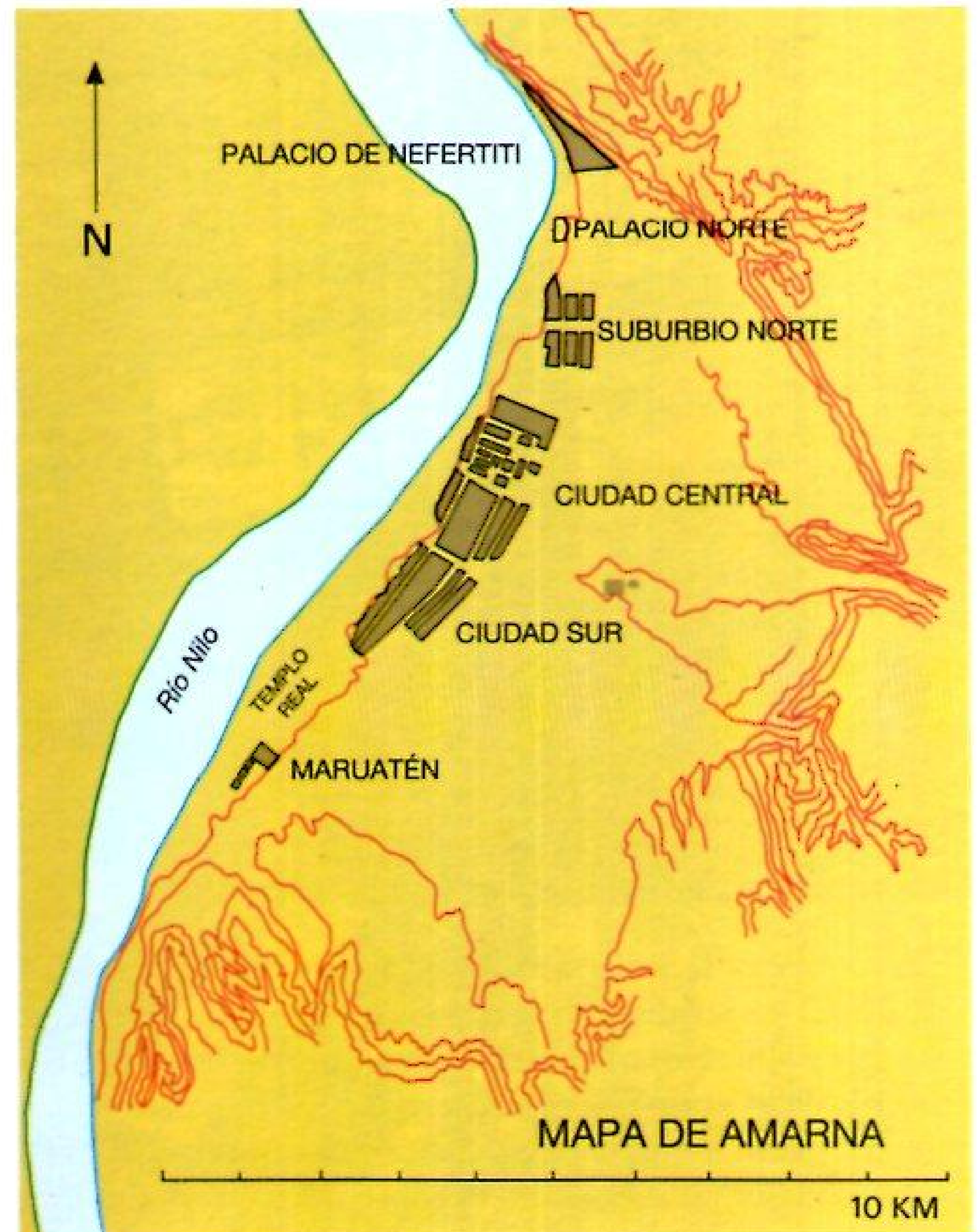


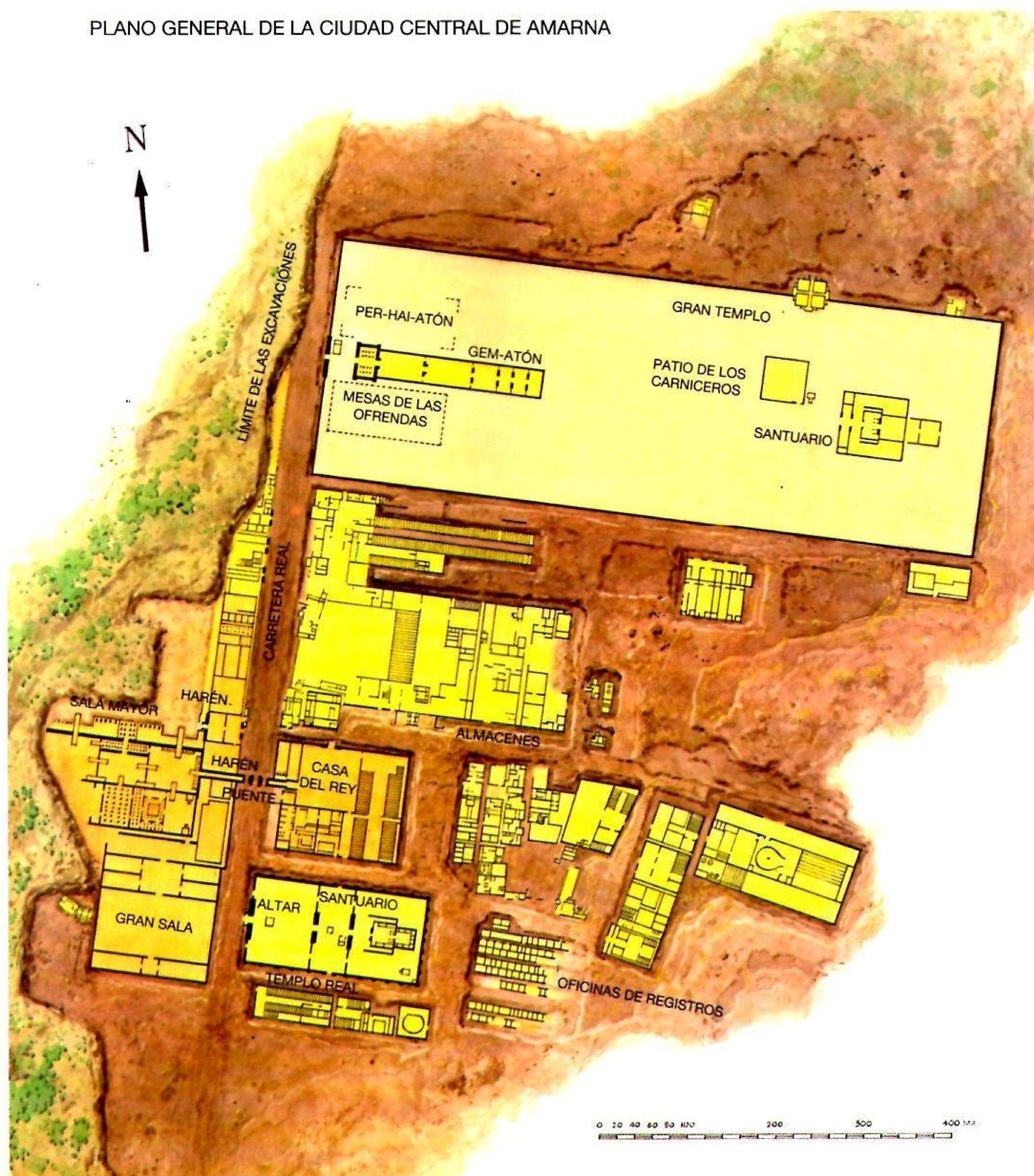


Tell el-Amarna, una ciudad egipcia

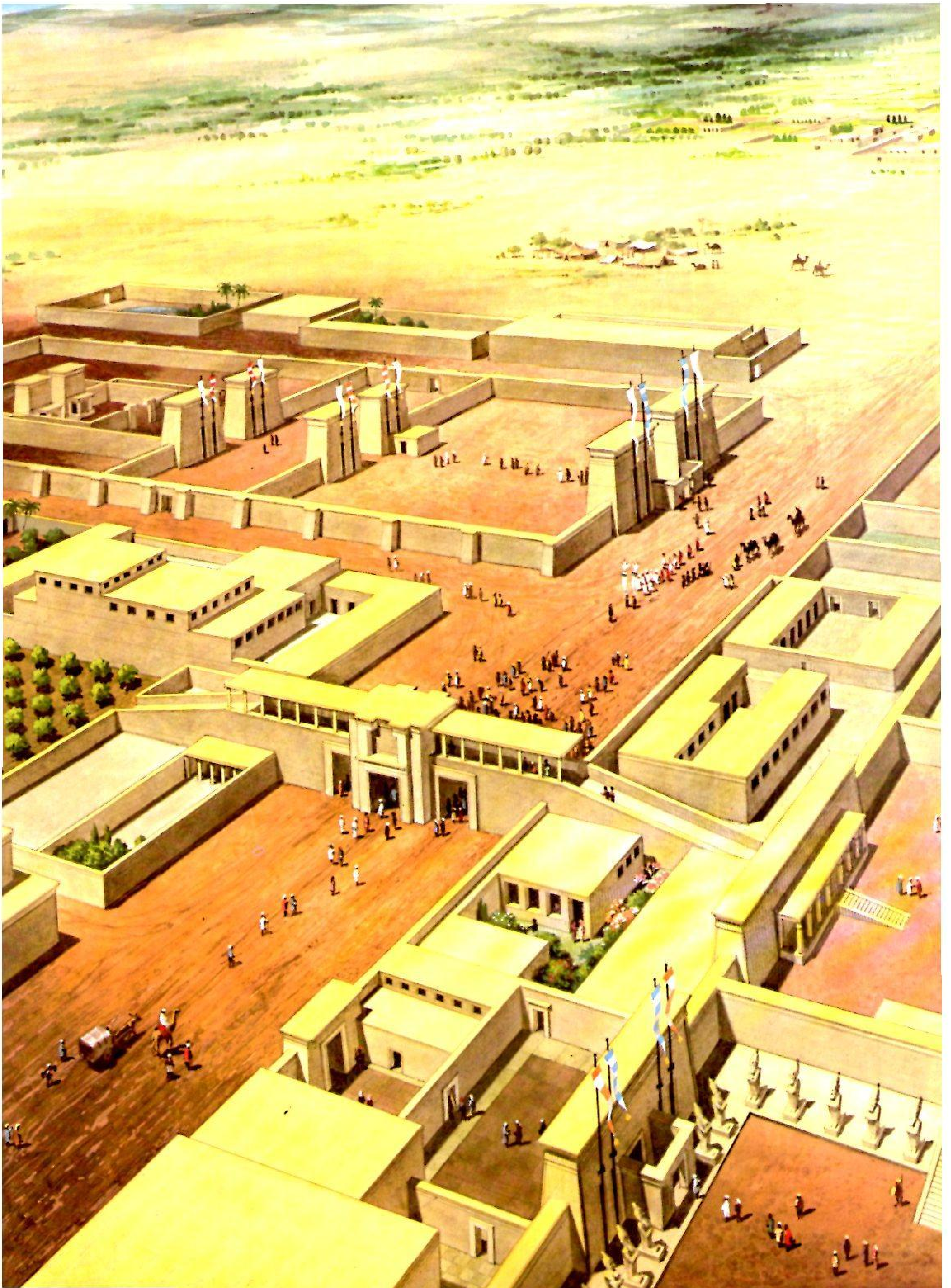
En tiempos, Tell el-Amarna fue la gran capital Akhetatón, fundada por el faraón herético Akhenatón *(izquierda)* y habitada sólo durante unos quince años. Después fue abandonada, cuando Tutankamón y la corte real volvieron a la ortodoxia y a Tebas, la tradicional capital del Reino Nuevo. El emplazamiento de la ciudad está a algo menos de 500 km al norte de Luxor (la antigua Tebas), sobre la margen oriental del Nilo. Construida en la estrecha franja de tierra cultivable que flanquea el río, la antigua ciudad, limitada por las montañas del desierto, tuvo un estrecho trazado lineal de 9 km de largo, que seguía las curvas de la ribera en los extremos norte y sur. Se prestó atención especial al paraje por primera vez en 1887, cuando una campesina desenterró unas tablillas de terracota, con una inscripción cuneiforme que, según se descubrió más tarde, era parte de la correspondencia diplomática enviada a la antigua corte egipcia desde la región septentrional de Siria y después perdida entre las ruinas de los archivos reales. Se las conoce como «las cartas de Amarna». Cuando se probó su autenticidad, se inició la excavación del lugar. Flinders Petrie se ocupó de desenterrar varios de los edificios oficiales en 1891-1892; los alemanes continuaron la tarea y en 1921 la Sociedad de Exploración de Egipto se hizo cargo del trabajo. No se ha completado la excavación de la ciudad.

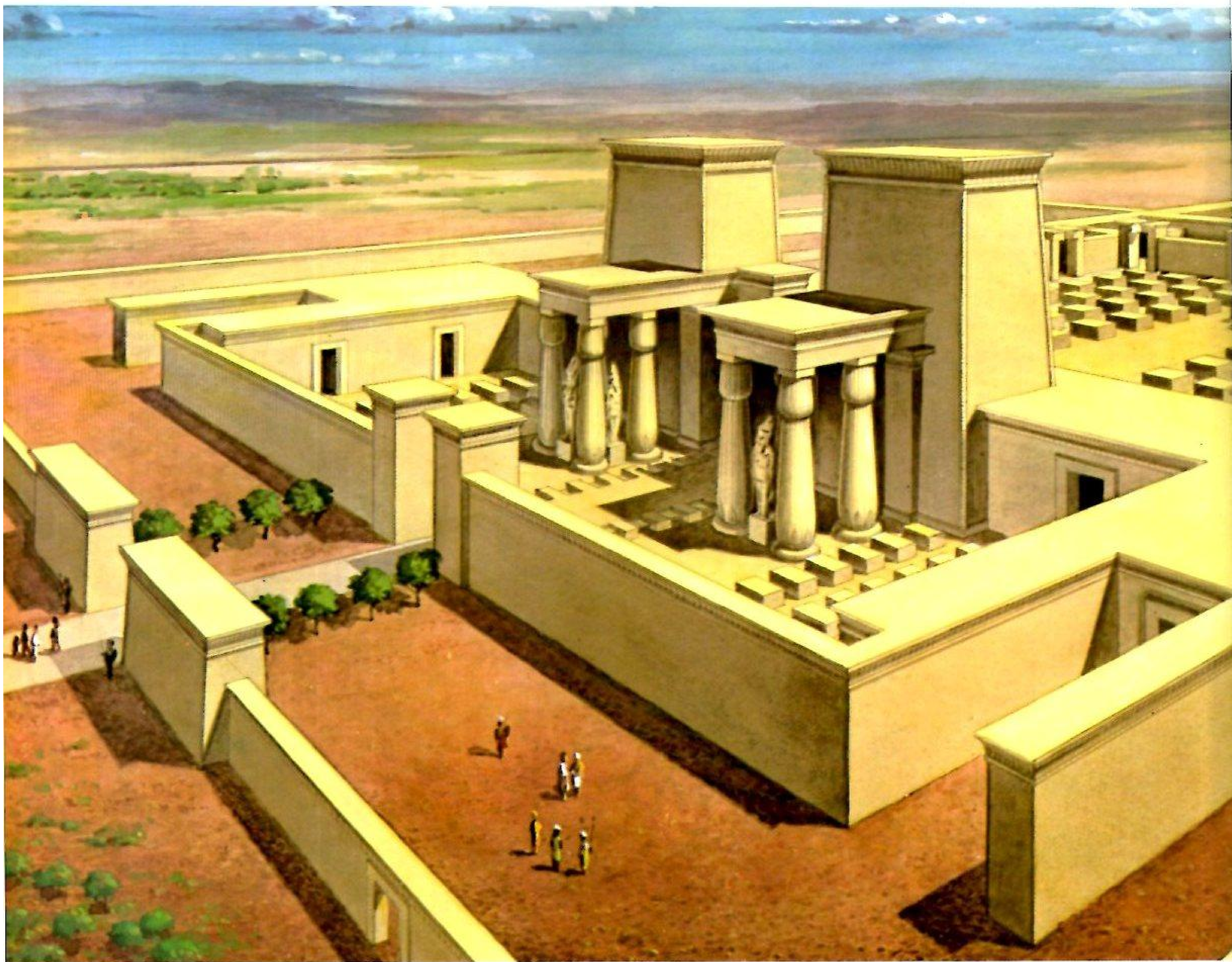






Tell el-Amarna, la antigua Akhetatón, se componía de: la ciudad central, en la que se alzaban palacios, templos, oficinas del gobierno y almacenes; la ciudad del sur o zona residencial; un suburbio en el norte o zona comercial y varios palacios en las afueras. Arriba vemos el plano del centro de la ciudad y en la página opuesta un dibujo que reconstruye la ciudad central, ambos vistos desde el sur. En Akhetatón, a diferencia de lo que ocurría en la superpoblada Tebas, había mucho espacio para la edificación y, por tanto, eran comunes las casas amplias de una planta, rodeadas de jardines espaciosos. La ciudad estuvo habitada durante un período muy breve, de modo que resulta única para los excavadores, pues tienen que estudiar un único nivel de ocupación y el trazado original nunca sufrió alteraciones importantes.







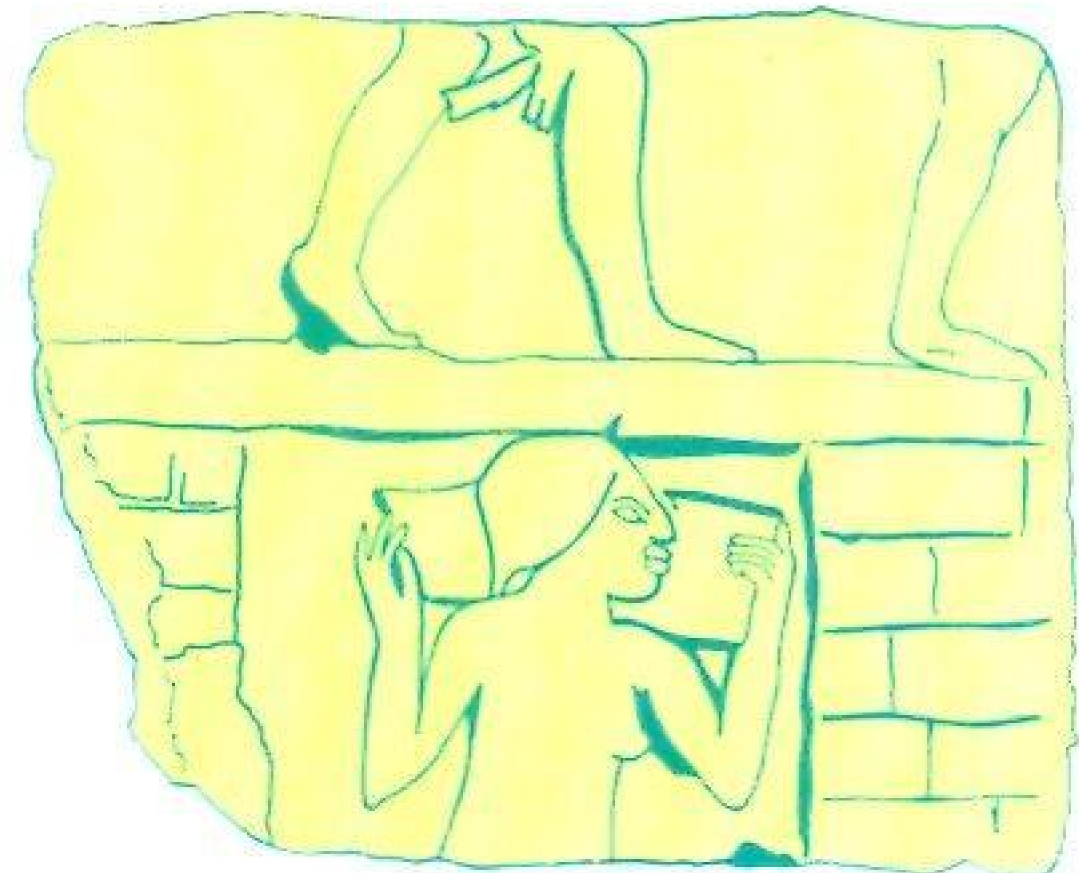
El santuario o adoratorio central del Gran Templo de Atón, levantado en la ciudad, se ve arriba, en una reconstrucción. Akhenatón instituyó el culto del sol en su capital, de modo que los que él construyó son muy distintos de los templos egipcios tradicionales. No tenían un tabernáculo cerrado para la estatua del dios, ni sacerdotes que la lavaran, perfumaran, vistieran y adoraran diariamente. En cambio, los templos de Amarna estaban expuestos al sol, el dios Atón, cuyos rayos benéficos, desprendidos del disco solar, aparecen con frecuencia en el arte de esta época. Una serie de patios llevaba hasta el altar mayor del santuario donde, con acompañamiento de música y cantos, se depositaban ofrendas de comida, bebida y flores, destinadas al dios, sobre el altar mismo o en mesas especiales.





La hermosa Nefertiti, esposa de Akhenatón, adora a su dios. Al parecer, la reina desempeñó en las ceremonias del culto un papel tan importante como el del propio rey. En realidad, ambos dominaron la vida refinada de la ciudad, impulsando juntos las osadas innovaciones religiosas y artísticas que caracterizaron el período de Amarna.

Las excavaciones demostraron que el Gran Templo se construyó en tres etapas. Un fragmento de un alto relieve de Amarna *(abajo)* representa a los obreros, uno de ellos quizá negro o nubio, que trabajan en la construcción de algún sector del complejo arquitectónico del Gran Templo. En Amarna hubo otros templos, en especial el pequeño Templo Real, cercano al palacio.

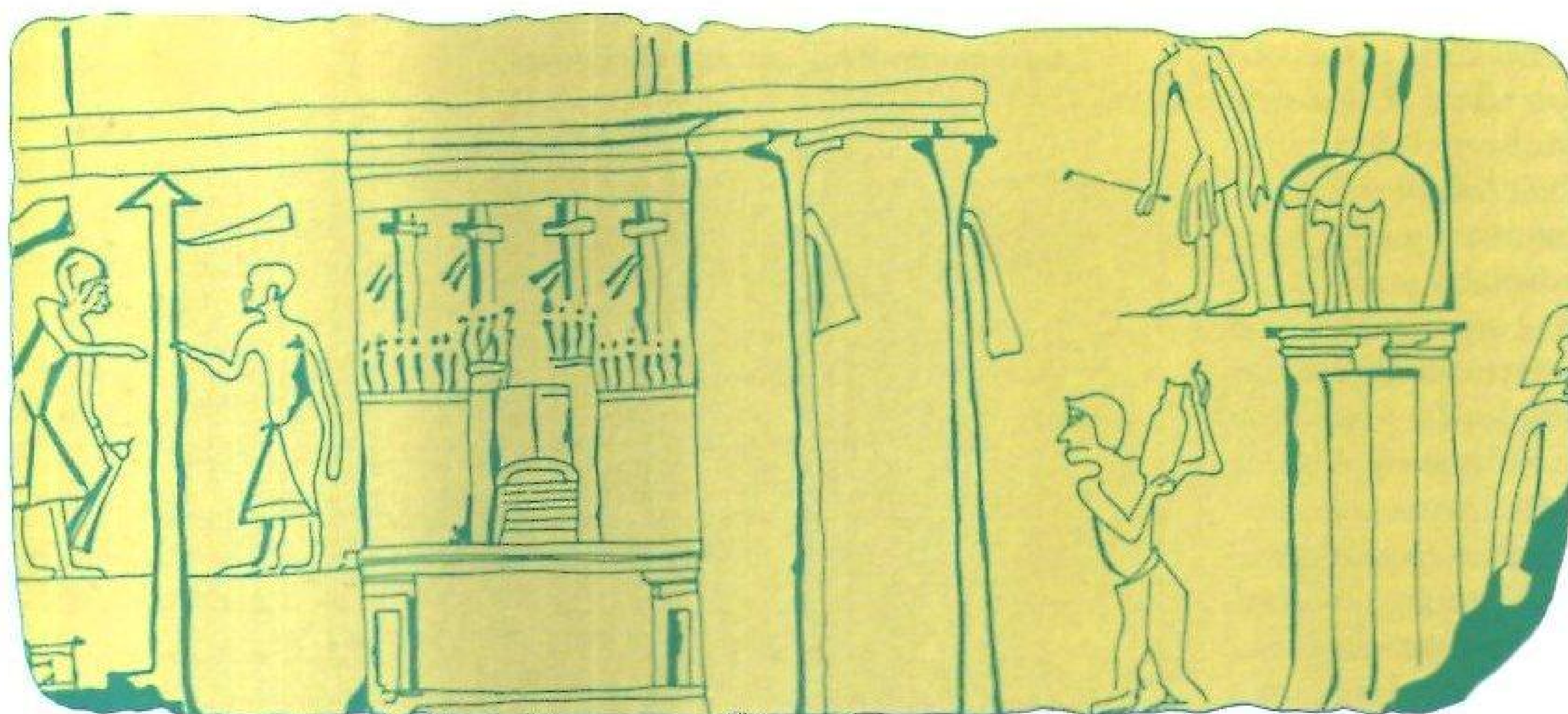


El centro principal de la adoración del sol en Tell el-Amarna era el Gran Templo de Atón, cuyo santuario se muestra arriba. El templo, en su totalidad, constaba de un gran recinto con el santuario en un extremo. Desde la entrada, y a través de una serie de patios estrechos, un camino amplio subía hasta el altar mayor del santuario. Cientos de mesas de piedra o de ladrillos de barro, destinadas a las ofrendas, flanqueaban el camino o se alzaban en otros puntos del recinto; en su mayoría estaban destinadas al uso ceremonial y a disposición de quienes no tenían acceso al propio santuario, donde también hubo muchas estatuas colosales del faraón. El acceso a los patios de entrada, llamados Per-Hai («Casa de la alegría») y Gem-Atén («Encuentro del Atón»), era una puerta señalada por pilonos y pórticos bordeados por columnatas. Un relieve de Amarna, hecho en piedra caliza *(página opuesta, izquierda)*, reproduce una vista del Gran Templo, probablemente de uno de esos patios limitados por columnas, con mesas de ofrendas en las que se acumulan frutas y flores y flanqueadas por incensarios.

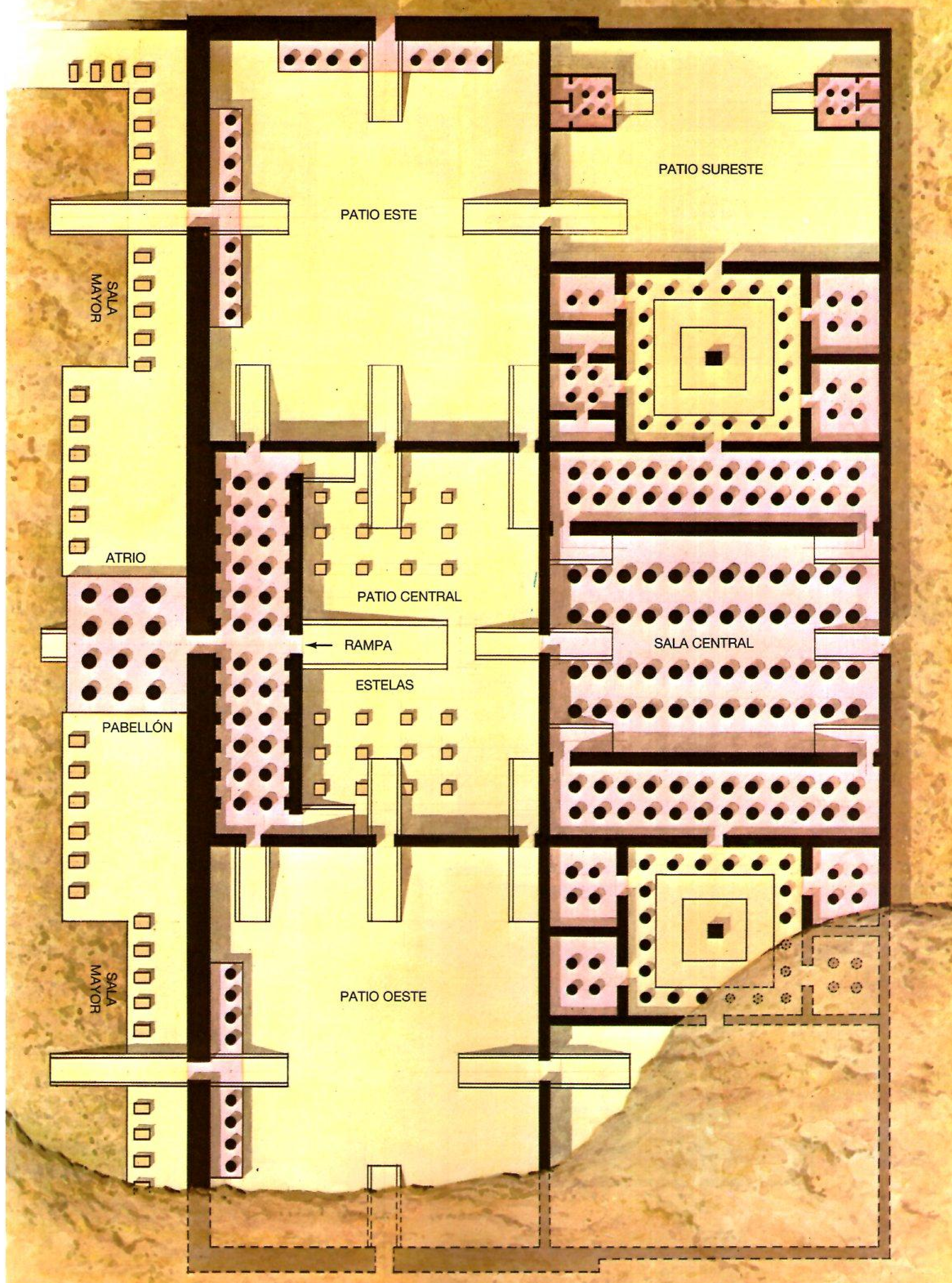


Akhetatón fue una ciudad notablemente urbanizada, espaciosa, ordenada y elegante; una ciudad de templos, palacios y casas amplias, con patios abiertos y pórticos con columnatas. Había gran cantidad de jardines y abundaban las palmeras, los sauces y los sicomoros, los arriates y arbustos floridos y los estanques llenos de lotos. Varios palacios lujosos eran la morada de la familia real. Para una princesa joven de Amarna, como la que se ve aquí *(izquierda)*, la vida era fácil y placentera. En Akhetatón todos vivían bien. Tanto los hombres como las mujeres llevaban túnicas de lino plisadas, amplias, de mangas anchas y adornadas con flecos. Estaban de moda las pelucas de peinados muy complejos. Florecieron las artes en esa ciudad y las frecuentes ceremonias celebradas en palacio o en los templos eran solemnes y coloridas.

El más importante de los palacios de Amarna, situado en el centro de la ciudad, fue el Gran Palacio, al que distinguían sus salas oficiales. La planta *(página opuesta)* muestra el edificio principal, con una amplia sala a la izquierda. A la derecha estaba la amplia sala de columnas destinada a la coronación y al otro lado las dependencias de los sirvientes y el harén. El palacio se alzaba sobre una colina, tenía tres jardines dispuestos en terrazas, por los que se llegaba hasta el Nilo, y estaba comunicado con la casa del rey y las habitaciones de los niños mediante un puente de arcos que atravesaba la carretera real.



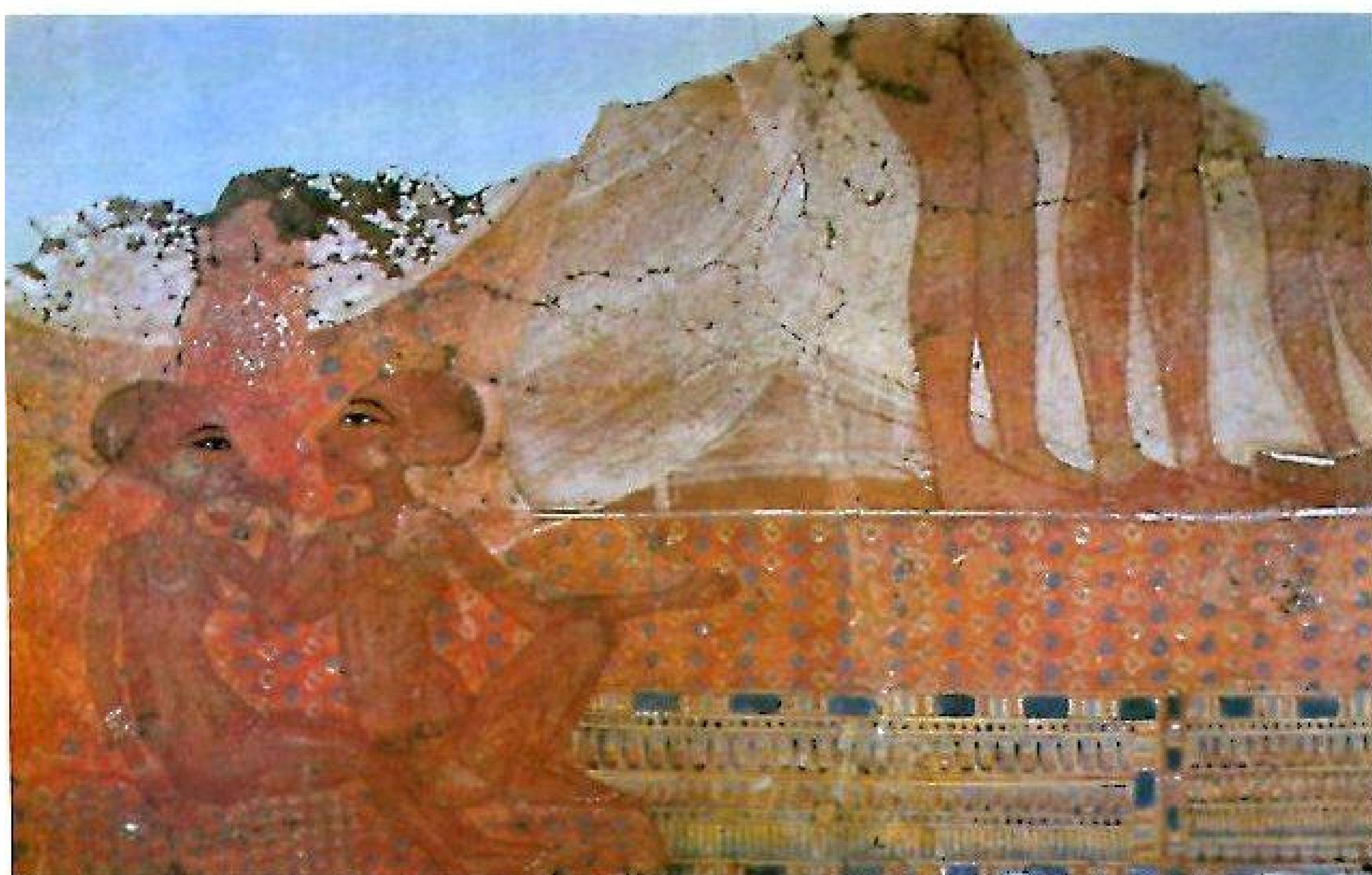
Relieve en piedra caliza, proveniente de Amarna *(izquierda)*; representa la «ventana de las apariciones», desde la que el rey y la familia real saludaban a la muchedumbre y a veces arrojaban regalos a sus favoritos, inclinándose sobre el borde acolchado del balcón. Esta ventana, a la que se llegaba a través de unas puertas pequeñas, al parecer daba a un patio abierto y estaba en la sala mayor. Se ve a los sirvientes mientras barren y aplacan el polvo con agua; un supervisor está de pie, junto a un montón de escudos y armas de la guardia. Entre otros, en Amarna estaban el Palacio Norte, una casa de descanso rodeada de jardines, con un zoo y un aviario, y Maruatén, la mansión de placer, donde la familia real tomaba sus meriendas.



PATIO ESTE
PATIO SURESTE
SALA MAYOR
ATRIO
PATIO CENTRAL
RAMPA
ESTELAS
SALA CENTRAL
PABELLÓN
PATIO OESTE
SALA MAYOR

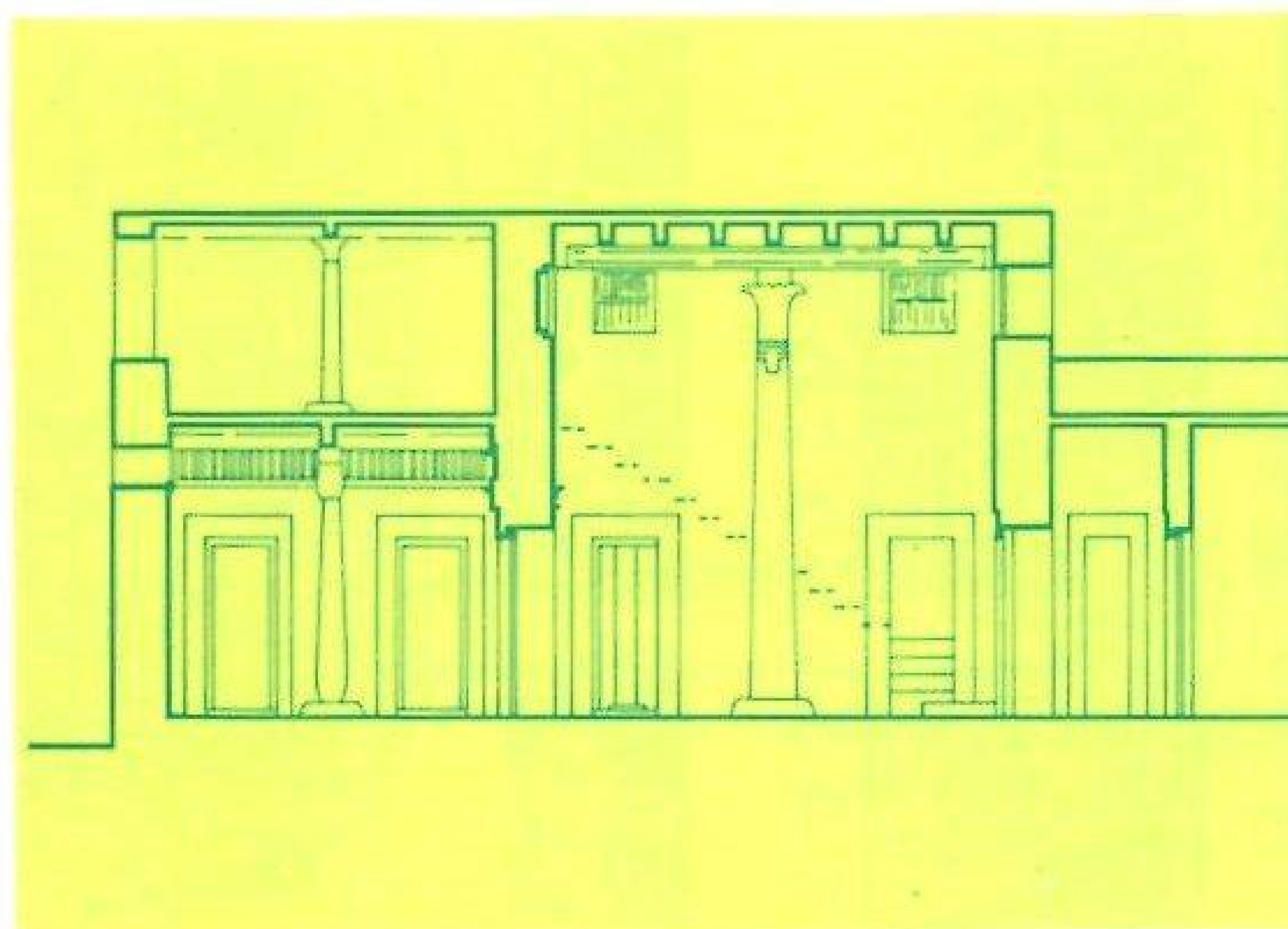


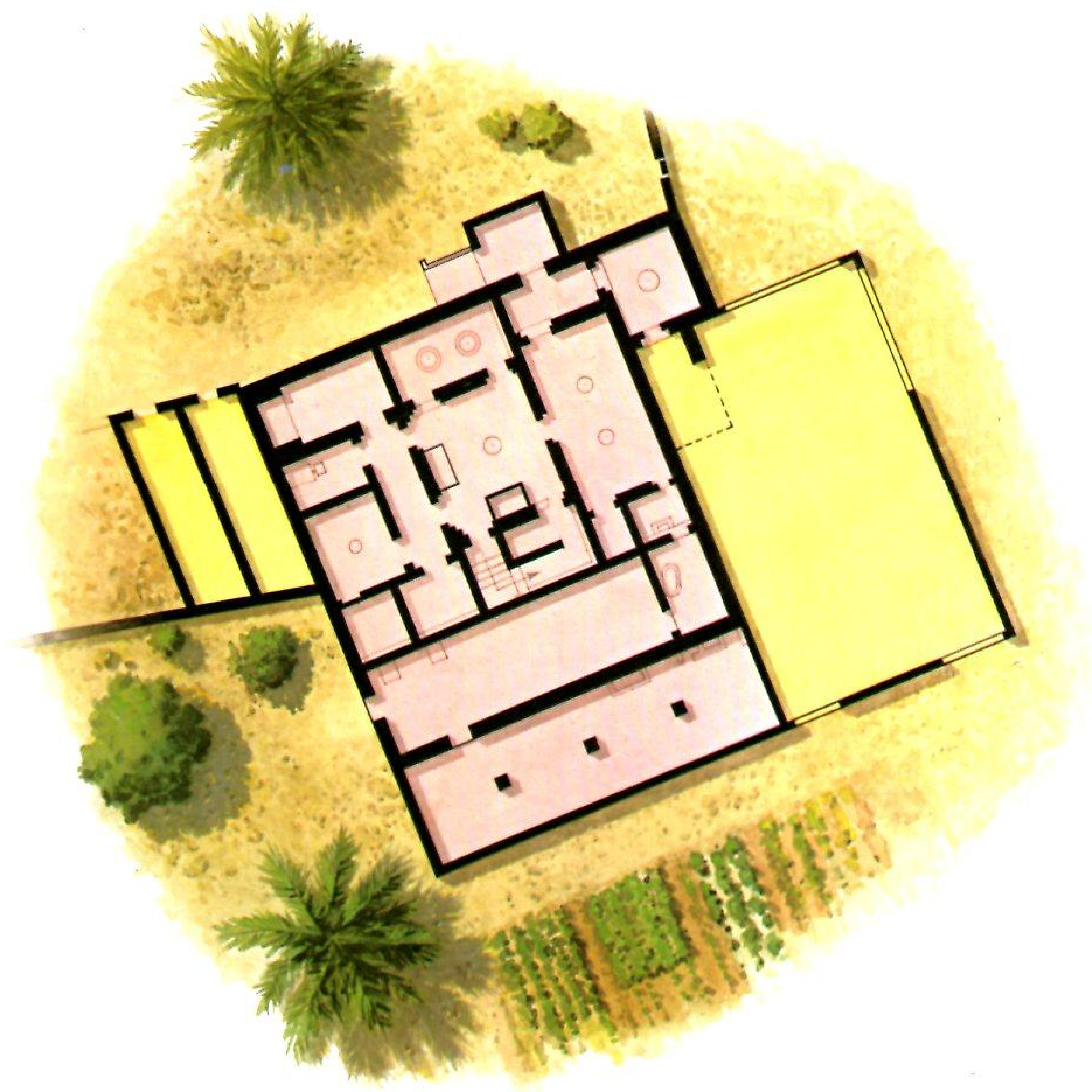




Los palacios y templos de Amarna estaba decorados con profusión. Este fragmento de un fresco de colores brillantes *(izquierda)* proviene del palacio del rey. Muestra a dos de las seis princesas reales sentadas sobre cojines; arriba se ven las piernas de otras tres. La entrada *(arriba, izquierda)* del Gran Palacio está adornada con cartuchos con los nombres de Akhenatón, Nefertiti y Atón. Las cobras coronadas por el disco solar, como en este bloque de piedra de un templo *(arriba)*, representaban al ureo, una deidad protectora. Los frisos que tenían estas cobras como motivo eran un rasgo arquitectónico común en Amarna. Este relieve *(abajo, izquierda)* hallado en el Gran Templo muestra a un auriga que espera a que su amo vuelva de una ceremonia religiosa. Los miembros de la casa real y los nobles se desplazaban por la ciudad en estos carruajes, pero los ciudadanos corrientes se trasladaban andando y sus casas eran modestas. El alzado y la planta de una pequeña villa típica del Suburbio norte se reproducen abajo y en la página opuesta.

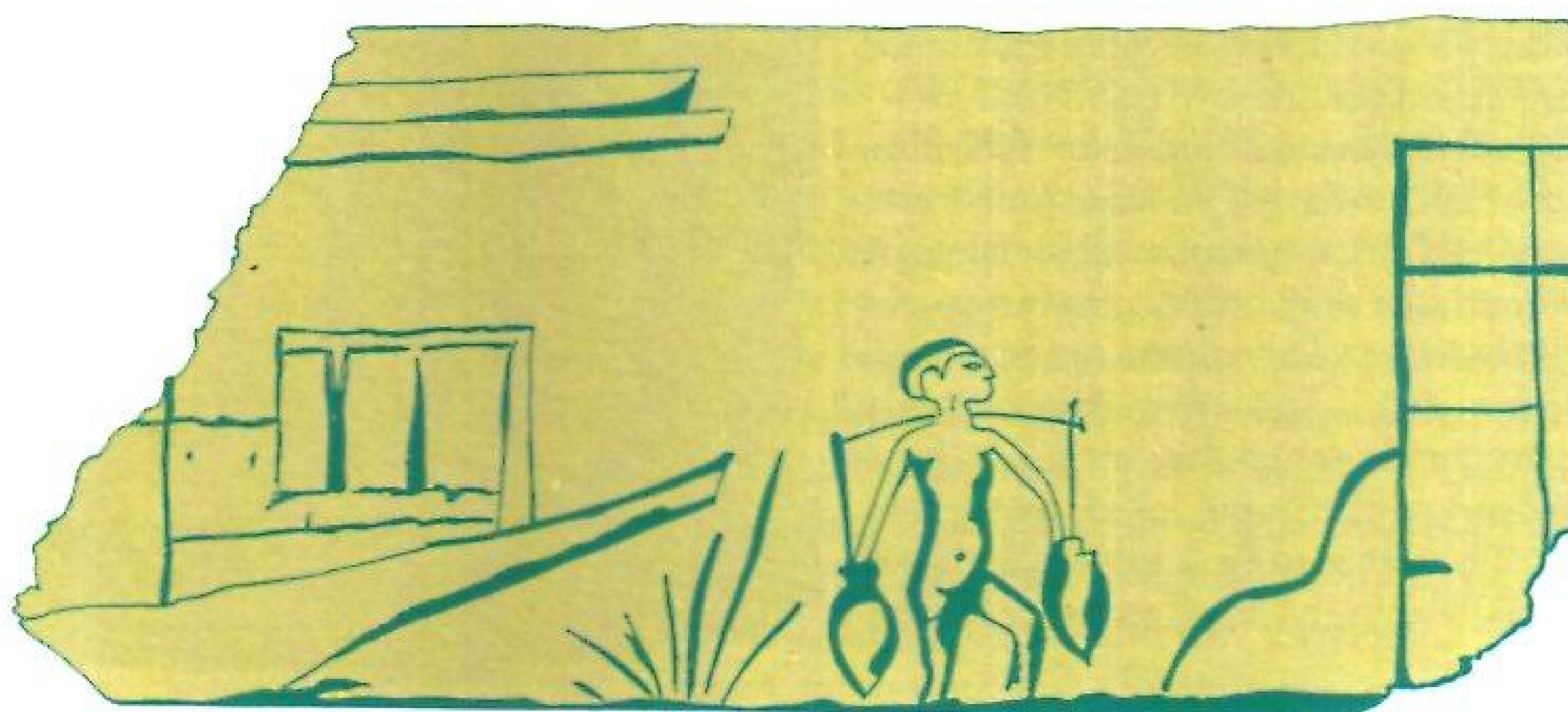






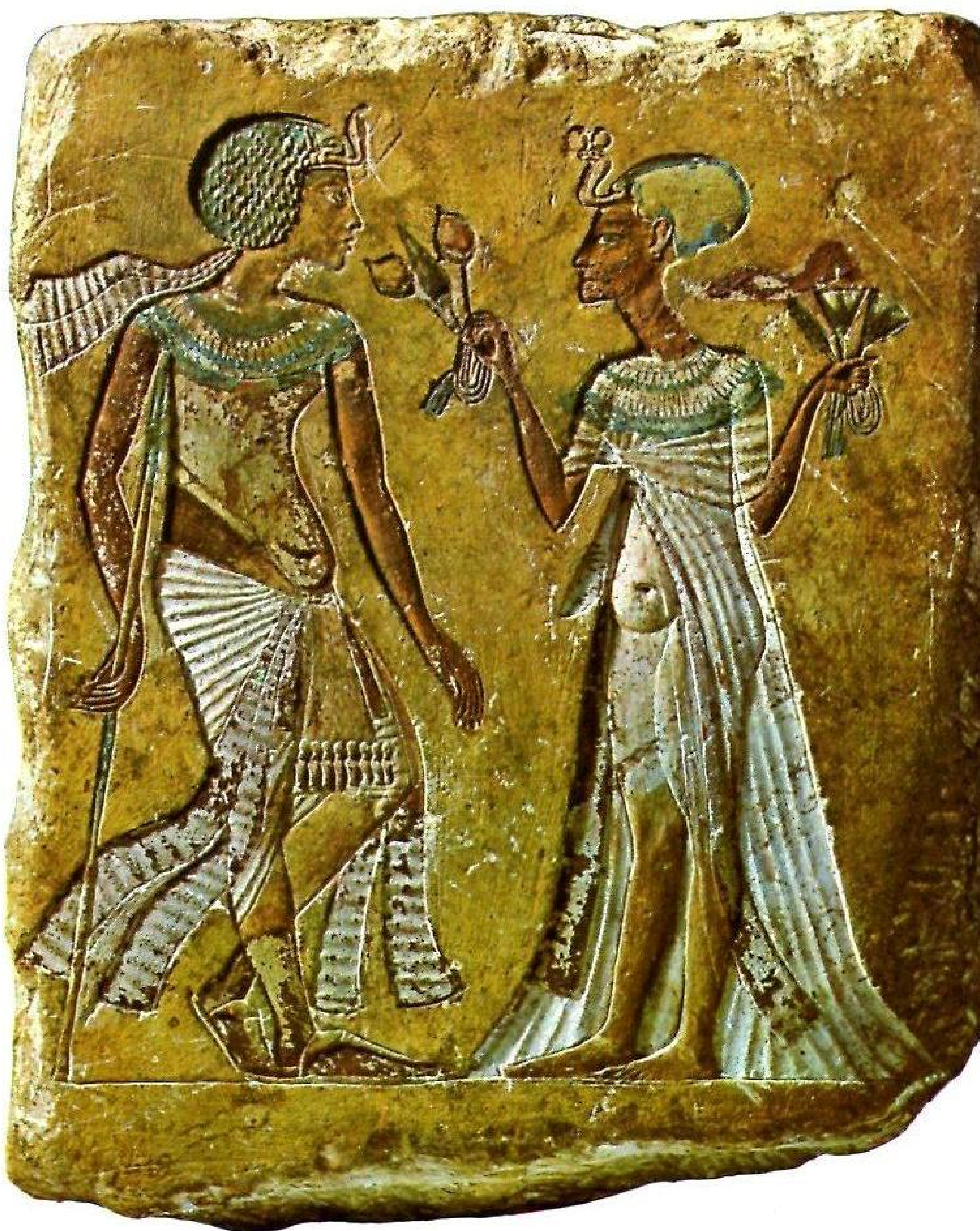
Esta modesta villa del Suburbio norte (el alzado de la página opuesta es un corte de izquierda a derecha) tenía la cocina y los cuartos de los sirvientes dentro del edificio principal. Había un vestíbulo (parte inferior de la planta) y balcones a la izquierda y al pie, con dos columnas cada uno, y una sala central de la altura de las dos plantas, con una escalera que llevaba al piso superior. La zona privada incluía una sala, un dormitorio, otros cuartos más pequeños, un cuarto de baño y lavabos. Las casas particulares se construían con ladrillos de barro, piedra y madera en ciertas partes.

Un jardinero riega su jardín con agua del Nilo. Akhetatón dependía totalmente del río para sus cosechas, jardines y transportes.





El atrevido experimento de Akhenatón al establecer un nuevo estilo de vida y una nueva religión en una ciudad fundada por él mismo se inició entre el cuarto y el sexto año de su reinado, cuando hizo plantar 14 estelas de demarcación, que limitaban con exactitud el espacio de la ciudad de sus sueños. El proyecto culminó en el decimoséptimo año de su reinado, con la destrucción salvaje de la ciudad y el repudio de las creencias del soberano. Pero ya había desaparecido el corazón de la empresa, con la muerte de la reina Nefertiti *(arriba, derecha)*, ocurrida, según se cree, tres años antes. Para llenar aquel vacío, Akhenatón tomó como corregente a Smenkhare, tal vez un hermano menor, y lo casó con su hija mayor, Meritaten. En general se considera que el bonito relieve aquí reproducido *(abajo, derecha)* representa a la joven pareja.



Pero Smenkhare murió al cabo de pocos años. Tutankamón, por entonces un niño de nueve años, se convirtió en rey y no tuvo más posibilidad que volver a Tebas y restaurar las antiguas costumbres. Para hacer realidad su sueño, Akhenatón tenía que destruir el poder de la iglesia de Amón dentro del Estado, a fin de imponer al dios sol Atón, y enfrentarse a las clases gobernantes egipcias, opuestas a sus ideas heterodoxas. Además, su preocupación por los asuntos religiosos desembocó en la pérdida del imperio egipcio y en su desintegración, lo que llevó al país a un desastre económico.

La reacción contra las ideas heréticas fue más brutal aún que el propio repudio de las formas tradicionales egipcias propiciado por Akhenatón. Los monumentos construidos por el rey se destruyeron en parte y se maldijo el nombre mismo del faraón, a la vez que se lo borraba de los registros oficiales. La ciudad de Akhetatón fue abandonada, sus edificios profanados y, por último, se quitaron sus piedras para utilizarlas en proyectos de construcción en distintos sitios. La recuperación de muchas de esas piedras, incluidos varios relieves, y la excavación del emplazamiento de la ciudad han permitido que los arqueólogos reconstruyeran algo de la vida y del trazado de Akhetatón, tal como se ilustra en estas páginas.

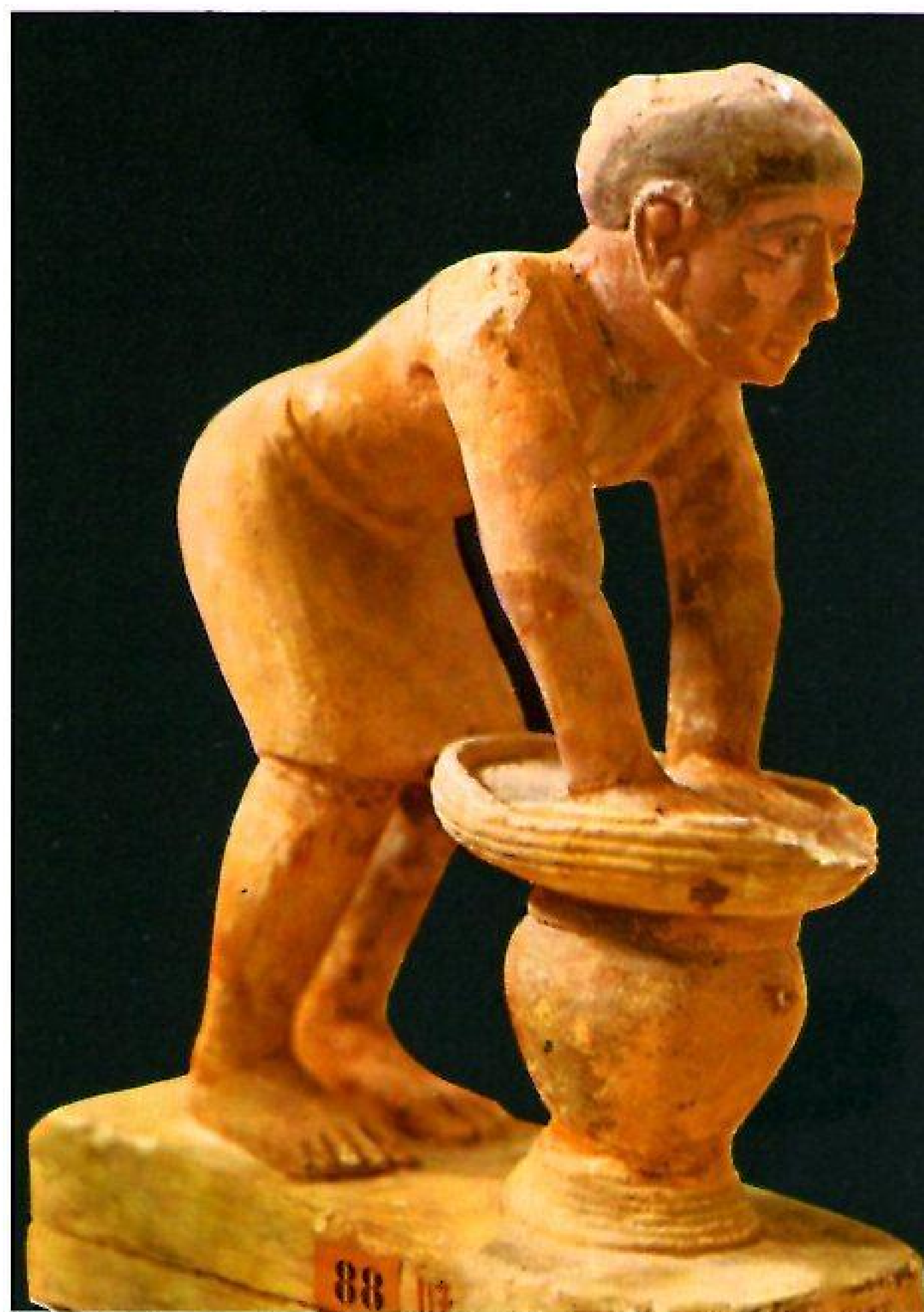
Capítulo sexto: Edificación y cultivo

Los egipcios fueron un pueblo eminentemente práctico, que dedicó mucha planificación y energías a los problemas que implicaba mantener un equilibrio ante su muy peculiar medio ambiente. Por ser Egipto un país sobre todo agrícola, la mayoría de sus habitantes, de un modo u otro, se relacionó con la labranza y con la elaboración y comercialización de sus productos. Como hemos visto, una particularidad del ciclo de crecimiento era que, durante tres meses, tiempo que duraba la creciente del Nilo, cuando las aguas cubrían la tierra, era imposible el laboreo. Entre fines de noviembre y comienzos de diciembre las aguas se retiraban y comenzaban la tarea de arar y la siembra. En las pinturas murales de las tumbas de los nobles tenemos testimonios detallados y muy valiosos del ciclo agrícola y de las herramientas que se usaron.

El arado apareció en fechas muy antiguas y en un principio, al parecer, tiraban de él dos bueyes con el yugo uncido a sus cuernos; más tarde se introdujo el yugo que va sobre el cuello de los animales, que facilitó la faena de arar. Hay testimonios de que los arados arcaicos eran dos simples ramas en horquilla que los animales arrastraban por la tierra. Los extremos de la horquilla se utilizaron para guiar la punta que surcaba el suelo. Estas herramientas primitivas abrían surcos muy estrechos, de modo que los terrones voluminosos debían deshacerse con una azada. Sin duda se trataba de una tarea lenta y agotadora, pero incluso esas herramientas elementales aliviaron el esfuerzo de los labriegos y fueron una de las más importantes innovaciones antiguas.

A continuación, se podía esparcir la semilla; los cereales más comunes eran la cebada y el trigo escanda (*Triticum dicoccum*). En los lugares en que el terreno estaba blando o barroso, se echaba a las ovejas y cerdos para que pisotearan la semilla y la hundieran; en los sitios en que estaba más duro, se usaba una zapa para tapar la semilla. Se hacía la siega, a menudo con acompañamiento de cantos y flautas, en marzo o abril; las espigas se cortaban con hoces especiales: una hilera de trozos de pedernal afilados y asentados en un mango de hueso. Los asnos –bestias de carga tradicionales en Egipto– llevaban las gavillas hasta la aldea y allí se echaban los haces en la era. Las ovejas, los bueyes o los asnos volvían a tener un papel importante en la trilla; una vez aventada la paja, se volvía a cargar el grano en las cestas que los asnos transportaban hasta los graneros.

En gran medida, la labor agrícola del antiguo Egipto dependía de la cantidad de agua disponible. En una región en la que son escasas las lluvias, los labradores contaron con el caudal del Nilo, sobre todo. La creciente que anualmente aportaba el agua se originaba en África central y los egipcios no podían hacer nada para regular el caudal o la fuerza con



Modelo de un hombre, hecho en piedra; está representado mientras amasa; proveniente de Saqara. Reino Antiguo, Dinastía V.

que llegaba al Alto Egipto, por lo que la inundación podía desatar una tragedia, además de resultar una bendición. Si el caudal era excesivo, el agua podía cubrir las aldeas y a sus habitantes y, en caso contrario, llegaban la sequía y el hambre. Como es natural, los egipcios, que tenían muy clara su dependencia del «dios Nilo», adoptaron medidas prácticas para asegurar un flujo de agua más regular, amplio y duradero. El riego era vital y los proyectos de ingeniería relacionados con la distribución del agua estuvieron, por cierto, entre los desarrollos más importantes de este pueblo.

Así fue como se cavaron canales para conseguir que el agua llegase a los campos, divididos en pequeñas extensiones cuadradas mediante zanjas, desde las que el agua se esparcía por los sembrados utilizando el *shaduf* (cigoñal), un artilugio que elevaba el líquido y que aún hoy se usa en Egipto. El aparato, accionado manualmente, se compone de un palo largo asentado sobre un poste vertical; en un extremo del palo se ata con una cuerda un cántaro y en el extremo opuesto se coloca un contrapeso; se baja el cántaro hasta el agua y, cuando está lleno, el contrapeso lo eleva hasta el nivel del suelo. Otro dispositivo de invención posterior fue el *saqqieh* (noria), que también se usa hoy en Egipto y que resultaba una alternativa más eficaz, porque requería menos esfuerzo que el cigoñal. Cuando el río invadía los canales de irrigación, se construían diques utilizados como caminos. Cuando llegaba la inundación, se rompían los diques para que el agua entrara en los campos. Con este procedimiento se lograba regar una superficie muy amplia y, durante la etapa de germinación, se podía mantener el suelo lo bastante húmedo como para que creciera

el cereal. Durante los meses de verano, el suelo volvía a endurecerse hasta que la inundación le devolvía la vida.

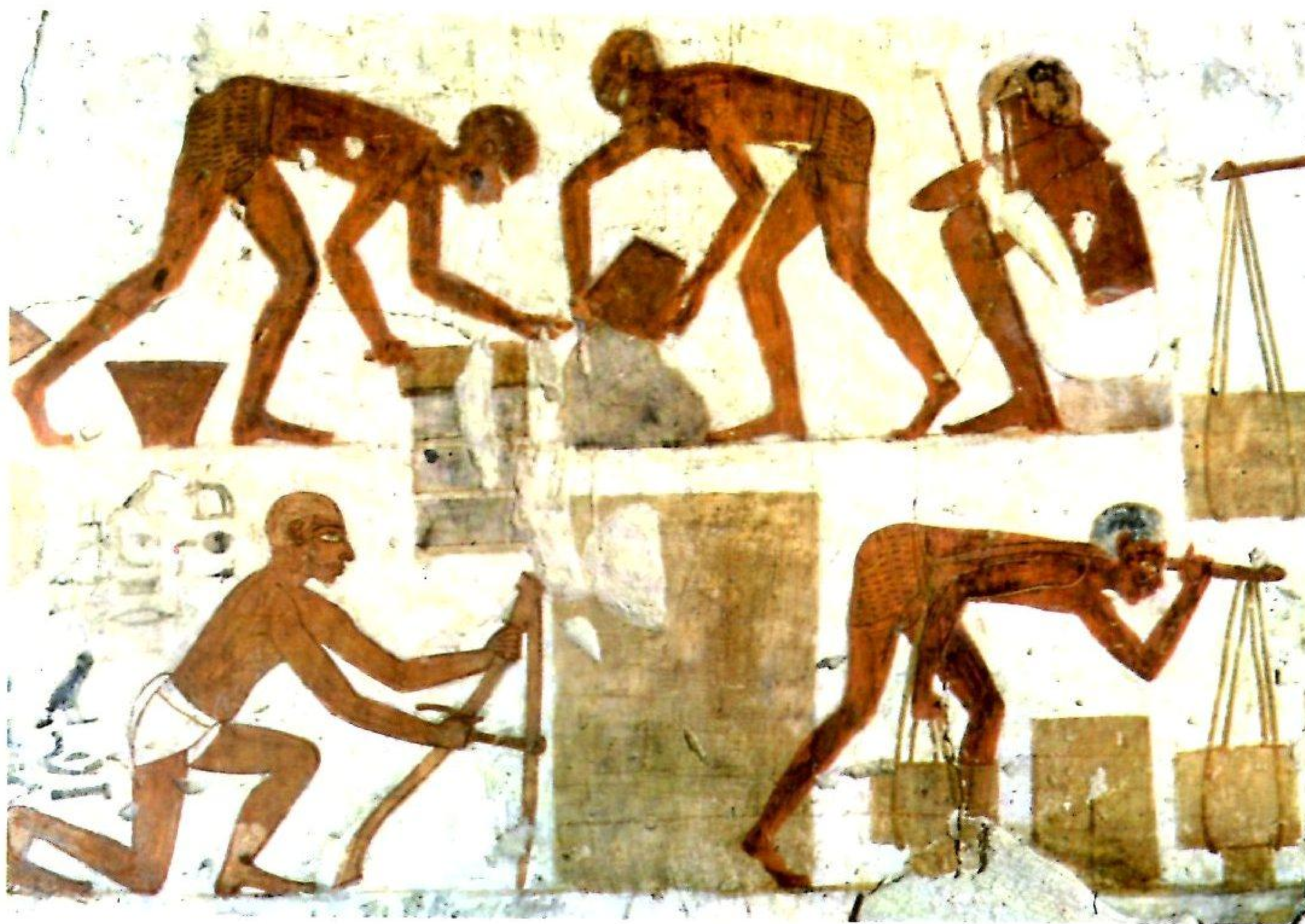
El sistema de riego exigía una atención y una supervisión constantes, sólo posibles en tiempos de gobiernos estables, cuando los hombres desarrollaban sus tareas en paz. Las demandas continuas de la tierra –que había que atender para que la vida siguiera su curso– tuvieron que influir en el carácter egipcio, amante de la estabilidad, de la inmutabilidad y de la paz. La lucha con la naturaleza dejaba poco tiempo para plantear problemas teóricos o sistemas de gobierno alternativos. El mantenimiento de la agricultura y del método de irrigación era tan importante que, desde tiempos antiguos, se consideró que uno de los deberes fundamentales del rey consistía en oficiar las ceremonias relacionadas con el ciclo agrícola, en parte porque se creía que un rey legendario había sido el introductor del riego en Egipto.

Otras obras de ingeniería incluyeron, en la cuenca de El Fayum, un experimento llevado a cabo en la época de la Dinastía XII; se creó un depósito de agua, gracias al cual se recuperó una buena cantidad de tierra. También era necesario despejar periódicamente las cataratas del Nilo, para llegar con mayor facilidad a Nubia, y se construyó entre el Nilo y el Mar Rojo un canal o vía de agua, uno de cuyos sectores era artificial. A pesar de su gran dependencia respecto del río, al parecer los egipcios prestaron poca atención a la construcción de puentes: más bien se usaron pequeñas barcas para transportar mercancías y personas de una ribera a otra.

Los ingeniosos egipcios mejoraron su entorno natural, ampliando y enriqueciendo la ya fértil franja de tierra que cada año se cubría con el negro fango del Nilo. Además de cereales, plantaron vides, olivos, palmeras e higueras. Criaron vacas, ovejas, antílopes, cabras, cerdos, gansos, patos, palomas, grullas, perros, gatos y asnos. La dieta egipcia –al menos la de los nobles– era muy variada: incluía la carne de distintos animales criados para la matanza, muchas hortalizas, leche, queso, mantequilla, huevos de pato y de ganso (la gallina llegó a Egipto en la época del Reino Nuevo), miel, aves y pescado. Algunos tipos de carne y el pescado se conservaban en natrón y se secaban al sol; un pescado seco y salado, con un sabor especial y delicioso, se consume aún hoy en Egipto. Los aceites vegetales se usaron para guisar, pero la dieta básica de todos, ricos y pobres, era pan y cerveza.

Para hacer el pan se sacaba el cereal de los graneros, se aventaba por segunda vez y se molía. Las mujeres que se ocu-

Pintura de una tumba tebana; los albañiles están fabricando ladrillos de barro y transportan piedras para la construcción de una tumba. Reino Nuevo, Dinastía XVIII. Detalle del original que sirvió de modelo al dibujo de la página 116.



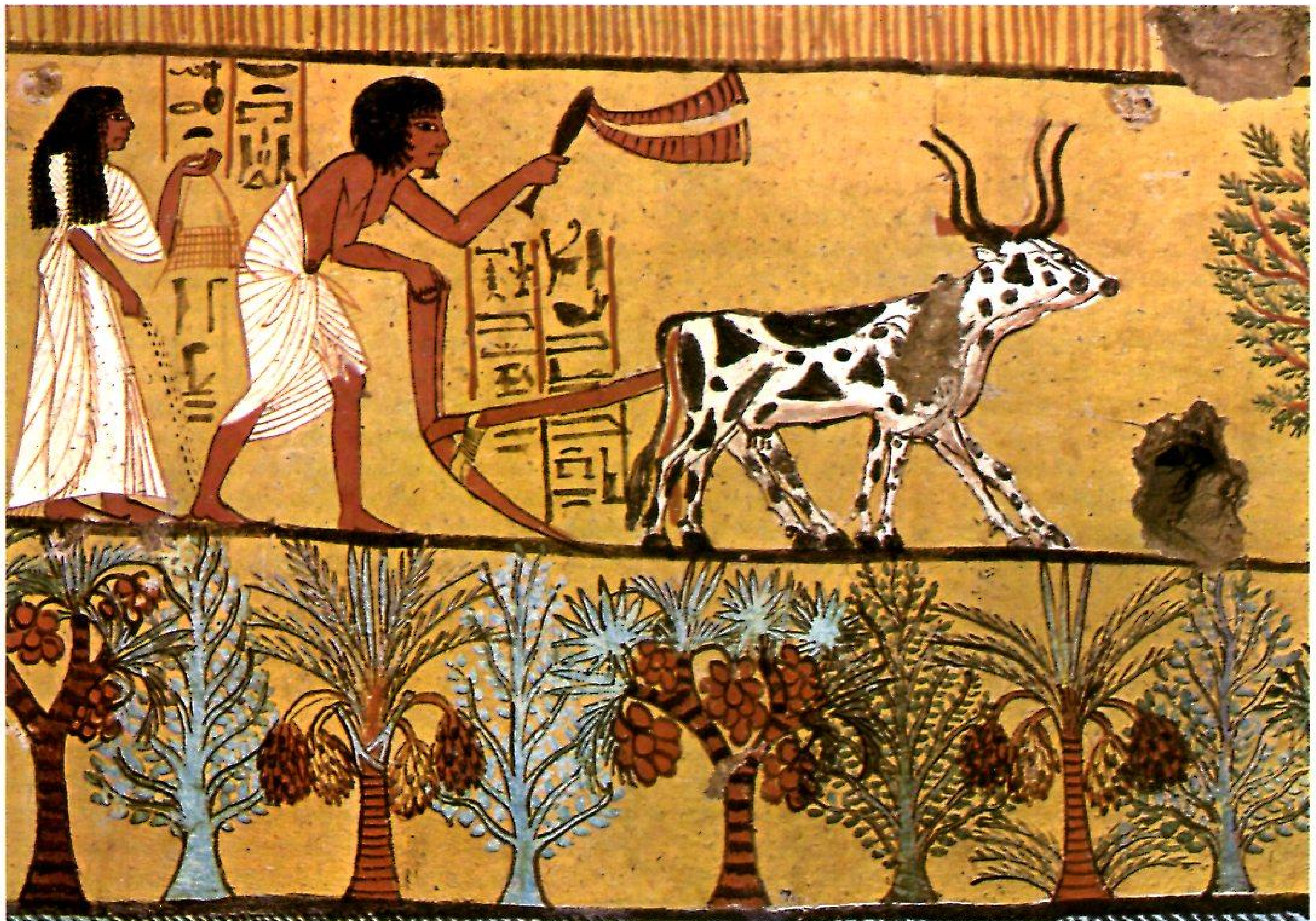
paban de moler el grano tenían una tarea dura por delante. Primero se deshacían las espigas en morteros de piedra y el grano suelto se disponía en recipientes de piedra y se hacía rodar por encima una pesada piedra hasta obtener la cantidad suficiente de harina. Una vez preparada con el líquido, la masa se ponía dentro de cestos y se amasaba a mano, después se le daba forma y, dentro de los moldes, se acomodaba dentro de hornos de barro cónicos, que se precalentaban a altas temperaturas. Los hornos se cerraban hasta que el pan estuviera cocido.

Los panes eran de distintos tipos: en total, sabemos de la existencia de más de treinta clases, cuyas diferencias consistían en el agregado de distintos sabores, como hierbas, frutas y miel. Se piensa que el pan fue una de las causas del mal estado de los dientes de los egipcios, porque los desgastaban las partículas minerales que contenía la harina. La fabricación de pan no era sólo una tarea doméstica: existían grandes hornos (y también fábricas de cerveza) municipales y eran la mayor fuente de trabajo para las mujeres. Los templos y algunas propiedades de nobles también tenían sus propias «fábricas de alimentos».

El arado. El labrador ara la tierra con dos bueyes, mientras su mujer avanza por detrás, arrojando la semilla. En el registro inferior se ven palmeras y acacios. Reino Nuevo, Dinastía XIX.

Los egipcios bebían grandes cantidades de cerveza, que elaboraban con cebada, sin lúpulo, preparando una mezcla de hogazas a medio cocer, líquido dulce y levadura; la dejaban fermentar varios días, la filtraban, embotellaban y tapaban; el añadido de distintas hierbas producía sabores variados. También el vino tenía mucha demanda y había tres tipos básicos: de uva, de dátiles y de palma. En Egipto se plantaron viñas desde tiempos muy antiguos, en particular en torno a la región del delta y en los oasis occidentales; si faltaba, se importaba vino.

Para hacer el vino, se ponían las uvas en barricas y los hombres las pisaban; el zumo se vertía en grandes vasijas y la casca se metía en un saco que se retorcía sobre una gamella. En tiempos del Reino Medio, se diseñó una prensa rudimentaria; los sacos de uvas se colgaban de dos postes y luego se retorcían con dos estacas, una a cada extremo, con lo que se extraía hasta la última gota de las uvas. A continuación, se dejaba fermentar el mosto. Para preparar vino de palma, se hacían unos cortes en el tronco de una palmera y se recogía el líquido, que después se ponía a fermentar. En cuanto al vino de dátiles, se dejaban fermentar los dátiles previamente machacados. Una vez elaborado, el vino se envasaba y los recipientes se tapaban. También en el caso de estas bebidas se obtenían distintos tipos, agregando hierbas y otros aderezos.



Los animales daban carne a los egipcios y, además, eran útiles en diversas actividades; las ovejas, las vacas, los bueyes, las cabras y los cerdos se usaban durante la cosecha; los perros intervenían en la caza y hasta hubo intentos de amaestrar hienas para estos fines. Los asnos se empleaban en el transporte de cargas (los camellos llegaron a Egipto en la época clásica y los caballos, desconocidos antes de los tiempos del Reino Medio, eran demasiado pequeños para esas tareas). También se utilizaron otros productos animales, como el cuero, la lana y la grasa, usada en las comidas, en la preparación de medicinas, del jabón y de los cosméticos y como combustible de las lámparas.

Arquitectura. Los edificios más antiguos, tanto religiosos como civiles, se hacían de caña y arcilla. Las estructuras de enrejados y esterillas se sostenían en «pilares», hechos con haces de cañas atadas, y se asentaban en bases de arcilla. Como no abundaban en el antiguo Egipto las maderas adecuadas para la construcción, fue tradicional su importación desde Siria y Líbano. En tiempos de la Dinastía I, las grandes tumbas de la realeza y de la nobleza y los palacios se construyeron con ladrillos de barro, que se siguieron usando en los edificios privados incluso cuando ya la piedra los había suplantado en los templos, pirámides y tumbas. Los ladrillos se hacían con arcilla secada al sol; los más antiguos se elaboraban a mano; más tarde, una mezcla de barro, paja y estiércol se disponía en moldes que se ponían a secar al sol. Estos ladrillos se asentaban con un mortero también preparado con arcilla; los ladrillos horneados aparecerían mucho tiempo después, en la época romana. Los egipcios desconocía el arco de dovelas, si bien en la época de la Dinastía III se utilizó el arco de medio punto, aunque no mucho. Desde la etapa de la Dinastía I, se empleó la piedra para la edificación, pero su uso para las estructuras no se intentó antes de la Dinastía II, cuando se hizo la primera construcción de piedra conocida en el mundo, la pirámide escalonada de Saqara, según el diseño y las formas antes empleadas en edificios de caña y ladrillos, como las columnas de piedra con acanaladuras, que representan los haces de cañas.

En adelante, la piedra se convirtió en el material específico de las tumbas y los templos. El ejemplo supremo de edificación en piedra lo constituyen las pirámides, cuyo arquetipo son los grandiosos monumentos de Gizeh, que datan de la Dinastía IV; el Templo del Valle de Kefrén también se construyó con bloques monolíticos de granito. La piedra de edificación, y también la que se empleaba en la estatuaria y en las vasijas, se obtenía en Egipto, Nubia, el desierto y Sinaí y se acarreaba por vía fluvial. Estos dos factores hicieron que los egipcios se convirtieran en canteros estupendos. Entre las piedras duras, se contaban diorita, dolerita, esquisto, pórfido, basalto, granito, cuarcita y otras, traídas desde Nubia –por expediciones que hacia allí se dirigieron desde la época del Reino Antiguo– y desde el desierto oriental, en especial del Valle de Rohan, situado entre el Mar Rojo y Coptos. Entre las



Pintura de la tumba de Ipi que, acompañado por su perro, saca agua del Nilo con un *shaduf*.

piedras blandas, destacaron la caliza de Tura, localidad cercana a Menfis –aunque también se obtuvo de otros sitios–, la arenisca y el alabastro, cuya mayor cantera fue la de Hat-nub, situada no muy lejos de Akhetatón. En los distintos períodos, se usaron diversas piedras para la estatuaria, en tanto que para la edificación siempre se prefirieron la caliza, la arenisca y el granito.

Las canteras eran un monopolio real, y el rey decidía en qué zonas se debía trabajar. Son arduas las discusiones acerca de la forma en que se hacía la faena de las canteras; una de las hipótesis es la de que un bloque del volumen requerido se limitaba con cortes rústicos a cada lado y por detrás, haciendo una serie de muescas en la roca, para lo que usaban cinceles de cobre y mazos o, tal vez, picos de diorita. Después, se introducían cuñas de madera en las muescas y se echaba agua para que la madera se hinchara y terminara de separar el bloque de la roca viva. Otra posibilidad es la de que se emplease el fuego, con la técnica de calentamiento de la piedra: cuando se alcanza una temperatura muy alta, se echa agua sobre ella para que se parta y separe de la pared rocosa. Una vez desprendidos, los bloques se desbastaban en la cantera, después se llevaban hasta el río sobre unas plataformas especiales y se transportaban hasta el lugar de su última posición, donde se trabajaban hasta el acabado final.

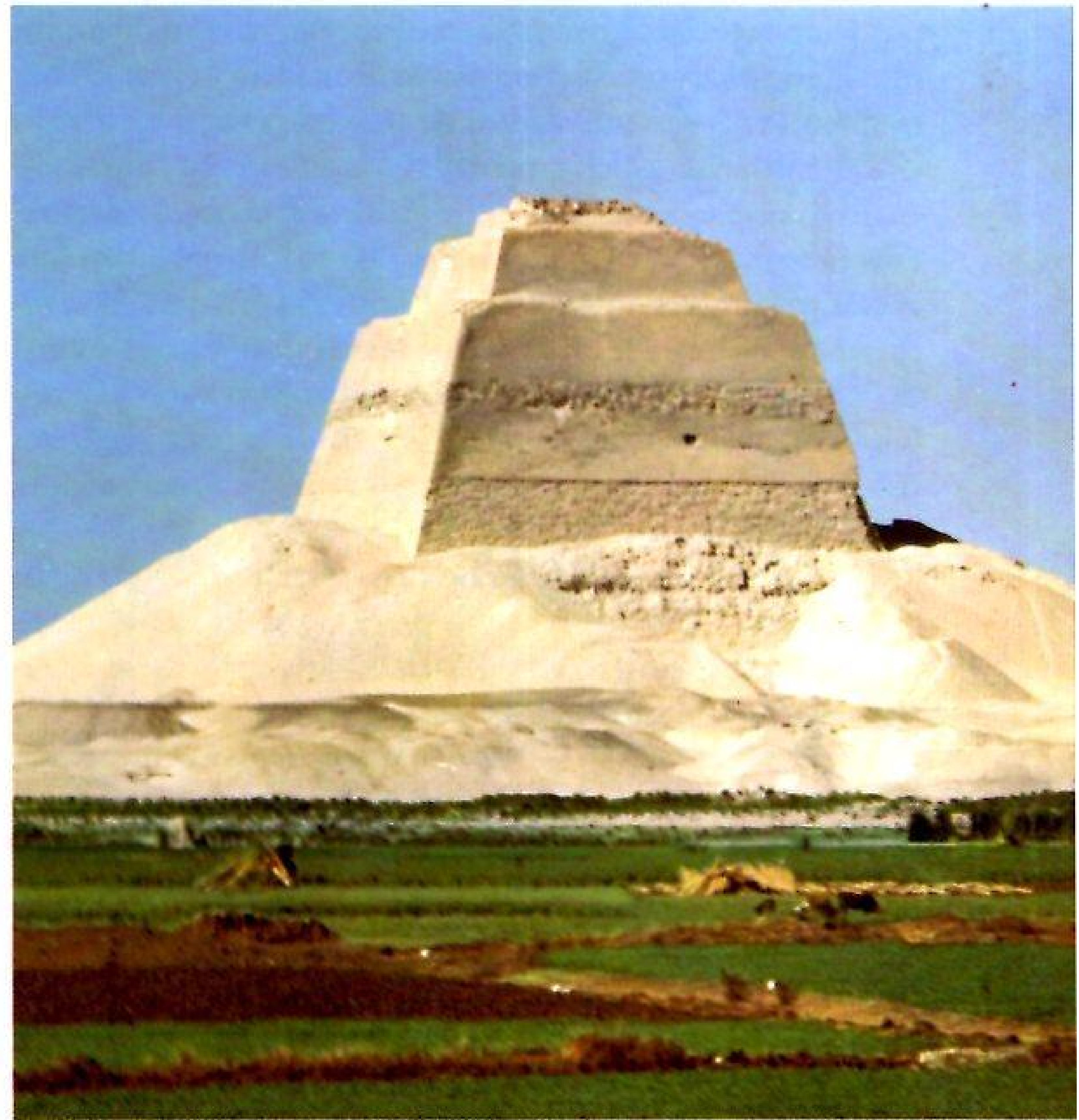
Siempre se ha discutido acerca de cuáles eran las herramientas usadas para cortar y tallar la piedra, en particular si era dura; lo probable es que las grandes obras egipcias se hayan realizado sólo con herramientas de cobre, madera y piedra. Las piedras duras, sin duda, se desbastaban con bolas de dolerita y, al parecer, se cortaban con herramientas de cobre y se pulían con abrasivos, probablemente con trozos de arenisca. Para las piedras más blandas se usaron cinceles y mazos de cobre. Los canteros aparecen representados en algunas tumbas, como la de Ti, en Saqara, y la de Reckhmire, en Tebas; se encontraron muchas herramientas dentro de la pirámide escalonada y en canteras de diorita, sencillos cinceles, taladros, sierras y puntas para grabar.

El transporte era casi siempre fluvial; si se hacía por tierra, se empleaban trineos y rodillos. Aunque los egipcios conocían la rueda (la utilizaron fuera de su país, para las campañas militares, en las escaleras de asalto), no fue muy común el transporte sobre ruedas. Sin duda, la naturaleza del terreno egipcio, de arena en amplias extensiones, entorpecía el uso de los vehículos de rueda. Para facilitar el deslizamiento de las plataformas o trineos, se cubría el suelo con algún tipo de lubricante.

Con esa tecnología primitiva, los egipcios realizaron milagros arquitectónicos, como los templos de Abu Simbel, con las figuras colosales que hay fuera y dentro de ellos, cavados en la roca. Ya construyera tumbas, templos, palacios, casas, edificios militares o administrativos, el arquitecto egipcio lograba resultados admirables y era muy hábil para armonizar su obra con el paisaje circundante.

Pero tal vez el éxito mayor, la construcción de más fama, fueran las pirámides. No existe ningún testimonio acerca de la forma en que se hicieron estos monumentos, pero no hay motivos para creer que las herramientas utilizadas hayan sido más perfectas o más especializadas que las que ya mencionamos. Los trineos y rodillos, las palancas y cuerdas, los niveles, rampas, botes y, sobre todo, los peones se sumaron en la edificación de las pirámides. De los testimonios arqueológicos se deduce que se hacían rampas de ladrillos a los lados de la pirámide en construcción y el trineo o rodillo en el que estaba apoyado el bloque de piedra se arrastraba por una de las rampas hasta la altura en que se estaba trabajando, donde el bloque se acomodaba en la posición y el nivel adecuados. Antes, en el suelo, los bloques se cortaban para conseguir un ajuste perfecto, pero el acabado y el pulido se hacían en la posición definitiva. A medida que aumentaba la altura de la pirámide, se elevaban las rampas y, una vez puestos todos los bloques en su sitio, se desmontaban.

Tecnología. Los museos de hoy están llenos de bellos ejemplos de piezas de piedra y de otros materiales que dan pruebas de la habilidad de los egipcios en oficios y tecnologías. En la fabricación de vasos vaciados en bloques monolíticos, se usaba arenisca para terminar la forma y pulirlos; para ahuecarlos, se usaba un taladro de mano. Las vasijas egipcias de piedra fueron productos de gran calidad. Además de las de piedra, también se produjeron obras esculpidas en madera, cobre, bronce, oro y marfil. Las máscara de oro de Tutankamón es uno de los ejemplares más notables de esta artesanía. Egipto también descolló en el trabajo de las piedras semipreciosas, que no abundaban en el país, pero del desierto se traían, o se importaban de otros países, lapislázuli, turquesa, cornalina, cuarzo y calcedonia, piedras que después se tallaban y grababan para engastarlas en joyas de oro, aunque desde los tiempos del Reino Nuevo se reemplazaron por cristal coloreado, una artesanía que tuvo su centro en Menfis. En la época del Reino Antiguo, bajo el patronazgo del dios creador Ptah, los orfebres produjeron piezas bellísimas. En este período arcaico, los orfebres se representaron como enanos, pero en imágenes posteriores su aspecto hace pensar que eran artesanos extranjeros.


Pirámide de Snefru, primer faraón de la Dinastía IV; cerca de Meydum. Representa una etapa inicial de la construcción de pirámides.

La carpintería se aplicó en distintas actividades. Las maderas locales eran las de acacio y sicomoro. Se usaron para sencillos muebles domésticos y algunos tipos de ataúdes. Otros árboles egipcios eran el tamarisco, la persea (una laureácea) y el sauce. Sin embargo, Egipto importó la mayor parte de la madera que necesitaba y en los distintos períodos se recurrió al cedro, ciprés, ébano, enebro, pino, abeto, tejo, boj y haya. El cedro de Siria era el más corriente en la construcción, como hemos visto, en tanto que el ébano nubio era muy apreciado para los trabajos de taracea en los muebles finos. En los tiem-

pos lejanos de la Dinastía I, los egipcios ya fabricaban un mobiliario excelente. Usaron clavos de madera y entre sus herramientas se cuentan taladros de arco (para hacer agujeros), cinceles, hachas, azuelas, martillos, mazos, sierras, limas, escuadras, niveles y medidas (la unidad era el codo). Se desbastaba la madera con un hacha, después se trabajaba con una azuela y las espigas (que se usaron desde la Dinastía III) se recortaban con mazo y cincel, antes de pulir la pieza con arenisca. Todavía se conservan algunos bonitos ejemplares del mobiliario egipcio, rescatados de las tumbas de la reina Heteferes (Dinastía IV), de Tutankamón y de Yuyi y Tuyi, padres de la reina Tiyi (Dinastía XVIII).

Aparte de los muebles domésticos y sepulcrales, los egipcios fabricaron carros y navíos de madera. Desde tiempos antiguos se hicieron barcas en Egipto, lo que no es de extrañar en un pueblo tan estrechamente relacionado con el río; para fabricar las primeras, se ataban haces de cañas formando una superficie plana, cuyos extremos se arqueaban para moldear la proa y la popa; en un principio, se impulsaron las barcas con canaletes y más tarde se usaron remos. Sin embargo, esos botes eran demasiado ligeros y pequeños para afrontar viajes largos, para transportar tropas, al faraón y a su séquito o pesados bloques de piedra y materiales de construcción. Así fue como se prefirió la madera para cierto tipo de naves, aunque se siguieron construyendo las barcas de caña. La nave de madera, como la barca de caña, se construía por secciones –ahora de tablas– ensambladas con espigas o estaquillas y los costados se reforzaban con traviesas. Se usaba la madera de acacio, aunque las naves destinadas a las ceremonias estatales se hacían de cedro o abeto. Todos esos barcos eran de fondo plano y los pasajeros, tripulación y carga iban sobre cubierta. A veces se fabricaba una pequeña cabina sobre cubierta; se fijaban los remos impulsores y los timoneros y también un doble mástil con una vela de lino. Después del 600 a. C. se construyó en Egipto y el Levante un nuevo tipo de barco: el trirreme, con sus tres órdenes de remos.

Los egipcios también se especializaron en la metalurgia y el trabajo de los metales, porque tenían oro y cobre en abundancia. El cobre se extraía de las minas de Sinaí y del desierto oriental y, en época tardía, se importaron lingotes de cobre de Siria y Chipre. El oro provenía del desierto, de Nubia y del Sudán. La plata pura fue producto de importación porque, aun cuando en Egipto se obtenía mezclada con el oro, nunca se descubrió un método para separarlos. El oro mezclado con una proporción alta de plata y con aspecto «plateado» se conocía bajo el nombre de electro. Por su brillo y su apariencia atractiva, el oro era muy apreciado en joyería, en tanto que la plata, escasa antes de la época del Reino Nuevo, se usó casi siempre para la vajilla, hasta la época romana.

A pesar de que los objetos más antiguos de oro y cobre se fabricaron con trozos pequeños de metal puro, que se podían recoger del suelo en cualquier parte, pronto se descubrió que el cobre se podía extraer de los minerales cupríferos. Para hacerlo, se fundía el mineral en un crisol, sobre un fuego que se elevaba hasta altas temperaturas por el sencillo método de avivarlo soplando con cañas, más tarde reemplazadas por fuelles de cuero. El cobre fundido se apartaba y dejaba enfriar antes de golpearlo con piedras para obtener láminas; a continuación se cortaba según se necesitara. El siguiente paso fue el descubrimiento de que el cobre se podía calentar y fundir en piezas sólidas o huecas con el método de cera perdida. También aprendieron los artesanos que si el cobre se calentaban y enfriaba, era posible endurecerlo a golpe de martillo y después volver a calentarlo para liberar las tensiones y evitar el agrietamiento, en el proceso llamado temple.

Pero la novedad más importante fue descubrir que el cobre y el estaño se podían mezclar para producir bronce, un metal más resistente pero más fácil de trabajar que el cobre. En los tiempos del Reino Nuevo, el uso de esta aleación ya estaba muy difundido; en las tumbas del Reino Antiguo se muestra el trabajo del cobre para fabricar cuentas, vajilla doméstica, estatuas y puertas, además de herramientas y armas. Las herramientas eran de fundición sólida; sólo los ricos usaban armas de metal: los pobres continuaron utilizando herramientas y armas de pedernal durante largo tiempo.

El oro se trabajaba con facilidad, no sólo porque se podía batir hasta obtener láminas delgadas sin peligro de grietas, sino también darle otras formas a golpe de martillo, sin calentarlo. Las minas de oro, como las canteras, eran monopolios reales y una parte del proceso del oro se hacía en el lugar de obtención, antes de llevarlo a los centros de trabajo, donde se pesaba y un escriba real anotaba la cantidad antes de enviarlo al taller. Como en el caso del cobre, se calentaba en un crisol, sobre un fuego muy vivo, y después se vertía en moldes; se batía antes de que se enfriara del todo. Entre otros métodos de trabajo, los orfebres emplearon la técnica del *cloisonné* (esmalte alveolado), mediante la cual se fijaban piedras semipreciosas sobre diminutas varillas metálicas; la del granulado; la incrustación y el engaste, el repujado, relieve y ataujía. La cumbre de la artesanía se consiguió durante el Reino Medio; en tiempos de la Dinastía XX, las joyas de oro ya muestran cierta pesadez. El hierro no se usó ampliamente en Egipto y hasta la época de la Dinastía XXV no se empleó para fabricar armas.

Dos plantas dieron renombre a Egipto, el lino y el papiro: las telas y el papel derivados de ellas adquirieron fama merecida. El papiro también se usó para fabricar cuerdas, esteras, cestas, esquifes y cobertizos. Para hacer papel, se disponían fibras de papiro en paralelo y otras en posición perpendicular; después de golpearlas durante bastante tiempo con un mazo pesado, las fibras se adherían entre sí. Los grandes pantanos egipcios, donde abundaban las plantas acuáticas como el papiro, siempre proporcionaron la materia prima con abundancia y, desde tiempos muy antiguos, se fabricó papel para escribir, lo que determinó que la forma de escritura desarrollada fuera específica para ser hecha a mano y no para quedar incisa en piedra.

Durante toda su historia, los egipcios usaron telas de lino.

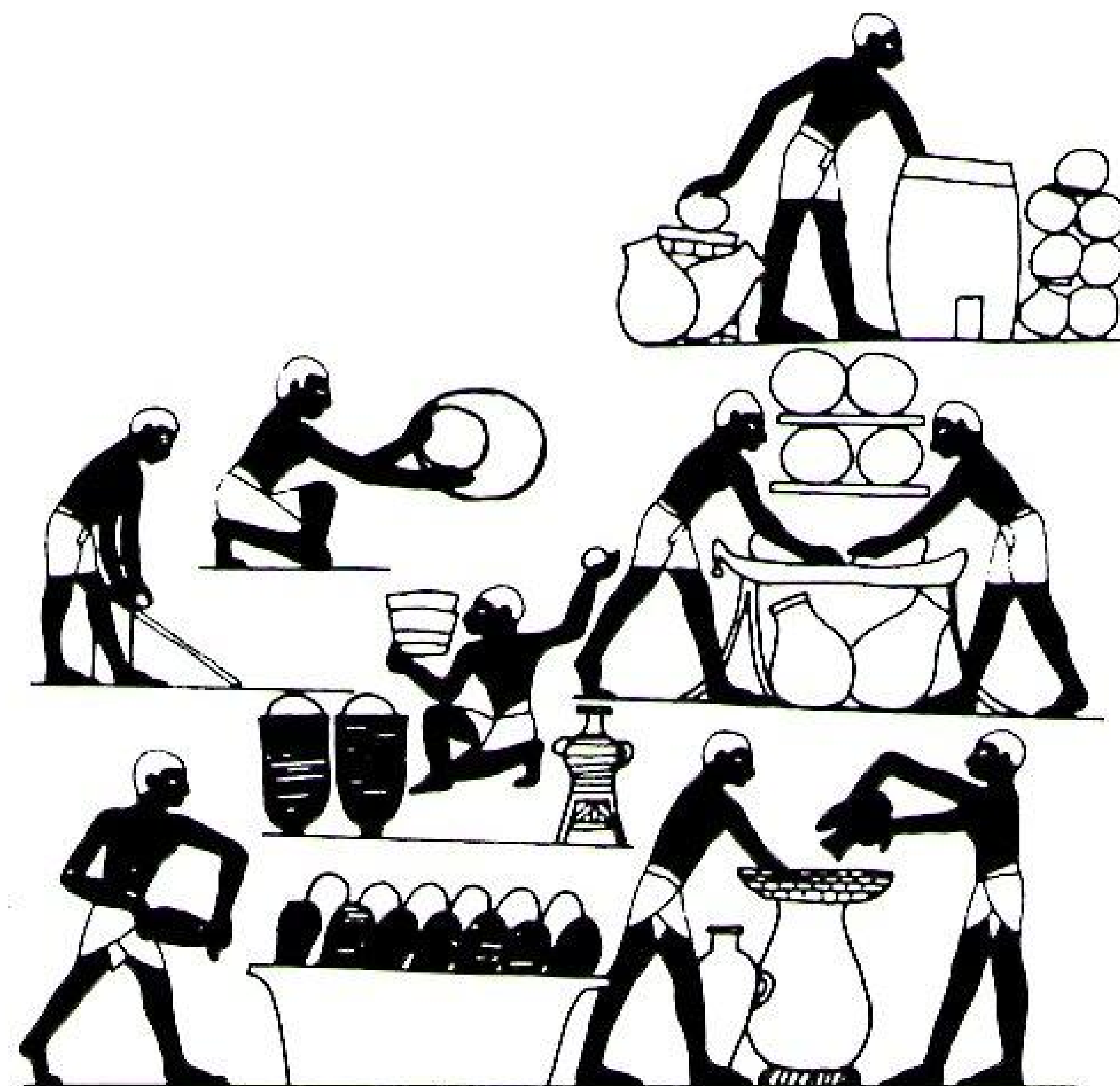
Mientras aún estaba en flor, se cortaba el lino, cuyas fibras se hilaban a mano sólo con un huso. Para tejer se usaban tanto los telares horizontales como los verticales; las lanzaderas no se conocieron antes de la época romana. El uso del telar se remonta al período predinástico y, en la lejana etapa del Reino Antiguo, ya hubo talleres que empleaban a un gran número de mujeres como hilanderas y tejedoras. La tela que se producía era ligera y, en general, de color blanco liso, aunque no faltaban las de color rojo, amarillo y azul, que se conseguían con tintes básicos. Es probable que las telas estampadas no fuesen corrientes y la lana, incluso en invierno, sólo se empleaba para capas ligeras.

Por entonces, tal como hoy ocurre, existía una industria próspera de productos de belleza: cosméticos preparados con grasas animales o aceites vegetales y perfumados con sustancias aromáticas, además de pelucas, hechas con cabello natural o con fibras vegetales.

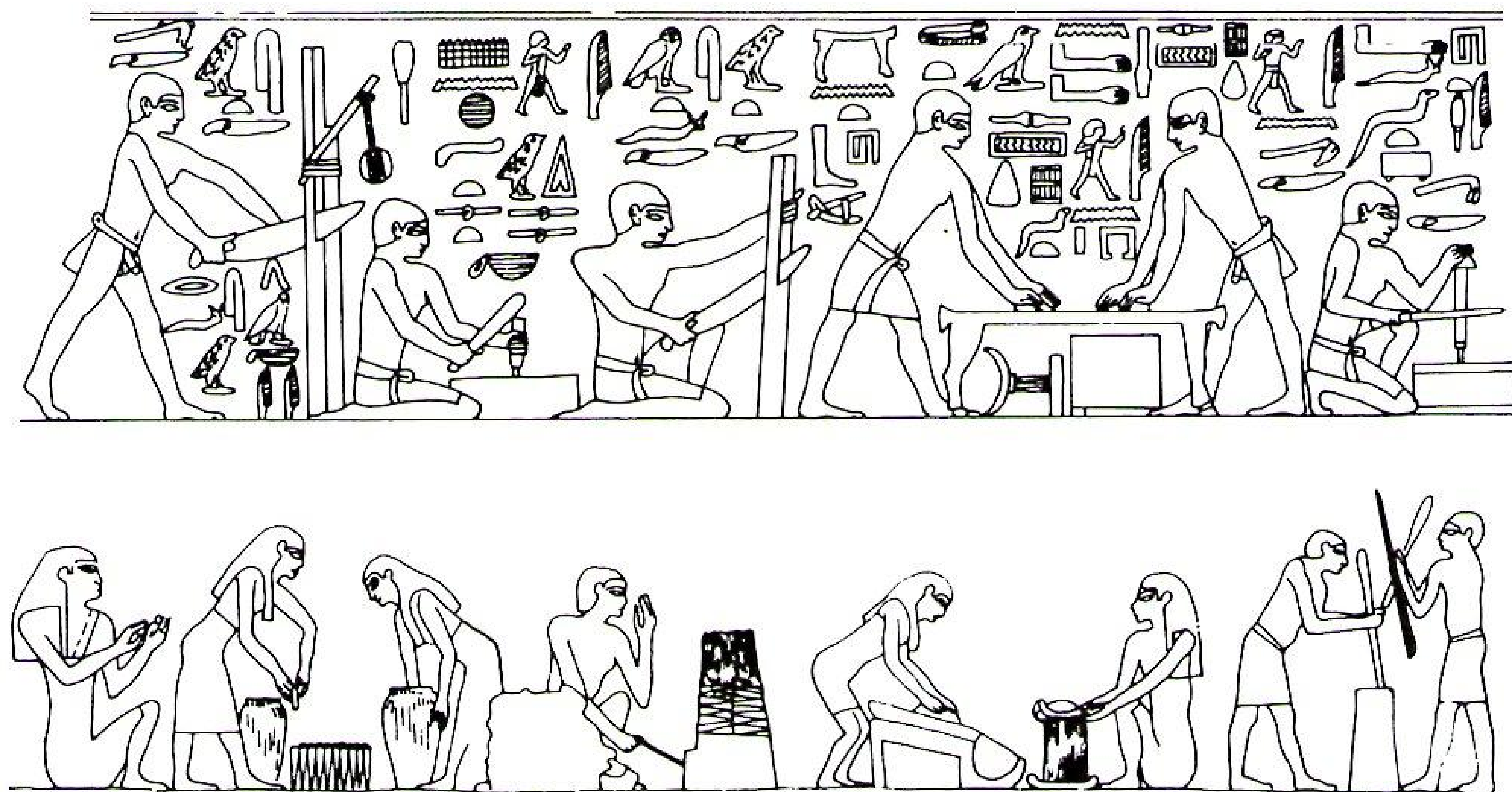
El cristal y la cerámica, vidriada o no, se fabricaron sobre todo para el mercado interno y, aunque fueron de buena calidad y a menudo bonitas, este tipo de piezas nunca llegó a tener valor artístico. Las primeras vasijas de arcilla de la época predinástica se hacían a mano, con métodos lentos y molestos, como el de moldear a presión un trozo de arcilla o levantar la vasija con anillos de arcilla. Los hornos se empezaron a usar poco antes de la Dinastía V; fueron estructuras altas, que parecían chimeneas, con aberturas en la parte superior, tapadas a medias con barro o piedras. La introducción del torno de alfarero revolucionó el proceso y la producción se hizo con mayor rapidez y eficiencia. La arcilla se molía y las vasijas se preparaban para el horno en una mesa giratoria baja, de madera o de arcilla, que se diferenciaba del moderno torno de alfarero porque no podía girar continuamente.

El cristal se fabricó en Egipto desde los tiempos de la Dinastía XVIII, aunque el cristal soplado no se conoció antes de la época romana. Entre los objetos fabricados había recipientes pequeños y cuentas; el cristal se coloreaba con manganeso, cobre, hierro y cobalto y con frecuencia se utilizó para hacer incrustaciones, imitando piedras preciosas.

El proceso de esmaltado data del período predinástico. El



Figuras de alfareros. Se ven distintas etapas del proceso, desde la preparación de la arcilla hasta el horneado de las vasijas.



Registro superior: Friso fechado en la época del Reino Antiguo; muestra a un grupo de carpinteros que fabrican camas y cabeceros. *Registro inferior:* Hombres y mujeres que elaboran el pan: muelen el grano para obtener harina y preparan la masa.

«faienza egipcio», un esmalte típico de color azul, verde o turquesa, se usó para cuentas, amuletos, incrustaciones, *ushabtis*, vasos y joyas, imitando el lapislázuli, bastante raro y de importación. También se produjeron otros colores, como el rojo, crema o negro. El «faienza egipcio» tenía un núcleo de cuarzo cubierto con una capa delgada de esmalte coloreada de azul, lo que se conseguía calentando el material con minerales de cobre. Era distinto del esmalte de faienza moderno y hoy sólo se encuentra en puntos remotos de Irán.

Una característica notable de la tecnología egipcia es el hecho de que las herramientas de piedra –como los cuchillos de esmerada forma, hechos con pedernal y obsidiana– nunca se suplantaron por completo con herramientas de cobre o de bronce y jamás por las de hierro: las antiguas siguieron usándose junto a las nuevas. No obstante, los recursos naturales de Egipto eran muchos y la abundancia de piedra y de oro aseguró el desarrollo avanzado de las artesanías correspondientes. Los excedentes de oro permitieron que Egipto adquiriese en otros países las materias primas que le faltaban, en especial la madera. Además, sus artesanos –arquitectos, escultores, pintores, canteros o carpinteros– eran sumamente hábiles: capaces de producir edificios enormes y una estatuaria colosal, que desafió el paso del tiempo, a la vez que joyas exclusivas que, por su perfección y detalles cuidados, pocas veces se igualó.

Los egipcios también alcanzaron, con fines prácticos relacionados con sus obras de ingeniería y de arquitectura, un dominio notable de la matemática y de la astronomía. Elaboraron sistemas de medición de longitudes, superficie y peso, utilizaron un sistema decimal de cálculo y tenían un calendario, basado en las actividades agrícolas. En la época ptolemaica, se creó un instituto de investigación de temas de ingeniería en el recién instalado Museo de Alejandría; allí, tres inventores notables –Herón, Ctesibio y Filón de Bizancio– diseñaron varios aparatos hidráulicos, entre ellos un reloj de agua y un órgano hidráulico, además de un motor accionado con fuego y un artilugio para abrir las puertas de los templos, de todos los cuales tenemos noticias por fuentes literarias. Arquímedes, otro gran inventor, fabricó una bomba de espiral para sacar el agua de las minas. El equipo militar –la catapulta y la ballesta– también se estudió en ese centro y es posible que en ese Museo se creara la noria conocida en Egipto y en el resto del mundo desde el siglo I de nuestra era.

Sin embargo, incluso en esa institución, las investigaciones científicas fueron limitadas en sus objetivos y no se descubrieron fuentes de energía nuevas para aumentar la prosperidad del país, ni tampoco se pensó en métodos que aliviaran el trabajo de los labriegos o mejorasen la industria. Como muchas otras cosas, la tecnología egipcia cambió poco a lo largo de los siglos. Las nuevas generaciones siguieron empleando las técnicas adoptadas en épocas remotas y, en la mayoría de las actividades, los progresos se produjeron tempranamente, a menudo en tiempos del Reino Antiguo, cuando quedaron establecidas las bases de la civilización egipcia.

La sabiduría de los antiguos egipcios es legendaria y significó una contribución importante en muchas ramas del saber. En su búsqueda continua de la eternidad y en su intento de prevalecer ante la muerte y frente a su entorno, destacan entre los pueblos antiguos. Quizá su mejor legado a las generaciones posteriores está en su fe indestructible en la habilidad y supremacía del hombre.

Glosario

Alabastro: el «alabastro» egipcio es una calcita de color blanco o amarillo, ampliamente usado en Egipto para construir edificios, vasos, ojos de estatuas, etc. Se encuentra en distintos puntos del desierto, al este del Nilo, y el más famoso de esos sitios es el antiguo Hatnub.

Alejandría, Museo y Biblioteca: Alejandro Magno fundó esta ciudad, que dejó de ser una pequeña aldea nativa para convertirse en uno de los mayores centros urbanos y puertos de la Antigüedad. Con el desarrollo de la civilización helenística, Alejandría se transformó en un gran centro cultural y su Museo y su Biblioteca fueron lugares de enseñanza famosos en todo el mundo.

Alto Egipto: zona sur de Egipto que, antes de la unificación llevada a cabo por Narmer (3100 a. C.), era un reino independiente. Su antigua capital fue Nekhbet, nombre de la diosa buitre, que era su protectora.

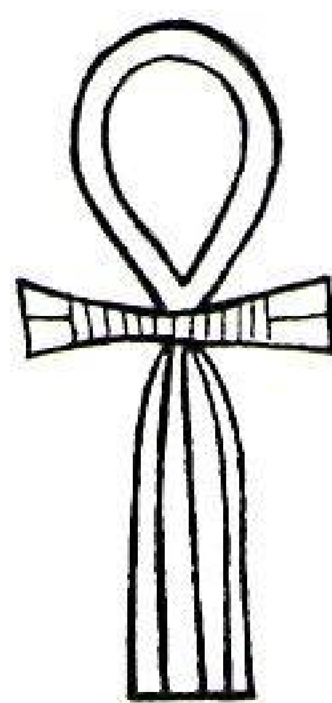
Amatista: una de las piedras semipreciosas más populares de las usadas en la joyería y trabajos de taracea por los artesanos egipcios. El amatista se adquiría en Nubia.

Amiano Marcelino: en su obra *Historia romana*, este escritor (nacido hacia 330 d. C.) da detalles sobre monumentos, jeroglíficos y flora y fauna del valle del Nilo.

Amón: originalmente, dios tribal del distrito de Tebas. Cuando los príncipes tebanos subieron al trono de Egipto, Amón adquirió con ellos un gran poder y se convirtió en la deidad suprema del panteón estatal de la Dinastía XVIII. Su mayor templo fue el Karnak, en Tebas, donde se lo asoció con Re y se convirtió en Amón-Re. El poder de sus sacerdotes llegó a rivalizar con el del soberano.

Amuleto: talismán hecho de piedra, cristal, oro, bronce o faienza, usado por los egipcios como elemento de protección mágica, tanto en la vida como en la muerte. Se usaban los amuletos como joyas, en vida, y se insertaban en las vendas de las momias. Los amuletos tienen muchas formas: figurinas de dioses, emblemas reales, jeroglíficos y formas especiales como el ojo *wedjat*, escarabajos, el pilar *djed*, etc. La idea en que se basaban algunas formas de amuleto era la imitación: las partes del cuerpo representadas en el amuleto daban protección a las extremidades y órganos del cuerpo humano.

Ankh, signo de: es el signo jeroglífico que significa «vida» y se pintaba en las escenas sepulcrales y de los templos, a menudo en manos de algún dios. Tenía una fuerza mágica, protectora para quien lo llevase. El signo simboliza una sandalia vista desde arriba: la palabra egipcia antigua que significa «sandalia» se pronunciaba de modo semejante a «vida» y, por tanto, la sandalia también se usó en la escritura jeroglífica para representar la palabra «vida».



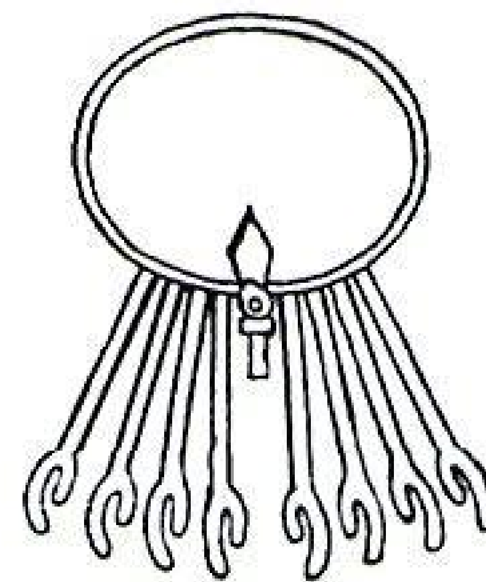
Ankh, el símbolo de la vida

Anubis: dios con cabeza de perro que había embalsamado a Osiris y controlaba la momificación, por lo que fue patrono de los embalsamadores y «Señor de las necrópolis». El centro de su culto estaba en Cinópolis, pero también se lo adoraba en muchos otros sitios. Unas de las más famosas estatuas de Anubis es la que se descubrió en la tumba de Tutankamón, donde está echado para cuidar de su amo regio.

Arenisca: usada ampliamente después de mediados de la Dinastía XVIII, estaba compuesta de arena cuarcífera y se empleó como una de las piedras principales para la edificación de templos y edificios monumentales. Se obtenía sobre todo en Silsila, a unos 65 km al norte de Assuán.

Atef, corona: es la más elaborada de las coronas egipcias, combina varios elementos y aparece sobre las cabezas de dioses o reyes; la Corona Blanca, el disco del sol, los ureos, las dos plumas y los cuernos de carnero son sus componentes más habituales. La llevaba el rey en su coronación.

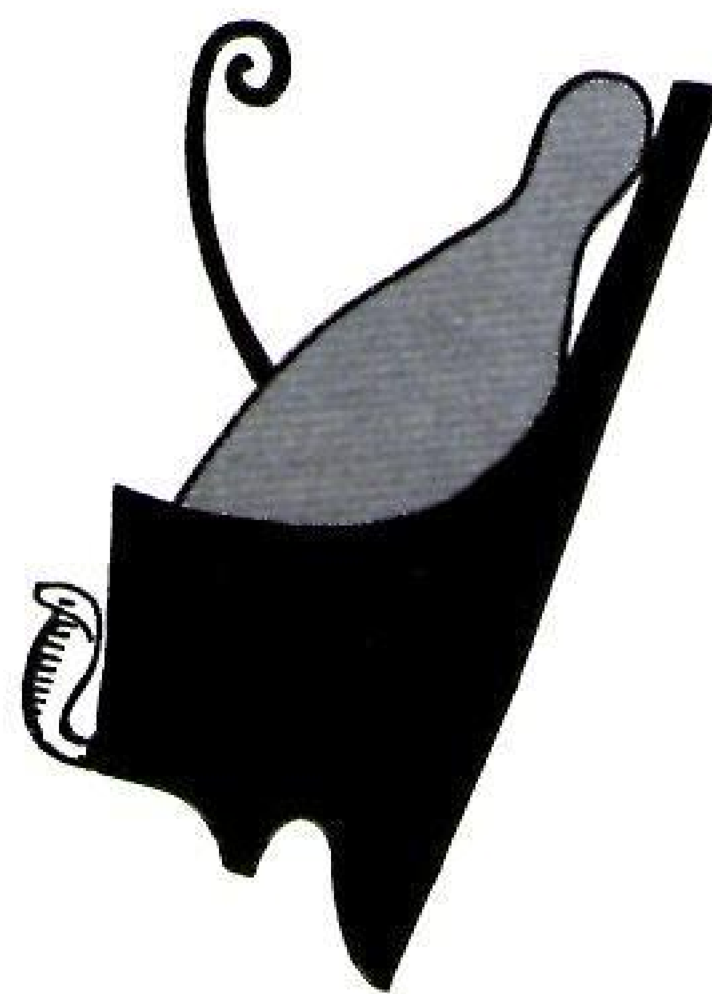
Atón: era el disco del sol. Se convirtió en el símbolo central del monoteísmo solar del faraón Akhenatón, de la Dinastía XVIII, doctrina que veía al disco del sol como agente del poder universal y dispensador de la luz, el calor y la vida. Aunque la palabra aparece en textos egipcios muy anteriores, el faraón citado dio a esta voz un significado especial, tras reemplazar su nombre –Amenofis– por el de Akhen*atón* y dar a su ciudad y a sus hijos nombres que incluían esta palabra.



Atón

Azuela: instrumento de metal usado en el antiguo Egipto en la «Ceremonia de abrir la boca», en la que, se creía, estatuas y momias eran reanimadas por una fuerza vital y «se les daba vida» gracias a la celebración de ese ritual, en el que el sacerdote tocaba el rostro de la estatua del difunto con la azuela.

Azurita: carbonato básico de cobre, de color azul oscuro, que se encuentra en depósitos de cobre. Se usó como fuente de cobre metálico y como pigmento y, probablemente, en la producción de cristal azul. Se encontraba en el Sinaí y en el desierto oriental.



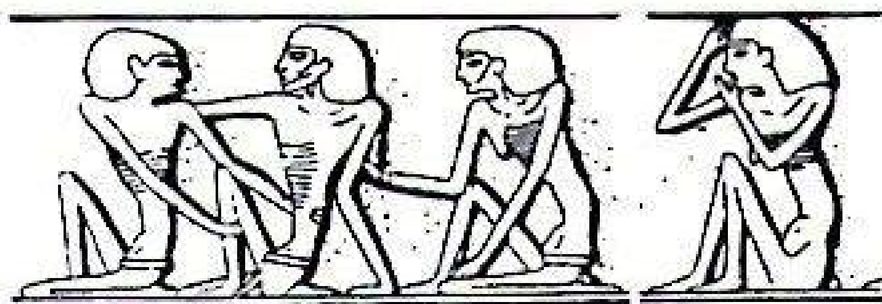
Doble Corona

Bajo Egipto: la región septentrional de Egipto, extendida en torno al delta, que fue un reino independiente antes del 3100 a. C.; su capital era Buto y su protectora, la diosa cobra

Edjo. La distinción entre norte y sur se mantuvo a lo largo de la historia egipcia. El Alto Egipto recibió el nombre de «Tierra Blanca» y el Alto Egipto, el de «Tierra Roja». Ambas regiones tuvieron en sus orígenes coronas distintas, llevadas por los faraones egipcios tras la unificación o bien en diversas ocasiones o bien unidas en la «Doble Corona».

Bajo relieve: los egipcios decoraban las superficies de muros de tumbas y templos, las estelas y partes de las estatuas con tallas que tienen la apariencia de pinturas fúnebres pero están hechas en relieve para realzar su valor estético. En la antigüedad los relieves se pintaban con colores brillantes, aunque hoy esos colores ya perdieron vivacidad.

Se usaban dos tipos de relieve: el bajo relieve, que producía obras más bellas y se hacía cavando el fondo, para que las figuras sobresalieran de la pared con formas redondeadas y suaves; este tipo de relieve se usó por lo común en paredes interiores, lejos de los procesos de erosión. Véase también **Relieve hundido**.



Bajo relieve de la pirámide de Unas

Barca sagrada: la nave en que, según se creía, el faraón viajaría por los cielos tras su muerte. También es el barco que se usaba para transportar la estatua del dios de su templo propio hasta otro vecino, durante la celebración de su festival.

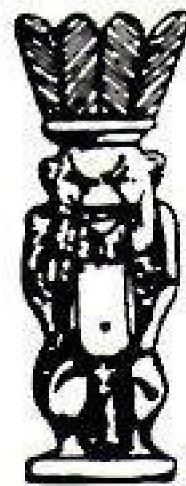
Basalto: véase **dolerita**.

Bastet: diosa con cabeza de gato, adorada en Bubastis. Era la deidad de la alegría y del calor del sol.

Beduino: «habitante de las arenas»; esta tribu se rebeló contra la autoridad de los egipcios desde tiempos arcaicos. Vivían en los límites del desierto y hacían incursiones constantes en Egipto. Están mencionados en varias piedras egipcias y, probablemente, se unieron a invasiones importantes, como la de los hicsos, para conquistar Egipto.

Belzoni, Giovanni: este italiano fue el primer agente de Henry Salt en Egipto. Había estudiado algo de ingeniería y llevó a cabo varias tareas en Egipto, como transportar antigüedades hasta el Nilo y apartar la arena del templo de Abu Simbel. También desenterró la tumba del rey Seti I en el Valle de los Reyes. Sus métodos rudos le dieron una reputación peculiar en la historia de la egiptología.

Bes: deforme dios enano adorado en todo Egipto como divinidad protectora del hogar y de la fertilidad. Era la deidad de la música, la alegría, el matrimonio y la danza y es posible que se le rindiera culto en altares locales, ya que nunca tuvo un templo. Es probable que su culto se introdujera desde Asia Menor.



Estatuilla de Bes hecha en lapislázuli

Bienes fúnebres: los enseres –objetos domésticos, joyas, cosméticos, ropas, alimentos, bebidas, amuletos mágicos protectores– que se colocaban en fosas y tumbas del antiguo Egipto, para asegurar al difunto la posesión de todo lo necesario durante la vida de ultratumba.

Bruce, James: explorador del siglo XVIII. Planeaba llegar hasta el nacimiento del Nilo, para lo cual viajó a Alejandría y desde allí, buscando la fuente del Nilo Azul, visitó muchos parajes de Egipto, en los que estudió los jeroglíficos, sobre todo de Luxor y Karnak.

Bubastis: ciudad del Delta del Nilo, cuyos habitantes adoraban a la diosa-gato Bastet y momificaban a sus gatos antes de enterrarlos en una necrópolis. Bubastis fue la capital de Egipto en la época de la Dinastía XXII.

Buitre y cobra: Nekhbet y Edjo eran las dos diosas del Alto y Bajo Egipto durante el período predinástico. Nekhbet era la diosa buitre que protegía la ciudad de El-Kab, capital del Alto Egipto, y al rey; Edjo era la diosa cobra de Buto, capital del Bajo Egipto. Ambas fueron incorporadas más tarde al panteón real con el nombre de las «Dos Señoras» y continuaron protegiendo al soberano a lo largo de toda la historia egipcia.

Burckhardt, Johann Ludwig: exploró Nubia entre los años 1813 y 1817, financiado por la Asociación Africana de Londres. Se interesaba más por el islam que por la cultura faraónica, pero es famoso porque, bajo las arenas, descubrió el complejo arquitectónico sagrado de Abu Simbel.

Cabeza de maza: desde el Período Arcaico se consideró que las cabezas de maza de piedra en forma de pera o de disco eran símbolo del poder. En la Mesopotamia se encontraron objetos similares. En los relieves murales de los templos, se representa a los reyes egipcios blandiendo una maza sobre prisioneros de guerra arrodillados, lo que constituye el acto ceremonial de destruir al enemigo.

Calcita: nombre mineralógico del «alabastro egipcio». Véase **alabastro**.

Caliza: piedra compuesta de carbonato de calcio y otros elementos en pequeñas cantidades; en Egipto se obtiene en las montañas que flanquean el valle del Nilo. Se usó ampliamente en la construcción de templos y tumbas hasta mediados del período de la Dinastía XVIII y muy poco en etapas posteriores, en las que se dio preferencia a la arenisca. Las canteras más importantes eran las de Tura, Gebelein, El Berseh y El Amarna.

Capitel: parte superior de una columna. En la arquitectura egipcia había varios estilos de capiteles: los que representaban hojas de palma, los lotiformes –en forma de flor de loto abierta o cerrada–, los de forma de papiro o de sistro, llamados hathóricos porque este instrumento musical era atributo de la diosa Hathor. Hubo otros, de formas menos comunes o tardías.

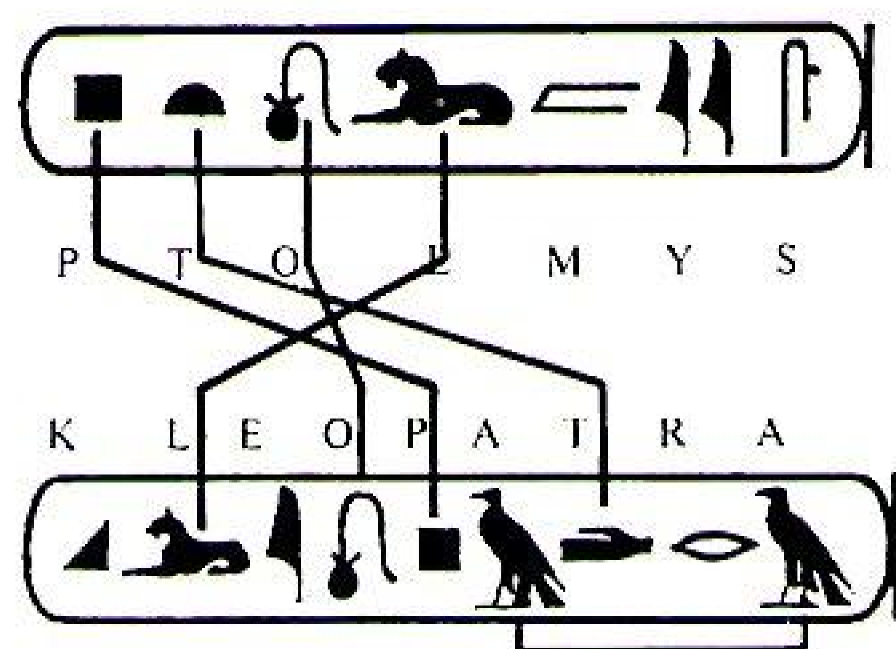
Carnarvon, lord George Edward Stanhope Molyneux, 5º conde de Carnarvon (1866-1923): a causa de un serio accidente, lord Carnarvon pasó sus inviernos en Egipto desde 1903; allí conoció a Howard Carter y juntos comenzaron sus excavaciones en Tebas. Aparte del de la tumba de Tutankamón en 1922, también hizo otros descubrimientos. Carnarvon murió en Egipto de neumonía y septicemia originada por la picadura de un mosquito. Estuvo presente en la apertura de la tumba de Tutankamón, pero no vivió para ver el fin de la excavación y la extracción del contenido del mausoleo.

Carter, Howard (1874-1939): egiptólogo británico que descubrió la tumba de Tutankamón en el Valle de los Reyes en 1922. Carter nació en Londres y comenzó su carrera como egiptólogo uniéndose a la exploración arqueológica dirigida por Newberry en 1891; viajó a Egipto en 1892 e intervino en la excavación de Amarna, a las órdenes de Petrie. En 1899 fue nombrado Inspector general de monumentos del Alto Egipto y más tarde lo fue también para el Bajo Egipto. Por fin, en 1907, se asoció con lord Carnarvon y desde 1919 buscó la tumba de Tutankamón en el Valle de los Reyes. Carter y su equipo trabajaron durante diez años para extraer y empacar los tesoros de la tumba. Escribió varias obras, incluido un libro muy difundido sobre este descubrimiento, diecisiete años después del cual murió en Londres.

Cartonnage (yeso y cola): se aplicaba yeso y cola en capas, sobre lino, para hacer las másca-

ras de las momias y ataúdes, que después se pintaban y doraban.

Cartucho: lazo de cuerda con un nudo en un extremo; el cartucho tal vez representaba el universo; la costumbre de escribir el nombre del faraón dentro simbolizaba el dominio del soberano sobre el universo. Dos de los cinco nombre reales del título de rey se escribían dentro de cartuchos. Cuando se traducen jeroglíficos, este signo ayuda a identificar el nombre del monarca.



Cartuchos de Ptolomeo y Cleopatra

Caviglia, Giovanni Battista: capitán de marina mercante italiano; hizo varios descubrimientos al excavar la Gran Pirámide de Gizeh, a comienzos del siglo XIX. También liberó la Esfinge de la arena que la cubría e hizo la primera exploración de las tumbas de los nobles de Gizeh.

Cera perdida: método de fundición para el que se hace una forma de cera del objeto que se quiere fundir; esta forma se cubre con arcilla para obtener el molde, que se cubre de arena y calienta hasta que la cera se funde y desaparece; a continuación se vierte en el molde el metal fundido; cuando el metal se enfría, se rompe el molde de arcilla y se obtiene el objeto deseado.

Champollion, Jean-François: uno de los más famosos egiptólogos del mundo. Descifró los jeroglíficos y, gracias a ello, fundó la egiptología como disciplina, que en los últimos cien años se desarrolló con rapidez.

Cincelado: proceso de reproducción de un dibujo en metal mediante cinceles o punzones.

Ciudad estado: ciudad independiente, gobernada por un rey o tirano, y a veces por un grupo de consejeros, responsables de la política interior y exterior. Hubo grupos de ciudades estado que compartieron una cultura común, como en el caso de las sumerias y griegas, pero aun en esos casos eran política y económicamente independientes. Con frecuencia fueron estados teocráticos, bajo el control directo de una divinidad específica, a cuyos presuntos deseos se prestaba una obediencia implícita. Las guerras entre ciudades estado vecinas eran corrientes.

Claudio Ptolomeo: autor de una *Geografía* (h. 510 d. C.), que incluye una breve relación de los distritos y ciudades de Egipto.

Clemente de Alejandría: este escritor (h. 150-215 d. C.) nos dejó una de las primeras descripciones de los jeroglíficos egipcios que, aunque menos fantasiosa que otras, es incorrecta.

Cloisonné o esmalte alveolado: la masa de esmalte o de cristal se disponía sobre espacios delimitados por láminas muy finas de metal; el esmalte rellenaba las cavidades o, en el caso del alveolado, el esmalte, cristal o piedras se engastaban en las celdillas, a menudo de oro, soldadas sobre la base de la pieza. Los antiguos artífices egipcios desarrollaron una técnica excelente en este trabajo.

Cobalto: los artistas usaron compuestos de cobalto como pigmento azul oscuro, para colorear el cristal y otros materiales. Probablemente se importaba de Persia o de la zona caucásica.

Coloso: estatua de un dios o de un rey varias veces mayor que el tamaño natural.

Colosos de Memnón: estas dos enormes estatuas, que hoy se ven dominando la llanura tebana desde la margen occidental del Nilo en Luxor, representaban a Amenofis III (Reino Nuevo) y en su tiempo estuvieron delante de los pilonos de un gran templo, del que hoy no quedan rastros.

Copto: la forma final del antiguo idioma egipcio, que se escribía con caracteres griegos, a los que se agregaron algunos signos nuevos. Fue de uso general en Egipto hasta la Edad Media y hoy la Iglesia copta aún lo usa en su liturgia. Este término también se aplica a los aspectos del arte, la arquitectura y la literatura relacionados con la comunidad cristiana egipcia.

Cornalina: piedra semipreciosa que se llevaba a Egipto desde Nubia, de color marrón rojizo, muy usada en la joyería egipcia.

Crisocola: mineral de cobre azul verdoso o azul, usado en el antiguo Egipto como fuente de cobre metálico y, a veces, como sombra para los ojos; se obtenía en Sinaí o en el desierto oriental.

Crisol: recipiente provisto de pico vertedor a un lado, que se usaba para fundir el bronce.

Ctesibio: hijo de un barbero de la ciudad, ingresó en el Museo de Alejandría, donde produjo varios de sus inventos, incluidas piezas de artillería, un arma que se accionaba con aire comprimido, un motor cuya fuerza motriz se obtenía por calentamiento del aire con fuego y un órgano hidráulico que se movía con aire y agua. Su pieza de artillería, accionada con aire comprimido, nunca se usó porque los materiales con que se fabricó no eran adecuados.

Cuarcita: arenisca dura, blanca, amarillenta o roja; provenía de varios puntos de Egipto, en especial de Gebel Ahmar, cerca de El Cairo, y de Wadi Natrum. Se usaba en la construcción, como revestimiento de cámaras funerarias, umbrales de las puertas y en otros elementos, aunque no fue muy común.

Cuneiforme: se aplica a los caracteres usados en Mesopotamia en tiempos antiguos y con los que se escribieron distintos idiomas de la región, como el sumerio, el babilonio, el asirio y otros. Los símbolos se dibujaban sobre arcilla o barro húmedo con un instrumento en forma de cuña; las tablillas se secaban al sol y esto ha conservado muchos de esos textos hasta el presente.

Cursiva: caracteres manuscritos, como los hieráticos o los demóticos, desarrollados de los jeroglíficos. Se escribían con un lapicero de caña y tinta sobre papiro o trozos de cerámica; en cambio, los jeroglíficos en general estaban incisos en piedra, aunque a veces se escribieran con ese método.

Dahibeyeh: tipo de barca usada en Egipto para transportar personas y mercancías por el Nilo; muchos de los viajeros que fueron a ese país en los últimos doscientos cincuenta años alquilaron ese tipo de barca, para recorrer por el río la distancia que media entre El Cairo y Assuán y llegaron aún más lejos.

Demótica: escritura cursiva que apareció a fines del siglo VII a. C.; era un desarrollo de la escritura jeroglífica. También se introdujo un vocabulario y una gramática nuevos. Como lo sugiere su nombre (*dêmos* significa «pueblo»), era la escritura usada generalmente para los asuntos legales y administrativos, junto a la jeroglífica y la hierática, reservadas para los textos religiosos.

Dinastía: el historiador Manetón dividió la historia de Egipto en dinastías. El significado exacto de esta palabra es incierto; a menudo una dinastía consta de los miembros de una familia de gobernantes, pero a veces varias dinastías consecutivas están relacionadas. A pesar de todo, la división en dinastías se ha mantenido, porque el esquema de Manetón pro-

porciona al egiptólogo moderno una sistematización concreta.

Diorita: piedra que usaron los antiguos egipcios para los vasos y la estatuaria; el lugar del que se obtuvo la diorita se descubrió a unos 65 km al noroeste de Abu Simbel.

Disco solar: *véase* Atón. El disco del sol, fuente de vida para los egipcios, fue llamado «Atón», a diferencia del sol como unidad, que era Re.

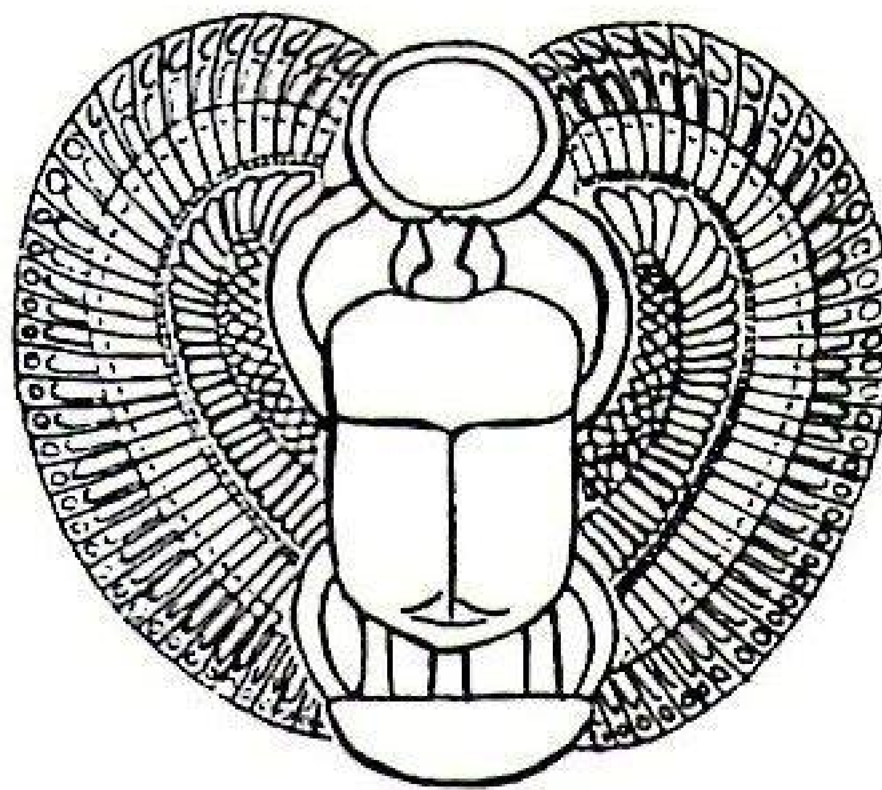
Dolerita: nombre que se da a una variedad basta de basalto, una roca negra empleada durante el período del Reino Antiguo en usos arquitectónicos, sobre todo como pavimento. Probablemente provenía de El Fayum y, en general, está presente en todo el territorio del país. También se utilizó para hacer vasos, cabezas de hacha, etc.

Electro: originalmente, una aleación natural de oro y plata, de color dorado pálido. Llegaba a Egipto desde Kush (Nubia), Punt (sobre la costa del Mar Rojo) y de otros sitios del sur de Egipto; se usó en la orfebrería y para revestir obeliscos.

Embalsamamiento: proceso de conservación de un cadáver por procedimientos artificiales. Los antiguos egipcios utilizaron el proceso conocido como «momificación», por el que deshidrataban la piel, y después aplicaban ungüentos al cuerpo disecado para mantener los rasgos de la persona tal como había sido en vida.

Enterramiento de fosa: el tipo de enterramiento más antiguo, común para reyes, nobles y plebeyos. Era una fosa de unos 3,5 m de profundidad, donde se depositaba el cadáver y objetos diversos destinados a la vida de ultratumba; el cuerpo se acomodaba en posición fetal.

Escarabeo: sello usado para estampar los cierres de arcilla que se aplicaban a las cartas, cerrojos, cántaros de vino, etc., con la marca del propietario. A menudo se hacían de faienza, caliza o esteatita, con la forma de un escarabajo pelotero, y llevaban un dibujo en la base (a veces, un nombre, título, epíteto o diseño decorativo). El escarabajo pelotero de Egipto –llamado *Kheper* en el idioma del país– se asociaba con el verbo *kheper*, que significa «entrar en la existencia». Por esa homofonía de ambas palabras y porque los escarabajos aparecían en la arena como si vinieran de la nada (aunque nacen de huevos previamente depositados en la arena), los escarabajos representaron la creación espontánea y entre las vendas de las momias se ponía el «Escarabajo corazón» –grande y de piedra que llevaba inscrita una frase del *Libro de los muertos*–, para asegurar la renovación de la vida del difunto.



Escarabeo

Esclavos: desde la época del Reino Medio en adelante, los prisioneros de guerra pasaban a ser posesión de la corona, los templos o egipcios nativos. Sin embargo, *no se empleó* esta mano de obra en la edificación de las pirámides del Reino Antiguo. Aun los esclavos tenían sus propios bienes; podían casarse con quien quisieran; sus amos podían liberarlos; podían ser propietarios y heredar tierras e incluso se les permitía tener siervos egipcios. Algunos alcanzaron puestos de responsabilidad en Egipto.

Escultura de bulto redondo: a diferencia del relieve hundido y del bajo relieve, usados por los egipcios para decorar los muros de templos y tumbas, esta técnica se aplicó a todo tipo de esculturas –estatuas, amuletos, figuras *ushabti*, etc.– talladas tridimensionalmente.

Esfinge (del egipcio *shesep ankh*, «imagen viviente»): potencia real que protegía el bien y rechazaba el mal. La esfinge tenía rostro humano, el del rey, y cuerpo de león y se representaba tendida. La más famosa es la Esfinge de Gizeh, tallada en un peñasco naturalmente emergente durante el reinado de Kefrén, constructor de la segunda pirámide de Gizeh y modelo de las facciones de esa esfinge.

Esquisto o pizarra: roca dura de grano fino, muy usada en brazaletes, vasijas, estatuas y sarcófagos. Se extraía en las canteras de Wadi Hammamat.

Estela: bloque de piedra rectangular, con la parte superior recortada en forma semicircular. En general, estos bloques son de caliza y están decorados con pinturas e inscripciones. Las «Estelas reales», originalmente emplazadas en templos, canteras, etc., contienen declaraciones oficiales de victorias, los acuerdos comerciales y cosas semejantes. Las estelas funerarias privadas se colocaban en capillas sepulcrales; en ellas se anotaban los títulos, nombres y epítetos del difunto y eran un elemento adicional para asegurar la continuidad de la vida tras la muerte.

Estrabón: este famoso geógrafo, nacido en Ponto, vivió en Alejandría durante cierto tiempo y viajó hasta la primera catarata del Nilo en el 25-24 a. C. Su descripción de Egipto está en el libro XVII de su *Geografía*. Además de los datos geográficos, también anota detalles históricos y religiosos. Los estudiosos aún hoy recurren a esta información.

Eusebio (comienzos del s. IV d. C.) y **Sexto Julio Africano** (comienzos del s. III d. C.): escritores cristianos en cuyos trabajos se conserva una versión fragmentaria de los textos de Manetón.

Faienza: el esmalte de faienza egipcio, que no debe confundirse con el «verdadero», se fabricaba con frita de cuarzo (polvo de cuarzo) vitrificado y por lo común era de color azul verdoso. Había distintas variedades de faienza, pero era típico el cono revestido con una capa vítrea alcalina. Se usó para fabricar objetos pequeños –escarabeos, amuletos, cuentas, piezas para engastar– y figuras *ushabti*, estatuas y vasos.

Faraón: esta palabra proviene de una antigua voz egipcia (*per-o*) que significa «gran casa»; en tiempos del Reino Nuevo la expresión que denominaba al palacio real se aplicó por extensión al propio rey, aunque nunca se usó como título real.

Feldespato: también conocido como piedra de las amazonas; es una piedra verde opaca, que se encuentra en diversos uadis egipcios; se usó para hacer cuentas desde tiempos antiguos y, sobre todo, en la orfebrería del Reino Medio, para amuletos y está presente en las incrustaciones de la tumba de Tutankamón.

Filón de Bizancio: uno de los eruditos del Museo de Alejandría; escribió tratados sobre la defensa y el asedio de ciudades, balística, los principios de la palanca, aire comprimido (neumática) y muchos otros temas. En general, los inventos que realizó en el Museo nunca se usaron para mejorar la economía de Egipto.

Frita: mezcla artificial usada desde la época remota de la Dinastía IV; era un compuesto cristalino de sílice, cobre y calcio; se preparaba calentando el sílice, un compuesto de cobre, carbonato de calcio y natrón. Se empleaba como pigmento azul y también para fabricar cuentas, amuletos y vasos de cerámica azul o verde.

Gran Papiro Harris: el Papiro Harris Nº 1 está

en el Museo Británico; data de la Dinastía XX y quizá formara parte de los archivos de la biblioteca del templo de Medinet Habu. Es un documento oficial que contiene mucha información, por ejemplo, acerca de las mercedes que Ramsés III hizo a las divinidades de Egipto y una relación detallada de las donaciones que distintas fuentes destinaron a los templos.

Greaves, John: visitó Egipto a mediados del siglo XVII y publicó su obra *Pyramidographia*, el primer estudio científico de las pirámides, con mediciones exactas que él mismo había hecho. También entró en la Gran Pirámide y advirtió que las paredes no estaban cubiertas de jeroglíficos, como habían afirmado autores antiguos.

Hacha de mano: el hombre prehistórico del valle del Nilo usó herramientas de piedra, cinceladas de trozos mayores, para todas sus necesidades de caza y domésticas. Esos utensilios de piedra continuaron utilizándose en Egipto, junto a otros de cobre y bronce, durante muchas generaciones. Un extremo del hacha era agudo, preparado para cortar; por el otro, redondeado, se empuñaba.

Harén: el antiguo harén egipcio, a diferencia del concepto de serrallo oriental, era un sector de la casa donde las mujeres cumplían las labores de hilar, atender a los niños, etc., pero nunca estaban confinadas en él. En mayor escala, los harenes reales estaban organizados industrialmente y supervisados por una burocracia masculina; allí se tejían las telas para las mujeres de la casa real y para las siervas.

Harpócrates: «Horus Niño», hijo de Osiris e Isis, en general se representa tocado con la doble corona de los faraones, la «trenza de la juventud» –llevada por los jóvenes a un lado de la cabeza– y con un dedo en la boca.

Hathor: diosa de la música, el amor y la danza; suele representarse con forma de vaca; también era diosa del firmamento, nodriza del rey egipcio y a menudo se asociaba con Isis, como madre de Horus. Uno de sus templos más importantes estaba en Denderah y también tenía una capilla en el templo de Hatshepsut, en Deir el-Bahari. Fuera de Egipto, se le rendía culto en Biblos, Punt y en las comunidades de mineros de Sinaí.

Hay, Robert: terrateniente escocés que exploró los monumentos antiguos de Egipto a mediados del siglo XIX. En su equipo de exploradores había artistas, un arquitecto y un experto en arabismo.

Hecateo de Mileto: autor clásico que visitó Egipto hacia el 500 a. C. y escribió una obra titulada *Periégesis*, es decir, «Visión de conjunto de la tierra», hoy perdida pero que, al parecer, describía algunos aspectos geográficos de Egipto.

Helenístico: término aplicado a los distintos aspectos de la civilización que floreció en tiempos de los generales de Alejandro Magno, tras la muerte de éste. En Egipto, también se conoce como período ptolemaico, porque la familia de los Ptolomeos, cuyo miembro más conocido es Cleopatra, impuso ciertos valores griegos a la población y la cultura egipcias.

Herodoto: es el más famoso de cuantos escritores antiguos escribieron sobre Egipto; tocó temas como la geología, geografía, condiciones sociales, creencias religiosas y costumbres de los egipcios de su tiempo. Nació en Halicarnaso y se le aplica el epíteto de «Padre de la historia»; visitó Egipto en el 450 a. C. y en su obra encontramos descripciones de algunos de los lugares que recorrió. Su historia del país se basa en relatos que le hicieron los sacerdotes y, aunque no siempre exactas, sus anécdotas divierten y entretienen. El libro II de sus *Historias* tiene una gran cantidad de datos de primera mano.

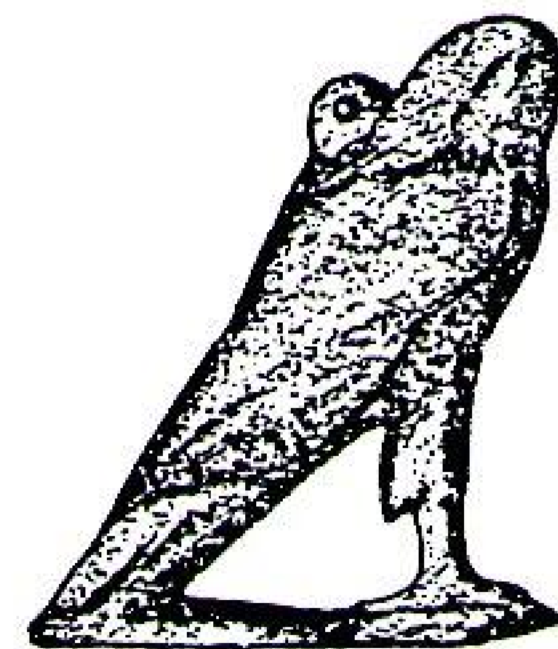
Herón: el Museo de Alejandría, fundado por Ptolomeo Soter, se convirtió en un centro de investigación al que acudían eruditos de todo el mundo. Herón fue uno de ellos; fue discípulo de Estratón, compañero de Aristóteles en el Liceo ateniense. Herón escribió un manual de ingeniería, aunque muchas de las ideas pueden atribuirse a Estratón. Inventó un reloj de agua (clepsidra), un aparato para fabricar tornillos y una turbina de vapor, que sólo se vio como una invención interesante, aunque sus principios podrían haberse desarrollado para obtener una fuente de energía importante. También inventó un mecanismo para abrir las puertas de los templos.

Hierática: escritura cursiva derivada de los jeroglíficos, que simplificó las pictografías jeroglíficas. Este tipo de escritura se conocía en tiempos de las primeras dinastías y se usó hasta fines del período del Reino Nuevo. Se usaba en documentos legales y comerciales y se escribía sobre papiro o trozos de piedra con una caña. Por fin, la escritura demótica la reemplazó.

Hipóstila: cada templo egipcio de culto o sepulcral tenía una o más salas hipóstilas, cuyas columnas sostenían los bloques del techo. Dispuestas unas junto a otras, las columnas representaban la vida vegetal y la sala hipóstila de un templo puede compararse con la zona de recepción de un palacio o una casa.

Horapolo: autor de una obra antigua sobre el desciframiento de los jeroglíficos egipcios.

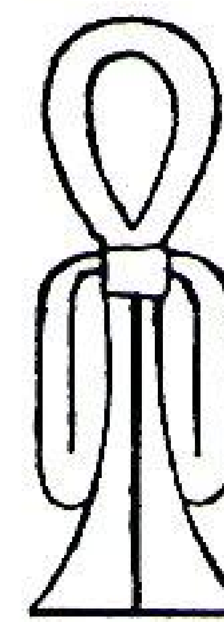
Horus: este nombre, bajo formas diversas, se aplicó a distintas divinidades, por ejemplo: un antiguo dios del cielo con aspecto de halcón, que protegía al soberano; Horus o Haroeris (Horus el Viejo) era el marido de Hathor; Horus el joven, «Horus el hijo de Isis» (Harsiesis), era hijo de Osiris e Isis y vengó la muerte de su padre matando a Seth; Harmakhis, «Horus del Horizonte», era la personificación del sol naciente y representaba la vida eterna.



Amuleto de Horus en forma de halcón

Idioma semítico: se aplica a las lenguas habladas por los pueblos semíticos y a los jeroglíficos egipcios, que también contienen elementos originalmente no semíticos.

Isis: como esposa de Osiris, esta diosa se convirtió en símbolo de compañera y de madre ideal. Desempeña un papel importante en el mito de Osiris y era tan popular en Egipto que se convirtió en la figura típica de diosa madre. Aunque nunca tuvo un culto ni un templo propios en Egipto hasta la época romana, llegó a ser adorada fuera de este país, incluso después de la decadencia de la civilización egipcia. En la mitología, era hermana de Nephthis y de su propio marido, Osiris. Su hijo era Horus el joven, que habitualmente aparece sentado en el regazo de su madre.



Signo de Isis

Isla de la creación: lugar mitológico del origen de Egipto y sus habitantes, descrito en los Textos de Construcción de Edfú. Se creía que esta isla había surgido entre las aguas del caos en el

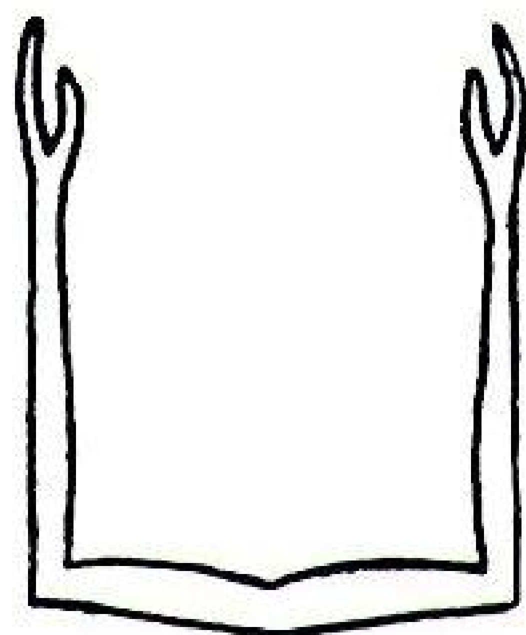
momento de la creación del mundo y que se había convertido en el primer hogar de dioses y hombres. Cada templo, se pensaba, era una recreación de esa isla –un sitio seguro para la divinidad residente– y muchos de los rasgos arquitectónicos de los templos intentaban reproducir las características de esa isla.

Jeroglíficos: esta escritura del antiguo Egipto apareció ya plenamente desarrollada hacia el 3100 a. C. y siguió en uso hasta la época romana. Era pictográfica y constaba de fonogramas (signos con valor fónico) e ideogramas (signos figurativos sin valor fónico), se usaba sobre todo en textos religiosos y literarios, a la vez que las escrituras hierática y demótica se empleaban para los asuntos diarios y la correspondencia.

Josefo: historiador judío (nacido h. 38 d. C.) que transcribió fragmentos de la *Historia de Egipto* escrita por Manetón.

Juvenal: autor latino (47-127 d. C.) que en sus *Sátiras* critica el culto que los egipcios rendían a los animales.

Ka: energía vital o espíritu de un hombre que, según las creencias egipcias, se mantenía después de la muerte. También se pensaba que el Ka era el «doble» de una persona, para el que se depositaban las ofrendas sepulcrales de comida y bebida tras la muerte. Cuando se representaba en pinturas, el Ka tenía una figura humana con ambos brazos alzados por encima de la cabeza, con las palmas de las manos enfrentadas. Los sacerdotes que se ocupaban de aprovisionar y mantener tumbas por encargo recibían la denominación de «sacerdotes de Ka» y la tumba, por ser la morada del difunto, se llamaba «Casa del Ka».



Signo de Ka

Kefrén: sucesor de su padre, Queops; gobernó durante 66 años, según refiere Manetón. Su pirámide es la segunda por tamaño en Gizeh, donde también se ve su templo sepulcral; la Esfinge, al parecer, se talló durante su reinado en un peñasco natural con las facciones del rey.

Khnum: dios de Elefantina, representado con cabeza de carnero; en una de las leyendas de creación, se dice que creó la humanidad con su torno de alfarero. En las escenas de coronación, aparece fabricando imágenes del rey.

Kircher, Athanasius: erudito alemán que estudió el idioma copto en su obra *Lingua Aegyptiaca restituta* (1643); este avance en la comprensión del copto fue una ayuda para el desciframiento de los jeroglíficos, aunque las interpretaciones que hizo Kircher de éstos no son coherentes.

Laberinto: algunos autores griegos y latinos escribieron acerca de un «Laberinto» egipcio construido por el legendario Moeris y mostraron su admiración por ese lugar. Se trataba de la pirámide y el complejo funerario del rey Amenmes III, que se alzó cerca de El Fayum y que en la antigüedad gozó de mayor reputación que las pirámides de Gizeh.

Lapislázuli: piedra semipreciosa muy apreciada por los egipcios para su uso en la orfebrería; llegó a Egipto desde Afganistán. El esmalte de faienza azul fue un intento de imitación del lapislázuli.

Lasca o tasquil: trozo que salta cuando se labra una piedra para hacer utensilios o herramientas.

Lepsius, Richard: influyente egiptólogo del siglo XIX, que en 1842 dirigió una expedición enviada por Prusia a Egipto y más tarde publicó una relación de sus hallazgos en un informe importante que aún hoy se considera valioso. La expedición llegó hasta Meroé, en el extremo sur del país.

Lino: algunas escenas de murales de tumbas muestran el cultivo del lino, que fue abundante en Egipto y se usó desde la época predinástica en adelante, sobre todo para fabricar telas finas, pero también para hacer esteras, cuerdas y cestos.

Listas de los reyes: estas listas se exhibían en los templos de Egipto, donde desempeñaban un papel en el rito de los Antepasados reales, durante el cual la comida que se recogía del altar del dios pasaba a ser ofrecida a todos los antepasados del rey. Por esta causa, son listas incompletas, que sólo enumeran los nombres hasta la fecha del reinado en curso; además, los soberanos que se consideraban poco «aceptables» o heréticos no estaban incluidos en ellas, de modo que tienen un valor limitado para el historiador y no deben considerarse testimonios exactos. No obstante, brindan una información válida en cuanto a la secuencia de los reyes. Entre estas listas se incluyen la de Abidos, la Piedra de Palermo, el Canon de Turín, la Mesa de Saqara y la de Karnak.

Loto: la flor de loto, cerrada aún o totalmente abierta, aparece a menudo en la arquitectura, la pintura sepulcral o como motivo decorativo en espejos, vasijas y objetos pequeños. En especial de las escenas de banquetes pintadas en las tumbas de los nobles, se deduce que a cada invitado se le regalaba una flor de loto para que la llevara en la parte frontal de la diadema. El loto tenía un perfume penetrante que gustaba mucho a los egipcios.

Maat: diosa egipcia de la verdad y la justicia, representada por una mujer que lleva una pluma de avestruz en la cabeza. Simbolizaba el equilibrio del orden en el universo y había establecido el código del comportamiento recto de los seres humanos; guiaba al rey y a sus súbditos; en los relieves de los templos, el soberano presenta a los dioses una pequeña estatua de Maat; esta hija de Re había impuesto el orden donde antes existieron sólo tinieblas y caos. En el Día del Juicio, la pluma de Maat estaría en uno de los platillos de la balanza y en el otro, el corazón del muerto, para saber si era suya la «voz de la verdad».



Imagen de Maat con el símbolo de Ankh en la mano izquierda

Malaquita: carbonato de cobre verde que se extraía en Sinaí y en el desierto oriental egipcio. Fue el mineral de cobre de uso más antiguo –desde el período badariano en adelante– como sombra para los ojos, pigmento para pinturas murales y para colorear vidrios y cristales.

Manetón: sacerdote del templo de Sebenitos, vivió a comienzos del siglo III a. C. Sabía griego y conocía los jeroglíficos egipcios y se le adjudica la autoría de ocho libros; la más famosa de sus obras, de la que infortunadamente sólo se conservan fragmentos citados por escri-

tores tardíos, es su *Historia de Egipto*. Aunque su relato se analiza con precaución, los egiptólogos actuales continúan usando su división de la historia de ese país en dinastías.

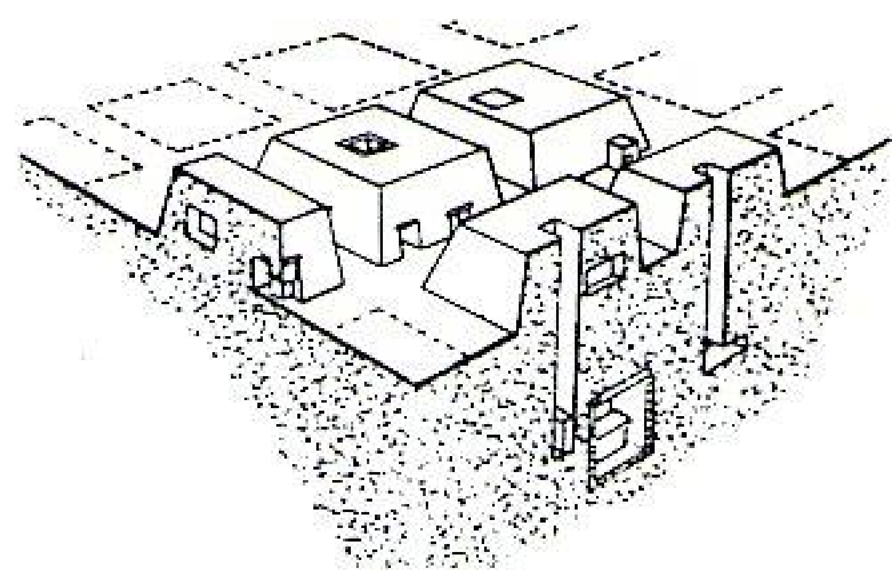
Manganeso: sus compuestos se usaban para dar color rojo al vidriado y al cristal, también como sombra para los ojos, menos comúnmente, y como pigmento para los murales fúnebres. No es probable que se importara, aunque se utilizó en muy pequeñas cantidades; tal vez se obtenía en el desierto oriental.

Mariette, Auguste: famoso egiptólogo francés que viajó a Egipto para comprar copias de manuscritos coptos para el Louvre y, en cambio, descubrió el Serapeum de Saqara; continuó su carrera en Egipto, hasta 1881, año de su muerte. Organizó el Servicio Egipcio de Antiguedades.

Máscara de la muerte: era de oro, plata, madera o *cartonnage*, moldeada y pintada para reproducir un hombre o mujer idealizados; se ponía sobre la cara del cuerpo momificado. Algunas reproducían los rasgos del difunto, como la famosa máscara de oro de Tutankamón.

Maspero, Gaston: sucesor de Mariette en el cargo de director general del Servicio Egipcio de Antigüedades.

Mastaba: nombre moderno que se da a las tumbas privadas de los nobles del Reino Antiguo construidas en Gizeh y Saqara. La forma de este tipo de tumba –rectangular con paredes apenas inclinadas– recuerda la de un banco y por eso se la denomina con la palabra árabe *mastaba*, que significa «banco». Estas tumbas constaban de dos partes, la cámara funeraria y la capilla; las paredes de esta última estaban decoradas con escenas vivaces de la vida diaria.



Enterramientos de mastaba de la Dinastía IV

Min: dios itifálico de la fertilidad, a menudo asociado con Amón; los centros de adoración de Min estaban en Coptos y Quemmis; se consideraba que confería potencia sexual, pero también era dios de la lluvia, por la que se producía la germinación; se asoció con varios festivales de la fertilidad y de la cosecha y tenía otro papel: era el señor de las tierras extranjeras y del desierto oriental y protector de los nómades. Su animal sagrado era el toro blanco.

Minoica: civilización avanzada que floreció en la isla de Creta y cuyo centro fue el palacio de Cnoso, destruido por una catástrofe en el 1400 a. C. Existieron contactos comerciales entre Egipto y las islas del Egeo; en muchos objetos egipcios se advierte la influencia egea.

Momia: los egipcios momificaban el cuerpo de sus muertos para conservarlo a fin de que lo habitara el alma en el más allá. Cuando se practicaban los enterramientos en la arena, los cadáveres se deshidrataban de un modo natural, pero cuando empezaron a construirse tumbas, se hizo necesario un proceso artificial de conservación. Herodoto cuenta que se extraían los órganos del cuerpo y se trataban por separado; en tanto, el cuerpo se deshidrataba con natrón y por fin se cubría de ungüentos y se envolvía en varias capas de vendas.

Monolito: bloque de piedra, comúnmente usado con fines arquitectónicos y a menudo de gran tamaño, que era una sola pieza cortada de la roca viva.

Naos: pequeño sagrario cerrado en el que se guardaba la estatua del dios. Algunas eran semejantes a pequeños cobertizos y estaban dentro del complejo arquitectónico del templo, otras eran pequeñas estructuras de madera situadas en la parte más recóndita del santuario del dios y contenían la estatua de culto.

Natrón: compuesto natural de carbonato y bicarbonato sódicos que hoy se encuentra en Egipto en Wadi Natrun, en la provincia de Beheira y en El Kab. En el Egipto antiguo se usaba sobre todo para la momificación, la purificación de la boca, la elaboración de incienso y también para guisar, fabricar vidrio o para las medicinas.

Necrópolis: «ciudad de los muertos»; era una zona cercana a las ciudades, pueblos y aldeas que se destinaba a los enterrramientos. Por lo común, se establecía fuera de las tierras fértiles y regadas, sobre el límite del desierto.

Negada, cultura de: denominación de los utensilios y la forma de vida de uno de los grupos predinásticos instalados en torno a la región tebana. Esta cultura se extendió hacia el norte y el sur y se caracterizó por su cerámica y su escultura.

Nomarca: gobernador local de un «nomo» o provincia; ostentó un gran poder en los períodos en que el gobierno central se mostró débil; estos funcionarios construyeron sus propias tumbas y en ocasiones gobernaron como reyezuelos menores, apoyados por sus tropas. En la época del Reino Medio, el faraón logró aplastar el poder de los nomarcas y borrar la amenaza que significaban para el trono.

Norden, Frederick Lewis: explorador danés que estuvo en Egipto en la misma época que Pocock; elaboró un estudio especial de los obeliscos y fue el primer europeo que visitó Nubia y publicó una lista de los templos que vio allí, aunque tuvo que volverse desde la Segunda catarata.

Obelisco: estructuras de piedra rectas y altas coronadas por un piramidión, que se relacionaban directamente con el culto solar egipcio. En tiempos remotos, Heliópolis fue el centro de ese culto, pero también hay obeliscos en los templos del Reino Nuevo, como los de Luxor y Karnak; el granito se obtenía en Assuán y se transportaba en un bloque hasta Tebas. Algunos obeliscos, como el llamado «Aguja de Cleopatra», fueron embarcados desde Egipto hacia Londres, París, Istambul y América en épocas no muy lejanas.

Oblación, mesa de: mesa de piedra (a menudo de alabastro) o cerámica, casi siempre plana, grande y circular, montada sobre una base pequeña; se disponían en los templos para que el rey o el sumo sacerdote depositaran aves, carne, fruta, hortalizas como ofrenda a los dioses.

Obsidiana: cristal natural negro o verde, de origen volcánico; probablemente los egipcios la importaron de Asia Menor, Abisinia, Armenia y la costa del Mar Rojo. Se usaba para utensilios, estatuas, amuletos, cuentas, escarabeos y ojos incrustados en estatuas o máscaras.

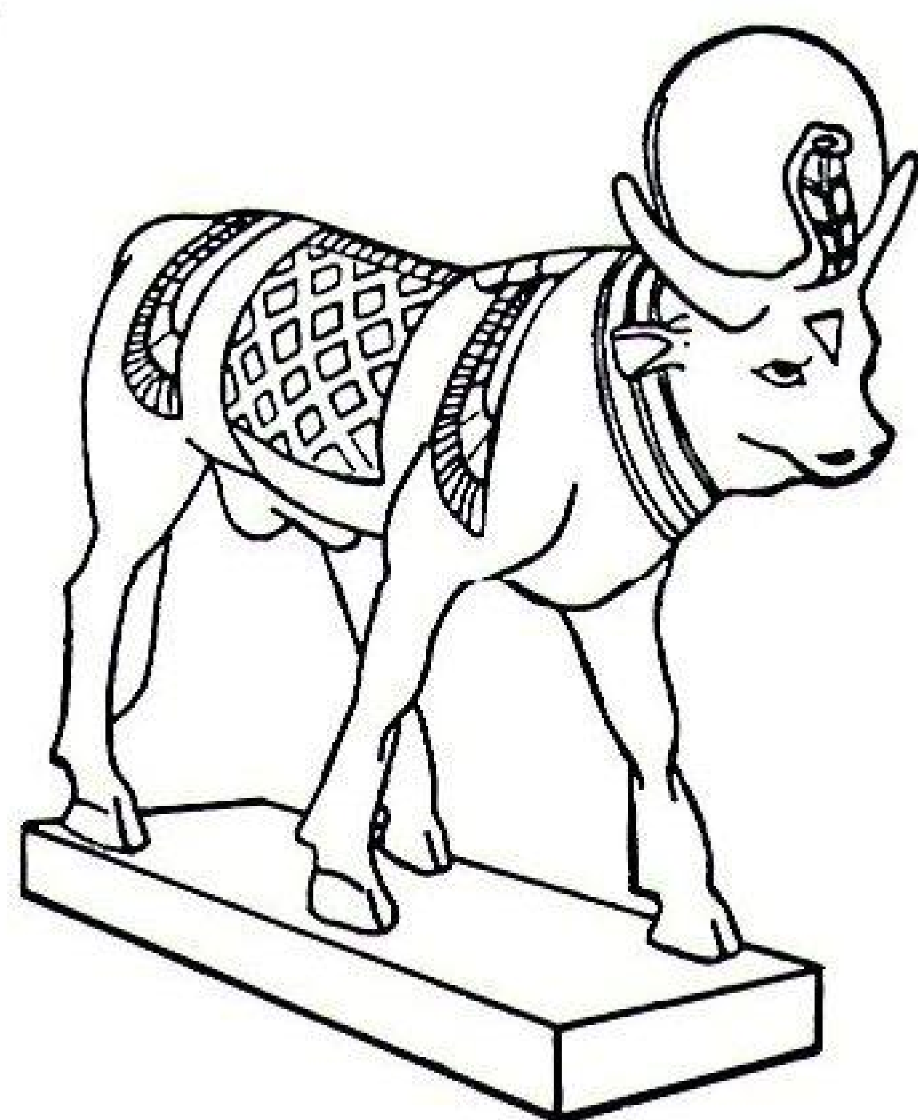
Órgano hidráulico: en Alejandría, Ctesibio diseñó un órgano que funcionaba cuando un volumen de agua desplazaba a otro, equivalente, de aire. La mayoría de los inventos de esa época sólo se conocen a través de fuentes literarias.

Oropimente: sulfuro natural de arsénico, usado por los egipcios como pigmento amarillo, además del amarillo ocre; se empleó en la segunda mitad de la época de la Dinastía XVIII, en Amarna y en las pinturas de tumbas tebanas. Probablemente se importaba de Persia o de Asia Menor.

Osiris: se creía que este dios, quizá la más famosa de las deidades egipcias, había sido en su origen un rey humano, portador de la civilización a Egipto y devoto esposo de Isis. Su hermano Seth, abrumado por los celos, lo mató,

descuartizó y esparció los miembros por todo el país. Tras la muerte de su marido, Isis concibió a Horus el joven, hijo de Osiris, y reunió los pedazos del cuerpo de su esposo; cuando llegó a la juventud, Horus vengó la muerte de su padre atacando a Seth y derrotándolo. El Consejo de los Dioses fue convocado al fin para decidir quién había sido el vencedor de la lid; todos se pronunciaron por Horus y devolvieron la vida a Osiris, que se convirtió en rey de los muertos y juez del otro mundo. Este mito se ha conservado en los textos de Plutarco. La fe en Osiris dio a las clases pobres la esperanza de una vida eterna.

Osiris-Apis: Apis era el toro sagrado en el que –se creía– había encarnado Osiris. El toro Apis era un dios de la fertilidad, cuyo culto se originó en Heliópolis, al parecer, y quizá fue el rey Menes quien lo estableció. Se asociaba a Apis con Ptah y Osiris. Su culto se extendió con amplitud en tiempos del Reino Nuevo y en el Período Tardío; el toro Apis era negro, con marcas especiales en ciertas partes del cuerpo. Cuando se encontraba un toro con esas marcas, se lo sacrificaba ceremonialmente y tras momificarlo se le daba entierro en el Serapeum, con ritos funerarios reales. El nuevo toro permanecía en Menfis, donde se le rendían honores de dios. El culto de Apis subsistió durante la era ptolemaica y, por último, se expandió hacia Atenas y Roma.



Apis

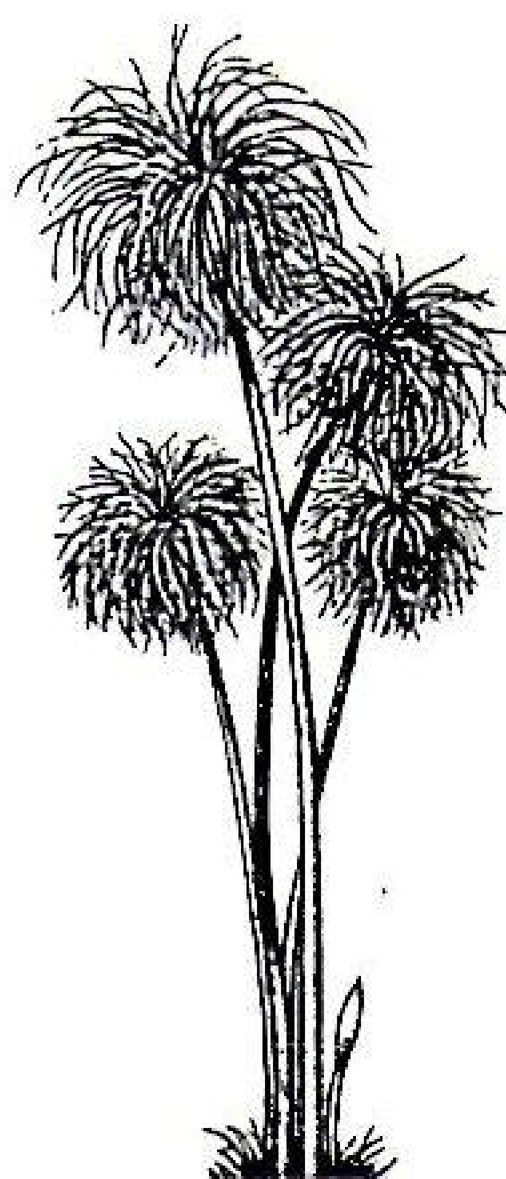
Óstrakon: trozo de cerámica usado como alternativa barata del papel. Las cartas, cuentas y textos literarios se escribían sobre estos fragmentos, *óstraka*, que recientemente se han desenterrado en los montones de residuos de ciudades antiguas; algunos de estos trozos presentan dibujos hechos con lapicero y tinta por los artesanos que trabajaban en las tumbas reales.

Paletas de pizarra: se produjeron durante el Período Arcaico y suelen mostrar un nivel muy alto de habilidad artesanal; a menudo están decoradas con dibujos de un estilo no egipcio. Las paletas más grandes son ceremoniales y el ejemplar más famoso es la llamada paleta de Narmer; las más pequeñas se usaron para majar la sombra de ojos y otros cosméticos y se depositaban en las tumbas, a fin de que los difuntos las utilizaran en el otro mundo.

Palma, hojas de: se imitaban en los capiteles de piedra de las columnas de muchos templos.

Panteón: término que denomina el conjunto de divinidades adoradas en una civilización determinada; habitualmente se aplica a los grandes dioses del Estado.

Papiro: la planta del papiro era el símbolo del crecimiento vigoroso y de la renovación en Egipto; se cree que ya era conocido en tiempos arcaicos y a menudo fue modelo de los capiteles de las columnas de los templos. Era muy abundante sobre todo en el delta, aunque hoy ha desaparecido por completo. Se usaba para fabricar cuerdas, sandalias, esquifes, cestas y otros implementos, pero en especial como material para la escritura. Los egipcios disponían las fibras de la médula unas junto a otras y las golpeaban con un mazo hasta obtener una especie de papel fino y blanco, que llegó a exportarse a Grecia, Palestina y todo el Oriente Próximo. Nuestra palabra «papel» proviene del vocablo griego *pápyros* que, a su vez, se derivaría de una voz egipcia más antigua.



Tallos de papiro

Papiro Ebers: famoso papiro que contiene un texto médico; George Ebers lo obtuvo en Luxor de Edwin Smith y lo publicó con una introducción y un glosario hecho por Edwin Stern. Ebers (1837-1898) era un egiptólogo alemán.

Papiro Edwin Smith: importante papiro médico, adquirido por Edwin Smith, aventurero y comerciante americano que vivió en Luxor hasta 1876. El texto versa sobre tratamientos quirúrgicos egipcios.

Pectoral: joya que se llevaba tanto en vida como después de la muerte. Por lo común era rectangular y se colgaba al cuello con una cadena o una sarta de cuentas, para que descansara sobre el pecho. A menudo era de oro y tenía piedras semipreciosas o cuentas de cristal engastadas; el diseño era variable pero, como muchas otras joyas, cumplía una función protectora en sus orígenes.

Perring, John Shae: ingeniero civil que, en 1837-1839, hizo un estudio científico de las pirámides del Alto Egipto. Sus teorías con respecto a esos monumentos eran opuestas a los anteriores criterios de Wild y Lepsius sobre el tema.

Perry, Charles: médico que vivió en Egipto entre 1739 y 1742; tuvo notoriedad sobre todo por su descripción de las escenas de la batalla de Kadesh –librada durante el reinado de Ramsés II–, representadas en el Templo de Karnak. Su interés por las escenas de templos y tumbas indujo a otros investigadores a prestar atención a las actividades descritas en esas decoraciones.

Persea: árbol lauráceo a menudo representado en los murales de los templos egipcios; está presente en las ceremonias de coronación, porque en el momento en que llega al trono, los dioses inscriben el nombre del soberano en una persea.

Petrie, sir William Matthew Flinders (1853-1942): egiptólogo ilustre, hijo de William Petrie; tenía amplios conocimientos de arqueología británica y era un gran investigador; en 1880-1882 viajó para hacer un estudio general de las pirámides de Gizeh. Su interés por la egiptología, que mantuvo hasta el fin de su vida, data de 1886 y nació de la lectura del polémico libro de Piazzi Smyth relacionado con la Gran Pirámide. Entre los éxitos de la notable carrera de Petrie, se cuentan sus excavaciones independientes apoyadas por ricos financieros ingleses, la creación de la Lista de Investigaciones egipcias en 1894, las excavaciones realizadas para la Fundación de Exploración de Egipto, su obtención del profesorado Edwards del Colegio Universitario de Londres en 1892, lo que fue la primera cátedra de egiptología en Inglaterra.

En Egipto excavó varios yacimientos, incluidos los de Kahun, Tell el-Amarna, Abidos, Gizeh, Naqada y Naucratis; también trabajó en Palestina e introdujo métodos sistemáticos de excavación en la arqueología general, por los que insistía en el examen y registro de todos los objetos hallados en un yacimiento, fuesen grandes o pequeños.

Publicó varios libros y muchos artículos; una parte del material recuperado en sus excavaciones se exhibe en el Museo Petrie del Colegio Universitario de Londres, y el resto se ha distribuido por museos de todo el mundo.

Murió en Jerusalén, a los ochenta y nueve años de edad.

Piedra de Rosetta: en 1799, un oficial del ejército napoleónico descubrió esta estela –que tiene inscrito un decreto de Ptolomeo V y data del 196 a. C.– en Rosetta, cerca de Alejandría. La inscripción estaba en caracteres jeroglíficos, demóticos y griegos y Champollion la utilizó para intentar el desciframiento de los jeroglíficos egipcios. En la actualidad está en el Museo Británico y se encuentra en poder de los británicos desde 1801.

Pigmento: los colores que usaron los antiguos egipcios en las pinturas de templos y tumbas se conseguían mediante pigmentos, por lo común obtenidos de minerales naturales o elaborados con sustancias minerales; los colores más comunes eran negro, azul, marrón, verde, gris, naranja, rosa, rojo, blanco y amarillo.

Pilonos: los dos grandes pilares que dominan la entrada principal de un templo egipcio; se hacían de piedra y su remate era un mástil en el que ondeaba un estandarte; en la actualidad se conservan parcialmente algunos de ellos.

Pirámide: la pirámide egipcia era la tumba del rey en la época de los Reinos Antiguo y Medio. La primera pirámide fue la que, en Saqara, construyó Imhotep para el rey Zoser, probablemente como desarrollo de las anteriores mastabas. Después del período del Reino Medio ya no se construyeron pirámides, porque se habían convertido en el objetivo inmediato de los ladrones de tumbas y representaban un lastre en la economía del país.

Piramidión: pequeña estructura piramidal, usada como remate de un obelisco. En tiempos antiguos, el piramidión se doraba para que reflejara los rayos del sol naciente y del poniente.

Platón: en los textos platónicos hay muchas referencias a las características de distintas deidades egipcias.

Plinio el Viejo (23-79 a. C.): en su *Historia natural*, incluyó descripciones de antigüedades y monumentos egipcios que se habían llevado a Roma.

Plutarco: en tiempos antiguos, su obra *De Iside et Osiride* fue la descripción más detallada de la religión egipcia que hubo a disposición de los estudiosos. Trataba sobre el mito de Osiris y, al parecer, estaba basada en textos egipcios originales. Plutarco vivió h. 50-120 d. C. y es uno de los más famosos historiógrafos del Egipto antiguo.

Pocock, Richard: clérigo anglicano que visitó Gizeh, Saqara y Dashur en 1737 y, más tarde, los antiguos asientos de El Fayum y del Medio y Bajo Egipto. Con sus dibujos dio a conocer en Europa las maravillas de la arquitectura egipcia; hizo los primeros bocetos de varios templos, entre ellos los de Karnak y de Luxor.

Pórfido: las rocas porfiríticas, de color y tamaño variados, aparecen cerca de Assuán, en Sinaí y en el desierto oriental de Egipto. El pórfido negro y blanco se usó para hacer vasijas de piedra en los períodos Predinástico y Dinástico Temprano. Egipto exportó el «pórfido imperial» a Roma en épocas tardías.

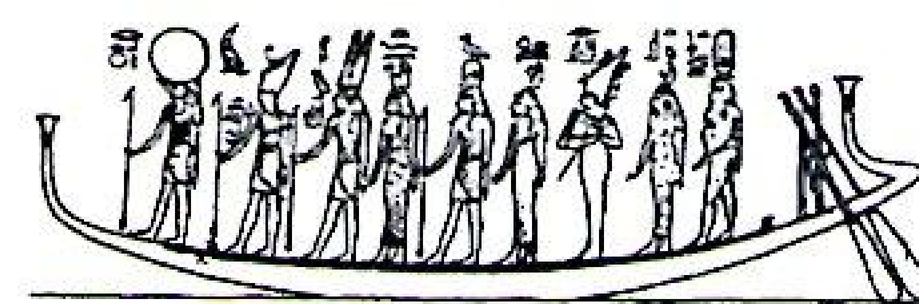
«Primera ocasión»: expresión con la que se alude al momento de la creación del universo, una época en que la perfección era la norma y en la que se establecieron para siempre las leyes, la ética y las ideas religiosas.

Ptah: creador de los dioses de la teología menfita; siempre se representa con aspecto de momia y cabeza humana; era el marido de Sekhmet, padre de Nefertum y patrono de los artesanos. Era una de las divinidades egipcias más antiguas y más tarde se asoció a menudo con Osiris.

Pueblos del mar: nombre colectivo con el que se aludía a grupos que viajaban hacia el norte; intentaron invadir Egipto en tiempos de Merenptah y Ramsés III y fueron rechazados.

Queops: rey de la Dinastía IV, responsable de la construcción de la Gran Pirámide de Gizeh, que fue su tumba. También está enterrada en Gizeh su madre, Hetepheres –el mobiliario de cuya tumba se ha reconstituido e incluye una cama, silla, dosel, etc.–, una de las varias esposas de Snefru. No se sabe cuánto duró el reinado de Queops: Manetón habla de 63 años, pero otra fuente habla de sólo 23.

Re: deidad que simbolizaba el sol; su centro estuvo en Heliópolis y el culto llegó a su culminación durante la Dinastía V, época en que se llamó al rey «Hijo de Re». Este dios era rey y padre de los dioses y creador de la humanidad. Son muchos los mitos referidos a su figura y se creía que, tras la muerte, el faraón navegaba en su barca solar para ir a unirse a Re en los cielos.



Barca solar

Reisner, George Andrew (1867-1942): egiptólogo americano nombrado profesor de egiptología en Harvard. El mayor descubrimiento de Reisner fue la tumba de la reina Hetepheres en Gizeh; escribió muchos artículos, adoptó y mejoró los métodos de excavación sistemática de Petrie.

Relieve hundido: este relieve se hacía cavando el contorno de las figuras y detalles de la escena muy profundamente en la piedra. Era un método más rápido que el del relieve, pero sus resultados estéticos no alcanzaban el mismo nivel de belleza sutil. Su principal uso se dio en la decoración de los muros exteriores de los templos.

Reloj de agua o clepsidra: presente a veces en los relieves de los templos. Este reloj, creado por Herón, se movía mediante agua y su exactitud dependía de la regularidad del flujo de agua.

Repujado: era un proceso de decoración aplicado al bronce por el que el motivo decorativo quedaba resaltado; se hacía el trabajo por la cara o el revés de la hoja metálica.

Roberts, David: pintor escocés que viajó a Egipto y a Tierra Santa en el decenio de 1840 y escribió una obra en seis volúmenes, *The Holy Land*. Llegó hasta Wadi Halfa y pintó escenas románticas de varios parajes; reprodujo estos cuadros en su libro, que alcanzó gran difusión.

Rosellini, Profesor I.: ciudadano italiano que acompañó a Champollion en su visita a Egipto para recoger material jeroglífico. Publicó una serie de dibujos en cuatro volúmenes.

Sacerdotes de Sem: uno de los grupos especializados de sacerdotes; se ocupaban sobre todo de los ritos funerarios y a menudo aparecen con conexiones mortuorias. El sacerdote de Sem se caracterizaba por su atavío típico, una piel de leopardo cruzada por encima de su túnica de lino.

Sandys, George: fue uno de los primeros caballeros que viajó a Egipto (1610). Visitó la Gran Pirámide, Alejandría y El Cairo, donde vio buena cantidad de restos momificados. Publi-

có un relato literario titulado *Travels*, en el que incluyó narraciones escritas sobre la marcha acerca de lo que había visto y dibujos cuidadosos de las pirámides de Gizeh, Dashur, Saqara y de la Esfinge.

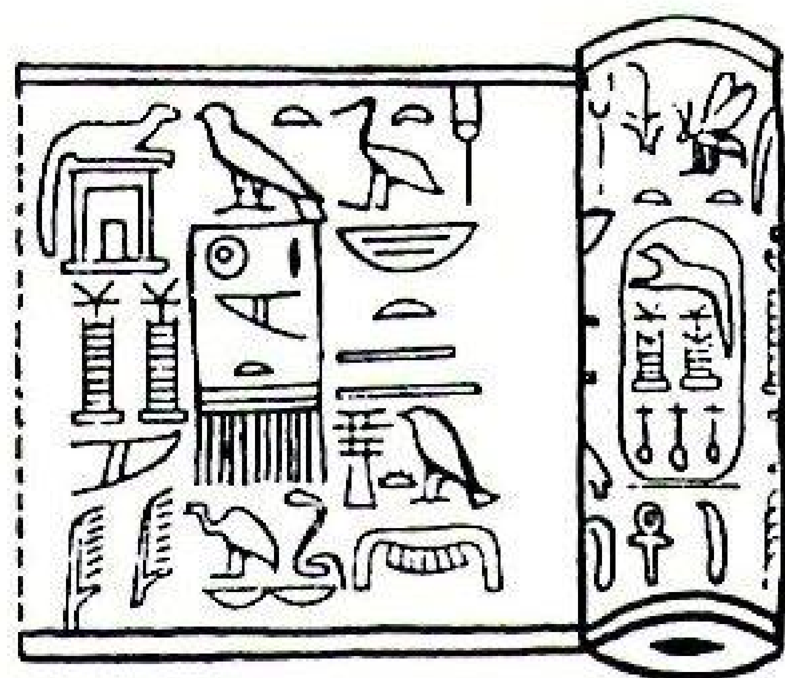
Saqqieh: noria introducida en Egipto en la época grecorromana y usada hasta tiempos recientes.

Sarcófago: receptáculo protector en el que se depositaba, dentro de la tumba, un cuerpo momificado; se hacían con distintos materiales –madera, piedra, *cartonnage*, oro y plata– y se decoraban con inscripciones, incisas o pintadas, de fórmulas mágicas que protegían al muerto; solían adornarse con incrustaciones de cristal o piedras de colores. Algunos eran antropomórficos; otros, rectangulares con lados rectos. En la parte exterior del sarcófago a menudo se ve un par de ojos, puestos allí para que el difunto pudiera ver el mundo.

Sátrapa: el Imperio persa se dividía en regiones o satrapías gobernadas por el sátrapa. Con la conquista persa, Egipto quedó bajo el mando de uno de esos gobernadores.

Sekhmet: deidad con cabeza de león, esposa de Ptah, madre de Nefertum, cuyo centro estaba en Menfis. Como diosa de la salud, era la patrona de los médicos. Pero también era destructiva, señora de los desiertos y enemiga poderosa de todo lo que amenazara al rey.

Sello cilíndrico: pieza de piedra cilíndrica con una inscripción incisa en su superficie; al deslizarlo sobre la arcilla, imprimía un nombre o un título. Estos sellos se usaron en el antiguo Oriente Próximo para indicar la propiedad. El sello cilíndrico quizá se introdujo en Egipto antes del Período Arcaico.



Sello cilíndrico del Reino Medio

Serapeum: complejo de galerías subterráneas de Saqara, necrópolis de Menfis, donde estaba el enterramiento de 64 toros Apis momificados, descubierto por Mariette en 1850-1851. Cuando se introdujo el culto de Serapis, este complejo –que ya estaba en uso desde varios años antes– se convirtió en un gran centro religioso.

Serapis: divinidad en la que se unieron Apis y Osiris, adoptada por los griegos que vivían en Menfis en la época ptolemaica. Para unir los elementos griegos y egipcios, Ptolomeo I eligió a Serapis como dios oficial. Quizá el culto de esta divinidad tuvo más difusión fuera de Egipto, porque en este país siempre se vio como una creación real artificiosa.

Seth: hermano de Osiris, fue la personificación del mal en el antiguo Egipto; su símbolo era el animal sethiano, que tenía aspecto de jabalí. Se le rindió culto en ciertos períodos, en especial durante la conquista de los hicsos. En la mitología, Horus logró derrotar a Seth, vengando así la muerte de su padre Osiris.

Shaduf: introducido en Egipto en la época del Reino Nuevo; aún se usa para el riego de los campos. Consiste en un cubo atado a una cuerda y suspendido de un palo sujeto a un poste; el cubo se baja hasta el río y se levanta, cargado, con facilidad.

Shaw, Thomas: explorador del siglo XVIII que visitó Alejandría y Gizeh, aunque su contribución al conocimiento de Egipto fue escasa. Creía que las pirámides eran templos, una teoría mucho más razonables que otras de las muchas formuladas acerca del uso de las pirámides.

Sicard: sacerdote jesuita (1677-1726) uno de los antiguos exploradores de Egipto; en sus viajes llegó a Assuán y fue el primero de los modernos que lo hizo; visitó muchas tumbas y templos y volvió a localizar la antigua capital tebana.

Smyth, Charles Piazzi (1819-1900): astrónomo británico; fue Astrónomo real de Escocia y profesor de astronomía en la Universidad de Edimburgo; escribió un libro muy discutido acerca de la Gran Pirámide; su trabajo se basa en deducciones hechas de las medidas de ese monumento, un estudio que era muy popular en esa época y que se convirtió en la llamada «piramidología». La obra de Smyth influyó en el temprano interés de Petrie por la Gran Pirámide y la Egiptología.

Sobek: deidad con cabeza de cocodrilo, adorado en Cocodrilópolis y en Kom Ombo, donde compartía el templo con Haroeris (Horus el Viejo). Esta divinidad fluvial y asociada con la fertilidad se convirtió en dios estatal en tiempos de la Dinastía XII.

Sociedad de Exploración de Egipto: con la asistencia de Reginald Stuart Poole y sir Erasmus Wilson, miss Amelia Edwards fundó en 1882 la Fundación de Exploración de Egipto, para llevar adelante exploraciones científicas y publicaciones cuidadosas sobre los monumentos y antigüedades de Egipto. Miss Edwards actuaba como secretaria y las excavaciones estuvieron a cargo de Petrie y Naville. En la actualidad, la Sociedad de Exploración de Egipto continúa la tradición de las excavaciones británicas en ese país, tiene varias publicaciones, entre las que se cuenta el *Journal of Egyptian Archaeology*, y organiza una serie de cursos especializados anuales.

Syncellus (h. 800 d. C.): conocido también como el Monje George; era historiador y, junto a Josefo, Africano y Eusebio, ha conservado fragmentos de los escritos de Manetón.

Tauert: diosa protectora de la parturienta, ya fuese campesina o reina. Se representa como una hembra de hipopótamo preñada, de pie sobre las patas traseras, apoyadas sobre dos emblemas que muestran el jeroglífico que significa «protección». Como Bes, Tauert era una divinidad del hogar y en él se la adoraba. Su figura se reprodujo en numerosos amuletos y estatuillas.

Tell el-Amarna, Cartas de: colección de tablillas con inscripción cuneiforme descubiertas en la capital de Akhenatón, la ciudad de Tell el-Amarna. Habían llegado a la ciudad egipcia desde la ciudad fenicia de Ugarit y desde Bogazkoi, capital de los hititas; de estos textos se dedujeron algunos datos políticos y diplomáticos de la época y por ellos se conocen características del comercio en el mundo antiguo y la posición internacional de Egipto.

Temple: cuando se bate el cobre para que se endurezca, se calienta antes de que se agriete; el metal se calienta suavemente y se deja enfriar; de este modo vuelve a ser maleable. El procedimiento se repite varias veces.

Templo de culto: templo egipcio donde se cumplía el ritual diario del dios o grupo de dioses. Junto a los templos de culto había espacios destinados a celebrar los festivales en honor de la deidad residente.

Templo sepulcral: a diferencia del templo de culto, que era independiente, el sepulcral tenía una conexión estrecha con un faraón muerto. En tiempos antiguos, solía integrar el complejo funerario pero hacia la época del Reino Nuevo, por lo común, la tumba y el templo del rey estaban separados. En el templo sepulcral se cumplían los ritos que aseguraban la existencia continuada del soberano muerto y su aceptación por los reyes anteriores, además de su identificación con Osiris. Los templos sepul-

crales también daban cabida al culto de una divinidad, celebrado con el mismo ritual diario que se practicaba en los templos de culto; a menudo se terminaron de construir y pusieron en uso incluso en vida del rey al que estaban destinados.

Teología menfita: en el 3100 a. C., Menfis, capital del recién unificado Egipto, estableció su propia cosmogonía religiosa, declarando que Ptah, la divinidad local, era el creador delmundo. Los sacerdotes menfitas incluso procuraron asociar a Ptah con Osiris, el dios y juez de los muertos. Esta teología rivalizó con las teorías sobre la creación que prevalecieron en la cercana Heliópolis.

Textos de las Pirámides: se trata de una serie de fórmulas mágicas inscritas dentro de las pirámides de la Dinastía VI, en Saqara, para proteger a los reyes en su viaje de ultratumba. Como otros textos religiosos antiguos de Egipto, reflejan las condiciones, creencias y realidad lingüística de una etapa histórica anterior al Reino Antiguo.

Textos de los Sarcófagos: en la época del Reino Medio, cuando el hombre del pueblo obtuvo el derecho de esperar una vida de ultratumba, las fórmulas mágicas, usadas antes para proteger al rey en el más allá, se divulgaron para su empleo general. Los textos estaban pintados en el interior de sarcófagos de madera y de allí proviene su denominación. Este tipo de uso se limitó al Reino Medio y volvió, brevemente, durante la dinastía XXVI.

Thot: dios egipcio con cabeza de ibis; protegía la escritura, la lectura, la matemática y todas las disciplinas intelectuales y actividades de los escribas, de quienes era patrono. Hermópolis fue su centro principal de culto. Por su conocimiento de los jeroglíficos, también tenía el control sobre la magia y los magos. Se lo muestra en general como escriba de los dioses: como tal, desempeñaba el importante papel de amanuense del tribunal ante el que se realizaba, el Día del Juicio, la ceremonia de pesar el corazón.

Tierra Negra: «Kemet» o sea «tierra negra» fue el nombre que los antiguos egipcios dieron en su país al delta y a la franja de tierra que bordeaba el Nilo por ambas márgenes. Se llamó negra por el color de los fértiles depósitos aluvionales que las crecientes del Nilo esparcían anualmente. Más tarde, los griegos lo llamaron *Aigýptios* y su nombre moderno es Misr.

Tierra Roja: en contraste con la extensión irrigada, los desiertos circundantes recibieron el nombre de *Deshret* o «tierra roja», por el color de esos terrenos áridos. Egipto se dividía en esas dos regiones geográficas principales, que tanto condicionaron la historia del país.

Trirreme: nave con tres órdenes de remos, construida ya desde el 600 a. C. por los sirios y los egipcios. Los griegos, por el temor de que los persas usaran estas naves contra ellos, también las fabricaron. Lo poco que se conoce sobre las trirremes proviene de fuentes literarias, algunos relieves de mármol, incluido uno de la Acrópolis ateniense, un modelo de arcilla y algunos dibujos imprecisos. Sin embargo, se sabe que sus tres órdenes de remos requerían entre 12 y 200 hombres y que se usaron para la guerra y el comercio.

Tumba cavada en la roca: en tiempos del Reino Medio, se desarrolló la práctica de cavar tumbas en las laderas montañosas de regiones provinciales egipcias, sobre todo en el Egipto Medio. Los interiores de esas tumbas se decoraron con escenas de la vida diaria. En la época del Reino Antiguo, los enterramientos de los nobles se hacían en tumbas de ladrillo construidas cerca de la pirámide del rey pero, con la decadencia del poder centralizado, la nobleza eligió las laderas de las montañas como sitio de enterramiento. En tiempos del Reino Nuevo, la familia real y los nobles habían adoptado el método de las tumbas cavadas en la roca y se enterraban en Tebas. Se esperaba, aunque en vano, que este tipo de tumba fuera menos asequible que las pirámides a los ladrones de tumbas.



Ushabti

Ushabti: esta palabra significa literalmente «el que responde»; se creía que cada una de estas estatuillas desempeñaba un papel en el más allá. Por lo común se hacían de madera o de faienza y grupos de estas figuras con forma de momias se depositaron, desde los tiempos del Reino Medio, en las tumbas de las personas pudientes. Se suponía que se comportaban como esclavos y trabajaban para el difunto en los «Campos de Osiris»; la inscripción incisa en la figura señalaba el interés del *ushabti* por «responder» a la llamada al trabajo.

Valle de los Nobles: zona de la ribera occidental del Nilo, en Tebas, cercana a los Valles de las Reinas y de los Reyes; allí se enterraron los nobles del Reino Nuevo, en tumbas decoradas con escenas coloridas, que muestran diversos aspectos de la vida diaria.

Valle de las Reinas: situado sobre la ribera occidental del Nilo, frente a la actual Luxor, cerca de los sitios tebanos de enterramiento. Su nombre actual es Biban el-Harim; lugar de enterramiento de las esposas, hijas y algunos hijos de los faraones de la familia Ramsés. La tumba más famosa es la de Nefertari, esposa de Ramsés II.

Valle de los Reyes: hoy se llama Biban el-Moluk a la zona yerma elegida como lugar de enterramiento por los soberanos del Reino Nuevo. Se tiende bajo la protección del «Pico», la cima más alta de los montes de la ribera occidental del Nilo, junto a Tebas, una montaña que recuerda el perfil de una pirámide. Las tumbas excavadas en las laderas rocosas fueron saqueadas, exceptuada la de Tutankamón. Originalmente se pensó que eran la mejor protección de la momia del rey, encerrada en su ataúd y su sarcófago y rodeada de tesoros que el soberano usaría en la otra vida. Las paredes de las tumbas estaban decoradas con escenas del otro mundo –ese espacio que el rey debía atravesar– y con textos funerarios, que lo protegerían en su viaje; estas escenas contrastan con las de las tumbas de los nobles, que representan circunstancias de la vida cotidiana. En este valle se han descubierto 61 tumbas.

Vidriado: se ha dicho que el vidriado se produjo por primera vez accidentalmente y que los elementos básicos del cristal azul del antiguo Egipto eran «un álcali, cobre o un compuesto de cobre, una piedra sobre la que se producía el vidriado y una hoguera» (Lucas, *Ancient Materials and Industries*, 1962).

Visir: el visir o canciller era el primer ministro de Egipto, subordinado sólo al rey. A menudo se trataba de un miembro de la familia real y era responsable de la administración del país. Tenía mucho peso en los asuntos legales y económicos.

Vyse, coronel Richard William Howard: contrató a Caviglia para dirigir los trabajos en las pirámides de Kefrén y Micerino, pero no se entendieron; Vyse continuó la exploración en solitario, utilizando métodos destructivos, incluida la dinamita cuando le parecía necesario.

Warburton, obispo William: publicó *The Divine Legation of Moses* (El legado divino de Moisés) en 1741, obra en la que presentó las primeras teorías razonables sobre los jeroglíficos egipcios y atacó las ideas de Kircher. También fue el primero en comprender que los jeroglíficos eran un sistema de escritura y no un simple conjunto de enigmáticos símbolos religiosos.

Wilkinson, sir John Gardner: autor de *Manners and Customs of the Ancient Egyptians* (Usos y costumbres de los antiguos egipcios), libro basado en el viaje que hizo a Egipto en 1821. También se interesó en los murales de las tumbas tebanas. Su libro tuvo gran difusión y fue la mejor pintura de la civilización egipcia que se publicó en el siglo XIX; gracias a él muchas personas conocieron la existencia del arte y la religión egipcias.

Yeso: material natural, cuyo color va del blanco al marrón claro. En Egipto se encuentra al oeste de Alejandría, cerca de Suez, en El Fayum y cerca de la costa del Mar Rojo, en formaciones rocosas o esparcido bajo la superficie del desierto, cerca de El Cairo y de Alejandría. Se usó como mortero y para los enlucidos en la necrópolis de Gizeh, adonde se llevaba desde El Fayum; también se empleó para revestir paredes, estatuas, cubrir cadáveres, o como adhesivo, para las sombras aplicadas a los ojos y como pigmento.

Young, Thomas: físico y lingüista inglés. Descubrió que los cartuchos de las inscripciones jeroglíficas contenían los nombres de los soberanos. Publicó sus conclusiones en 1819 pero, aunque hizo grandes avances en el estudio de los jeroglíficos y de la escritura demótica, no obtuvo los resultados de Champollion.